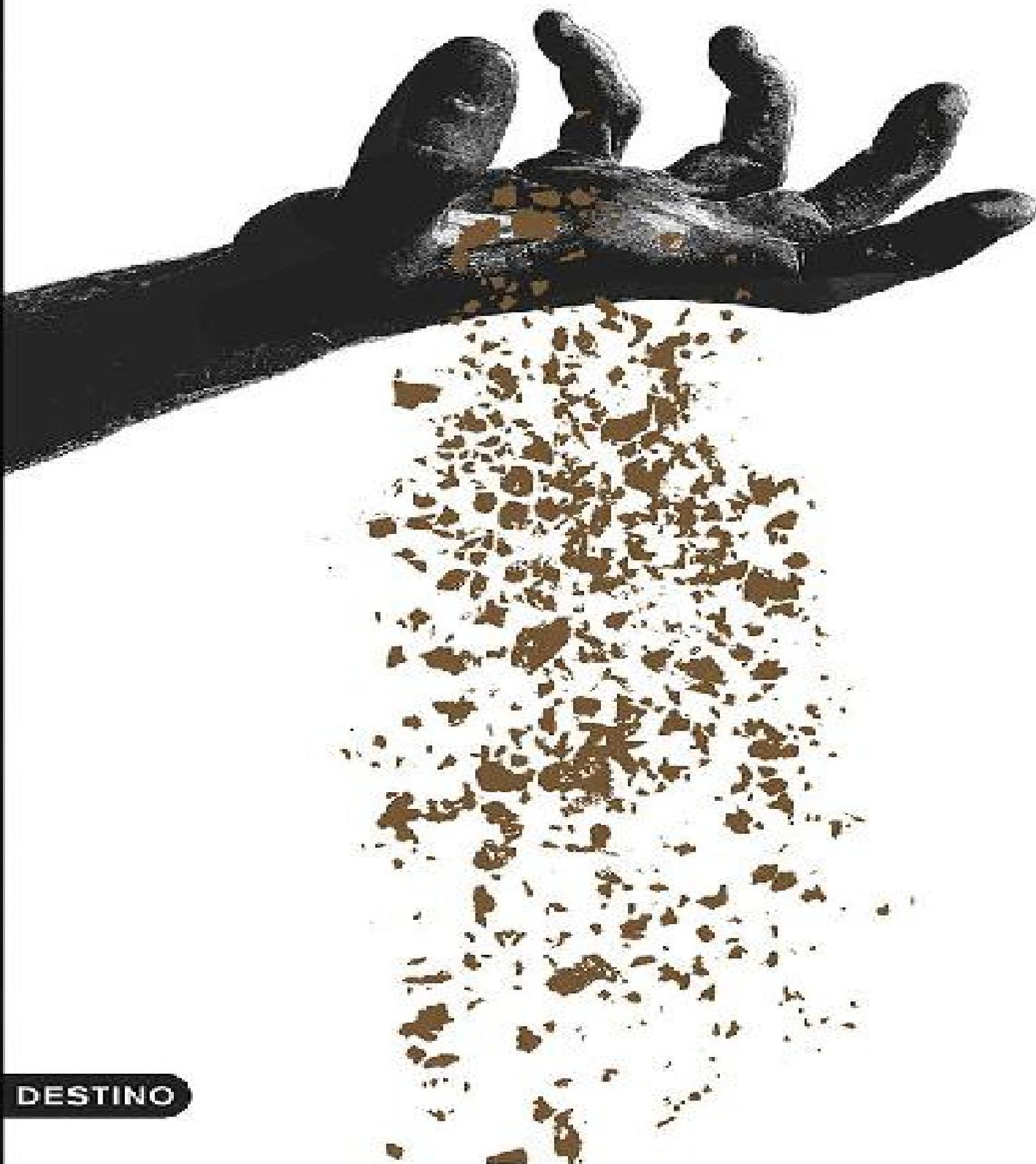




Dócil Aro Sáinz de la Maza

Serie Milo Malart



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

Martes

9

10

11

12

13

14

Miércoles

15

SEGUNDA PARTE

16

17

18

19

20

21

22

Jueves

23

24

25

26

TERCERA PARTE

27

28

29

30

Viernes

31

32

33

34

35

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El lunes al amanecer un joven se presenta en comisaría. Va empapado de sangre de pies a cabeza. «Todos están muertos», balbucea, y acto seguido se desmaya. El análisis de sus ropas constata que la sangre pertenece, como mínimo, a tres personas. ¿Se encuentran ante una víctima más, un superviviente? Pero, entonces, ¿por qué guarda silencio cuando recupera el conocimiento? Cabe otra posibilidad: que se trate de un asesino múltiple. Sin embargo, todo su entorno lo define como un chico dócil, incapaz de matar a una mosca. ¿Qué es en realidad Lucas Torres?

Milo Malart, policía judicial de los Mossos, vuelve a su puesto después de unas vacaciones forzadas. El caso con el que se enfrenta será uno de los más sanguinarios y complicados de su carrera y el principal sospechoso es un joven que esconde muchos secretos.

Una historia donde se mezclará la investigación, una ciudad convulsa, los problemas familiares y sus demonios interiores

DÓCIL

Aro Sáinz de la Maza

Ediciones Destino

Para Beatriz, por supuesto, más que nunca

No entres dócilmente en esa buena noche.
Rabia, rabia ante la muerte de la luz.

DYLAN THOMAS

Prólogo

Barcelona, mayo del año anterior

Sacó el iPhone y empezó a filmarla. Había descubierto a la chica después de acechar la casa varios días. Cabello liso y corto, de muchacho. Ojos grandes y redondos en una cara ovalada, la boca ancha y la nariz respingona, con un *piercing* de plata en el tabique, y las orejas algo puntiagudas, como un elfo. Sería de su edad, más o menos. De baja estatura, ni gruesa ni delgada, daba la impresión de que no le gustaba hacer deporte. Como a él. Solía vestir de oscuro, pantalones y camisetas negras y botas de media caña, y no parecía importarle mucho su imagen. Como a él. Iba según su idea de la comodidad, sin pertenecer a ninguna tribu urbana en concreto. Como él. Hoy la había seguido hasta la plaza de Cataluña, donde se había detenido ante el escaparate de la tienda de tecnología con el logo de la manzana mordida. Tomó un plano general y, luego, uno medio. Su frente apoyada en el cristal, la mirada ensoñadora, ausente del mundo a su alrededor, la expresión arrebolada ante unos aparatos de última generación que apenas se veían desde la calle. Se preguntó por qué no entraba a curiosear. A lo mejor le ocurría como a él, que no le gustaba la gente ni estar rodeado por la multitud. Una solitaria, se dijo. Y algo más. Tenía el aire de un pájaro herido, de alguien que tampoco acababa de encajar en ningún sitio. Ella también era diferente. Especial. El pulso comenzó a temblarle.

Por una chica como aquella podría dejar correr el asunto.

Solo había un problema.

Su padre era el sicario que había hecho pedazos su vida.

En varias ocasiones había creído reconocerlo por la calle, pero aquella vez estaba seguro. Lo siguió hasta su domicilio, averiguó dónde vivía. Necesitaba saber por qué hizo lo que hizo. Comenzó a pensar como un asesino. Entonces había visto a su hija y pensó que sería la llave perfecta para entrar en la casa de aquel hombre. Cambió de objetivo y se pegó a ella como una sombra. Hasta que advirtió las similitudes entre ambos. No se la podía quitar de la cabeza. Y ahora dudaba. Aquella chica había despertado poco a poco su deseo de dejar de ser un muerto en vida, alguien que solo imitaba a los demás, y de abandonar el espacio oscuro del sótano para asomarse al mundo real. Paró de filmar. Anhelaba acercarse a ella. Conocerla. Una oportunidad.

La última.

PRIMERA PARTE

Lunes

Y otro golpe, y otro, y otro más.

La mosca caminó sobre la sangre de su cara y siguió hacia los labios, donde se unió a otra que también pretendía colarse por la boca entreabierta. La sopló con gesto dormido. La mano que sujetaba la piedra subía y bajaba hasta impactar contra el rostro que tanto quería. El crujir de huesos, las salpicaduras. Se despertó. De fondo oyó unas voces apagadas. Aturdido, de nuevo con la mente nublada, parpadeó varias veces hasta aclarar la vista. Abrazaba un cuerpo ensangrentado en el suelo y se apartó. Luego, se incorporó a duras penas. El dolor le martilleó la cabeza mientras un mareo lo obligaba a permanecer quieto unos segundos. Al cabo, salió de la cocina con paso inseguro y subió descalzo a la planta superior. Una vez en el pasillo, procuró no pisar el charco de sangre ni el cadáver y empujó levemente con el hombro la puerta del cuarto de la pequeña. Dormía con placidez. Respiró hondo. Iba a ser la única superviviente. Como él. Marcada de por vida. Dejó la puerta entornada y bajó a la sala.

Contempló las lámparas rotas, las sillas volcadas, la sangre en el suelo, en las paredes. Por todas partes. No quiso fijarse en el resto de cuerpos y desvió la mirada hacia el televisor encendido, a volumen bajo. Lo ocurrido se abrió paso poco a poco en su mente. Una salida. Marcharse. Ya.

—Sábana, sabiduría, sabotaje, sacrificio...

Se dirigió hacia la puerta sintiéndose fuera de la realidad. A medio camino sintió un vahído y pensó en apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Se contuvo. Todo le daba vueltas.

—Sacrilégio, sádico, salida, salvaje...

Necesitaba salir de allí, respirar aire puro. Y, sobre todo, dejar de oír el zumbido de las moscas. Abrió la puerta con precaución. Aún no había amanecido y las farolas de la calle iluminaban el asfalto. La sensación de irrealidad se acentuó. No recordaba por qué estaba en aquella casa. Tuvo la súbita impresión de que alguien estaba a su lado, muy cerca, observándolo. Aterrado, se giró con lentitud. El espejo le devolvió su imagen. Vio su rostro tumefacto, el reguero rojo oscuro que bajaba desde la herida en la sien hasta el cuello, la sangre reseca que lo empapaba de pies a cabeza. Sus ojos. No se reconoció. Había cambiado. Era otro.

—Sanción, sandalia, sandía, san... sangre.

Antes de que las fuerzas volvieran a abandonarlo, tomó impulso y salió de la vivienda. Una fuerte ráfaga de viento lo hizo trastabillar. Cerró la puerta con dificultad y, encorvado, descendió los escalones, anduvo sobre la gravilla y traspasó la verja. Echó a andar hacia el parque. Se

detuvo. Presintió peligro, podía estar escondido por el barrio, aguardando. Protección. Necesitaba protección. Dio media vuelta y se dirigió hacia la montaña para alejarse de la zona. Con paso renqueante, llegó a las escaleras que conducían a la avenida Miramar y cambió de letra.

—Paciente, pacífico, pacto, padecer...

Las señales de amenaza aumentaron. Debía ponerse a salvo con urgencia y aceleró el ritmo. Con las prisas, tropezó y se cayó en el último tramo. Una miriada de luces estalló en su mente mientras el resto se volvía oscuro y un alfilerazo de dolor le atravesaba el cerebro. Empezó a manar sangre de la brecha en la frente. Se puso boca arriba y aguardó inmóvil unos momentos.

Al abrir los ojos, lo vio todo borroso. Alarmado, palpó el suelo con desesperación. Era inútil, de noche jamás la encontraría. Como en una pesadilla, creyó vislumbrar que las frondas de los árboles, sacudidas por el viento, se combaban hacia él para aplastarlo.

—Padre, pagano, pájaro, pala...

Se levantó como pudo y llegó hasta la avenida. A partir de ahí era cuesta abajo y procuró calmarse. Tomó en dirección al Palacio Nacional, bien pegado a los setos, lejos de la luz de las farolas. A aquellas horas no había ni un alma, pero circulaban algunos vehículos y quiso reducir el riesgo de que alguien se fijara en él hasta no llegar a su destino en la plaza de España.

—Palidez, paliza, pandemia, pánico...

Dejó atrás el palacio y bajó los largos tramos de escaleras junto a las fuentes. Tropezó varias veces y a punto estuvo de volver a caerse. A cada paso, notaba como la debilidad se apoderaba de él, la somnolencia. Se le estaban acabando las fuerzas.

—Paradoja, paraíso, paranoia, parásito...

Recorrió Reina María Cristina envuelto en sombras, dando tumbos. Sin aliento, haciendo eses a causa del empuje de la ventada, vio que empezaba a amanecer. Se dijo que ya faltaba poco.

—Pareja..., paria, pasión, pasivo, patán...

Atravesó las Torres Venecianas y desembocó por fin en la plaza. Redujo la marcha y respiró con alivio. Enfrente estaba el hotel; a la derecha, la comisaría de los Mossos. Se dirigió hacia allí arrastrando los pies.

—Patético, patíbulo, pavor, pecado, pena...

No pudo más y se desplomó sobre los escalones de la Fira, a cincuenta metros en diagonal de su objetivo. De su refugio. Dos agentes, portando armas largas y chalecos antibala a causa del nivel 4 de alerta terrorista, flanqueaban la entrada. Y dos furgones azules de la Brigada Móvil, aparcados en la acera, protegían el edificio.

—Penitencia, perdedor, perdonar...

La luz fue aumentando de intensidad. Esperó. Necesitaba recuperar el aire. Unos instantes, tan solo unos instantes antes de reanudar su camino.

—Per... perturbado, per... perversión, pie... piedad...

El tráfico se intensificó por momentos, así como los peatones que surgían como hormigas por las bocas del metro. Una mujer pasó cerca de él. Vio a un joven desmadejado sobre los escalones,

descalzo, vestido con sudadera gris y tejanos. Las grandes manchas de color granate casi negro en toda su ropa. El hilo rojo brillante que le caía de la frente resbalaba por su nariz hasta la barbilla y de ahí al pecho en un constante goteo. Gritó a pleno pulmón. Pero sus voces se las llevó el vendaval. Lo señaló y volvió a gritar. Hizo gestos de socorro hacia los Mossos sin dejar de pegar gritos. Dos agentes bajaron de uno de los furgones y se acercaron a la carrera, las armas en ristre.

—Pi... piedra... —exhaló el joven.

Y perdió el conocimiento.

El grupo de ancianos, envueltos en un albornoz y con su correspondiente gorro de silicona, se apiñó en la orilla para contemplar el espectáculo del mar embravecido. Uno de ellos señaló no muy lejos, en dirección a un hombre de considerable altura, delgado, ancho de espaldas y el pelo revuelto por el aire, quien parecía dispuesto a meterse en el mar.

—¿Está loco o qué? —dijo—. ¿No ve el temporal?

—Es un guiri, seguro.

—Uno de esos inconscientes.

—Y está borracho, lo que yo te diga —comentó una anciana con voz de cazalla—. Ese sale de una juerga y no tiene ni pajolera idea de lo que se hace.

—Sí, y luego pasa lo que pasa —concluyó un tercero.

—Malditos guiris —soltó el de más edad—. Lo invaden todo con su mierda por cuatro perras y se creen los amos del mundo.

El grupo asintió en silencio, con gravedad. Eran socios del Club Natació Barceloneta, además de vecinos del combativo barrio, y cada mañana al amanecer, antes de que la playa fuera invadida por los turistas, se enfundaban sus trajes de baño y llevaban a cabo su rutina de nadar. Los trescientos sesenta y cinco días del año, con lluvia o sol, frío o calor. La única excepción era cuando había temporal de viento y el estado del mar, con sus corrientes traicioneras, desaconsejaba su hora de natación diaria, como aquella mañana. Entonces, tras comprobar en la orilla por sí mismos la imposibilidad de mantener su hábito, aguardaban unos minutos por si la situación tenía visos de cambiar y, a continuación, enfurruñados por no poder hacer ejercicio, regresaban al club, se daban una ducha fría y volvían a encontrarse en el bar para tomar un copioso desayuno y jugar partidas de dominó hasta el mediodía. Su costumbre estaba marcada por dos particularidades. La primera, a ellos no les servían de nada las banderas de señalización; a su edad, y con su experiencia, ya se consideraban mayorcitos como para distinguir si había o no mar de fondo y el grado de peligrosidad. Y la segunda, jamás se zambullían en la piscina del club. A pesar de que sus edades sobrepasaban con creces los setenta, e incluso los ochenta, la consideraban cosa de viejos. No les gustaba bañarse en un recinto con agua cercada, preferían el mar abierto. Y si no podía ser, lo dejaban para otro día, pero nunca contravenían su norma.

—Ese se mete —afirmó uno con rotundidad al ver que empezaba a quitarse la ropa.

—Y su cuerpo aparecerá en Menorca.

—Eso si lo encuentran.

—¿Cómo se puede ser tan estúpido? ¿No sabe que cuando sopla *mestral* no hay nada que hacer?

—*Maco*, ese tío está como una cabra.

—Para que lo encierren.

—O es un suicida... ¿No deberíamos hacer algo?

—Chata, allá cada uno con sus decisiones.

—Ni suicida ni hostias —zanjó el de más edad—. Yo a ese lo tengo visto de otras veces. ¿No os suena?

—Yo no le veo la cara.

—Ni yo, pero fijaos en su altura —insistió el hombre. Se llevó una mano a la frente para hacer visera—. ¿No es ese policía? Ya sabéis, el que vive en el barrio y se baña cada día en pelotas delante del Santa Marta.

—*Rei*, tú lo que eres es un mirón —se burló una anciana.

—¡Ahí te ha dado! —coreó otra.

Mientras el resto del grupo se echaba a reír, el hombre alto acabó de desnudarse y empezó a caminar hacia el mar.

—Al menos nos da una alegría para los ojos —celebró una.

—Además de inconsciente, exhibicionista —dijo el más viejo—. Yo no pienso avisar a los de Salvamento. *Que es foti*.

—Envidioso, eso es lo que eres.

Observaron cómo se adentraba despacio en el agua, sin titubear ni hacer aspavientos por las salpicaduras, las olas chocando contra sus piernas. La fuerza de la resaca dificultaba su avance y todos contuvieron la respiración.

El hombre se detuvo un instante, y se zambulló.

Milo comenzó a nadar con suavidad hacia lo hondo, a favor de la corriente. Sabía que era una insensatez lo que estaba haciendo, pero no le quiso dar vueltas. El mar agitado lo atraía como un imán. Cuando no estaba como un lago, le resultaba imposible resistirse al desafío de enfrentarse con él en un mano a mano: el mar, con su potencia descomunal; él, solo con la fuerza de su determinación. Era una forma de ponerse a prueba, de medirse contra un rival realmente poderoso. Y salir entero. Aunque también sabía que no se podía ganar siempre. Sin embargo, aquello aún lo atraía más. Le hacía sentirse vivo. Real.

Además, nadar lo ayudaba a pensar.

Era el único momento del día en que podía permitirse el lujo de dejar la mente a sus anchas, sin cortapisas, y le daba igual que lo hiciera de manera caótica, como si su cerebro, al igual que un perro liberado por fin de la correa, se lanzara a correr alborozado de aquí para allá sin ataduras, sin orden ni concierto. Pensamientos deshilvanados y espontáneos; algunos, archivados en lo más profundo de su memoria; otros, recientes; obsesivos o inocentes, plácidos o tensos, ilógicos o racionales, a veces claramente alucinatorios y otros, en cambio, de un realismo monocromo y lineal. Tenía la sensación de que su mente realizaba las sinapsis por su cuenta mientras él, dissociado por completo, se limitaba a hacer una actividad más prosaica, como nadar. En alguno de sus libros de autoayuda había leído que esto se debía al hecho de hallarse en un medio como el agua. Claro que uno no se podía fiar de todo lo que leía en un libro de autoayuda.

Cambió de dirección hasta situarse en paralelo a la línea de la costa, ahora contra la corriente. Tuvo que empezar a emplearse a fondo. Acompasó la respiración y procuró adoptar un ritmo constante. Notó la energía, aquella abrumadora fuerza en su contra, y por momentos se sintió eufórico, capaz de cualquier cosa. Mantuvo la cadencia de brazos y piernas. Según sus planes, en unos veinte minutos volvería a cambiar de rumbo para encarar tierra firme, la auténtica prueba de fuego. Tampoco era cuestión de cometer ninguna locura. «¿Por qué a ti?» Su cerebro le repitió la pregunta por enésima vez. No hizo caso y siguió nadando. «De entre todos los tipos que había en Biarritz, ¿por qué ella tuvo que escogerte a ti?» Apretó los dientes y continuó braceando a un ritmo constante. A pesar de no creer en oraciones, rezó para que su mente pensara en otra cosa, la que fuera con tal de acallar aquel asunto. Avanzaba metro a metro, no podía debilitarse ahora con cuestiones que no tenían respuesta. «El mendigo.» La palabra estalló en su cabeza. «¿Por qué no corrió el mendigo?» Revivió la escena. En las Ramblas, la locura desatada al paso de la furgoneta. La gente corriendo despavorida, tratando de huir presa del pánico por las pequeñas

calles adyacentes. Y en una de ellas, un mendigo sentado en el suelo, junto a la pared, la cabeza hundida entre las rodillas. A sus pies, un cartón pidiendo dinero. Alguien en plena huida lo tumbó. El griterío era ensordecedor. Todos corrían calle abajo. El terror. El hombre, al margen de la tragedia que ocurría en torno, se limitó a recolocar el cartón en su sitio y luego, con una parsimonia escalofriante, hundió de nuevo la cabeza entre las piernas encogidas. Indiferente a todo. «¿Por qué no huyó?» Milo no podía alcanzar a comprenderlo. Era capaz de asumir el punto de vista emocional de casi cualquiera, empatizar; pero no lo lograba con aquel hombre. «Porque no siempre es posible.» Las palabras rebotaron en su interior. «Y tú no eres infalible.» Aquello lo descentró unos instantes, perdió el ritmo de batida y se detuvo.

Sacó la cabeza del agua. Boqueando, miró desconcertado a su alrededor, las olas chocando contra la cara, los vaivenes del mar dificultando la toma de aire. Se puso de espaldas, extendió los brazos e hizo el muerto.

En el cielo, ni una nube.

Y en su pecho, la amargura. Una amargura fría. Negra.

Aquella verdad lo atravesó como un punzón de hielo. Había fallado en el caso Gotha, un caso de perfil alto. Ivo Parés y Mónica Morera, un matrimonio de millonarios, ambos en la treintena, relacionados con las familias que ostentaban el poder. Una juerga sexual en un yate, exceso de drogas y alcohol. Una chica asesinada. En el juicio, fue declarado culpable un empleado de los anfitriones, un joven senegalés con antecedentes por tráfico de drogas que trabajaba de camarero en la fiesta. El matrimonio fue declarado no culpable por falta de pruebas. El peso de sus apellidos, el morbo a todas horas en los medios, el mejor bufete de Barcelona como defensa y las prisas por cerrar el caso, hicieron el resto. Si solo hubiera dispuesto de más tiempo... Intentó convencer al juez de instrucción, persuadirlo para que no cerrara el sumario. En balde. Tenía la certeza de que ambos eran culpables, pero una cosa era saberlo y otra poder demostrarlo. Aquello lo torturaba hasta la obsesión. Porque también sabía que volverían a hacerlo. Todas las señales se lo gritaban, y no podía desoírlos. Habían gozado con la experiencia. Pudo leerlo en sus caras durante los interrogatorios y cuando salieron de la sala de los juzgados. Tenía grabadas a fuego sus expresiones. De arrogancia, de saberse intocables. Se habían ido de rositas porque él no había podido hacer bien su trabajo. Y como premio, le habían ordenado tomarse unos días de vacaciones tras la denuncia por acoso que interpusieron en su contra después de descubrirlo vigilándolos. ¿Un par de semanas de vacaciones? ¿Quién las necesitaba? Como si la distancia y un cambio temporal de escenario pudieran hacerle olvidar su responsabilidad en un caso mal cerrado. No había hecho bien las cosas y nada ni nadie podrían convencerlo de lo contrario. No se puede ganar siempre, le dijo su compañera, la subinspectora Mercader, al terminar el juicio. Y desde entonces, la impotencia de la espera. A que un día apareciera otra víctima inocente pagando el precio de su ineficacia.

Una ola le golpeó el rostro y tragó agua.

Pugnó por inhalar aire, equilibrar la respiración. No podía seguir en aquella posición. Si

permanecía quieto por más tiempo la resaca haría el resto. «No eres infalible.» Inspiró con hondura y volvió a ponerse boca abajo. Arrancó a nadar en dirección a la orilla, primero con suavidad para luego aumentar poco a poco la cadencia de las brazadas. «Y ahora has cambiado.» Notó la fuerza en su contra, como si lo empujara un portaaviones. «Ya no eres el mismo.» Echó una ojeada a la costa entre dos respiraciones. Se había alejado, la corriente lo había arrastrado mar adentro. Demasiada distancia. «Has perdido.» Maldijo aquella voz. El enemigo interior siempre a punto para sabotarlo.

—Capullo, esto no ha terminado —gruñó.

Aplicó todos los recursos que conocía. Constancia, serenidad, concentración. Los músculos de brazos y piernas comenzaron a protestar. Las notas a piano de la *Chacona en do menor* empezaron a sonar en su cerebro. «¿Por qué te escogió a ti?» Ella en su habitación del hotel en el País Vasco francés, desnuda, sentada a horcajadas sobre él, la espalda arqueada, su expresión de placer. Sintió un movimiento en la entepierna. La irrealidad de la escena lo empujó a nadar con mayor determinación. «¿Por qué tuvo que elegirte precisamente a ti?» Mientras se adueñaba de él la absurda idea de que los minutos se transformaban en horas, sintió el pinchazo del pánico. Ahogarse no entraba en sus planes; al menos, no de momento. Siguió nadando. La euforia había desaparecido y su lugar lo ocupaba ahora la ansiedad de terminar cuanto antes con aquella locura. ¿Medirse con el mar? ¿A quién se le ocurría tamaña idiotez? «A un completo gilipollas.» Sus fuerzas empezaron a escasear. Acortaba la distancia poco a poco, pero aún se hallaba demasiado lejos. Trató de concentrarse únicamente en hundir cada brazo en el agua, impulsarse lo justo y batir las piernas como un motor diésel, con calma, incansable.

—No vas a poder conmigo —resopló—. No podrás.

Continuó bregando contra la corriente durante un lapso de tiempo que se le hizo interminable. Al cabo, calculó que pronto podría hacer pie. Se propuso contar cien brazadas y haría el primer intento. Todavía no. Cien más. Tampoco. Cien más. Notó cómo rozaba la arena. Las últimas cien. Asentó los pies, por fin, y dejó de nadar. Ya solo quedaba caminar hasta la orilla. La resaca tiraba de él con fuerza. Tambaleándose, hizo un último esfuerzo, las piernas entumecidas, moviéndose con pesadez.

Salió del mar a cuatro patas y se desplomó sobre la arena.

Exhausto, se puso boca arriba para recuperar el aliento, los brazos en cruz, el pecho subiendo y bajando.

Unas sombras se cernieron sobre él.

—*Collons*, ¿se puede saber qué pretendías? —dijo una mujer con voz de cazalla—. ¿Pescar ballenas?

El inspector Milo Malart, del Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, no respondió. Con los ojos cerrados, intentaba insuflar aire a sus pulmones. Las articulaciones le pesaban como losas y el corazón parecía querer saltarle por la garganta. Pero lo peor era el dolor, como si un bisturí le sajara cada célula de su cuerpo.

—Por lo menos —dijo un hombre con disgusto— podría ponerse un traje de baño, que aquí hay señoras.

—Por las señoras no se preocupe, que eso no nos importa. Pero debería hacérselo mirar. Nos hacemos mayores, ¿sabe?

Milo continuó en silencio, resoplando.

—Si lo que quiere es acabar con todo —dijo otra mujer del grupo—, hay formas más sencillas. Y menos agotadoras.

—¿Sabe el lío en que nos habría metido si le hubiera pasado algo? —lo riñó un anciano—. Es un inconsciente.

El inspector Malart siguió mudo, con los ojos apretados.

—Sea como sea, con el mar no se juega —sentenció una de las mujeres al tiempo que se ajustaba el albornoz—. ¿Me has oído bien, *maco*? Con el mar no se juega.

Al ver su lividez, y que no respondía, el hombre de más edad se preocupó. Le hundió con suavidad el pie en las costillas.

—Oiga —dijo—, ¿está usted bien?

—Para... estrenar —jadeó Milo.

—¿Puedes explicarme qué cojones ha pasado? —dijo el inspector jefe Singla—. ¿Qué hago aquí a estas horas de la mañana mirando a un joven dormido en un box de Urgencias del Clínic?

Jaume Corberó, subjefe de la comisaría de la plaza de España, lo agarró del antebrazo y se alejaron unos metros de los dos agentes que custodiaban al muchacho. Titubeó. Eran amigos desde los tiempos de la academia, una amistad que se había ido consolidando entre bodas, bautizos y algún que otro entierro; pero una cosa era la relación personal y otra bien distinta la profesional. Intuía que aquel asunto era importante, que muy bien se le podía ir de las manos, y antes de que la General lo apartara del caso prefería pedirle su colaboración como jefe del GEHME de la comisaría Central. Jordi Singla tenía sobrada experiencia, y en su mesa aterrizaban todos los casos que luego serían portadas de los diarios, ya fuera por la relevancia de las personas implicadas, o bien por las dimensiones del asunto. Y aquel era el problema: hasta el momento ignoraban todo al respecto, incluso que hubiera un caso. Solo sabían que había aparecido un chico a pocos metros de su comisaría, empapado de sangre de arriba abajo y de tres grupos sanguíneos diferentes.

—Desembucha, no he venido para darte los buenos días.

Singla era un hombre de poca paciencia. Con la cara salpicada por marcas de viruela, bigote negro y pobladas cejas, su expresión habitual era la de alguien que siempre tenía otro asunto más importante entre manos. El subjefe Corberó le resumió lo ocurrido. Luego, guardaron silencio, observándose con fijeza.

—¿Ha dicho algo?

—Ese es el problema. Dos de mis hombres lo han acompañado en la ambulancia. Uno dice que lo ha oído murmurar: «Todos están muertos». Y el otro, solo palabras ininteligibles.

—¿Y los sanitarios? ¿Han oído algo?

—Según ellos, palabras sin sentido.

El inspector jefe se rascó la cabeza.

—Y no ha abierto la boca desde entonces.

—Ni una palabra. Ha recuperado la consciencia, pero sigue dormido. Según los médicos a causa de algún narcótico.

Singla dio unos pasos por la sala de Urgencias procurando no mirar en el interior de ninguno de los boxes.

Regresó.

—¿Tu hombre está seguro de lo que ha oído?

—Por completo.

—Pero ha sido el único —replicó—. Hasta que ese chico no nos cuente qué le ha ocurrido, aquí yo solo veo a una víctima.

—Puede. Aunque juraría que se ha visto envuelto en algo grave, estoy convencido. ¿Tanta sangre y de tres grupos diferentes en sus ropas? Como mínimo, hablamos de tres posibles víctimas más. No es difícil sumar dos más dos.

—No siempre dan cuatro. Tal vez un grupo de jóvenes celebró una fiesta el fin de semana, una fiesta salvaje, botellas rotas..., yo qué sé, una pelea multitudinaria.

—¿Y nadie lo ha denunciado? —repuso—. Algo así no pasa desapercibido, siempre hay un vecino paseando al perro, los insomnes habituales, alguien que da la voz de alarma.

—¿Y cuál es tu teoría entonces?

El subjefe Corberó respiró hondo antes de contestar.

—Que nos hallamos ante algo serio, de envergadura. —Hizo una pausa—. Tal vez varios asesinatos.

—Joder, frena un poco. ¿Por un chaval manchado de sangre?

—«Todos están muertos.» En plural.

Singla frunció el ceño.

—Continúa —gruñó.

—Por eso te he llamado. Necesitamos vuestra colaboración y medios, y los necesitamos ya. Para empezar, habría que dar la alarma en todos los departamentos, por si hay algún otro superviviente. Sabes que en estos casos el tiempo es clave. —Empezó a enumerar a medida que desplegaba los dedos—: Uno, no sabemos cuál es la implicación del chaval, si es víctima, testigo o responsable. Dos, ignoramos dónde está situada la escena del crimen, si es que lo ha habido. Tres, tampoco sabemos si hay víctimas y, de ser así, de cuántas estamos hablando. Cuatro...

—Es suficiente, ya me hago una idea. Estáis a oscuras.

—Estamos a oscuras —corrigió.

—No, de momento no. ¿Habéis peinado la zona?

—He enviado varias unidades pero no han descubierto nada, lo que no es de extrañar dado el perímetro por cubrir, la montaña de Montjuïc y barrios aledaños. Ese chico ha podido llegar a la plaza de España proveniente de demasiados sitios.

—Envía más hombres.

—Lo acabo de hacer, pero es como buscar una aguja en un pajar. ¿Qué buscamos exactamente? Yo te lo diré: no tenemos ni puta idea. La centralita no ha recibido ninguna llamada pidiendo auxilio o avisando de ningún delito.

—¿Y nadie ha denunciado la desaparición del chico? —El subjefe negó con la cabeza—. Háblame de él.

Corberó extrajo una libreta y consultó unas notas.

—Según su DNI, se llama Lucas Torres Ortiz, dieciocho años recién cumplidos, estudiante, con domicilio en la avenida de Esplugues, una zona muy exclusiva. —Levantó la mirada—. Hasta no aclarar su grado de implicación o sepamos con qué nos las tenemos que ver, no hemos avisado a la familia.

—Me cago en la puta, Jaume. Solo es un crío de dieciocho años. Si fuera uno de tus hijos, ¿no querrías que te avisaran?

—Eso es un golpe bajo, jefe Singla. Aquí está bien atendido, pueden esperar un poco. Y si uno de mis hijos no diera señales de vida hasta el lunes a estas horas de la mañana te aseguro que habría colapsado las centralitas de todas las putas comisarías.

—Víctima, subjefe. Podría ser solo una víctima.

—No digo que no. —Y repitió—: «Todos están muertos».

Singla arrugó los labios.

—¿Su estado? —dijo.

—Varios golpes en rostro y cabeza, uno reciente. El parte médico descarta lesiones graves, estado general normal, estable. Heridas defensivas en manos y brazos. El psicólogo forense indica que está bajo los efectos de un potente *shock* y que su somnolencia profunda se debe a la ingesta de alguna sustancia depresora del sistema nervioso. En su opinión, cuando despierte será capaz de responder a nuestras preguntas, siempre y cuando no sufra amnesia. Las contusiones en la cabeza son de difícil pronóstico. Sabremos más cuando abra los ojos. Lo han procesado de arriba abajo y tomado muestras para realizar pruebas de ADN, sanguíneas y de toxicología, el protocolo habitual. Se lo están haciendo llegar todo a la Científica en estos instantes.

El inspector jefe Singla miró su reloj.

—Y ni siquiera son las ocho, una forma genial de empezar la semana. —Resopló con fuerza—. Heridas defensivas, golpes en la cabeza... ¿Qué hay de sus pertenencias?

Corberó volvió a consultar sus notas.

—Una cartera, cuarenta euros, algo de calderilla, llaves, móvil, una T-10, un reloj de muñeca de los caros. Nada llamativo.

—Y en sus ropas, gran cantidad de sangre. De tres personas.

—Como mínimo.

De nuevo, se observaron con fijeza.

—Esto no pinta bien, jefe Singla. ¿Entiendes ahora la razón de mi llamada? El tiempo corre en nuestra contra.

Singla dejó escapar un suspiro.

—Tú ganas. Hablaré con la comisaria Bassa.

—No, perdemos todos —replicó Corberó—. Y ya puestos, ¿por qué no le pides que llame a la General para solicitar la Unidad Canina? Podría sernos útil.

—Joder, vayamos paso a paso, ¿te parece?

—Solo era una sugerencia, para seguir el rastro dejado por el chaval y dar cuanto antes con el escenario del crimen.

—Si ha habido crimen, y si hay escenario. ¿Te imaginas si al final todo queda en una pelea entre adolescentes colocados?

—Haríamos un ridículo histórico.

—¿Haríamos? —ironizó—. Tú y tus malditas intuiciones.

—Únicamente escucho a mis tripas.

—Uno de mis inspectores hace lo mismo y solo nos complica la vida. Si te oyera, te estamparía dos besos.

—Sé de quién hablas. Pero aparte de complicarte la vida, tengo entendido que cierra los casos. Yo en tu lugar no lo criticaría, te ha salvado el culo en más de una ocasión.

—¿Por qué quieres amargarme más la mañana, joder?

Corberó le propuso salir a la calle a tomar un café, él invitaba. Allí no tenían nada que hacer hasta que el chico no se despertara. Singla le preguntó si los médicos no podían inyectarle algo para que volviera en sí y hablase con ellos unos minutos.

—Sería lo más rápido para averiguar qué cojones ha pasado y así nos ahorraría un montón de problemas.

—Se lo he planteado a la doctora y casi me saca a patadas. Diferencia de prioridades. La suya es la salud del paciente y no la pondrá en peligro por la nuestra. Te ahorraré sus descalificativos. Una mujer de carácter.

—¿Le has explicado la situación?

—Y nada, como si oyera llover. Ha esgrimido su responsabilidad, el dichoso juramento, y me ha mandado a la mierda.

Enfilaron hacia la salida de Urgencias. Al llegar a la sala de espera, un grupo de personas con expresiones de dolor y sueño alzaron de repente las cabezas en su dirección con ansiedad.

Singla se detuvo, pensativo.

—Siguiendo tu puñetera teoría, si ese muchacho ha tenido algo que ver con varias muertes...

—Lo sé —interrumpió Corberó—. ¿Por qué entonces se ha dirigido a la comisaría? ¿Para

entregarse? ¿Por remordimientos?

—O simplemente porque es una víctima, un testigo, y tus tripas te toman el pelo. A ti y a nosotros.

—¿Y por qué no ha llamado por teléfono?

—Quizá porque buscaba refugio.

—Lo que entonces significaría... —empezó Corberó.

—Que el asesino, si lo hay, anda suelto por ahí.

—Tal vez un asesino múltiple.

—Joder —repitió Singla—. A oscuras. Estamos a oscuras.

—Ahora te escucho.

Se golpeó contra el cristal con un ruido seco que llamó su atención. La vio quieta, posada sobre la superficie transparente, como si no comprendiera qué la había detenido. Segundos después, volvió a intentar salir por la ventana y nuevamente se dio contra algo que no veía, algo que se interponía entre ella y el exterior. De nuevo, se quedó quieta. Milo se preguntó cuántas veces necesitaría chocar contra algo invisible para que su instinto lo advirtiera de que por ahí no era posible la salida. Se acercó para observarla de cerca. Negra, de tamaño mediano, sus movimientos eran veloces y repentinos. Lo intentó por tercera vez con idéntico resultado. El zumbido empezó a reverberar furioso.

—Ya deberías haber aprendido a lidiar con estas cosas.

En alguna parte había leído que su habilidad para escapar se debía a que contaban con un sofisticado sistema de defensa que las hacía anticiparse a las acciones de su atacante y responder con movimientos muy rápidos, de unos doscientos milisegundos. *Puedes conseguir de mí lo que quieras, me importas mucho.* Se quedó rígido. La entonación tan sugerente de su voz, las erres arrastradas. Sin volverse, vio su reflejo en el cristal, recostada sobre las almohadas. La perfecta estructura de los hombros, la figura esbelta, la cálida piel tostada, el largo cabello ensortijado negro que caía despeinado sobre el pecho. Sensual, de una carnalidad tan atrayente que le resultaba imposible apartar los ojos. *¿Por qué no vuelves a mi lado?* Sintió un temblor en el bajo vientre, en el cerebro y en el corazón. Oyó un nuevo golpe contra el vidrio, esta vez más fuerte que los anteriores.

—Esto va a acabar mal —dijo—. ¿No lo ves?

Desde la sala resonaron las notas de la *Chacona*, la pieza compuesta por Bach para violín en re menor, un lamento en memoria de su esposa, y que luego adaptó Busoni para piano. Una melodía que de súbito le provocó un desfile de imágenes. La ciudad convertida en un pantanal donde sobresalían algunos de sus iconos medio derruidos. La Sagrada Familia envuelta por plantas trepadoras, con solo una de sus torres en pie, medio oculta por la vegetación. La torre Agbar tronchada en dos, el balcón de la Generalitat derrumbado en vertical dentro de una charca, el Arco del Triunfo cubierto por montañas de arena y barro, el edificio del banco de España reducido a escombros dentro de una frondosa jungla, el monumento a Colón partido en varios pedazos, con la estatua del descubridor en el lodo, su dedo profundamente hundido en la ciénaga. Sacudió la cabeza para apartar aquellas visiones de la desolación. Últimamente le ocurría cada vez con mayor frecuencia. Ver cosas irreales, espejismos. Empezaba a inquietarle. *Conmigo no*

tienes nada que temer. Al principio no le dio importancia. Quiso creer. Luego, se sintió asustado. Entonces empezó a dudar de que aquello estuviera pasando de verdad. *Estás a salvo conmigo*. Era imposible que fuera real, no tenía sentido. Por último, se dijo que no habría segunda ocasión. La tentación de rendirse fue muy fuerte. No podía fingir que no había ocurrido.

El piano retumbó trágico, respunteado por nuevos golpes contra el vidrio seguidos del zumbido rabioso y desconcertado.

—Tanta habilidad para escapar y no ves lo más sencillo. Si quieres salir de aquí, tendrás que buscar otro camino.

El cristal le devolvió la imagen a su espalda. Ella cambió de postura, el aleteo indolente de sus manos de artista, unas manos capaces de encender el cielo y apagar el infierno. *Milo, ven conmigo*. La urgencia de saciar el deseo lo dejó sin aliento.

El timbre del interfono lo devolvió a la realidad.

Turbado, la vio chocar de nuevo contra el muro invisible.

—Y ahora lo vas a intentar una última vez —dijo. Salió hacia la cocina—. Y la última te va a matar.

Descolgó el telefonillo. Escuchó quién era y apretó el botón. Acto seguido, abrió un palmo la puerta del ático y regresó a la habitación para terminar de vestirse. Se enfundó una camiseta negra, la sudadera gris y se calzó las deportivas rojas. *Volveremos a vernos*. Abandonó el cuarto a toda prisa sin mirar la cama mientras la mosca continuaba dándose una y otra vez contra el cristal de la ventana.

La subinspectora Rebeca Mercader empujó la puerta resoplando tras subir a pie los cuatro pisos. Media melena, ojos grises, compleción atlética. Milo la abrazó con fuerza en el umbral procurando no aplastar el pequeño terrario que ella llevaba entre las manos. Olió el aroma que desprendía y de nuevo se le aceleró el corazón. Instantes después, Rebeca carraspeó y dijo que estaba a punto de considerarlo acoso. Milo se separó de inmediato y le pidió disculpas. Ella lo miró extrañada. Incómodo, le indicó el interior del piso con el pulgar por encima del hombro y cerró la puerta. Rebeca se fijó en la pila de libros que se mantenía en precario equilibrio junto a la entrada.

—¿Has vuelto con la autoayuda?

—No tiro la toalla. ¿Pasas o prefieres seguir hablando aquí?

—Primero dime que me has echado de menos.

—Cada minuto.

—Entonces supongo que me has traído algo —dijo.

Avanzó hacia la sala sin dejar de mirar alrededor. Señaló las cajas que aún se amontonaban contra las paredes al tiempo que dejaba el pequeño terrario sobre la mesa, junto a un ordenador portátil y varios dossiers desperdigados.

—Eres la hostia, Malart. Si yo tuviera un ático como este, en primera línea de mar, y aquí en la Barceloneta, lo habría convertido en un lugar acogedor en vez de tenerlo como un almacén.

—Segunda línea, y no es mío. Solo se lo estoy cuidando a unos amigos periodistas. Mi estancia aquí es temporal.

—Ya, es lo que vienes diciendo desde hace años. ¿Esos amigos tuyos piensan volver algún día?

—Pregúntaselo a ellos. Están en Siria, cubriendo la guerra.

—Te juro que no los entiendo. Se pasan la vida en las áreas más calientes del planeta en vez de vivir aquí, en nuestra pacífica Barcelona. Están como cabras, y tú tienes un chollo de tres pares.

—Hizo un gesto hacia el terrario—. ¿No le dices nada a tu compañera de piso? Ahí la tienes, cuidada y bien alimentada.

Milo se acercó a la caja de metacrilato donde una pequeña tortuga de tierra permanecía inmóvil sobre una piedra plana.

Se inclinó hacia ella.

—¿Qué tal, Tía? ¿Te ha tratado bien? —La tortuga continuó quieta. Unos instantes y se enderezó—. No es lo mismo.

—¿Qué esperabas, que se pusiera a dar saltos de alegría? No tendrías que haberte desprendido de Tío. El pastor mallorquín y tú hacíais muy buena pareja, erais tal para cual.

—¿Te ha dado algún problema?

—¿Qué problema quieres que me cause una tortuga? Es el animal más aburrido y soso que he visto en mi vida, y eso que me encantan los animales. Pero no puedo con ella, te lo juro. No hay interacción posible. Ni siquiera cuando le di flores tiernas de diente de león, una exquisitez según me dijeron. Se pegó el gran banquete y nada, la tía se quedó igual.

—Gracias por cuidarla mientras he estado fuera.

Ella volvió a mostrar su asombro.

—Te veo y no te reconozco. Antes me has pedido disculpas y ahora me das las gracias. Te muestras amable, incluso afectuoso, en vez de rudo y desconsiderado. ¿Estás tomando alguna medicación o es que te has dado un golpe en la cabeza?

—Mercader, solo ha sido un simple abrazo cordial, lo normal entre compañeros después de una semana sin verse.

—Y yo soy islandesa. ¿Qué ha sido del tipo desagradable y maleducado que vivía aquí? Ya lo tengo —dijo. Exhibió una mueca de triunfo—. Estos días has hecho una terapia para mejorar tus habilidades sociales, ¿me equivoco?

—No me toques los cojones, subinspectora.

—Por fin asoma el auténtico Malart, empezaba a pensar que te habían cambiado por otro. ¿Dónde has estado?

—Por ahí —dijo—. ¿Desde cuándo te pones perfume?

—Crema hidratante, con olor a jazmín. Es buena para la piel, estamos en primavera y yo no soy

una tortuga, yo me cuido.

Milo entornó los ojos y la observó. Era la de siempre; jovial, abierta, vehemente, impulsiva. A veces le resultaba cargante con su carácter inquisitivo y guerrero, siempre a punto para discutirle cualquier cosa, pero tenía que reconocer que juntos formaban un buen equipo. Ella, siguiendo el peso de las pruebas; él, los dictados de su intuición. Y tras superar la tormenta del final de su aventura, cuando por fin aceptó que no estaban hechos el uno para el otro, su relación había fluido hacia una camaradería tan valiosa como sólida, donde pocas cosas o cambios se les escapaban. Por ejemplo, aquella expresión relajada de su rostro, habitualmente tenso, o algo mucho más evidente como el reloj nuevo que lucía en su muñeca, uno de marca.

—Sales con alguien, chica dura —afirmó. Ahora fue Rebeca quien mostró su incomodidad—. Dime que es calvo, con barriga, que está casado y es banquero.

—No es de tu incumbencia. Y además, ¿a ti qué te importa? Es mi vida privada y punto. Como siempre, te precipitas al sacar conclusiones. Tu maldita parabólica. ¿Qué es eso que suena?

—Música clásica.

—Ya sé que es música clásica, no soy una inculta. Te pregunto qué estamos escuchando.

—Ni idea, pero es realmente bueno, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Un poco triste. —Alcanzó el cedé. Vio que se trataba de una pianista, Ella Delambre, y dedujo que era francesa o belga por el apellido—. Toca de narices, y qué ojos tiene, tan verdes.

Milo se lo quitó de las manos y apagó el reproductor mientras ella se quejaba por no haber tenido tiempo de leer de qué pieza se trataba. Quiso saber si era el regalo que le había traído.

—¿Alguna novedad por comisaría? —dijo Milo.

Le contó que había habido dos incorporaciones, una sargento proveniente del área técnica de Tarragona y otra del área de Lleida, ambas expertas en análisis de datos e informática, como soporte para el sargento Crespo.

—Me alegro por el bueno de Toni.

—Por si quieres saber lo que opino —prosiguió—, la primera está demasiado verde para formar parte del Grupo, y a la segunda la veo muy floja, sin carácter. No sé si me entiendes.

—Odias tener competencia femenina, eso es lo que entiendo. Te sentías como una reina siendo la única mujer entre nosotros.

—Sí, como una reina rodeada de cavernícolas. Tendrías que ver al bruto de Cervera babeando detrás de ellas.

—Y además, celosa —dijo Milo. Se puso la cazadora—. ¿Boada ya les ha lanzado su mirada de meapilas?

—¿Por qué Edgar nunca te ha caído bien?

—¿Ese donjuán de pacotilla? —replicó. Abrió un cajón y extrajo la placa y el arma. Se las puso en el cinturón—. No está en el GEHME por méritos propios, sino por influencias.

—Eso no lo sabes, solo lo crees. ¿Vamos a algún sitio?

Camino de la puerta, Milo dijo que le iría bien desayunar algo. Cogió un libro de la pila y se lo puso bajo el brazo. Añadió que tenía la nevera vacía, que por la mañana se había pasado con la natación y necesitaba recuperar fuerzas. Rebeca fue tras él.

—¿Hoy has nadado? ¿Con este mar?

Su voz se perdió por el hueco de las escaleras mientras él las bajaba de dos en dos sin responder. Al llegar a la calle, una ráfaga de aire lo obligó a caminar doblado hacia el pavimento. Dejó el libro en uno de los bancos y se dirigieron hasta el Santa Marta, un bar cercano situado en el paseo Marítimo. Tomaron asiento en la terraza, junto a un parasol plegado. Dos mesas más allá, un hombre vestido con traje y corbata hablaba por el móvil haciendo campana con la mano. El viento les trajo su voz. «No me puedes hacer esto, Ana, por favor», suplicaba, encorvado.

Mercader se puso las gafas de sol, unas Ray-Ban verdes.

—No sé yo si con tanto viento vamos a estar bien aquí fuera.

—Mujer, solo es una brisa.

Hicieron el pedido al camarero, bocadillo de queso y un cortado para él, y para ella un café solo, bien cargado. Rebeca dijo que no se esperaba su llamada aquella mañana, que pensaba que regresaría a lo largo de la próxima semana.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó.

—Anoche, a última hora. Con seis días de vacaciones obligatorias ya he tenido más que suficiente.

—Y por supuesto, no me vas a contar dónde has estado. Secreto de sumario, como si no te conociera.

Milo contempló el panorama en silencio. La fuerza de las olas y sus crestas blancas, los remolinos de arena que barrían la playa, la línea de color azul oscuro trazada con escuadra y cartabón sobre el horizonte. Volvió a sentir la llamada del mar agitado. El último territorio libre... hasta que empezó a llenarse de cadáveres de migrantes. Con el ánimo ensombrecido, vio una veintena de caballos galopando por la orilla, las crines al viento.

—Al menos, habrás cargado las pilas.

El camarero dejó el pedido sobre la mesa. Ella rasgó el sobre de azúcar y lo volcó entero. Empezó a remover con la cucharilla.

—¿Y qué vas a hacer durante la semana que te queda?

Continuó sin responder, abstraído.

—Yo de ti la emplearía en dormir a pierna suelta. —Milo siguió mudo. Ella se dispuso a protestar cuando algo en la expresión de su rostro la detuvo—. ¿Qué sucede?

—Nada, que no estoy fino, no me hagas caso —dijo—. Eso de que el tiempo lo cura todo es mentira, otra más.

—No has logrado olvidarlo, pasar página.

—No me lo puedo sacar de la cabeza. Toda esa gente atropellada, aquí cerca, en nuestra ciudad. —Miró el bocadillo sin apetito, el estómago cerrado—. ¿Soy el único a quien le ocurre?

—El ayuntamiento abrió una oficina para ofrecer ayuda psicológica a los ciudadanos en tu situación, ¿por qué no vas?

—Olvídalo.

—Lo digo en serio. Sé de personas que no podían acercarse a las Ramblas y después de varias visitas ahora pueden cruzarlas sin dar un rodeo. Hazme caso, necesitas un profesional.

—Ya me encargo yo, es mi problema.

—Tú y tu manía a los psicólogos. Han pasado nueve meses.

—¿Se ha sabido algo más del caso Gotha?

—Malart, ya no hay caso Gotha. Está cerrado, el juez fue claro y definitivo. Si no quieres arruinar tu carrera, no le des más vueltas. Y ni se te ocurra acercarte a esos dos, ¿me oyes?

—Todo el mundo comete errores.

—Sí, y tú eres especialista en tropezar diez veces con la misma piedra. Todas las que hagan falta.

Milo se volvió hacia ella.

—Oye, mi especialidad es arruinar cosas, no casos. En mi trabajo funciono, lo sabes. Y no voy a dejar de hacerlo.

—¿De arruinar cosas? —Vio su gesto de irritación—. Vale, no te sulfures. ¿Te vas a comer el bocata o no?

Milo empujó el plato hacia ella y se recostó en el asiento mientras volvía a perder la mirada a lo lejos. El hombre del traje se desgañitaba al teléfono. «¡Una oportunidad, Ana! Eso es todo lo que te pido. ¡Una oportunidad!» Acto seguido, contempló el móvil con desconcierto, como si le hubieran colgado. La corbata aleteó hasta quedar en su hombro. Vacilante, la situó en su sitio, se abrochó la americana y guardó el aparato en un bolsillo. Se levantó, agarró un maletín y se alejó cabizbajo.

—A veces tienes algo especial —dijo ella. Señaló al hombre con la barbilla—. Pero de pronto, la magia ha desaparecido.

—¿Qué hay más allá del mar? —dijo Milo.

—¿Cómo?

—Es lo que le pregunté a mi abuelo hace tiempo, cuando vivía con ellos en Port de la Selva. Era muy pequeño, tendría seis o siete años. —Cabeceó como si le resultara increíble que un día hubiera sido un niño inocente o bien que formulara una pregunta tan ingenua—. ¿Qué hay más allá del mar?

—¿Y qué te respondió?

—Más mar.

Un embate del viento arrastró varias sillas y tumbó un par de parasoles. Mercader comentó que iban a salir volando, que se tomara el cortado y se largaran de allí. Milo bajó la vista hacia la taza. Sobre el café, la espuma de la leche había trazado el contorno de un corazón. Ella le preguntó qué iba a hacer luego.

—No puedes presentarte en la Central. Si te ve Singla, te mete en el calabozo y tira la llave.

—No sé, quizá vuelva a nadar dentro de un rato. ¿A qué hora empiezas tu turno?

—Hoy toca descanso, he estado de guardia el fin de semana.

—¿Algo interesante?

—Todo tranquilo, como una balsa de aceite. Pero ¿no has nadado ya esta mañana? —Milo asintió—. ¿Y no has aprendido la lección con este temporal?

Cogió la cucharilla.

—¿Alguna vez has visto a una mosca partirse la crisma contra un cristal? —Sin esperar la respuesta, dijo—: Pues eso. No hay lección que aprender. Volverá a pasar, eso es todo.

A continuación, hundió la cucharilla en el centro del corazón hasta destrozarlo. Lo hizo con tanta fuerza que parte del cortado se desbordó sobre la mesa.

El despliegue policial fue ampliado a las 8.46. Las unidades recorrieron la montaña de Montjuïc y barrios anejos en busca de algún indicio del supuesto escenario del crimen. De norte a sur y de este a oeste, los agentes batieron la zona a pie o a bordo de sus vehículos. De forma paralela, la alerta fue dada en todos los departamentos, aunque de momento también sin resultado.

Corberó insistió en que necesitaban más refuerzos.

—Lo que no está denunciado, no ha pasado —dijo Singla—. Y a este paso vamos a ser el hazmerreír del Cuerpo.

—Al carajo, allí ha ocurrido algo. Llamemos a los perros.

Singla repuso que ya era bastante que la comisaria Bassa hubiera accedido al aumento de efectivos con lo poco que tenían, y que lo que deberían hacer era despertar a ese chico con un buen chute, interrogarlo a fondo, y luego, por él, como si se pasaba durmiendo hasta las Navidades.

A las 10.12 el departamento de Robos de la comisaría de la plaza de España recibió una denuncia de un Compro Oro en el barrio de Sants. Según el parte, el empleado que solía abrir la modesta joyería a las diez de cada mañana se había encontrado la persiana bajada pero sin cerrar con llave, las alarmas y las cámaras desconectadas, y la caja fuerte del despacho, situado en la trastienda, abierta. Desconocía lo que guardaba en su interior, pero faltaban algunos artículos del escaparate y de las mesas y vitrinas. Después de varios intentos infructuosos por hablar con el propietario, había denunciado el robo. Dos unidades habían acudido al lugar y, tras la primera inspección ocular, también habían procedido a llamar al dueño, Francisco Corona, para informarle del suceso y que se personara en la joyería para realizar el inventario. Al igual que el empleado, sus llamadas tampoco tuvieron éxito. Averiguaron que su domicilio estaba ubicado en la calle Julià, en la montaña de Montjuïc, y conocedores de la alerta activada por esa zona, y de la búsqueda que se estaba llevando a cabo, informaron a la comisaría y esta se puso en contacto con la Central, que enseguida envió una patrulla a aquella dirección. Se trataba de una vivienda

unifamiliar y los agentes llamaron al timbre de la verja. Nadie se puso al interfono. Entonces observaron rastros de sangre en los escalones que conducían al porche de entrada y dieron el aviso.

El dispositivo se puso en marcha de inmediato.

Varias unidades, además de dos furgones del grupo de intervención, fueron enviadas al domicilio de los Corona. La calle fue cortada y el perímetro acordonado. A la espera de la llegada del inspector jefe Singla y el subjefe Corberó, los mandos de los GEI estudiaron el objetivo. La casa estaba situada en la ladera de la montaña, en el lado mar de la calle. Dos plantas más otra inferior, garaje adosado, un estrecho jardín que rodeaba el edificio y otro más amplio en la parte trasera. En la entrada, una verja alta, a continuación un parterre de gravilla, seis escalones y la puerta de la vivienda, sin huellas aparentes de haber sido forzada; en su parte superior, una caja de alarma con el nombre de la compañía y un teléfono al que llamaron para constatar que no había saltado ni estaba conectada en aquellos momentos. En la fachada de la planta de arriba, dos ventanas, la de la izquierda con la persiana levantada, la otra bajada, al igual que el portón del garaje en el lateral derecho. Un naranjo repleto de frutos, situado en el recodo junto a los escalones, sacudía sus ramas a causa del viento. La apariencia de la casa era de normalidad. Salvo por las manchas de sangre en el porche que bajaban hasta la gravilla y se desvanecían a continuación a simple vista.

Cuando Singla y Corberó llegaron al lugar, el responsable del grupo de intervención mantuvo una breve reunión con ellos para informarles del plan de acceso. Ya habían abierto la cerradura de la verja y un agente había llamado al timbre sin obtener respuesta. En el interior oyeron un televisor encendido.

Los tres hombres se miraron con gravedad.

—Adelante —ordenó el inspector jefe Singla.

Rebeca se puso las gafas de sol y salió de la panadería Baluart, la mejor de la ciudad según Milo. Una larga cola de gente que aguardaba su turno en la calle, ancianos la mayor parte, parecía atestiguarlo. Malart se colocó la barra de pan bajo el brazo y fue tras ella. De nuevo les asombró la fiereza de los golpes de viento que dificultaban su avance por la plaza del mercado de la Barceloneta. Los bancos de la explanada, habitualmente ocupados, estaban vacíos, al igual que el parque infantil. Los peatones caminaban bajo las cornisas, lejos de la zona abierta, para protegerse del vendaval. La mayoría eran hombres y mujeres de edad avanzada, algunos acompañados por asistentes, otros en solitario. Solo unas pocas personas se atrevían a arrastrar sus carritos de la compra por el medio de la plaza, sin importarles las inclemencias del tiempo, empecinadas en no cambiar ni un milímetro la rutina a pesar de sus achaques. Rebeca le preguntó de dónde habría salido aquel ventarrón. Ya amainará, dijo él.

—¿Te has fijado? Es una ciudad de viejos —agregó.

Se dirigieron hacia donde ella había aparcado el coche. Una señora, vestida con ropas elegantes, se interpuso. Alargó el brazo hacia Mercader con la intención de ponerle un lacito amarillo en el pecho. Sonó su móvil y la subinspectora la frenó con la mano, se lo llevó a la oreja con rapidez y se dio la vuelta.

Contrariada, mientras trataba de gobernar el cabello lacio que una y otra vez se empeñaba en introducirse por su boca, la mujer se volvió hacia Milo. Antes de que hablara, le mostró la placa y le dijo que estaban de servicio.

—Policía judicial de los Mossos. En otro momento, señora.

Perpleja, se le escapó el lacito amarillo, que salió volando, y corrió en su busca sin cesar de apartarse el pelo de la cara.

Milo se situó ante Rebeca. Por su forma de apretar los labios, dedujo que algo grave había sucedido. Aguardó, tenso.

La subinspectora cortó la comunicación.

—Cuatro víctimas —dijo—, una quinta en estado crítico. Todos de la misma familia. Una superviviente, una niña de dos años. En una casa cerca del museo Miró, calle Julià.

—¿Asesinato y suicidio?

Rebeca negó con un cabeceo seco.

—El padre es una de las víctimas. Crimen múltiple. A golpes. Tengo que ir para allá —dijo. Echó a caminar.

Milo se puso a su altura y dijo que iba con ella.

—Ni lo sueñes, aún estás de vacaciones forzadas. No compliquemos más las cosas. Por lo visto, la escena es dantesca...

Le preguntó si el caso era del GEHME y ella asintió.

—Pues mi descanso ha terminado.

La calle Julià solo tenía una vía de acceso. Siguieron las indicaciones del GPS y tomaron por el Paralel hasta el teatro Condal, donde doblaron por Margarit y ascendieron hacia la montaña. Al llegar al campo municipal de fútbol de la Satalia tuvieron que detenerse, un gran número de vehículos impedía el paso. Rebeca aparcó en un vado e hicieron el resto de la subida a pie. Una cinta balizadora cortaba la entrada de la calle. Ella le dijo que esperase allí hasta que regresara. Luego, mostró su placa a los agentes, quienes levantaron la cinta de inmediato y pasó por debajo. Acto seguido, se volvió hacia él.

—No te muevas, ¿estamos? Voy a preguntar, no tardo nada.

La vio alejarse con su andar elástico, esquivar a diferentes grupos de agentes. La zona estaba invadida por toda clase de vehículos. Policiales, ambulancias, los furgones de los GEI, de los forenses, de la Científica. Estiró el cuello y estudió la calle. Calculó que mediría unos doscientos metros. Sin salida. A ambos lados se repartían casas individuales de dos plantas más garaje. Contó unas treinta, quince por banda, las señoriales mezcladas con las más modestas; la mayoría construidas en el siglo pasado, de estilo clásico catalán, salvo unas cuantas de apariencia moderna. En algunos balcones pendían banderas *estelades* y en otros, españolas. Distinguió varias plantas bajas, supuso que comercios, una de ellas con un rótulo que no logró leer. A simple vista era una zona de clase media acomodada, cerca de otras no tan privilegiadas como el barrio del Poble Sec, que se extendía más abajo, a poca distancia. A su espalda, unas escaleras conducían hacia la montaña de Montjuïc, ascendiendo por un área arbolada hasta la avenida Miramar. Oteó por encima de los tejados. Al fondo, coincidiendo más o menos con el final de la calle, reconoció las líneas arquitectónicas del museo Miró. Había pasado cientos de veces por allí y jamás había reparado en la existencia de aquella calle escondida en un enclave tan inusual.

Extrajo su placa y se la mostró a los agentes.

—Menuda zona para vivir —dijo—. Cuánta paz.

Se la colgó al cuello, traspasó la cinta y zigzagueó entre los vehículos hacia la segunda casa ubicada en lado mar, el escenario del crimen. La primera era un almacén de similar altura, con paredes de hormigón y tejado de uralita. Al torcer por un furgón forense, chocó con Singla. A su lado estaba Mercader, callada como una tumba, la comisaria jefe Anna Bassa, con expresión circunspecta, y un oficial a quien no conocía, de baja estatura y fornido como un armario.

—Jefe —dijo, con naturalidad—, ¿qué tenemos?

—Joder, Malart, ¿no tenías que estar en Australia?

—¿Falta mucho hasta que podamos entrar en la casa?

—Va para largo, los de la DPC tienen mucho por hacer. Y tú no vas a ningún sitio. Que yo sepa, continuas de vacaciones.

Milo saludó a Bassa con una leve inclinación de cabeza.

—Comisaria.

—Inspector Malart. Confío en que te haya sentado bien el descanso. —No era una pregunta y Milo se limitó a encoger los hombros—. Todavía no sé si alegrarme de tu regreso prematuro o no. Es lo que estábamos discutiendo en este momento.

El oficial fornido afirmó que toda colaboración era bien recibida y le extendió una mano.

—Subjefe Jaume Corberó, de la comisaría de la plaza de España. —Milo se la estrechó al tiempo que se fijaba en su reloj de muñeca, uno clásico, con la correa desgastada—. Tú debes de ser el dolor de muelas de la Central, el que escucha a sus tripas.

—¿Subjefe?

—Tranquilo, yo también escucho a las mías.

—Comisaria —intervino Singla—, como te decía antes de ser interrumpidos por Mercader, el hallazgo del escenario del crimen se lo debemos al subjefe Corberó y a su olfato.

Bassa le preguntó por el estado de la mujer que había sido evacuada al hospital. De extrema gravedad, dijo Singla. Leyó su libreta: Pilar Bonavena, setenta y un años, madre de Francisco Corona, el propietario de la joyería de Sants.

—Presenta varias fracturas craneoencefálicas, y a su edad...

—¿Y la niña?

—También camino del hospital. Eva Corona Ugarte, dos años, la hija pequeña de la familia. Sin un rasguño. La hemos hallado en su cuarto de la planta superior, profundamente dormida en la cama, lo más probable por un potente narcótico.

—¿Al igual que el joven? —Singla asintió—. Ese muchacho me da mala espina. ¿Sigue en Urgencias?

—Lo han trasladado a una habitación de planta. Continúa bajo vigilancia mientras los médicos supervisan su estado.

—Que la refuercen. Prohibido que reciba visitas, de ninguna clase. Lo quiero aislado hasta que podamos interrogarlo.

—Entendido.

La comisaria Bassa repasó sus rostros.

—Tenemos cuatro víctimas, tal vez cinco —dijo—. Esto va a ser portada de la prensa y titular de todos los telediarios. Los padres, dos de los hijos y quién sabe si la abuela, asesinados a golpes. Un crimen morboso y repulsivo, la carnaza perfecta para los medios. No hace falta señalar que nos vamos a ver en el ojo del huracán. —Una ráfaga de viento azotó la calle—. No vamos a escatimar en medios ni hombres, y no pienso permitir recelos entre comisarías, ¿queda claro, subjefe Corberó? La Central se encargará del caso y tú te pondrás a nuestra disposición.

—A la orden, comisaria.

—Bien, ¿sabemos algo del juez?

—Ya hemos dado aviso al juzgado, estará al caer.

—Entonces habrá que despejar la zona al máximo para permitir la llegada de la comitiva judicial. Esta calle es una pesadilla para la circulación, un atolladero de ratas.

—Yo me ocupo —dijo Corberó, y se marchó dando órdenes.

—¿Qué hay de los vecinos?

—Hemos ido casa por casa para pedirles que no se acerquen a la zona acordonada y que estén disponibles más tarde para tomarles declaración —dijo Singla—. Les hemos rogado colaboración y que se armen de paciencia, aunque va a ser imposible evitar que tomen imágenes y las suban a las redes.

—¿Tiene salida esta calle del demonio?

—Peatonal, unas escaleras por el otro lado.

—Pues tendrán que resignarse a dejar hoy el coche en casa. —Se volvió hacia Milo. Respiró hondo—. Inspector, te reincorporas en este momento. No quiero problemas. Te vas a centrar en este caso y solo en este caso. Repito, solo en este caso.

Milo asintió.

—Quiero oírtelo decir.

—Solo en este caso, comisaria.

—Así lo espero. —Echó un vistazo—. ¿Qué hacen aún aquí los GEI, presumir de armamento? Jefe Singla, acompáñame.

Rebeca y Milo los observaron alejarse.

—Ha habido suerte —dijo ella—, no te quejarás.

Milo miró a izquierda y derecha. Hizo una mueca.

—Cuánta paz —murmuró—. Menuda zona para morir.

Se quitaron de en medio durante la espera, situándose un par de casas más allá para no molestar. Observaron las constantes idas y venidas de los miembros de la Científica, de la casa a los furgones y de estos de nuevo a la vivienda, vestidos con aquellas indumentarias blancas de los pies a la cabeza que les daban la apariencia de unos astronautas. Los vieron estudiar palmo a palmo toda la zona exterior con minuciosidad, sacando fotos, agachándose para dejar una cuña numérica y, acto seguido, recoger lo que fuera que les hubiese llamado la atención para luego introducirlo en una bolsa de plástico sellada mientras otros raspaban las superficies con espátulas o bien pulverizaban aquí y allá para identificar una sustancia. Una vez despejada la zona de vehículos, habían marcado el camino sucio de unas pisadas de sangre que salían de la casa, aquellas que no habían sido estropeadas por los neumáticos. Bajaban por las escaleras, cruzaban el parterre de gravilla y continuaban por el asfalto hasta uno de los contenedores de basura

situados al inicio de la calle, a unos cuarenta metros en diagonal de la vivienda. El número de cuñas ya superaba la treintena y ambos intercambiaron una mirada de preocupación al imaginarse la cifra del interior de la casa tras acabar la recogida de pruebas y muestras.

Corberó se detuvo ante ellos para cambiar impresiones. Mercader le preguntó cómo había empezado el caso. Les puso al corriente de forma concisa, sin extenderse en detalles.

—Ir manchado de sangre no es ilegal —murmuró Milo.

—¿Iba descalzo? —dijo ella—. ¿Qué ha sido de su calzado?

—No lo han hallado en la casa. Los de la Científica suponen que lo tiró al contenedor, por el rastro de pisadas. Solo son de ida. El problema es que anoche lo vació el camión de la basura, igual que los otros. Hemos dado orden de buscar en el vertedero, pero va a resultar una pérdida de tiempo.

—Puede haber otras explicaciones —dijo Milo.

—De acuerdo. Pero está lo de la sangre en sus ropas. Hasta que no nos lo aclare, su custodia está más que justificada.

—No digo lo contrario, subjefe, solo que de momento ese muchacho no ha cometido ningún delito que sepamos.

—Que sepamos —repitió Corberó—. Esa es la clave.

Se alejó con paso lento. Milo se cruzó de brazos y se apoyó en un murete, la vista en el suelo. Vio una cucaracha caminando sobre el asfalto. Mercader le preguntó en qué estaba pensando.

—Las personas no encajamos; los insectos, sí. Da que pensar, ¿no crees? El mundo es suyo.

—Escribe eso en el informe y te cubrirás de gloria.

Milo pensó en la tragedia que una familia había vivido en aquella casa, algo fuera de la comprensión humana. El horror. No le hacía falta entrar y verlo, podía figurárselo. Se preguntó por la diferencia entre los bichos y las personas mientras comenzaba a tararear la melodía de Bach sin darse cuenta.

—Las pruebas y los análisis van a tardar —dijo Rebeca—. Como ese chico no se despierte pronto y nos cuente algo que no encaje, lo vamos a tener crudo para poder acusarlo.

—Tendrás que lucirte en las preguntas cuando le tomes declaración. Tú eres la experta en análisis de la conducta, chica dura. Y solo dispondremos de cuarenta y ocho horas, setenta y dos como medida excepcional —dijo. Aquel era el plazo que podrían retenerlo antes de ponerlo a disposición judicial o dejarlo en libertad si no presentaban cargos.

—No es mucho tiempo.

—Para él, una eternidad.

—No empieces, joder. Con unos crímenes tan sangrientos es imposible que el asesino no tenga salpicaduras en la ropa. Una forma de ocultarlas es empaparse con la de las víctimas.

—Él también fue golpeado en la cabeza. ¿Crees que sus heridas defensivas solo son una representación, una farsa?

—Ahí dentro se ha cometido una atrocidad y...

—Para el carro, Mercader —atajó—. Lo único que digo es que es muy pronto para llamar al pelotón de ejecución, nada más. —Rebeca lo fulminó con la mirada—. Todo cristo se va a ensañar con ese chico, no hagamos nosotros lo mismo. Al menos, concedámosle el beneficio de la duda. Es lo justo.

Ella dio unos pasos, regresó. Puso los brazos en jarras.

—¿Tú por dónde empezarías?

—Por hablar con el vecino de enfrente. A lo mejor tiene la pierna rota y lo ha visto todo a través de unos prismáticos.

—¿Qué coño hace Malart aquí? —dijo una voz que ambos reconocieron al instante—. ¿No lo habían enviado a Siberia?

El inspector Edgar Boada se aproximó junto a su compañero, el inspector Víctor Sena, quien se retrasó adrede unos metros. Vestía americana y camisa, sin corbata, siguiendo la moda italiana de conjuntar tejanos con zapatos marrones, tan apuesto como siempre, con el flequillo rubio perfectamente peinado y la sempiterna cara de no haber roto un plato en su vida. El segundo, en cambio, lucía su habitual expresión de sueño eterno, la personificación del cansancio, con barba de dos días, vestido de manera gris y con el aire impostado de estar en Babia.

—Boada, veo que sigues adicto al Loctite.

—¿Qué intentas decirme con eso?

Milo extendió una mano en dirección a Sena.

—¿Todo bien?

—Se hace lo que se puede, Malart —dijo. Se la estrechó.

—Oye, que te estoy hablando —dijo Boada.

—¿Los niños bien?

—Dando guerra, como tiene que ser —dijo Sena.

—Como tiene que ser.

El inspector Boada carraspeó, incómodo.

—¿Qué coño es Loctite?

Para Milo era inexplicable que alguien como aquel tipo perteneciera al Grupo. Un lameculos previsible, sin imaginación, solo atento a cumplir con el protocolo sin desviarse un milímetro, incapaz de hacer algo que no sirviera a sus intereses y con una predilección obsesiva por los politiqueos con tal de prosperar. Podía transigir con su falta de luces, pero no con su modo de tratar a las mujeres, como si fuera un regalo del cielo para ellas. Y luego estaba su espantoso gusto por los relojes de muñeca; grandes, ostentosos, pesados. Por no hablar de su costumbre de mascar chicle a todas horas sin cerrar la boca, haciendo aquel ruido tan irritante. Todo junto le provocaba una oscura animadversión. No le convenía como enemigo dado sus contactos en el Cuerpo, pero era superior a sus fuerzas. Sencillamente, no podía con él. Como una mosca con un cristal.

—No es el próximo comisario, tranquilo —dijo.

—¡Queréis parar ya de hacer el capullo! —soltó Rebeca.

Un estruendo de motores y voces llegó hasta ellos. Se giraron a tiempo de ver cómo varios hombres y mujeres bajaban de unas motos y, cámaras y micrófonos en ristre, se agolpaban junto a la cinta balizadora.

—Y como no teníamos ya bastante... —empezó Milo.

—... aquí está la jauría montada del Canadá —terminó Sena.

Con el revuelo armado por la llegada de los medios, la atención se desvió de la casa a los forcejeos de los agentes por contenerlos más allá de la cinta, lo que favoreció que pasara inadvertida la salida de la casa de Goyo Bonhora, el forense jefe del Instituto de Medicina Legal, con el rostro marcado por una expresión lúgubre y más pálido de lo habitual. Orondo, de complexión corpulenta, se apoyó con un brazo en el furgón blanco; luego, se bajó la mascarilla, cerró los ojos y respiró con hondura. Se mantuvo inmóvil unos instantes, la cabeza gacha. Al cabo, volvió a subirse la mascarilla, hizo unos estiramientos con los hombros y, pesaroso, volvió a dirigirse a la casa con paso lento.

—No tiene buena cara —comentó Rebeca.

—Lo que no presagia nada bueno —dijo Milo.

Más allá del tumulto, dobló la esquina el inspector Tomás Rojo, imperturbable y experimentado, con su andar tranquilo, seguido a pocos pasos por el inspector Arturo Cervera, desmadejado, caminando de forma peculiar a causa de sus pies planos y resoplando tras subir la pendiente de la calle Margarit. Llegaron hasta donde aguardaban los demás miembros del GEHME. Después de cruzar unos saludos, Rojo señaló con su pesimismo habitual que estaba seguro de que la espera se iba a alargar todo el día. Cervera se sentó en el suelo, descargando toda su humanidad con un sonoro jadeo.

—Y los medios han llegado antes que el juez —dijo.

—Nada extraño —repuso Rebeca—. La estrella de la función siempre es la última en hacer su entrada.

—Pues dependiendo del que haya tenido la mala suerte de estar de guardia y lidiar con este marrón, nos va a leer a todos la cartilla por el jodido asunto de las filtraciones, como si lo viera.

Milo tomó asiento a su lado. Estiró las piernas.

—Mientras no sea el tocapelotas de Losada —dijo.

—Todos son unos tocapelotas, Malart —sentenció Cervera, la voz ahogada—. ¿Tú no estabas en la Patagonia?

—Más ejercicio, Cervera. Tienes que hacer más ejercicio o comer menos para rebajar esa tripa. Un día te va a dar un infarto.

El inspector torció el cuello en su dirección.

—Malart, te veo cambiado. ¿Estás siendo simpático?

Rebeca les puso al corriente de lo que Corberó les había contado. Luego dijo que, según ella, lo primero que tenían que hacer era investigar a la familia en busca de trapos sucios, empezando por la figura del padre, el propietario del Compro Oro que había sido robado durante el fin de semana.

—Nadie mata a cuatro miembros de una misma familia, quizá cinco, sin motivo. Y las casualidades no existen.

—¿Sabemos algo ya del arma del crimen?

—Solo que ha sido a base de golpes —dijo—. Los cinco.

—Ajuste de cuentas, fijo —declaró Boada—. Si el padre no fuera una de las víctimas, nos facilitaría las cosas. Un caso clásico de violencia doméstica.

—Si quieres algo fácil, dedícate a otra cosa —dijo Sena.

—Yo tampoco me he encontrado nunca un caso sencillo en toda mi carrera —comentó Rojo.

—Me refería a que...

—Boada, sabemos a lo que te referías —cortó Cervera.

Rebeca se apresuró a plantear que deberían comenzar por interrogar a los vecinos y al entorno de cada miembro de la familia, sin olvidar la investigación a fondo y de forma paralela del chico que aún seguía profundamente dormido en el hospital.

—Ese chico, el tal Lucas Torres Ortiz, ¿tiene antecedentes?

—Llama al sargento Crespo a la Central y se lo preguntas.

—Joder, va a ser un curro de no te menees —opinó Sena—, y solo estamos a lunes.

—Ya salió el hombre agotado. ¿Pero tú no duermes o qué?

—Nunca es bastante. Esto tiene pinta de horas extras por un tubo y de adiós a los fines de semana.

—A lo mejor el chaval confiesa y caso cerrado.

—Y mi padre es Messi, no te jode. ¿Visteis el partido? Lo grabé —dijo Sena. Cambió la expresión de cansancio por una de júbilo—. Qué tío este Messi. Él solito pudo con el equipo de Pérez, se los merendó cuando quiso y como quiso. Dos goles como dos soles. Es el mejor del mundo, sin discusión.

—O sea que el sábado mojaste —se burló Cervera.

—Sí, mis hijos, la cama. Se pusieron como locos con el segundo gol y a ver quién les prohibía los refrescos.

Milo se levantó de súbito y anunció que iba a comer algo.

—Tendrás que bajar hasta el Paralel —indicó Sena.

—Si hay novedades, me llamáis —dijo. Miró a Rojo, quien asintió con un cabeceo—. Mercader, ¿te apuntas?

Se dirigió hacia el final de la calle. Ella aceleró el paso.

—El camino más corto para llegar al Paralel es por donde hemos venido —dijo—. Creía que tenías hambre.

—Y la tengo, pero estaba harto de perder el tiempo. Por aquí podemos aprovechar para estudiar la calle y su otro acceso.

—¿No te importa entrar en la casa después que los demás?

—No lo haremos —aseguró—. Sé cómo trabajan Márquez y su equipo, y van a peinar hasta el último pelo de la alfombra.

Se detuvo ante un edificio de planta baja y leyó el rótulo.

—Extraño lugar para una tienda de artículos de rugby, ¿no te parece? Esto es el culo del mundo.

—¿Cómo sabes que hay una alfombra? Yo no tengo en casa.

—¿Por qué echas tantos cables a Boada? Me he dado cuenta.

Rebeca se quedó sin habla, rígida. Evitó el contacto visual.

—No jorobes, Mercader. Con ese, no. La virgen, tú no.

El camarero les sirvió los platos, tortilla de patatas con pan con tomate y calamares para Milo, su menú de primavera, y ensalada y bistec para Rebeca. Después de recorrer el último tramo de la calle, habían bajado por unas escaleras estrechas y desiguales que conducían a un pequeño descampado, donde el ayuntamiento había puesto un par de bancos para poder denominarlo parque. Unos grafitis adornaban el muro de contención de la montaña. De ahí, descendieron un par de calles con desniveles de vértigo y llegaron hasta el paseo de la Exposición, donde el tráfico se semejaba al del resto de la ciudad. Al otro lado, en la esquina, vieron un restaurante y un bar. En la entrada del primero, una pizarra anunciaba todo tipo de arroces y los precios. En el segundo, un menú barato y los platos. Entraron en el bar y se sentaron a la barra.

—Me das a escoger entre langosta y tortilla de patatas, y elijo tortilla de patatas con los ojos cerrados —dijo Milo entre bocado y bocado—. Es lo mejor. Si está bien hecha, no hay nada que se le pueda comparar. Nada, ¿me oyes? Ahora bien, no es algo sencillo de hacer. Está al alcance de muy pocos.

—¿Y cómo está la tuya?

—La han hecho con el culo.

—Pide langosta.

—Prefiero esta mierda, ¿no me escuchas o qué? Espero que al menos se saque el chicle de la boca antes de besarte.

El resto de la comida transcurrió en silencio.

Regresaron a la calle Julià por el mismo camino. Con cada paso, Milo tuvo la impresión de estar alejándose de una realidad nítida, conocida y manejable, para adentrarse en otra desenfocada, confusa y gobernada por otra clase de códigos. Un grupo de chicos y chicas ocupaban ahora uno de los bancos del descampado, con las mochilas y los libros del instituto amontonados en el suelo de tierra. Sus risas, más el olor a porro, les hicieron observarlos; Rebeca, con detenimiento; Milo, con envidia. En el otro banco, un perro mestizo tiraba de la

correa que sujetaba un hombre sentado pugnando por acercarse a la diversión del banco vecino. El hombre, harto de los estirones, le soltó unos fuertes manotazos en el lomo que provocaron el gemido del mestizo.

Milo acortó la distancia en dos zancadas.

—Golpea ese perro otra vez y te parto la crisma, mamón.

Un denso silencio se extendió por el pequeño descampado. Los jóvenes contemplaron al tipo alto hincar la rodilla en el suelo, acariciar la cabeza del perro con ambas manos y murmurarle unas palabras, todo sin apartar la gélida mirada de los ojos del hombre sentado. Rebeca le dijo que ya era suficiente.

—Creo que ya ha quedado claro, ¿verdad, señor?

Asintió varias veces, intimidado. Reanudaron la marcha subiendo las escaleras. Milo reconoció que se le había ido la olla.

—Es que no trago a los mierdas.

—No tendrías que haberte desprendido de Tío —repitió ella.

Llegaron hasta donde aún aguardaban los otros. No había habido ninguna novedad. La espera se alargó un par de horas más. Por fin, los miembros de la Científica empezaron a abandonar la casa, cargados con sus maletines plateados y el resto de bártulos, que fueron introduciendo con parsimonia en los furgones. Los inspectores desfilaron en completo mutismo hacia el domicilio de los Corona, con la subinspectora Mercader a la cabeza y Milo cerrando el grupo.

—Toda vuestra —dijo Márquez, en el porche. Les fue entregando guantes de látex y protectores de calzado—. Que os sea leve, espero que tengáis el estómago vacío.

Milo llegó hasta su altura.

—¿Cuándo tendrás el informe?

—Yo también me alegro de verte, Malart.

—En serio, vamos a necesitarlo con más urgencia que nunca.

Manu Márquez se acarició la perilla blanca. Simuló que meditaba mientras se ajustaba las gafas con montura de pasta.

—Estará listo cuando esté listo —dijo—, no antes.

—¿Habéis encontrado algo... de peso?

—¿Te refieres a fotos del asesino machacando la cabeza de cada una de las víctimas?

Sintió un helor atravesarle el pecho. Le sostuvo la mirada.

—¿Sabéis con qué?

Hizo un gesto de impaciencia.

—No puedo avanzarte nada hasta que no haya procesado las pruebas. Habla con Bonhora.

—Te sienta bien el traje de polietileno.

—He oído que estabas de vacaciones forzosas.

—Vamos, Márquez, quedará entre tú y yo.

El responsable de la Científica se aclaró la garganta.

—Con un objeto de tamaño medio —dijo—, de tacto áspero, con aristas irregulares, pesado, tosco y que desprende restos terrosos. Será fácil de identificar: en sus cantos habrá pelos, sangre y fragmentos de huesos. Si lo encuentras, avísame.

Milo tragó saliva.

—¿Una piedra?

—O varias.

Fue el último en acceder al interior.

Se tomó su tiempo en calzarse los protectores y ponerse los guantes mientras observaba la gruesa puerta de entrada, astillada por el ariete de los hombres del GEI. Comprobó que la cerradura no había sido forzada y permaneció inmóvil unos instantes, apartando de su mente todo aquello que pudiera distraerlo. Ya experimentaba en la nuca la conocida sensación antes de entrar en el escenario de un crimen, una mezcla de tensión, aprehensión y nerviosismo que se traducían en cosquilleos, escalofríos y cierto vértigo. Sabía cómo combatirla, lo que no significaba que fuera tarea sencilla. Debía desconectar las alarmas de su organismo y activar la percepción de sus sentidos, convirtiéndose en una máquina de procesar impresiones. Como le ocurría en aquellos momentos con el olor que despedía el interior de la casa. Ferruginoso, metálico, acompañado por otro acre y penetrante, de excrementos y putrefacción. Se le erizó la piel, se le aceleraron el pulso y la respiración, y empezó a notar el sudor resbalando por la espalda, señales atávicas que lo conminaban a retroceder, a huir de allí.

No les hizo caso.

Dio un par de pasos sobre el embaldosado de gres color terracota y entró en una amplia estancia dividida en dos espacios, un comedor y la sala a renglón seguido. Lo primero que le vino a la cabeza fue que por allí parecía haber pasado un tornado. Sillas volcadas, lámparas y otros objetos de decoración hechos añicos, trozos de cristal y porcelana desperdigados, cojines y cuadros tirados. Lo segundo, que había entrado en un matadero. En las paredes, como lienzos de Pollock, multitud de salpicaduras rojo oscuro. En el suelo, varios charcos de sangre coagulada. Y volando por todas partes, moscas, muchas moscas.

Observó la mesa rectangular de seis comensales, orientada hacia el televisor en el centro de la pared opuesta y también con la pantalla salpicada de manchas rojizas. En la cabecera, un hombre sentado, con el torso y los brazos atados al respaldo de la silla con cinta americana, desplomado hacia delante, con la cabeza a dos palmos del mantel, los tobillos atados a las patas del asiento. A su derecha, una silla ladeada sobre un charco de sangre con varias marcas, las que dedujo que habría dejado la camilla donde la anciana había sido transportada a la ambulancia. A continuación, un muchacho de unos quince años, también sentado y atado como el hombre, la cabeza inclinada hacia atrás, amordazado, los ojos entreabiertos mirando al techo. Al otro lado de la mesa, a la izquierda del hombre, un nuevo sitio vacío, el de acceso más directo a la cocina, el lugar que probablemente habría ocupado la esposa; la silla volcada junto a una zapatilla rosa de

estar por casa, sobre un charco de sangre del que partía un reguero como el que dejaba un cuerpo al ser arrastrado. Conducía a lo que supuso que era la cocina, donde asomaban unos pies en el umbral; uno, desnudo; el otro, calzado por el par de la zapatilla rosa. Junto al sitio de la madre, una quinta silla vacía, desplazada en perpendicular; a diferencia de los demás, sin charco en el suelo ni apenas salpicaduras sobre el mantel. Por último, en la otra cabecera, la sexta silla, también vacía, torcida en la esquina, en diagonal al televisor, sin casi manchas de sangre a su alrededor. Sobre la mesa, el resto de un pastel casero de chocolate en una bandeja, trozos de pan, dos botellines de cerveza vacíos, otro por la mitad, dos jarras de cristal, ambas con un tercio de agua, y una lata de Coca-Cola. Algunos platos contenían porciones de la tarta a medio comer.

—¿La televisión estaba...? —dijo Milo. Tuvo que detenerse, la garganta seca. Carraspeó, apartó una mosca y prosiguió—: ¿La televisión estaba apagada o encendida?

Goyo Bonhora salió de la cocina. Se bajó la mascarilla.

—Encendida —dijo—, el volumen bajo. Después de procesarla, Márquez ha decidido apagarla, para no volvernos locos.

Se contemplaron, los rostros circunspectos. Milo se aproximó hasta el forense jefe y le dio un abrazo suave. Luego, le palmeó el hombro un par de veces. Bonhora, perplejo, le preguntó si se encontraba mal.

—No empieces tú también, joder. ¿Hora de las muertes?

—¿Verdad que está raro? —dijo Rebeca. Terminó de bajar las escaleras y se situó entre ambos—. Desconocido, diría yo.

Señaló la zona de los sofás, uno de tres plazas y otro de dos, situados en perpendicular, con una mesilla baja en el centro sobre una alfombra árabe de imitación, y le dijo a Milo que tenía razón, que ahí estaba su alfombra.

—Goyo, ¿hora de las muertes? —repitió, inexpresivo.

Según su análisis preliminar, explicó que, por la ausencia de *rigor mortis* y el estado de descomposición de los cuerpos, calculaba que los crímenes se habían cometido en un margen comprendido entre más de veinticuatro horas y menos de cuarenta y ocho. Milo lo miró en silencio y aguardó a que fuera más concreto. Bonhora dijo que no era amigo de hacer conjeturas. Malart siguió esperando. Reticente, el forense acabó diciendo que a falta de llevar a cabo las autopsias se decantaba por alrededor de las treinta y seis horas. Añadió que un lapso aproximado entre las ocho y las doce de la noche del sábado era más que plausible, una hipótesis que coincidía con la de Márquez tras estudiar la escena del crimen.

—Aunque él nunca lo reconocerá —dijo— hasta no obtener el aval de las pruebas en el laboratorio, ya sabes cómo es.

—¿Algo sobre el orden de los asesinatos?

—Imposible de precisar, no insistas. Y menos, tan pronto.

—No jorobes, Goyo. Háblame de esa hipótesis.

Bonhora sacudió la mano para espantar varias moscas.

—Todo indica que el padre fue torturado —dijo—. Salvo la hija mayor, es quien presenta mayor número de daños.

Señaló con un gesto hacia arriba, donde yacía la joven en el pasillo de la planta superior, cerca del cuarto de su hermana pequeña. Le preguntó si quería verla. Luego, dijo Milo. Recogió del suelo una foto enmarcada, el cristal roto. Era una instantánea reciente de la familia Corona y había sido tomada en la sala, en el sofá de tres plazas, durante las últimas Navidades, según los adornos que aparecían. El padre estaba sentado en el centro, con expresión ufana, flanqueado por su madre y su esposa, esta última con la hija pequeña en la falda. En los extremos, cada uno sentado en un brazo del sofá, estaba el chico y su hermana mayor, la única que no aparecía sonriente.

—Continúa, Goyo.

—Todos los cuerpos presentan traumatismos craneoencefálicos. Como te decía, el más dañado es el de la hija mayor. Su rostro fue machacado, casi desfigurado por completo.

Milo enarcó una ceja.

—¿Podría tratarse de otra joven?

Mercader hizo un gesto negativo. La Central acababa de confirmarle la identidad por las huellas dactilares. Noelia Corona Ugarte, diecisiete años, estudiante. Aún no tenían sus placas dentales, pero no había ninguna duda de que se trataba de ella.

—Presenta heridas defensivas en brazos y manos, forcejeó con su atacante —dijo Bonhora—. Hemos hallado restos de piel bajo sus uñas, Márquez se los ha llevado para realizar análisis de ADN. El siguiente en cuanto a golpes recibidos es el padre.

—Francisco Corona Bonavena —dijo Rebeca—, cuarenta y seis años, propietario del Compro Oro, la joyería Corona.

—¿Torturado ante su familia?

—Al contrario —repuso Bonhora—, su familia fue asesinada delante de él. Nuestra teoría es que, menos a la hija mayor, los asesinaron uno a uno ante sus ojos.

El forense jefe se acercó hasta el cuerpo del muchacho y dijo que todos los familiares, menos las dos hermanas, fueron amordazados y atados de pies y manos a sus sillas con cinta aislante. El hijo, Raúl Corona, de catorce años, presentaba dos golpes en la cabeza; uno leve en la parte superior, cerca de la sien, que le produjo desgarros y sangre, pero ninguna fractura, y otro más contundente a la altura de la coronilla que le causó una fractura craneal deprimida y un gran hematoma subdural, sin duda el golpe letal. Señaló la herida con el dedo.

—Su muerte fue casi instantánea —dijo.

Con cuidado de no pisar ninguno de los charcos de sangre, se dirigió al lado opuesto de la mesa hasta situarse frente al sitio vacío donde se hallaba una silla volcada, el más cercano en línea recta a la cocina. Puso las manos en paralelo para indicar el lugar exacto y dijo que allí había estado sentada la esposa, Patricia Ugarte, de cuarenta y un años. Siguió el reguero sanguinolento hasta la cocina, donde yacía el cuerpo de la mujer echado de lado, aún con la mordaza en la boca y trozos de cinta aislante en brazos y tobillos. Bonhora dijo que ella también

había recibido dos golpes, uno leve y otro salvaje, mortal de necesidad, tal y como reflejaban sus heridas, muy semejantes a las de su hijo.

—Su muerte también fue casi instantánea.

Regresaron a la sala. Bonhora se desplazó al lado opuesto de la mesa, de nuevo sorteando los charcos de sangre coagulada, y se detuvo ante el sitio vacío donde había una silla ladeada. Explicó que allí habían hallado sentada a la anciana, Pilar Bonavena, de setenta y un años de edad, la abuela de los niños, atada y amordazada, inconsciente y en estado crítico. Al igual que su nuera y su nieto, también presentaba dos golpes, pero a diferencia de ellos ninguno contundente.

—El asesino debió de considerar innecesario aplicar más fuerza —dijo Bonhora—. Y no se equivocó. Dada la edad de la mujer, la pérdida de sangre que ha sufrido y la gravedad de sus heridas, no confiamos demasiado en su recuperación.

—Es un milagro que aún no haya muerto —dijo Rebeca—. Ha permanecido alrededor de un día y medio atada de pies y manos a una silla y sangrando, con la boca tapada.

Bonhora soltó varios manotazos para apartar las moscas. Mercader preguntó si no podían echar algo para liquidarlas de una vez y el forense repuso que los de criminalística ya habían rociado el escenario con insecticida tras terminar de procesarlo.

—Pero son de acero, inmunes al veneno. Y muy tozudas.

Milo volvió a observar la foto de la familia, tomada hacía pocos meses en un momento feliz. Señaló el rostro de la niña.

—¿Y ella?

—Eva Corona, dos años —dijo el forense—. Sin un rasguño ni rastros de cinta aislante en boca, brazos o tobillos. A la espera de los análisis, creemos que fue drogada durante la cena, al igual que el resto de la familia. Es la suposición más lógica. Aunque yo no me esperaría gran cosa de los resultados. Les dieran el narcótico que les diesen, esas sustancias no suelen permanecer en sangre muchas horas. Nuestra esperanza reside en los restos de comida y bebida; se han llevado muestras para analizarlas.

Milo pensó en el terror de las víctimas y deseó que la dosis hubiera sido lo suficientemente alta como para que su pánico ante una muerte segura hubiese durado lo menos posible.

—¿Fueron conscientes? —preguntó—. ¿Sufrieron?

—Depende del objetivo del asesino. Si pretendía noquearlas por completo o si solo quería debilitarlas para que no opusieran resistencia mientras las inmovilizaba. En este caso, es posible. De todas formas, habrían estado medio groguis.

—Es un consuelo. —Señaló al padre en la foto—. ¿Y él?

Bonhora torció el gesto.

—Aquí es donde quería yo llegar —dijo—. Con él, las cosas son diferentes.

Volvió a situarse detrás del chico. Luego, indicó el cuerpo de la madre y la silla donde había estado sentada la abuela.

—Víctimas uno, dos y tres, el orden ahora no es relevante. Hay una coincidencia en sus

cabezas. Ninguna tiene rozaduras cercanas a los puntos de impacto, lo que quiere decir que no la apartaron porque no vieron venir los golpes.

—Porque estaban fuera de combate —dijo Rebeca.

—O porque el asesino estaba situado a su espalda.

—En cambio, ¿qué vemos aquí? —dijo Bonhora. Fue hasta el cuerpo del hombre y señaló los diferentes golpes que había recibido—. Rasguños periféricos, las rozaduras evidentes que hizo la piedra al deslizarse sobre la piel de su cráneo justo en el instante previo al impacto. ¿Por qué?

—Porque apartó la cabeza en un gesto instintivo —dijo Rebeca—. O sea, que vio venir el golpe.

—Porque estaba de cara al asesino —concluyó Milo.

—Los golpes —corrigió el forense—. Todos y cada uno. Si no voy errado, seis en total.

Los tres se miraron con una mezcla de cansancio y abatimiento.

—Y por eso afirmáis que fue torturado —dijo Mercader.

—Suponemos —matizó—. De momento solo es una conjetura. Pero sí, todo indica que el padre fue sometido a tortura. Primero, por el número de heridas; pero segundo, y más significativo, porque fue obligado a contemplar cómo eran asesinados a golpes los miembros de su familia, uno detrás de otro.

—A golpes de piedra.

Milo dirigió la vista al suelo, hacia un charco de vómito cerca de la silla del padre. Se aproximó.

—¿Un asesino con el estómago flojo?

Sin aguardar la respuesta, se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. Todo aquello lo sumía en una profunda sensación de irrealidad. La barbarie allí, y él observándola con la asepsia de un cirujano, desdoblado. A la mesa, los cuerpos asesinados a golpes de padre e hijo; en la cocina, la madre, y en el piso de arriba, una de las hijas. Algo en su interior se rebelaba contra la fuerza de la costumbre. No podía permanecer impávido, pero no debía dejarse llevar por las emociones. El peso de la paradoja lo dejó sin resuello. Sacudió la cabeza con desazón.

—¿Qué hay más allá del mar? —murmuró.

Mercader frunció el ceño. Un instante, y asintió.

—Más maldad —dijo.

El forense jefe miró a uno y a otra, sin comprender.

—¿A qué huele aquí? —dijo Milo de improviso. Olfateó el aire. Un aroma se colaba entre el hedor, pero no sabía distinguir de qué. Se volvió hacia Mercader—. ¿Tú no lo hueles?

Ella también lo percibió. Se inclinó sobre el cuerpo del hijo y lo olió. A continuación, hizo otro tanto con el del padre.

—Viene de él, de su ropa, sin duda —dijo—. Parece jazmín, pero no estoy segura. Hay algo

más que no sé identificar.

—El jardín trasero está repleto de esas plantas —comentó Bonhora—, y estamos en primavera. Le gustaba el jazmín.

—Será eso —murmuró Milo.

Rebeca sacudió la cabeza.

—Lo que no entiendo es por qué con una piedra —dijo—. Se me ocurren mil métodos más sencillos. Todo esto es demasiado visceral, no sé... ¿primitivo? Indica algo personal, como dispararle a alguien en la cara. ¿Venganza, ajuste de cuentas?

—En principio, lo que muestra el escenario —dijo Bonhora— es que todo esto fue para sonsacarle algo al padre. Y la puerta no fue forzada, alguien dejó entrar al asesino o asesinos. Mi trabajo no es deducir, pero la joyería de Francisco Corona fue robada. Diría que por ahí van los tiros.

—¿Han encontrado huellas en los timbres de la verja o de la puerta? —quiso saber Milo.

—Arruinadas por los agentes.

—Vale, ya llegaremos a lo del robo, pero... ¿sonsacarle a golpes de piedra? El arma escogida se me escapa, no lo entiendo. ¿Rollo religioso, algún simbolismo extraño? ¿Y teniendo cuchillos a mano? Os juro que no lo comprendo. Es demasiado impetuoso, demasiado apasionado. —Hizo una pausa—. Como un adolescente. Como ese joven del hospital, el tal Lucas Torres.

—No te apresures en sacar conclusiones, Mercader.

—Y una mierda —espetó—. Las cosas suelen ser lo que parecen. La mayoría de las veces.

—Tú lo has dicho. La mayoría, no siempre.

—¿Cómo puedes estar ahí, tan tranquilo? ¿Acaso no te afecta todo esto? Joder, Malart, no eres el mismo.

Echó a andar sin dirección concreta. Al cabo, respiró hondo y regresó hasta donde aguardaba Bonhora.

—¿Cómo puede albergar alguien tanta oscuridad en el coco? ¿Me lo podéis explicar?

—Todo tiene una razón —dijo Milo—. Siempre.

—Pues ya me dirás cómo vamos a averiguarla. Todo esto me asquea, la ausencia total de compasión es... es...

—Acabas de dar la definición exacta de maldad.

Rebeca movió el cuello de un lado para otro. Su móvil empezó a sonar, pero ella siguió sin caer en la cuenta.

—Subinspectora —dijo Milo—. Regresa. Tu móvil.

Se lo llevó a la oreja. Escuchó en silencio. Colgó. Era el laboratorio, dijo. La sangre que empapaba las ropas de Lucas Torres coincidía con los grupos sanguíneos de tres de las víctimas: la esposa, la hija mayor y el padre. La mayor parte se correspondía con la de la madre. Bonhora comentó que aquello encajaba con lo afirmado por Márquez.

—Explícate.

Les contó que por las marcas halladas sobre el charco de sangre de la cocina, el equipo de Márquez había llegado a la conclusión de que alguien se había echado junto al cuerpo de la esposa y la había abrazado.

Mercader se encaró con Milo.

—Ahí lo tienes. Se tumbó en el suelo junto a ella y la abrazó después de haberla asesinado. Por remordimientos.

—Un mismo acto puede tener varias explicaciones y ninguna constituir un delito.

—¿Como por ejemplo?

Malart reflexionó unos instantes antes de responder.

—Pudo haberlo hecho para protegerla, en estado de *shock*.

Pasmada, fue a replicar, pero Bonhora se adelantó.

—Milo, la mujer fue asesinada aquí, a la mesa, sentada en su silla, y luego, más tarde, su cuerpo fue trasladado *post mortem* a la cocina. ¿Para protegerla de qué?

Permaneció quieto, en blanco. Desvió los ojos al sofá. Aquel olor. Dos cuerpos abrazados, desnudos. La lujuria. *Me apetece sexo*. Y después del frenesí, el abrazo. Sudorosos, los dos pegados. En un abrazo protector.

Una voz lo extrajo del espejismo.

—¿Estás dormido o qué? —dijo Rebeca—. Pareces en otro sitio, muy lejos de aquí.

Titubeó.

—Se llama control, Mercader. Gestión de las emociones. Te iría bien aprenderlo.

—Tú y tu maldita autoayuda de los cojones.

—Me alegro por ti, Milo —dijo Bonhora.

—No cantes victoria, solo estoy en camino.

—Pues yo prefiero al otro, al imprevisible, rompehuevos y maleducado, pero más intuitivo y menos idiotizado. Joder, no sé dónde has estado de vacaciones, pero te han domesticado.

La miró sin inmutarse.

—Cabeza fría, subinspectora. Céntrate. Lo último que necesitamos ahora es que te vuelvas emocional. Lo tuyo es el peso de las pruebas, no las corazonadas. —Se giró hacia Bonhora—. ¿Algo más fue manipulado? ¿Hubo una pelea?

—¿Lo dices por este desorden? —Movié la mano sobre su cabeza para espantar las moscas—. El experto en escenas del crimen cree que es un montaje, le chirría la historia que le cuenta el escenario. Han encontrado colillas, fibras, pelos. Demasiadas pruebas, nadie es tan descuidado. Y todas en lugares muy oportunos. Varios cabellos sobre la madre, un cigarrillo apagado en un plato, un pañuelo de papel en el suelo junto a la anciana. Como si hubieran pretendido aparentar la intervención de varias personas. Todo hace suponer que sí, que fue alterado.

—Mercader —dijo Milo—, ¿signos de robo? ¿Algo forzado en la planta de arriba o la de abajo?

—Aún estamos en ello, pero a simple vista no lo parece.

Escrutó el suelo de la sala y preguntó si habían hallado pisadas con sangre de pies descalzos.

—No, que yo sepa —dijo Bonhora.

—¿Y un par de zapatos o deportivas por la casa con las suelas manchadas?

El forense volvió a negar con la cabeza.

—Pero sí hay pisadas de sangre superpuestas —dijo—, de diferentes calzados y números. Y algunas son de las víctimas, de las deportivas del chico y de los zapatos del padre. —Señaló sus pies con calcetines—. Se los han llevado para cotejarlos.

—¿Sabes si luego les ataron los cordones a ambos?

—Tendrás que hablarlo con Márquez. Llámalo al móvil.

—Da igual, no es necesario. Esperaré al informe.

—¿Que esperarás al informe? —se extrañó Rebeca—. ¿Qué ha sido del inspector que lo quería saber todo al instante?

—Deja de dar la vara, ¿quieres? No me lo va a coger. Goyo, ¿ha comentado algo Márquez sobre esas pisadas superpuestas?

El forense jefe hizo una nueva mueca de cansancio.

—Que son otro burdo intento de engañarnos, parte del montaje. Escucha, él y su equipo ya tienen todo el material. Distinguirán las pisadas inferiores de las superiores y las adjudicarán a cada calzado. Cuando terminen, lo enviarán a la Central. —Dejó escapar un suspiro—. Como el juez tarde mucho más en llegar para el levantamiento de los cadáveres, me voy a caer redondo. Ya no estoy para estos trotes, nos hacemos mayores.

—Habla por ti, yo estoy para estrenar. —Miró al techo. Unas manchas de humedad descendían hasta las paredes, los desconchones—. ¿Dónde están los demás?

Rebeca explicó que había dejado a Rojo y a Cervera en la planta de arriba y que Boada y Sena habían bajado a la inferior.

—Vayamos a ver el cuerpo de la hermana mayor.

Se dirigieron a las escaleras y, procurando esquivar los rastros y pisadas de sangre, comenzaron a subirlas; Bonhora trabajosamente, ayudándose con el pasamanos.

—Milo —dijo—, pásate un día por mi nuevo despacho en el Instituto de Medicina Legal. Tienes mucho que contarme. Y tráete al nuevo Malart, me gustaría hacerle un par de preguntas.

—No te esperes gran cosa, Goyo. Figuraciones de Mercader, ya sabes —dijo. Hizo rodar el índice a la altura de la sien—. Por lo visto, ha perdido la cabeza por un tipo.

Se acuclilló junto al cadáver de Noelia Corona. Estaba tendido boca arriba en el pasillo, cuyas paredes también parecían murales de Pollock, entre su cuarto y el de su hermana. La cara desfigurada, uno de los brazos encogido cerca de la cabeza y el otro paralelo al cuerpo, sobre un mar de sangre. Sus manos estaban envueltas en sendas bolsas de plástico para proteger los restos de piel bajo sus uñas. No vio rastros de cinta adhesiva en muñecas ni tobillos. Apartó varias moscas. Era evidente que había estado de cara al asesino, pero debido al número de daños que presentaba su rostro imaginó que en aquellos momentos era pronto para saber si tenía rozaduras en los puntos de impacto o restos de adhesivo en la boca. Observó la sangre coagulada del charco, la de su camiseta. Se distinguía con claridad una forma impresa, la que dejaba un cuerpo echado de través sobre la joven. Le preguntó a Bonhora y él lo confirmó.

—¿En diagonal?

—Más o menos. Parece que el asesino permaneció un tiempo encima de ella una vez muerta.

—¿Otro abrazo a un cadáver?

—Por la posición, diría que más bien como si se hubiera desplomado sobre el cuerpo. Desconocemos la causa.

—¿Habéis hallado el arma del crimen por aquí?

—Ni aquí ni en toda la casa —dijo Cervera, saliendo del cuarto de la pequeña—. Cuando veas el jardín comprobarás que es fácil deshacerse de ella. Pudo tirarla por encima de la valla, montaña abajo. Ya hemos ordenado que revisen la ladera.

Milo palpó los bolsillos de los tejanos de la chica.

—¿Y su móvil?

—No lo encontramos.

—¿Tampoco en su habitación?

Rojo asomó la cabeza e hizo un gesto negativo. Mientras se aproximaba, explicó que había llamado a la Central para que lo rastrearán por el geolocalizador.

—Lo que si hemos hallado es un montón de medicamentos —dijo—. Esa chica consumía de todo, tranquilizantes, somníferos, antidepresivos... El cajón de la mesilla es una farmacia.

Milo contempló su rostro, un amasijo de huesos, sangre, cartílagos y jirones de piel. Le dio un vistazo al de la foto que llevaba consigo. Cabello negro, liso y corto, de muchacho. Cara ovalada, de piel muy blanca, ojos de color gris, grandes y redondos, maquillados de negro. Boca ancha y nariz respingona, con un *piercing* de plata en el tabique, las cejas finas y las orejas algo

puntiagudas, que le recordaron a un duende. No había sido guapa en el sentido estricto de la palabra, pero seguro que llamaba la atención. La cara de la fotografía ya no era la de una niña, pero tampoco la de una mujer. En la instantánea, sus ojos despedían una luz fría, mortecina, sin vida, pero le quitó importancia; a esas edades, a nadie le gustaba posar al lado de sus padres. Dobló la foto y se la guardó en la cazadora.

Repasó sus ropas. Camiseta negra de manga larga con una cruz blanca estampada en el pecho, tejanos negros, botas de media caña. Sin sortijas ni pulseras ni las uñas pintadas.

—¿Era gótica?

—Creo que iba por libre —respondió Rebeca—, pero quién sabe. En su armario hay prendas de todos los estilos.

Dio una rápida ojeada a su cuerpo. De estatura media, algo rechoncha, constitución fuerte. Iba a incorporarse cuando Bonhora le dijo que mirara debajo de la camiseta. La levantó hasta dejar a la vista, en el abdomen, unas heridas trazadas en batería, quince o veinte cortes por tramo, de unos diez centímetros de largo, horizontales, distanciados entre sí por medio centímetro aproximadamente. Y en el vientre, a un lado, dos palabras escritas con aquellas escoriaciones: ESTAS MUERTA, sin acento y en mayúsculas. Le recorrió un escalofrío.

—Son cortes epidérmicos —explicó Bonhora—, superficiales, que en el peor de los casos solo se le hubieran infectado. Se los infligió ella misma con una hoja de afeitar o con la de un sacapuntas desmontado. Es lo más habitual. Probablemente encontraré más en los muslos y otras zonas ocultas cuando la tenga en mi sala. Reflejan un malestar psíquico. No se los suelen hacer por moda, aunque puede haber de todo, sino por la descarga de adrenalina que obtienen al cortarse, que es un ansiolítico muy potente. Mediante el dolor físico logran anestesiar el dolor emocional, algo que a la larga puede convertirlas en adictas a esa sensación y a otra más importante, la de control. Al menos pueden controlar el dolor físico y esto las alivia.

Milo pensó que era necesaria mucha voluntad para lograr una escarificación en la piel como aquella, saizando una y otra vez la herida. Le bajó la camiseta y se incorporó.

—¿Una adolescente con tendencias suicidas?

—No tiene por qué. Habrá que consultar con el psicólogo que la llevaba; pero, en mi opinión, si una joven se autolesiona con ese tipo de cortes, es debido a su sensibilidad. Una adolescente sensible que no sabía o no podía gestionar sus emociones, como la angustia, la rabia, la impotencia, la soledad o el vacío. Seguro que tú comprendes mejor que nadie lo que digo.

—¿Lo hacía para llamar la atención? —preguntó Mercader.

—No, de ser así lo hubiera hecho en zonas no cubiertas por la ropa. Todo lo contrario. Lo hacía para liberarse de la angustia o de la ansiedad, para relajarse aunque solo fuera durante cinco minutos. He conocido varios casos y casi siempre son jóvenes que no han sido educadas para soportar las frustraciones.

—Lo que explicaría su consumo de antidepresivos —dijo.

Bonhora se encogió de hombros.

—Pues vivía en una chabola de lujo —dijo Cervera—. Si yo tuviera diecisiete años y viviese aquí, ni depresiones ni cortes ni hostias. Sería más feliz que un niño con zapatos nuevos.

—Cervera —replicó Rebeca—, tú no eres una persona sensible, así que mejor cierra esa boca y muestra un poco de respeto, que tenemos a la víctima delante.

Milo echó un último vistazo a Noelia. «Estás muerta.» Su rostro machacado con una piedra hasta quedar irreconocible.

—¿Tienes idea de cuántos golpes recibió?

—Una decena, más o menos. Te lo diré con exactitud después de haberla analizado en la mesa de autopsias.

—Hace falta mucha ira para soltar tantas pedradas.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que el asesino estaba sentado a horcajadas sobre ella, que la tenía indefensa, a su merced.

Mercader se situó ante Malart con los brazos en jarras.

—Esto es pasional, te pongas como te pongas. Sabes que tengo razón. El ensañamiento, la cólera, la ausencia total de compasión... Todo señala en la misma dirección: lo personal.

La esquivó y entró en el cuarto de Eva. Muebles blancos, como las paredes, con una cenefa de ositos de colores tocando un tambor. A un lado, una cama con las ropas revueltas. Un cuarto que hasta hacía muy poco había sido el de un bebé. Sin rastros de sangre en el suelo. En la ventana, que daba a la calle, había unos dibujos de caras sonrientes, los trazos muy simples, adheridos con celo al cristal. La persiana estaba bajada. Le preguntó a Cervera si era así como la habían encontrado. Asintió.

—¿Y la puerta?

—Entornada, casi cerrada del todo.

—¿Huellas o sangre en el tirador?

—Huellas de su hermana, limpio de sangre. Pero habrá que esperar al informe de la Científica.

—¿Sabemos si la niña tenía salpicaduras encima?

—La están procesando, habrá que esperar a...

—Lo sé, al maldito informe.

Salió al pasillo. Observó las pisadas rojizas en el suelo, delante del umbral. De diferentes calzados. Iba y venían, varios viajes. Desde las escaleras hasta allí. Un batiburrillo de huellas.

—¿Y la puerta del cuarto de Noelia? —preguntó a Rojo.

—Abierta, tal como está ahora, y la persiana subida.

Entró en la habitación. A diferencia de la de su hermana, las paredes estaban cubiertas por telas negras, claveteadas con chinchetas, con profusión de cruces y aspas estampadas de color blanco. Las sábanas eran rojas, como la colcha, y por todas partes había ropa tirada de cualquier manera. Varias pisadas de sangre en el suelo frente al armario abierto, al igual que ante la mesilla de noche, cada serie de diferentes calzados. También había restos rojizos en los tiradores de los cajones. Se aproximó a la ventana por donde se colaban los silbidos del viento y contempló la

casa situada justo enfrente, en aquellos momentos con todas las persianas subidas. Vislumbró las oscilaciones de las cortinas, supuso que causadas por las corrientes de aire.

Salió de nuevo al pasillo. Al otro lado había dos puertas, la del baño, según pudo comprobar, y la del cuarto de Raúl, el único hermano varón. Le dio una ojeada. La típica habitación de un adolescente, con pósteres de Ariana Grande, motos y chicas en posturas sugestivas. No vio rastros de sangre. La persiana estaba bajada, la cama hecha y, para su asombro, todo pulcramente ordenado. Un portátil reposaba sobre un pequeño escritorio.

—Vamos a necesitarlo, como el de su hermana —dijo.

Rojo comentó que estaban esperando la llegada del juez para retirar todos los de la casa, al igual que los móviles.

Avanzó en dirección al cadáver desfigurado. Rebeca volvió a plantarse delante.

—Te decía que tanta ira y ensañamiento señala...

—Ya te he oído la primera vez, subinspectora —cortó. Pasó por su lado y de nuevo se acuclilló a los pies del cuerpo. Observó las suelas de las botas—. Y no digo lo contrario, solo que...

—¿Solo que qué? —arremetió, impaciente.

La miró con rostro inexpresivo.

—Quienquiera que hizo eso a Noelia no tenía como objetivo sonsacarle nada a su padre. Ya estaba muerto, como el resto de la familia. —Señaló las suelas y luego manoteó el aire para espantar a las moscas—. Están manchadas de sangre. Y ahora, con tu permiso, me gustaría ver la planta inferior y ese jardín del que hablaba Cervera.

Se alejó un par de metros.

—No toda la familia estaba muerta —dijo Rebeca a su espalda—. La cría de dos años dormía en su cuarto, aquí mismo.

—Exacto —dijo Milo, sin volverse—. Un asesino tan cruel y despiadado, capaz de actuar con una falta de compasión tan brutal, ¿dejaría algún superviviente?

La habitación de la abuela se encontraba en la planta baja, a continuación de la sala, imaginó que para evitarle el trajín de subir y bajar escaleras. Daba a la parte trasera y disponía de baño propio. Era un cuarto sencillo, casi espartano, donde lo único que destacaba era una mecedora situada frente a la ventana y sobre un cálido suelo de parqué flotante. En cambio la del matrimonio Corona, situada en la planta inferior, era una amplia suite decorada de forma peculiar. Cama gigantesca, grandes lámparas, alfombras atigradas, espejos, un amplio vestidor y cuarto de baño privado con bañera de hidromasaje. En la pared lateral, flanqueada por doble cortinaje, se abrían las puertas correderas que daban acceso directo al jardín donde aguardaban, tranquilamente apoyados en una mesa de obra, los inspectores Sena y Boada, el primero fumando, el otro mascando chicle. Antes de salir a su encuentro, entró en el despacho de Francisco Corona, situado

al otro lado. Los muebles eran de oficina, salvo una estilizada *chaise longue* de color negro orientada hacia el jardín con una lámpara de pie junto a ella. En la pared opuesta, una estantería de parte a parte llena de archivadores, y justo en el centro, un pequeño armario abierto con una caja fuerte también abierta.

Milo la indicó con un gesto.

—¿Márquez? —dijo. Cervera lo confirmó—. ¿Los de la Científica se han llevado algo?

—Ni puñetera idea.

Husmeó entre los dosieres del primer estante: escrituras de propiedad, papeles oficiales, algunos con membrete de Hacienda. Luego, revisó los estuches del segundo estante: relojes, anillos, collares; por su apariencia, artículos antiguos, de valor sentimental, y otros más modernos, regalos del matrimonio, lo más probable. Y en el tercero, más papeles, algunos amarillentos.

Dio media vuelta y salió al jardín, donde ya estaban los demás. El olor a jazmín lo noqueó en el acto. Las plantas crecían en maceteros rectangulares, situados a lo largo de la parte trasera de la casa, y desde allí trepaban por las paredes, ayudadas por guías de plástico verde, hasta alcanzar las ventanas del primer piso, las flores blancas esparciendo su intensa fragancia dulce.

—¿Ves lo que te contaba? —dijo Cervera. Señaló una piscina a medio construir, en concreto un montón de piedras de diferentes tamaños que se apilaban cerca de la hondonada de pequeñas dimensiones—. El lugar perfecto para ocultar el arma del crimen, lo de la aguja y el pajar. Limpias la piedra, la dejas en la pila junto a las otras, secándose al sol, y asunto resuelto. A la vista de todo el mundo, con un par. Y si te parece muy arriesgado, la lanzas por encima de la valla ladera abajo y a ver quién es el guapo que la encuentra en el descampado. Los agentes se van a volver bizcos de tanto rebuscar entre la maleza. Es un trabajo de chinos, casi misión imposible.

Milo se puso a entonar la melodía de la *Chacona* por lo bajo de forma inconsciente. La ciudad se extendía ante sus ojos, cómodamente echada al sol, desparramada hacia un mar que hervía de agitación. El paisaje cambió por completo. La imagen plácida se convirtió de golpe en una tormenta tenebrosa. Las olas, densas como el petróleo, se arqueaban bajo un cielo oscuro estriado por rayos plateados y los latigazos rasgaban los negros nubarrones seguidos por fogonazos de luz cenicienta. Cerró los ojos un instante y los abrió. La ciudad apareció de nuevo bañada por el sol. Solo había sido un espejismo, otro más. Sin poderlo evitar, se estremeció ante la visión de las torres de la Sagrada Familia, y como tantas otras veces volvió a irritarle el polvoriento edificio de Nouvel, con su patética forma fálica. Plantado allí en medio de manera incomprensible, distorsionaba las líneas de una Barcelona que, no sabía por qué, se le antojaban femeninas, como una mujer tendida boca arriba. Con el ánimo ensombrecido, le pareció un enorme y primitivo menhir clavado en su espalda, atravesándola hasta surgirle por el pecho. Una mujer que no yacía muerta, sino asesinada.

—Para mí está más claro que el agua —dijo Boada, con su molesto mascar chicle—. El chico del hospital pone los ojos en el Compro Oro del padre, es amigo de Noelia y así lograr entrar en

la casa. En un momento dado narcotiza a todos, los ata y amordaza, y tortura al padre para que le dé la combinación de la caja fuerte de la joyería o lo que sea. Elimina uno a uno a toda la familia hasta que la obtiene. Luego lo mata, la chica se le escapa, va tras ella, la alcanza y la machaca a golpes. Deja a la niña sobrevivir, solo tiene dos años y no le supone una amenaza, o simplemente se olvida de acabar también con ella.

—¿Y entonces qué? —replicó Rojo—. ¿Empapado de sangre va a la joyería, la roba y regresa a la casa, donde permanece hasta esta mañana para después ir a la comisaría de la plaza de España?

El ruido del chicle aumentó por momentos.

—Tuvo un cómplice, no sé. Solo formulo una teoría.

—Una teoría que no tiene pies ni cabeza —zanjó Rojo—. Y todo esto lo has deducido desde aquí, en el jardín, tú solito, sin más información que la que tenemos. Porque claro, la visión de la sangre sigue dándote arcadas y no hay nada como escaquearse al aire libre.

—Ahí te ha dado, Boada —se mofó Cervera—, reconócelo.

—Dime una cosa, Rojo. Si ese chico del hospital...

—Lucas Torres, se llama Lucas Torres.

—Si ese Lucas Torres no tiene nada que ver en el asunto, por qué no llamó a la policía, ¿eh? Venga, dime una razón.

—¿Has revisado al menos qué coche hay en el garaje?

—Dos, un Polo y un Ibiza, ¿por qué?

—¿Te parecen los coches de unos ricachones?

—Esta casa vale un pastón —se defendió.

—Puede, pero pide a gritos una mano de pintura y las obras de la piscina están paradas. Y salvo la habitación del matrimonio, que parece la suite de un puticlub, el resto no es nada del otro mundo. ¿Qué te cuenta todo esto?

Boada cabeceó, incómodo.

—Bueno, que no nadaban en la abundancia.

—Ya vale, Rojo, entendemos lo que nos quieres decir —intervino Sena—. Que el Compro Oro no daba para tanto.

—Me gustaría oírsele decir a tu compañero.

—No sabemos lo que movía ese negocio —insistió Boada.

—O sea que, según tú, detrás de todo esto solo hay un simple robo. Por diez o veinte mil euros. ¿Es así? Asesinan a cuatro o cinco personas por treinta mil. Los matan a pedradas por, digamos, cincuenta mil. ¿Es eso lo que dices?

—Estamos en crisis —dijo Boada, el chicle a toda pastilla—, hay gente que mataría por mucho menos.

—¿A una familia entera? ¿No había otra forma más fácil de robar un Compro Oro sin complicarse tanto la vida?

—No, si se trata de un chiflado, de un psicópata.

—¿Y eso lo dices o lo sabes?

—Hasta que no interroguemos a ese chico...

—A Lucas Torres, joder, se llama Lucas Torres.

—Pues eso, hasta que no interroguemos a Lucas Torres...

—Correcto —atajó—, hasta que no lo interroguemos. ¿Y esto qué quiere decir? Yo te contesto. Que hay dos clases de inspectores: los que queréis un culpable rapidito y al precio que sea con tal de colgaros la medalla, y los que tratamos de averiguar la verdad paso a paso, sin importarnos nada más.

Milo se dio la vuelta. Caminó hacia el inspector Boada.

—Lo que a mí me gustaría saber es por qué tú nunca te despeinas —dijo—. Un día me lo tienes que explicar.

Un tumulto de pasos y voces llegó hasta sus oídos y todos se giraron hacia la puerta. La jueza Cabot irrumpió en tromba en el jardín seguida por el secretario judicial y los mandos policiales.

—Inspectores, subinspectora —dijo—, lamento el retraso. Ha habido un error al tomar nota de la dirección. En vez de a la calle Julià, nos hemos dirigido a la vía Júlia, en el distrito de Nou Barris, en la otra punta de la ciudad. Y debido al viento hay varias calles cortadas a causa de la caída de ramas y mobiliario urbano, lo que sumado a las habituales manifestaciones ya se pueden imaginar cómo está el tráfico.

La observaron en completo mutismo. Conocían de sobra a la jueza Susana Cabot. Un halcón en su trabajo, meticulosa hasta el puntillismo, de trato directo y afable, pero dura como el pedernal a la hora de instruir el sumario de un caso. Su media melena castaña, alborotada por el viento, lucía unas novedosas mechas rojizas, dando a su apariencia un aire entre Medea y Medusa que no auguraba tiempos tranquilos.

—¿Quieren que insista en mis disculpas? —soltó.

—No será necesario, jueza —dijo el jefe Singla—. Podemos proceder cuando usted lo ordene.

—Un momento —lo detuvo con un ademán—. Primero me gustaría solucionar el tema de los medios de ahí fuera.

—Ya lo tenemos aquí —susurró Cervera—, el marrón nuestro de cada día.

Milo no pudo evitar sonreír.

—¿Le hace gracia el asunto, inspector Malart?

—Jueza, con el debido respeto, si lo que busca es un responsable de la filtración, tiene donde escoger. Empezando por el servicio de llamadas de su propio juzgado, donde hemos cursado el aviso, y acabando por el vecindario. La red, ya sabe, cualquiera puede haberlo subido, no sé de qué se sorprende.

La jueza Cabot lo repasó de arriba abajo.

—Lo que me sorprenda o deje de sorprenderme no es asunto suyo, inspector Malart. ¿Me he explicado bien?

—Como un libro abierto, jueza.

—Bien, pues entonces procedamos —dijo.

Dio media vuelta y entró en la casa con paso enérgico. Milo se retrasó aposta para hacer una seña a Mercader. Cuando ella se aproximó, le preguntó si de verdad se había liado con un cretino que se ponía laca en el flequillo para no despeinarse. Rebeca enrojeció, tensó los músculos de la cara y, sin decir una palabra, abandonó el jardín.

—Primavera tenía que ser —dijo Milo.

Observó las enredaderas que ascendían cargadas de flores blancas por la pared mientras seguía entonando para sus adentros las notas del lamento de Bach.

El proceso del levantamiento de los cadáveres, debido a su número, se llevó a cabo de forma lenta. El forense jefe, al igual que los miembros del GEHME, fue respondiendo a las preguntas de la jueza mientras el secretario judicial anotaba las respuestas en diferentes formularios, uno para cada víctima. Luego, una vez finalizadas las declaraciones, la jueza firmaba el acta, ordenaba el levantamiento, y los ayudantes de Bonhora procedían a extender con gesto mecánico las bolsas negras de nailon junto a cada cuerpo. En silencio, bajo la mirada grave de los allí presentes, lo introducían, cerraban la cremallera y acto seguido lo trasladaban en una camilla hasta el furgón blanco aparcado junto a la verja y con los portones traseros abiertos. Cada vez que surgía una de aquellas bolsas negras por las escaleras de la casa se levantaba un rumor de voces y frases que poco a poco menguaba hasta la aparición de la siguiente, cuando de nuevo volvía a arreciar. El último cuerpo en ser retirado fue el de Noelia Corona, acompañado esta vez por el forense jefe, quien, tras preguntar a la jueza Cabot si lo necesitaba para algo más, abandonó el lugar con los hombros hundidos y arrastrando los pies.

Milo murmuró a la jueza que Bonhora estaba agotado.

—Y todavía le queda una larga jornada por delante.

—Todos estamos cansados, inspector —dijo la jueza. Y por lo bajo, añadió—: ¿Desde cuándo te preocupan los demás?

—¿Has comido, señorita? —Ella afirmó con una rápida sacudida de cabeza—. Pues él no ha probado bocado en todo el día.

La magistrada leyó el reproche en su mirada.

—¿Te has humanizado? —dijo.

Milo soltó un bufido y se alejó donde los demás.

Susana Cabot recabó la atención de Singla para consultarle dónde podían reunirse para impartir las primeras instrucciones. El olor en la sala le resultaba nauseabundo, y con toda esa sangre más las moscas no le parecía el sitio más apropiado. La calle estaba descartada, a causa de los medios, y el viento iba a dificultarla en el jardín. Singla propuso el despacho de la planta inferior. Una vez todos se hubieron agolpado en la estancia, la jueza preguntó si las víctimas tenían familiares. El subjefe Corberó respondió que el marido, Francisco Corona, tenía varios primos repartidos por España, pero a nadie en Barcelona. En cambio la esposa, Patricia Ugarte, tenía una hermana que vivía en la ciudad, en el barrio de Gràcia.

—Que alguien acuda a notificarle las muertes y de paso le tome declaración, por si nos puede

aportar algún dato. Subjefe, que su comisaría se encargue de ponerse en contacto con esos primos. Y que se haga de inmediato, no quiero que se enteren por televisión. Jefe Singla, que sus hombres hablen con los vecinos acerca de las víctimas y de si han visto a desconocidos merodeando por aquí. En fin, ustedes son los profesionales y sabrán mejor que nadie cómo llevar esas entrevistas. Sabemos cuál es el arma del crimen y quién tuvo la oportunidad de cometerlo. —Clavó los ojos en Singla—. Quiero que Lucas Torres, cuando despierte, sea sometido a una evaluación psiquiátrica. También, que se les notifique a sus padres la situación de su hijo, no somos unos desaprensivos. Pero en ningún caso, y repito que en ningún caso, deben hablar con él antes de que lo hagamos nosotros. ¿Entendido? Si protestan, que protestarán, les dicen que su hijo está retenido, bajo custodia, no detenido, y que serán informados puntualmente de nuestras decisiones para que puedan prestarle la ayuda legal que consideren oportuna.

—A la orden, jueza —dijo Singla.

—Siguiente cuestión —continuó—. Quiero conocer a fondo a las víctimas, el contexto en el que vivían. Cualquier cosa para hacernos una idea del móvil, aunque me resulta inconcebible que alguien pueda tener un motivo para llevar a cabo una salvajada de este calibre. —Le falló la voz. Soltó una tosecilla y prosiguió—: Me cuesta creer que nuestra sociedad esté desorientada hasta tal punto, pero no puedo cerrar los ojos ante la evidencia. Quiero..., no, necesito comprender esta violencia, achacarla a la locura. De lo contrario, estaríamos hablando de una banalización de la vida humana que, hoy por hoy, a pesar de saber que vivimos en la era de la imbecilidad, se me haría muy difícil de sobrellevar. Si alguien entra en nuestras casas y nos masaca a todos, a la familia entera, mientras dormimos o vemos la televisión, solo puede ser... solo puede explicarlo...

—Averiguaremos el móvil —dijo Milo—, es nuestro trabajo.

Susana Cabot carraspeó un par de veces.

—Es por el polen, no malinterpreten. Me ataca los ojos y las cuerdas vocales —dijo. Repasó todos los rostros—. No me gusta este caso, no me gusta en absoluto. Y cuando algo no me gusta, me pongo muy nerviosa. Los que de ustedes ya me conocen saben que soy flexible, incluso tolerante, con los errores. Todos somos humanos y blablablá. Pero cuando estoy nerviosa, no permito ni el más mínimo desliz. No habrá segundo aviso, ¿queda claro? Subjefe, ¿se sabe algo del estado de la abuela?

—Sigue en estado crítico.

—¿Y de la niña?

—Durmiendo todavía. Como Lucas Torres.

—Bien, manténgame informada. Inspector jefe Singla, ya puede asignar las tareas.

La encontró en el jardín, sentada en uno de los bancos junto a la mesa de obra, la mirada perdida. Caminó hasta ella.

—Señoría, has amedrentado a todos con esas mechas. ¿Un cambio de imagen? Tienes un *je ne*

sais quoi que me inquieta.

Ella se volvió para comprobar que nadie los oía.

—Renovarse o morir, Milo. Aparta, que me tapas el sol.

—De acuerdo, pero ¿rojo fuego?

—Rojo cereza, californianas, la última tendencia. Combinan un sutil degradado con lo atrevido de una tonalidad vibrante, para agregar un poco de color a mi vida.

—No sabía que tu vida necesitara color.

—Tú, en cambio, sigues con el mismo aspecto de dormir en la calle. ¿No podrías afeitarte de vez en cuando y ponerte una camisa para variar? Tampoco es pedir tanto, digo yo.

Milo sonrió. La veía en plena forma, ya sin rastro de la grave depresión en la que cayó tras vivir una dura experiencia mientras instruía el caso del Verdugo de Gaudí. Se conocieron mucho tiempo atrás, cuando ella era una jueza de instrucción de treinta y cuatro años que estrenaba despacho y él un agente novato de veinticinco recién salido de la academia. Sucedió en un encuentro casual, sin que ninguno supiera la profesión del otro, que acabó en casa de ella. Después de aquello, su relación había oscilado en diferentes vaivenes. De amantes pasaron a fríos conocidos, luego a amigos que gozaban de una estrecha complicidad, y más tarde, cuando las consecuencias de aquel caso pusieron a prueba su amistad, a algo que no sabían cómo definir pero que poseía un raro valor que estaba más allá de las etiquetas. Durante sus meses de oscuridad, él temió por su fortaleza mental, inquebrantable hasta aquellos momentos. Siempre había sido una mujer con el talento natural de saber imponer el sentido común sobre las emociones, sin perder nunca la cabeza; no obstante, ver la muerte cara a cara, y de una forma tan cruel, la había desmoronado hasta rozar el punto de no retorno. Su temor a reincorporarse a la rutina diaria, a abandonar la ficticia seguridad de su casa, incluso después de haber terminado la intensa terapia psicológica, obligó a Milo a enfrentarse con ella para evitar que se rindiera. Por fortuna, la pesadilla había quedado atrás, al igual que su renuncia a vivir la vida. Aunque ahora, para su perplejidad, estaba incorporando unos cambios que lo tenían desconcertado.

—¿Cenamos esta noche en tu casa, señorita?

—Otro día, tengo planes. ¿Tus vacaciones bien, has conocido a alguien interesante?

—No cambies de tema. Antes solíamos cenar juntos todos los domingos.

—Antes era antes, ahora es ahora y hoy es lunes. ¿De veras crees que podréis averiguar el motivo de esta atrocidad o solo lo has dicho para evitar que perdiera los papeles delante de todos?

Milo apretó los labios, sin responder.

—Increíble, es cierto que te has vuelto más humano. Ahora te muestras leal incluso en público, me dejás de piedra.

Milo hizo una mueca. Señaló su cabello.

—Imagino que el nuevo es el responsable. ¿Es peluquero?

Ella se volvió a girar para asegurarse de que nadie los oía.

—Músico, toca la batería en un grupo de jazz. Se llama Walter y es brasileño. Y sí, me hace sentir especial, ni te lo imaginas. ¿No querías que saliera de casa?

—Cambias de pareja con más facilidad que de falda. No te reconozco últimamente. Primero fue con un enfermero...

—Médico.

—Luego vino el fabricante de cafeteras.

—Ingeniero.

—Y después el masajista.

—Osteópata, y de los buenos —soltó, crispada.

—Y ahora, el de los tambores.

—Basta. Ha estudiado en Nueva York, Londres y ahora aquí, y toca cuatro noches a la semana en el Milano para pagarse su formación. ¿A qué viene esta fiscalización de mis asuntos sentimentales? Lo que haga en mi vida privada no es asunto tuyo.

—Estás quemando Meetic, Edarling y Tinder.

—¿Algún problema? Tú no eres mi padre —replicó—. Lo que te pasa es que eres tan desdichado en tu vida personal que no soportas que los demás seamos felices.

Milo encajó el golpe en silencio. Luego, se alejó hasta la pared, apoyó la frente y empezó a dar leves golpes con la cabeza.

—Está bien, disculpa —dijo la jueza—. Para ya, ¿quieres?

—«Dios, antes de destruir a sus víctimas, las enloquece.»

—¿Cómo dices?

—Eurípides —dijo. Se detuvo—. Pensaba en voz alta.

—¿Por qué me haces esto, Milo? A mi edad, y después de mucho tiempo, me siento llena, por fin he recuperado las ganas de vivir. Soy otra. Ya no soy una mujer que no tiene nada más en el mundo que su trabajo. ¿Acaso puedes decir tú lo mismo?

Milo permaneció mudo, el gesto inexpresivo.

—Pensaba que te alegrarías. Vuelvo a controlar mi vida.

—Y me alegro.

—¿Entonces?

—Una cosa es control y otra gobierno.

La jueza se levantó en el acto.

—Esta conversación ha terminado —dijo. Caminó hacia la puerta. Regresó sobre sus pasos—. Dos cosas, inspector. Ahora que has regresado, te recuerdo que debes dejar en paz a Ivo Parés y Mónica Morera, que por nada del mundo se te ocurra volver a acercarte a ellos. Son gente con contactos en las altas esferas y hay muchas personas que están esperando a que cometas un error. Te conozco, por eso te lo advierto. Si das un paso en falso, no podré hacer nada para salvarte el culo. Lo de que no habrá segundo aviso también va para ti, ¿queda claro?

—¿Y la segunda?

—Resuelve este caso, inspector Malart. Móntatelo como quieras, pero resuélvelo. Necesito recuperar la fe en nuestra sociedad, respirar tranquila. ¿Crees que podrás hacerlo?

Milo desvió la vista hacia el edificio de al lado, el almacén con tejado de uralita y paredes de hormigón, alto como la casa.

—Ya no sé lo que creo —dijo.

El jefe Singla hablaba por el móvil cuando la comitiva judicial abandonó la casa seguida por Rojo y Cervera. Al ver que Sena y Boada se disponían a hacer otro tanto, Milo detuvo al primero y le dijo que le gustaría ver el partido del sábado, que si podía pasarle un *pendrive* con la grabación.

—Al estar fuera, no lo vi. No lo daban en ninguna parte.

—Descárgatelo en la red —repuso Sena—. Fue retransmitido a todo el planeta, ¿estabas en la selva amazónica o qué?

—¿Me lo puedes pasar o no?

—De acuerdo, mañana te lo doy, aunque tendré que pedirle a Óscar que me lo pase a un USB de esos, yo no tengo ni idea. Es muy espabilado a sus ocho años.

Ambos se apartaron para dejar paso a los dos agentes de la Central que acarreaban las cajas de cartón con los ordenadores de la casa y los móviles de las víctimas.

—¿A quiénes os han tocado del puerta a puerta?

—A los de lado montaña. Rojo y Cervera se ocupan de los de lado mar. Vamos a terminar a las tantas, lo que yo te diga.

—¿Puedo pedirte otro favor? —Sena asintió—. Cuando le toméis declaración al vecino de enfrente, apriétale un poco, ya me entiendes, pero sin levantar la liebre.

—¿Otra de tus puñeteras corazonadas?

—*La ventana indiscreta*. Es una de mis películas favoritas.

—No la he visto, tendré que decirle a Óscar que me la baje. —Señaló la calle, donde Boada lo aguardaba—. ¿Algo más?

—Eso es todo, Víctor. Gracias.

—Joder, Malart. Te veo mal. Ahora solo falta que me estreches la mano y me des un abrazo. ¿Qué coño te han hecho?

Se marchó meneando la cabeza. Rebeca se aproximó a Milo. Indicó a Sena con la barbilla y le preguntó a qué venía aquello.

—No le gusta la amabilidad.

—¿Todo bien con tu jueza?

—No empieces con esa cantinela, Mercader.

—Te he visto darte cabezazos contra la pared.

—No exageres, solo quería experimentar una cosa.

—Ya, lo que sintieron las víctimas la noche del sábado —ironizó—. Hablabais algo acalorados y por vuestro lenguaje corporal juraría que estabais discutiendo. ¿Me equivoco?

—Tenemos diferentes puntos de vista sobre el caso, eso es todo. Oye, qué tal si cenamos juntos esta noche.

—Imposible, ya he quedado.

—En serio, Mercader. Tú eres un ocho y ese tipo un dos, no entiendo qué le ves, cómo puedes estar con él.

—¿Un ocho, solo soy un ocho?

Singla colgó el teléfono y se acercó hasta ellos.

—Han encontrado restos de sangre en lo alto de las escaleras que conducen a la avenida Miramar.

—¿Coincide con la de Lucas Torres? —preguntó Rebeca.

—La están analizando. De ser suya, nos marcaría la ruta que ha seguido esta madrugada al salir de aquí.

—¿La más larga? —dijo Milo—. En su estado, al límite de sus fuerzas, ¿decide dar un rodeo para llegar a la comisaría de la plaza de España?

—Quizá quería evitar las cámaras de vigilancia de la calle.

—Jefe, no hay cámaras, lo hemos comprobado. Los vecinos tienen alarmas, pero no cámaras.

—O lo ha hecho porque sí —dijo ella—, porque le ha dado por girar a la izquierda en vez de por la derecha. O por inercia.

—Especulaciones —cortó Singla—. Hasta que no le interroguemos o tengamos más información, es perder el tiempo. Voy a hablar con Corberó para que sus hombres peinen todo el camino que recorrió Lucas Torres y alrededores, en busca del arma del crimen y el móvil de Noelia Corona.

—Y de su calzado, probablemente unas deportivas —apuntó Milo—. No pueden haberse desvanecido en el aire.

El inspector jefe se aflojó el nudo de la corbata.

—Mercader, Malart, vosotros iréis ahora a notificar la tragedia a Carla Ugarte, la hermana de la esposa asesinada.

Su móvil volvió a sonar y Singla se lo llevó a la oreja. Escuchó impertérrito, sin mover un músculo. Cuando cortó la comunicación, les dijo que las víctimas se elevaban a cinco.

—La abuela acaba de fallecer, sin poder decirnos nada. No ha recuperado el conocimiento.

—Cinco víctimas —dijo Rebeca.

Singla asintió.

—¿Cómo está Eva? —preguntó Carla Ugarte, angustiada—. ¿Se encuentra bien? ¿Puedo ir a verla?

La tranquilizaron al respecto, asegurándole que seguía dormida, en perfecto estado de salud. La mujer se había enterado por la Sexta. La cadena generalista había interrumpido el telediario del mediodía con un comunicado de última hora y había dado la noticia sin aportar apenas información, pero sí imágenes de la casa de la calle Julià, repitiendo sin cesar las constantes entradas y salidas de los miembros de la Científica y el equipo forense. La había reconocido al instante, sin podersele creer.

—¿Cómo es posible que ocurra algo así?

Con expresión anhelante, como si ellos pudieran borrar la realidad de un plumazo y convencerla de que todo aquello solo había sido una equivocación de los medios, les había hecho pasar a la galería, en la parte de atrás, donde tomaron asiento en unos sillones de mimbre, rodeados de plantas y acompañados por el sonido de una fuente artificial. Mientras les ofrecía un té, les contó que había tomado un tranquilizante, que con una infusión de valeriana no tenía suficiente. Añadió que iba a prepararse otra y volvió a ofrecerles algo de beber, lo que ambos declinaron. Cuando se sentó de nuevo, Rebeca le explicó el motivo de su visita con tacto, sin apresurarse, al tiempo que Milo se mantenía en un callado segundo plano. Ella la interrumpió para pedirles que se tutearan, que así se sentiría más cómoda.

—Y no me llaméis señora, por favor. Mi nombre es Carla. Estas cosas siempre les pasan a los demás, ¿no?

Era una mujer de aspecto agradable. Pelo rizado negro, rostro ovalado, sin maquillar. Dos años mayor que su hermana, era profesora de francés en un instituto, estaba divorciada y tenía un hijo. Más allá de su congoja, Milo adivinó un espíritu inocente, tal vez ingenuo, un alma cándida. Procurando blindarse, escuchó a Rebeca formular las primeras preguntas y cómo respondía Carla, al principio de forma escueta para poco a poco mostrarse más comunicativa.

—Paco era muy trabajador, un buen padre para sus hijos y un hijo maravilloso con su madre. La adoraba. A la pobre se le empezaba a ir la cabeza, ya sabéis, demencia senil, pero él se negó a llevarla a un centro especializado. Por nada del mundo lo hubiera permitido, era su madre y él se encargaría de que no le faltara de nada hasta... hasta el final.

Los dos se percataron de que no se había referido a la relación con su esposa. Rebeca dejó la cuestión para más adelante y le preguntó si creía que él podría haber tenido enemigos, alguien

relacionado con su negocio.

La mujer desorbitó los ojos.

—Eso es absurdo. ¿Enemigos? ¿Paco? ¿Por qué? No, no es posible. Veréis, estuvo en la primera misión de paz de Kosovo, de cuando la guerra. Estaba en la policía, la nacional, y supo que Naciones Unidas buscaba personal que hablara inglés. Como lo dominaba a la perfección, se apuntó enseguida. Fue al poco de nacer Noe, ¿entendéis? Un hombre que acude a una misión de paz dejando en casa a un bebé no puede tener enemigos.

—¿Y a su regreso?

—Las cosas no fueron fáciles. Lo que vivió en los Balcanes fue muy duro, vio cosas horribles y volvió un poco tocado. Pero tuvo que sobreponerse y tirar adelante, no había otra. —Dio un largo sorbo a la taza que sostenía en las manos—. Dejó la policía, buscó empleo y tuvo varios trabajos hasta que le salió la oportunidad de montar la pequeña joyería, la que luego no tuvo más remedio que reconvertir en un Compró Oro, por la crisis. Pero tendríais que haberlo visto el día de la inauguración, saltaba de contento. Todos nos sentimos muy orgullosos de él.

—¿También Patricia, su esposa?

—Ella la primera, por supuesto. ¿Por qué lo dices?

—Carla, solo son preguntas de rutina. Háblanos de la relación entre Paco y Patricia.

—Todo iba bien, como la seda. Con los problemillas habituales entre cualquier pareja, nada del otro mundo, lo normal.

Mercader le pidió algún ejemplo. Mientras hacía memoria, Milo reparó en que no llevaba reloj de muñeca.

—Bueno, a veces Patricia se quejaba de que a Paco solo le importaba su negocio, que la tenía un poco abandonada. Con sus viajes y todo eso.

—¿Y era cierto?

Carla frunció el ceño.

—No... no me gusta esta conversación —dijo—. Por Dios, ponernos a cotillear sobre ellos no es... no es correcto.

Rebeca le explicó que solo querían averiguar qué había podido suceder. Sus preguntas, argumentó, solo iban encaminadas a tratar de esclarecer lo que había ocurrido.

—Tu testimonio es muy importante, necesitamos tu ayuda.

No muy convencida, volvió a beber otro largo trago. A continuación, soltó un suspiro y dijo que había que conocer a Patricia. A ambos les llegó una vaharada de ginebra.

—Al ser la pequeña —contó—, siempre ha sido la consentida de la casa. Tiene que ser el centro de todo. En fin, que a veces estalla a la mínima y luego el enfado le dura unos días, en plan callada y todo eso. Además, está lo de su edad. Pero nada serio, de veras —se apresuró a añadir—. Discusiones de vez en cuando, por tonterías. Como todo el mundo.

No les pasó desapercibido el cambio de tiempo verbal. Estaban habituados a toda clase de reacciones ante la muerte violenta de un familiar, a las diferentes maneras que cada persona, en

función de su carácter emocional, aplicaba para asimilar un impacto tan terrible e inesperado. En realidad, nadie sabía de qué dependían con exactitud; solo que eran un modo de protegerse ante la brutalidad del hecho. Por este motivo, se limitaban a mostrarse impasibles y seguirles la corriente.

—¿A qué te refieres con lo de su edad?

Patricia no llevaba bien haber cumplido cuarenta y un años, explicó. Como tampoco los cuarenta. A partir de entonces se había comportado de un modo más caprichoso de lo usual. De ahí lo del aumento de senos y lo de sus labios. Para ella, su imagen era importante y no le hacía ascos a meterse en un quirófano con tal de disimular el paso del tiempo.

Milo observó que a Carla le traía sin cuidado su apariencia, prefiriendo una más natural, sin afeites ni retoques, a la artificial lograda a golpes de bisturí.

—¿Patricia trabaja? —quiso saber Rebeca.

—Se dedica a la casa. Y a las compras. Los zapatos y la lencería de lujo la vuelven loca. Pero no es una manirrota, ¿eh? Todos tenemos un hobby, ¿no es así? Pues el suyo es comprar.

—¿Suele acompañar a Paco en sus viajes?

Carla negó con un gesto. Eran viajes relámpago, de uno o dos días como máximo, y él prefería ir solo.

—¿Le va bien el negocio? ¿Tiene deudas?

—Ni idea, pero diría que no. Quiero decir que, visto lo que se gasta Patricia en anteojos, lo dudo. La semana pasada se presentó con unos zapatos que, bueno, no sé cuánto le costaron, pero seguro que no fueron cien euros. Paco la tiene muy mal acostumbrada, la historia de siempre. Es lo que pasa con ella.

—Háblanos de sus hijos. De Raúl, por ejemplo.

Según Carla era un buen estudiante, responsable, un chico tranquilo, un poco influido por las ideas de su padre, su lorito de repetición; el orgullo de Paco, sin duda, concluyó.

—¿Lorito de repetición? ¿Qué quieres decir?

Ella hizo un mohín de desagrado.

—Paco es de derechas, muy de derechas —dijo—. Y con algunos temas, bueno, digamos que un poco extremista. Con el asunto de los migrantes, por ejemplo. Para él, se solucionaba cerrando las fronteras a cal y canto. El rollo ese de los populismos tan de moda hoy en día, nosotros y los otros. Y los otros, los de fuera, siempre son los culpables de todo, ya sabéis.

—¿Y Raúl es del mismo palo?

—A mí no me gustaba lo que le oía decir en la mesa. Cada vez menos. Sabía que solo era para hacerse el hombrecito, y más si su padre estaba delante, pero los chistes sobre moros y sudacas, como los llaman, me tenían más que harta. Imagino que era una pose, pero me molestaba el rumbo que estaba tomando.

—¿Y a su hermana mayor?

—La irritaba tanto o más que a mí.

—¿Qué nos puedes contar de ella?

—Bueno, Noe es otra historia. Quiere que todo sea inmediato, como cualquier adolescente. Es el bicho raro de la familia, muy sensible, con muchos demonios interiores, un poquitín embustera. Como todos a los diecisiete años. Ya se le pasará, cuando crezca —dijo. Dio otro largo sorbo a la infusión con ginebra. Miró a Milo por encima de la taza—: ¿Tú no hablas?

—¿Sabías que Noe se autolesionaba? —preguntó.

—Yo, esto... —titubeó—, sé que tuvo algunos problemillas, pero nada grave. Es un poco provocativa, pero buena chica, sin maldad. Está buscando su lugar, uno donde encaje realmente, eso es todo. Y con una gran creatividad. Se pasa el día con el móvil en la mano, filmándolo todo y a todos, silenciosa como un gato. Tenéis que ver sus clips, así los llama Noe. Son cortos, de pocos segundos, pero muy intensos. Cuando por fin encuentre un objetivo en la vida, se convertirá en alguien que dará que hablar, ya lo veréis. —Meneó la cabeza—. Quiere hacer Química, pero yo no la veo. Es demasiado emocional. Le va más algo relacionado con el arte, no sé, cine, fotografía, publicidad.

—¿Sale con algún chico? —preguntó Rebeca.

—Con este, con aquel. Nada serio, como todas las chicas.

—¿Se lleva bien con su padre?

—Como el ratón y el gato. Se pasan la vida discutiendo. La última fue muy sonada, cuando se le metió en la cabeza que quería un iPhone. Paco se negó y ella se puso como una mona. Al final acabó comprándole uno de esos móviles chinos, con mucha calidad de imagen. Pero a Noe no se le pasó el enfado y a la primera ocasión le montó otro pollo.

»Ocurrió con motivo de una cena en casa después del verano, con varios invitados. Surgió el tema del atentado de agosto y a Noe no se le ocurrió decir otra cosa que comprendía a los terroristas, que ella sería capaz de llevar a cabo algo parecido.

»Fue para llamar la atención, ¿entendéis? Cuando todos nos quedamos callados, dijo que era una broma. Le gusta provocar. Y hace lo mismo con Patricia. ¿Por qué si no se puso el septum de plata en la nariz? Yo les digo que paciencia, que todo esto cambiará con el tiempo. Que la dejen tranquila. Lo importante es que no se sienta más incomprendida, más inadaptada.

—¿Te refieres a que es una chica problemática?

—No, qué va. Su punto flaco es el pronto que tiene, en eso ha salido a Patricia. Se enfada por nada, y cuando estalla... bueno, entonces mejor no estar por en medio. Con Raúl siempre están a la greña, la llama sensiblera y plasta, y ella cae en la trampa. Lo habitual entre hermanos. —Dio un nuevo trago a la taza—. Según ella, la recogieron bajo un puente cuando era un bebé. Por eso digo que es el bicho raro de la familia. Noe tiene inquietudes y se siente un poco fuera de lugar, nada más.

Milo apretó las mandíbulas. Las palabras de Carla le remitieron a Marc, su sobrino. Un preadolescente también con «problemillas». Que tampoco encontraba su lugar en el mundo. Sensible, buen chico. Un joven que se sentía invisible en su familia. Sin que nadie le prestara la suficiente atención. Hasta que un día, abrumado por un peso que soportaba en soledad, decidió

quitarse la vida. A los quince años. Y él no lo vio venir. Utilizó su arma reglamentaria. En la sala de su casa. Podía leer la mente de un criminal, pero no percibió sus señales de socorro. No lo supo ver. Y se voló los sesos. Mientras él discutía con su mujer, Irene, en el cuarto de al lado. Marc eligió borrarse de una vez por todas, a solas. Llevándose para siempre su paz interior. Todo por no saber interpretar sus silencios. Por no tomarse más en serio sus preocupaciones. Como si no pudieran ser de peso a su edad. Como si por el hecho de ser joven la felicidad fuera obligatoria.

Se echó hacia delante.

—Y tú, como su tía enrollada, la comprendes perfectamente y le recetas paciencia, solo paciencia. El tiempo lo cura todo.

—¿Qué quieres decir?

Sonó el móvil de Rebeca. La subinspectora se levantó mientras se lo llevaba a la oreja y se alejaba unos metros.

Milo también se incorporó.

—Nada, no digo nada —murmuró—. Tú no tienes la culpa.

—¿De qué estás hablando?

—De tonterías. Disculpa, creo que tenemos que marcharnos.

Se dirigió al vestíbulo, donde estaba Mercader. Carla fue tras él dando bandazos por el pasillo.

—Escucha, quiero saber a qué te referías. ¿Culpa de qué?

Rebeca colgó. Se puso de puntillas para susurrarle que Lucas Torres se había despertado. Acto seguido, mientras él abría la puerta y salía al rellano, se giró para despedirse de la mujer.

Carla ladeó la cabeza para ver a Milo sin obstáculos.

—¿De qué soy culpable? —dijo, la voz a punto de quebrarse.

Milo respiró hondo, y volvió a entrar. Sin decir una palabra, le puso las manos en los hombros. Luego, muy despacio, la aproximó hasta rodearla con sus brazos. Y cuando ella estalló en sollozos, el cuerpo agitado por las convulsiones del llanto, la sostuvo contra su pecho con firmeza como si pudiera contener su dolor. Como si fuera capaz.

Recorrieron el pasillo del Clínic hasta llegar a una sala donde se repartían en estrella media docena de habitaciones. Tras franquear la puerta, no tuvieron que mirar a través de las mamparas de cristal para reconocer la de Lucas Torres. Dos agentes la custodiaban, y frente a ellos se desarrollaba una acalorada discusión. Un hombre de unos cincuenta años, trajeado, con algo de sobrepeso, gesticulaba con vehemencia ante Singla y Corberó mientras una atractiva mujer, cercana a los cuarenta, bronceada, de estilizada figura y vestida de forma exclusiva, se mantenía en silencio sin dejar de estrujarse las manos.

—Apenas está consciente —dijo el hombre—, ¿no pueden dejarnos entrar y estar a solas con él un momento?

—No se lo repetiré otra vez —dijo Singla. Señaló la salida con el brazo extendido—. Tenemos órdenes de que su hijo permanezca incomunicado hasta que no hable con nosotros. Ya les avisaremos. Y ahora, si son tan amables, despejen la sala.

—No pueden tratarnos así, somos sus padres.

—Pero él no es un menor. Señores Torres, hagan el favor.

El subjefe Corberó avanzó hacia ellos y, de forma suave pero con firmeza, los guio hacia la puerta.

—¡Lucas, no digas nada! —vociferó el hombre. Y a Singla—: ¿Está detenido? ¿Tiene derecho a un abogado!

Abandonaron la sala entre protestas. Una vez en el pasillo, él extrajo un móvil al tiempo que Singla lo conducía fuera del ala, seguido de Corberó, quien hacía otro tanto con la esposa. Envuelta en una nube de perfume, ella taconeó de súbito hasta su marido y lo agarró del brazo, alejándose juntos hacia la salida.

Milo y Rebeca contemplaron al joven.

Recostado en la cama, Lucas Torres miraba al techo, la vista fija. Un cable conectado a uno de sus dedos por una pinza registraba sus constantes vitales en un monitor. Nada más desaparecer sus padres, las pulsaciones se redujeron hasta alcanzar un ritmo más pausado. Vestía camisola blanca de manga corta y un gotero terminaba en uno de sus antebrazos, donde tenía abierta una vía. Pálido, con el rostro tumefacto, un apósito le cubría la herida de la frente. Destacaban los puntos de sutura en la sien izquierda, los moretones en la piel de la cara, los arañazos.

—Joder con los padres —dijo Corberó. Se situó entre ambos—. ¿Sabéis quién es ese tipo? Uno de los mandamases del puerto, Antonio Torres. Más problemas, lo que nos faltaba.

Milo le hizo un gesto interrogativo con las cejas a la vez que indicaba al chico con la barbilla. El subjefe respondió que ninguno de sus hombres le había puesto una mano encima.

—Se las ha hecho otra persona o personas —dijo—. Algunas son defensivas, y la de la sien fue por un golpe con una piedra.

—Esas heridas le van a ir de perlas para que las expresiones de su cara no lo traicionen a la hora de ser interrogado.

—Subinspectora, nadie es capaz de tirarse de cabeza contra un escalón —repuso Corberó—. Vamos, a mi entender.

—¿Se ha confirmado que esa sangre es suya? —dijo Milo.

El subjefe asintió.

—¿La herida de la sien presenta rasguños periféricos?

—No, pero según los médicos eso no quiere decir que la recibiera por la espalda. Pudo ser de cara, pero por algún motivo no reaccionó, como por ir puesto de narcóticos hasta el culo.

—¿Noelia Corona era zurda o diestra?

—No lo sabemos —respondió Mercader—. ¿Piensas que fue ella quien lo golpeó? ¿Que ese chico trató de...?

—No pienso nada —cortó Milo—, pero me sé las estadísticas. El 11 por ciento de los jóvenes de su edad creen que obligar a tener sexo no es violencia. Entre ellos, el 2,6 por ciento son chicas.

—Joder —masculló Rebeca—, la era de la imbecilidad, como dice la jueza.

—Aunque también alguien pudo golpearlo por la espalda.

—Momento en que se desplomó sobre el cuerpo sin vida de Noelia, empapándose con su sangre. La pregunta es quién pudo ser, quién más estuvo en esa casa la noche del sábado.

—Todavía es muy pronto para sacar conclusiones —dijo Corberó—, todo son interrogantes. Continuamos a oscuras.

—Y seguiremos con lo puesto hasta que ese joven no hable.

—¿Ha dicho algo? —quiso saber Milo.

—Ha abierto la boca, pero ni una palabra sobre lo sucedido. Los médicos dicen que sufre un trastorno por estrés postraumático, que su mutismo tal vez se deba al potente *shock*. Va a necesitar tiempo para procesar lo que sea que haya ocurrido en esa casa. —Sacudió la cabeza—. Tiempo, justo lo que no tenemos.

—¿Es capaz de responder a estímulos y preguntas?

—Sí, pero prefieren tenerlo en observación esta noche. Mañana a primera hora le harán la evaluación psiquiátrica que ha pedido la jueza. Hay que esperar, no queda otra.

—No me trago el rollo de la pérdida de memoria —declaró Mercader—. Conmigo no cuela.

—A veces es una defensa contra el trauma —dijo Milo—. Subjefe, ¿los médicos creen que puede estar fingiendo?

—No se mojan. Parte quizá se sienta trastornado por la experiencia, y parte puede ser por voluntad propia. No lo ven claro.

—Para mí está más claro que el agua —dijo Rebeca—. El mejor momento para interrogar a un sospechoso es en caliente, cuando se siente más vulnerable. Yo empezaría ya mismo.

—Por ahora no es culpable de nada, chica dura.

—Cuanto más esperemos, peor para nosotros —insistió—. Vamos a perder una gran oportunidad, lo sabéis.

El subjefe Corberó apartó el aire con la mano.

—No vale la pena seguir discutiendo —dijo—. Singla ha ordenado posponer el interrogatorio hasta mañana. Si no hay novedades esta noche, Lucas Torres será trasladado a la Central después de la evaluación psiquiátrica. Hasta entonces las órdenes son tajantes: no debemos hablar con él.

—Es un error, maldita sea —dijo Rebeca—. El tiempo juega a su favor, ¿en qué está pensando el jefe Singla?

—En hacer bien las cosas y seguir escrupulosamente la ley.

—¿Te pones de su parte? —replicó—. ¿Tú?

—Si nos avanzamos en interrogarlo antes de que los médicos certifiquen que está en condiciones, su abogado se pondrá las botas con nosotros y su declaración no servirá de nada.

—Cinco víctimas, Malart. Cinco personas de la misma familia machacadas a golpes. —Señaló

la mampara de cristal—. Y ese hijo de puta que descansa ahí tan tranquilo tiene todos los números de ser el responsable. ¿Tengo que recordarte que cuando se entregó dijo que todos estaban muertos?

—¿Y qué con eso? Cada día te pareces más a Boada, subinspectora. Ya tienes a tu culpable cuando antes preferías esperar a las pruebas. —Los ojos de Rebeca centellearon—. Lo que de momento yo veo ahí dentro es a un muchacho asustado, roto.

—Y si es tan inocente, ¿por qué calla?

—No lo sé, pero incluso un sospechoso de asesinato tiene derecho a guardar silencio.

—¡Si no hay más que verlo, joder! —Volvió a señalarlo—. Fijaos en su rostro lleno de asimetrías. La parte izquierda es más grande que la derecha, lo que da indicios de un desequilibrio interior. Y mirad sus ojos: los tiene hundidos, por no hablar de su frente, alta y ancha. Delatan que se toma la vida de forma parcial, que no es capaz de tener una visión de conjunto. Y sus pómulos retraídos, sumados a sus mandíbulas finas, nos hablan de su frágil emotividad, propia de alguien inmaduro e introvertido, capaz de sufrir explosiones emocionales infantiles. No lo digo yo, lo afirma la psicomorfología.

Milo cabeceó.

—Bobadas —dijo—. La inmensa mayoría de la población encajamos en esas asimetrías, y del resto no me fio. Solo estás retratando a alguien no especialmente agraciado.

—¿Bobadas? ¡Lo aprendí en Quantico!

El subjefe carraspeó un par de veces.

—No es por llevarte la contraria, subinspectora, pero lo que dices englobaría a la mayor parte de los adolescentes. A mi hijo, por ejemplo. Tiene un pie en la infancia y otro en la vida adulta. Físicamente está a medio hacer, y a sus diecisiete años aún lo ves cambiado cada mañana a la hora del desayuno.

—Y no todo lo que enseñan en Quantico va a misa —dijo Milo.

—Conozco a muchos adultos capaces de sufrir esas explosiones emocionales infantiles que dices —añadió Corberó.

—Yo mismo, sin ir más lejos —secundó Milo—. Y tú también, a tenor de tus mandíbulas finas, si seguimos esta conversación. Mercader, déjalo estar, ¿de acuerdo?

Ella pareció desinflarse.

—No me quito de la cabeza toda esa sangre, los cuerpos.

—Ninguno podemos, subinspectora —dijo Corberó—. Pero no conviene precipitarse. Solo enredaría más las cosas.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

—Nuestro trabajo —dijo Milo—. Subjefe, ¿qué hay de las pertenencias de ese chico?

Corberó explicó lo que le habían encontrado encima. Todo estaba en la Central, donde el sargento Crespo trabajaba en el teléfono móvil de Lucas Torres, un iPhone.

—¿Algo nuevo sobre el rastreo del de Noelia Corona?

—Está muerto, no da señales. Todo indica que lo han apagado y desmontado la batería. Ya hemos pedido los registros telefónicos, pero la cosa va a tardar.

—¿Lo veis? —dijo Rebeca—. ¿Y quién fue el último en abandonar la casa? Lucas Torres. Lo ha hecho desaparecer porque seguro que contiene imágenes que lo incriminan.

—Pues lo necesitamos para ver lo último que filmó esa chica. A lo mejor tiene archivados en su ordenador los clips que nos ha mencionado su tía Carla, pero seguramente no tuvo tiempo de guardar las últimas grabaciones.

—Vienes a mi terreno —dijo Mercader—. Si no podemos interrogarlo para saber qué ha hecho con él o dónde lo ha escondido, ya me dirás cómo lo vamos a hacer para echarles un vistazo.

Corberó miró a una y a otro y cambió de tema. La niña de dos años había abierto los ojos poco antes de su llegada y permanecía estable. Servicios Sociales estaba con ella, a la espera de que acudiera su único familiar, Carla Ugarte, a quien ya se lo habían comunicado.

—La he notado muy perjudicada.

—¿Se va a hacer cargo de la cría? —quiso saber Milo.

—Es lo que ha dicho. ¿Cuál ha sido vuestra impresión cuando habéis ido a su casa?

Mercader y Malart cruzaron una mirada.

—Es frágil, todo esto la supera —dijo Rebeca—, lo que no es de extrañar. Tras el derrumbe inicial, ha dejado el suceso fuera del plano de la realidad, el habitual «aquí no ha pasado nada», y luego nos ha pintado una familia normal, no desestructurada.

—O sea, que estamos como al principio, más o menos.

Rebeca volvió a señalar a Lucas Torres.

—Sigo pensando que no es trigo limpio. Si me dierais cinco minutos a solas con él, confesaría de pleno.

—¿Insinúas que miremos para otro lado? —dijo Corberó.

Milo resopló con impaciencia.

—A ver, subinspectora, te lo voy a explicar por última vez —dijo—. Uno, no estamos en tus queridos Estados Unidos. Dos, después del caso Gotha, vamos a seguir todas las normas al pie de la letra, sin desviarnos ni un milímetro. Y tres, si el padre de Lucas Torres es uno de los principales empresarios del puerto tal y como nos ha contado el subjefe, es decir, que le sale el dinero por las orejas, me puedes explicar para qué cojones querría robar ese chico el dichoso Compro Oro. —Ella lo miró con perplejidad—. Exacto, no encaja.

Milo se detuvo en el vestíbulo para hacer una llamada a resguardo del viento. Vio que había recibido tres mensajes, los dejó para más tarde y pulsó el número de Irene, su exmujer. Una voz grabada le dijo que aquel número no estaba disponible en aquellos momentos y colgó de inmediato. Salió del hospital. Ya había anochecido, pero el vendaval seguía barriendo las calles. Alzó la cara para recibir de lleno aquellas rachas tan furiosas. No era como en el Alt Empordà,

con la tramontana. En la ciudad, el viento no le vigorizaba ni le hacía sentir eufórico, sino que le quitaba las fuerzas. Cabizbajo, echó a andar por Villarroel en dirección a la Barceloneta. Irene. Todavía se preguntaba cómo habían acabado juntos una mujer como ella y un tipo como él. No tenían nada en común. El amor no era ciego, sino estúpido. Su separación solo había sido cuestión de tiempo. Y el detonante, cuando su sobrino Marc decidió volarse los sesos en la sala de su casa dejando todas las paredes perdidas de sangre.

Llegó a la plaza de la Universitat. Unas cincuenta personas se manifestaban con pancartas pidiendo la libertad de los presos políticos y gritaban consignas en defensa de la república, las *estelades* ondeando al viento. Cruzó el paso cebra y se refugió en un portal situado junto a una tienda de mantas. En el cuarto piso de aquel edificio residía Sara, en soledad. Y allí había vivido él hasta los seis años, cuando su madre tomó la decisión de enviarlo con sus abuelos a Port de la Selva. Para mantenerlo a salvo. Para alejarlo de la violencia de su padre, quien ya empezaba a mostrar los primeros síntomas de la esquizofrenia. Lo eligió a él, en vez de a Hugo, su hermano mayor, y aquello lo torturaba desde entonces. Podría haber sido él quien ocupara su lugar en el psiquiátrico privado de la provincia de Girona. No había tenido más remedio que ingresarlo, al igual que a su padre años antes, tras desarrollar la misma enfermedad mental. Nunca averiguó el porqué de aquella elección de su madre, en qué se había basado. Solo sabía que su destino se había jugado en un cruel cara o cruz, y que había salido cara para él, cruz para Hugo. No era justo para su hermano. El maldito gen se había cebado en su familia. Dos de tres. Y la espada de Damocles seguía pendiendo sobre su cabeza, más afilada que nunca.

Extrajo el móvil y llamó a Sara, la mujer de Hugo.

Descolgó al tercer timbrado. Tras los saludos de rigor, Milo le preguntó qué tal le iba cenar juntos aquella noche y charlar un rato, que él podía encargarse de comprar comida. Sara le dijo que le gustaría mucho, pero aún estaba de visita en el hospital acompañando a su hermano y volvería tarde a Barcelona.

—¿Qué te parece si lo aplazamos a mañana?

—Cuando tú digas. ¿Cómo está Hugo?

Le explicó que estaba mejorando, que según el doctor Doria pronto podría haber buenas noticias. Añadió que preguntaba por él, que tenía ganas de verlo.

—Estaría bien que vinieras a visitarlo —dijo Sara, sin asomo de reproche—. Le sería muy beneficioso. Esto..., no te guarda ningún rencor por haberlo ingresado. Lo comprende, Milo. Hugo lo comprende perfectamente. Que lo hiciste por mi bien, por el suyo. Que no fue una decisión fácil para ti.

Milo alejó el móvil de su oreja unos segundos.

—¿Sara? —dijo, al cabo—. No te oigo bien, por el viento.

—¿Qué tal estás tú? ¿Cómo te han ido las vacaciones?

Milo volvió a repetir la operación.

—Apenas te oigo, Sara. Te dejo, ya hablaremos.

Colgó. Guardó el móvil en el bolsillo y se adentró por la calle Tallers. En un panel publicitario de la plaza de Castilla vio el anuncio del concierto de la pianista Ella Delambre en el Liceu previsto para el próximo fin de semana. Atravesó las Ramblas sin separar la vista del suelo. En la Barceloneta, fue a un bar cercano a su casa. Se sentó a la barra y pidió un pincho de tortilla de patatas con pan con tomate y calamares. Comió en silencio. Luego, caminó por las callejuelas del barrio. Echó de menos a Tío, el pastor mallorquín a quien solía pasear por el mismo escenario; los juegos con una pelota, las carreras, la compañía. La fácil felicidad. Desembocó en el paseo Marítimo. Contempló el espectáculo del mar agitado, el potente rugir de las olas.

Subió las escaleras de los cuatro pisos y entró en el ático.

Se acercó al terrario. Tía estaba como siempre, inmóvil sobre una piedra plana. Ninguna señal de reconocimiento, ninguna muestra de alegría por verle. No es lo mismo, se dijo por enésima vez. Se echó en el sofá y puso la televisión. Fue pasando canales. En varios aparecían imágenes de la casa de la calle Julià, los miembros de la Científica entrando y saliendo con las bolsas de nailon negras de forma repetitiva, sin cesar. Los titulares a pie de pantalla eran puro sensacionalismo y los locutores contaban la noticia con una entonación que lo irritó; una mujer, en concreto, la refería con tanto entusiasmo que daba la impresión de excitarse mientras hablaba de «matanza» y «familia masacrada». Cambió de canal con rapidez. Eligió uno que ponía un episodio de *Los Simpson*.

Consultó el móvil. Tres mensajes sin leer, todos de la misma persona. Sintió un salto en el cerebro, otro en el corazón y un tercero en la entrepierna. No pudo abrirlos. Quería, pero no debía. Era lo mejor. Aunque le partiera el alma. Intentó distraerse con los dibujos animados. Cosa extraña, no había visto aquel episodio. Homer y Marge estaban en la cama, tan amarillos como siempre. El primero abría una caja y sacaba el fragmento de una piedra, plano y con tres hendiduras. Marge, contenta de que lo hubiera guardado después de tanto tiempo, extraía a su vez otro trozo de forma similar. Al unirlos, encajaban perfectamente formando un corazón. A pesar de todo seguían juntos, y acto seguido se besaban. Apagó la tele. ¿Un corazón de piedra? No volvería a verlos. De golpe, ya no les veía la gracia. Preguntándose qué le pasaba a todo el mundo, abandonó el piso.

Condujo su viejo Volkswagen por la ciudad. Casi no había tráfico, pero prefirió circular a marcha lenta. Aparcó en una de las esquinas de Rambla Catalunya con Provença. Quitó el contacto y se acomodó sin apartar la vista del ático dúplex situado en el edificio de enfrente. La visión periférica le permitía controlar también el portal de la calle. De nuevo, se sintió invadido por aquella sensación de irrealidad que lo llevaba acuciando todo el día. *No te vayas*. Salió del coche pegando un portazo.

Se sentó en el capó y observó a derecha e izquierda. Nadie. Alzó la vista hacia las luces de la terraza. El matrimonio estaba en casa. *Quédate unos días más*. Los imaginó en la sala, o tal vez en el dormitorio. Sintióse a salvo. Protegidos. Empezó a hervirle la sangre. Sabía que estaba cometiendo un error, que no debía estar allí. Caminó hacia el paseo de Gràcia. Por entre los

árboles, iluminado por focos para resaltar la belleza de sus líneas curvas por la noche, distinguió el majestuoso edificio de La Pedrera. Se detuvo en seco y echó a caminar de espaldas, como si hubiera visto un fantasma. Una ráfaga de viento le hizo perder por un momento el equilibrio. *Me gustan mucho tus piernas.* Aceleró el paso. Se metió en el coche y encendió la radio. Buscó una emisora que no diera noticias. Encontró una de música clásica y volvió a fijar la mirada en el dúplex del matrimonio Parés Morera. *Me excita tu cuerpo.* Se llevó las manos a los oídos y se los tapó con fuerza.

Martes

El viento había amainado al amanecer, pero seguía habiendo mar de fondo cuando se zambulló. Nadó sin ganas durante veinte minutos, la mente embotada, y luego regresó al ático, donde se dio una ducha rápida y tomó un frugal desayuno. Llegó a la Comisaría Central al mismo tiempo que el inspector jefe Singla y subieron juntos en el ascensor hasta la cuarta planta.

—Los Torres vendrán a las nueve, quiero que tú y Mercader estéis presentes —dijo.

—¿Alguna novedad esta noche con ese joven?

—Todo en orden. Los médicos han confirmado que está en condiciones de responder a nuestras preguntas y en estos momentos lo están trasladando desde el hospital. Hablaremos de su evaluación psiquiátrica en la reunión con el Grupo.

Se abrieron las puertas y caminaron juntos hacia la oficina del GEHME, que bullía de actividad a pesar de lo temprano de la hora. Singla continuó hacia su despacho del fondo mientras Milo se desviaba hacia la mesa del sargento Crespo, llena de dossiers y presidida por un gran ordenador junto a un portátil.

—Toni, ¿tienes los objetos personales de Lucas Torres?

El sargento alzó la vista de unos papeles. De treinta y tantos, con tendencia a la obesidad y una alopecia creciente, era el experto en búsqueda de datos. Meticuloso hasta la exageración, su inteligencia a la hora de analizarlos era una pieza básica en la investigación de los casos. Se ajustó las gafas y, con expresión afable, sonrió de oreja a oreja con ese aire distraído de los genios informáticos no exento de timidez.

—Voy —dijo. Abrió un cajón y le entregó una bolsa de plástico transparente—. Falta el móvil, mi equipo está trabajando en él. Nos va a llevar más tiempo del previsto. Intentó eliminar información ignorando que nada desaparece de forma definitiva.

—¿Tu equipo? ¿Desde cuándo tienes equipo?

—Ha habido algunos cambios durante tu ausencia —dijo. Extendió una mano que Milo estrechó con fuerza—. Según he oído, parece que has ido muy lejos, a la selva amazónica.

—Nunca es lo bastante lejos —dijo. Sacó las pertenencias una a una. Echó un vistazo al bono de transporte público. Aún quedaban cuatro viajes—. ¿Has comprobado el último trayecto?

—Según el timbre, cogió el 55 en la plaza de Cataluña con el paseo de Gràcia a las 20.42 del sábado. El bus tiene parada en la avenida Miramar, frente al Miró, muy cerca de la calle Julià. También lo hizo tres días antes, a las 18.09.

Repasó la cartera. Una Visa, un carnet de estudiante, el DNI, varios billetes, monedas. No

contenía ninguna fotografía. Luego, le llegó el turno al reloj de muñeca.

—Un poco caro para un chico de dieciocho años, ¿no crees?

—Caro y ostentoso. A lo mejor es un regalo de sus padres por cumplir la mayoría de edad.

Cogió el llavero. Era de piel marrón muy rozada, relleno de espuma y con forma de media luna. El borde estaba un poco deshilachado y en una de sus caras había adheridas tres estrellas doradas. Del anillo de acero inoxidable pendían siete llaves.

—Muchas llaves me parecen a mí —dijo el sargento—. No son de moto ni coche, ni de taquillas o candados.

Milo introdujo todas las pertenencias en la bolsa y se la devolvió. Acto seguido, se lo quedó mirando un instante.

—Hablando de cambios, ¿y esas gafas?

Crespo las volvió a ajustar sobre la nariz.

—Los ordenadores acaban pasando factura.

—Como todo, Toni. Dime algo que sea gratis.

—¿El aire?

—¿Con esta polución? Vamos a terminar todos con enfisema —dijo—. Necesito una lista de los viajes de Francisco Corona, billetes de avión o tren. Digamos que durante el último año.

—Enseguida me pongo a ello.

—Y también, un informe completo de su estado financiero. La joyería, deudas, inversiones... Quiero saber la situación económica real de la familia Corona.

—Ya hemos hecho ese informe, inspector. ¿Lo quieres ahora o prefieres esperar a la reunión de más tarde?

—Mejor me espero. Otra cosa, hay una vía Júlia en el distrito de Nou Barris. Dado su parecido con el nombre de la calle Julià, me interesa saber la identidad de los propietarios o inquilinos del mismo número para descartar que haya habido una confusión por parte del asesino.

El sargento esbozó otra sonrisa.

—De nuevo llegas tarde —dijo—. La dirección de Nou Barris no es una vivienda unifamiliar, sino un edificio. La mayoría de los propietarios o residentes actuales son ancianos ya jubilados. La excepción son dos matrimonios. En uno de ellos, el marido está en el paro y ella trabaja como operaria en una envasadora. En el otro, él es obrero de la construcción y ella cajera de un súper. Hemos descartado la confusión de direcciones.

—Tu equipo trabaja rápido —dijo.

—Hacemos lo que podemos. —Señaló a dos mujeres sentadas de cara, los ordenadores interpuestos, tecleando con la vista fija en las pantallas—. ¿Quieres que te las presente?

—No, no quiero interrumpirlas. Supongo que estáis siguiendo el rastro digital de todos los miembros de la familia.

—Y revisando el historial de navegación, en efecto. Cuando tengamos el ordenador personal de ese joven nos pondremos manos a la obra con él. Ya hemos solicitado la orden a la secretaria

de la jueza Cabot, nos la enviará enseguida.

Milo hizo una mueca.

—Qué hago yo aquí entonces —dijo, más para sí mismo.

—¿Inspector?

—Nada, Toni. Me preguntaba algo que no tiene respuesta.

Se encaminó hacia su mesa y se dejó caer en la silla. Observó el tablero, el ordenador, ambos tan vacíos y apagados como él. Se retrepó contra el respaldo y se cruzó de brazos. Oyó que Sena lo llamaba desde su mesa. Alzó la cabeza y lo vio lanzarle un objeto, que dio contra su pecho y luego cayó al suelo.

—Joder, Malart —dijo Sena—, tienes que mirarte esos reflejos. Te veo oxidado, demasiadas vacaciones.

Milo se inclinó con lentitud para recoger el *pendrive* y se lo guardó en un bolsillo de los tejanos. A continuación, extrajo de la cazadora la fotografía doblada de los Corona y la colocó de pie sobre la mesa, como una felicitación navideña. La escrutó con los ojos entornados, analizando las expresiones de cada uno. En el centro, la orgullosa y satisfecha del cabeza de familia, la de alguien que se sentía un triunfador; un hombre normal, gris, sin ningún rasgo característico. Apoyaba los brazos sobre los hombros de su madre y de su esposa, sentadas una a cada lado. La expresión de la primera, a su derecha, era relajada y un poco ausente. La segunda, con sonrisa de anuncio, mantenía una postura un poco tensa, demasiado erguida, sin ningún punto de contacto con el cuerpo de su marido. En cambio, la de la niña sentada en su falda era de absoluta felicidad, una expresión tan dulce que le atravesó el corazón. Todo en ella transmitía inocencia, una pureza que se había truncado de golpe por la realidad más negra. Apartó aquel pensamiento y se centró en el hijo. Sentado junto a la madre, su sonrisa era franca, transparente, propia de alguien a quien le iban bien las cosas, sin nubarrones en el horizonte. Volvió a notar la punzada en el pecho, esta vez más acentuada. Solo era un niño que quería ser como su padre, con toda la vida por delante. En esta ocasión le fue más difícil quitarse los sentimientos de la cabeza. Quedaba la última de los Corona y procuró mantenerse frío. Clavó los ojos en la hija mayor. Estaba situada al otro lado, en el lugar más alejado de la madre, rozando levemente con la cadera el costado de su abuela. Era la única que no sonreía. Su postura envarada mostraba incomodidad, como si se sintiera fuera de lugar, con ganas de salir por piernas. Tenía las manos en el regazo, una envolviendo un puño cerrado, y la expresión era distante, los labios apretados. ESTAS MUERTA, había escrito en su vientre con una hoja afilada. Con su propia sangre. Se preguntó por el infierno interior de aquella joven, qué podía haberla empujado a sentirse una muerta en vida a los diecisiete años. Cerró los ojos. Intentó borrar el dolor pensando en azul. Un mar cristalino. La piel erizada a causa de la fría temperatura. El vaivén de la corriente que lo acunaba en un abrazo maternal. Los destellos del sol chocando contra las piedras del fondo. Las piedras.

Abrió los ojos.

—¿Durmiendo a estas horas, Malart? —dijo Rebeca.

Milo se enderezó con rapidez. Miró a izquierda y derecha, desorientado. Levantó los ojos hacia la subinspectora.

—Singla nos llama, han llegado los padres de Lucas Torres.

Fue el último en entrar en el despacho del inspector jefe. El matrimonio Torres se giró al unísono, lo repasaron de arriba abajo, ella con evidente rechazo por su indumentaria, y ambos volvieron la mirada al frente al mismo tiempo. Singla hizo las presentaciones y luego le ordenó que cerrara la puerta.

Milo apoyó la espalda contra la jamba mientras observaba que Mercader se había situado a un lado. Los Torres ocupaban dos sillas ante la mesa de Singla. En la tercera, su abogado, vestido con traje oscuro, camisa blanca y zapatos relucientes, les insistía de forma comedida, pero vehemente, que no debían hablar con ellos. Milo dedujo que con aquel «ellos» se refería a la policía.

Antonio Torres sacudió la cabeza.

—No tenemos nada que ocultar —dijo—. Lucas está en problemas y vamos a dar la cara por él hasta el final. Todo esto se debe a un malentendido, nuestro hijo es incapaz de hacer daño a nadie. Si lo conocieran, estoy seguro de que opinarían lo mismo.

—Eso es exactamente lo que pretendemos, señor Torres —dijo Singla—, conocer a su hijo.

—Es un buen muchacho, créame —declaró sin titubeos—. Nunca ha tenido un incidente violento ni se ha visto envuelto en ninguna pelea. Miren, no sé cómo explicárselo... Lucas es un chico tan pacífico que más de una vez he deseado que tuviera un poco más de sangre en las venas, no sé si me entienden.

—Lo que mi marido trata de decirles —intervino Sonia Torres al tiempo que apoyaba una mano en el antebrazo de su esposo— es que Lucas es cualquier cosa menos agresivo. Jamás lo hemos visto en una actitud desafiante. —Se llevó la mano libre al cabello rubio y se recolocó un mechón tras la oreja. Milo se fijó en su reloj de pulsera, plateado, la esfera pequeña, repleta de diamantes. El de él, en cambio, era grueso, de oro—. Si pudiera definirlo con una sola palabra, sería «dócil». Y como dice mi marido, incluso irritablemente dócil. En casa, por ejemplo. Con sus hermanos. Ya sabe, lo típico cuando son pequeños. Jordi le chinchaba una y otra vez y Lucas nunca le plantaba cara, ¿comprenden? Bajaba la cabeza y permanecía callado o bien se iba a su cuarto y se encerraba. ¿Entienden a lo que me refiero?

—Nos está diciendo que su actitud es más bien pasiva, ¿es así? —preguntó Rebeca—. Que se trata de un chico apocado.

La mujer se giró despacio hacia ella. La estudió un instante, en silencio. Milo tuvo la impresión de que estaba calibrándola.

—¿Y su rango era? —dijo, con tono seco.

—Subinspectora. ¿Puede responder a mi pregunta?

La mujer se volvió hacia el inspector jefe.

—Se aproxima bastante, aunque yo preferiría utilizar un término menos negativo. Por ejemplo, que se trata de un chico reticente al combate. Su actitud siempre ha sido la de rehuir cualquier tipo de enfrentamiento. Es impensable que haya cometido la barbaridad de la que lo acusan. Lucas, desde luego que no. De todas todas. Sencillamente, no es posible. ¿Cinco asesinatos? ¿Lucas? Es ridículo, ¿no lo ven? Ni en un millón de años.

—Señora, no estamos acusando a su hijo. De momento.

—Les prohíbo que hablen con él si no es mi presencia —dijo el abogado—. Entiendo por sus palabras que la situación de...

—Señor García Ocón, disculpe que lo interrumpa —dijo Singla—, pero usted no puede prohibirnos que hablemos con él y mucho menos ponernos condiciones. Nosotros obedecemos las órdenes del juez, la jueza Susana Cabot en este caso. Si tiene cualquier problema, no tiene más que dirigirse a ella en la Ciutat de la Justícia. Lucas Torres ha accedido voluntariamente a venir, después de leerle sus derechos como parte del protocolo, y ha rechazado un abogado. Su situación es, repito, por ahora, de retenido, no ha habido detención. Solo lo tenemos bajo custodia hasta que preste declaración.

Antonio Torres se irguió en el asiento.

—¿Quiere decir que puede venirse con nosotros? ¿Que nos lo podemos llevar a casa?

—No antes de declarar, y siempre y cuando su testimonio se ajuste a las pruebas encontradas. Ahora, si no tienen inconveniente, me gustaría seguir con nuestras preguntas. Nos estaban hablando de su carácter tranquilo, nada combativo.

Sonia Torres se explayó largo y tendido en las virtudes de Lucas. Por sus palabras, Milo concluyó que se trataba de un chico introvertido, tal vez con problemas de comunicación, sin demasiadas habilidades sociales. Se llevaba bien con sus hermanos, Jordi, de veintiún años, y Elsa, de diecinueve; sobre todo con esta última, una especie de segunda madre para él. Lo habían tenido que cambiar de varios colegios precisamente por su carácter tímido y retraído, algo que lo convertía en víctima ideal para ser objeto de *bullying*, como así había sucedido. Debido a tantos cambios, Lucas llevaba cierto retraso en sus estudios, justificó su madre. A sus dieciocho años aún estaba en primero de bachillerato, aunque gracias a Dios en el último colegio las cosas parecían ir bien, los escolapios de Diputació, donde cursaba la rama de Ciencias y tenía varios amigos. En casa lo veían como siempre, unas veces más animado que otras, lo habitual a esa edad. Pero sí podía afirmar con total certeza que se trataba de un chico feliz, que había crecido en un hogar feliz, y que nunca, por lo más remoto, sería capaz de llevar a cabo tal monstruosidad.

—Por Dios, si tiene todo lo que un muchacho puede desear en el mundo —concluyó, categórica.

Mercader cambió de posición para situarse junto a Singla y así poder ver con claridad los rostros del matrimonio.

—¿Su hijo pasa mucho tiempo en casa? —Ambos se miraron un instante y negaron con la

cabeza—. ¿Y saben qué hace en su tiempo libre, a qué se dedica en sus ratos de ocio?

—¿Tiempo libre? —dijo ella—. No tiene tiempo libre. Estudia, hace piano dos veces por semana, acude a clases de tenis en el Polo otras dos, se está sacando el carnet de conducir en el RACC... Solo para en casa lo justo, como tiene que ser.

—Sigue el ejemplo de sus dos hermanos mayores —dijo Antonio Torres—. Jordi ya ha terminado ESADE y ahora está realizando un máster, uno de verdad, mientras trabaja conmigo en nuestras oficinas del puerto. Y cuando lo acabe, irá a Stanford y a Cambridge para completar su formación. Por su parte, Elsa pronto finalizará sus estudios de Biología Ambiental en la UAB y ya está en varios comités ejecutivos de otras tantas asociaciones preocupadas por el medio ambiente y la sostenibilidad, así como en otras en defensa de los refugiados y demás injusticias sociales. Ellos dos son el espejo donde Lucas se mira.

—No somos unos padres severos —agregó ella—, pero creemos que es bueno educar a los hijos para que se responsabilicen de sus obligaciones.

—¿Saben si Lucas conocía a la familia Corona? —Los dos volvieron a interrogarse con la mirada—. ¿A Noelia Corona?

El hombre hizo un gesto negativo.

—¿Sale con alguna chica?

—¿Lucas? No, en absoluto —dijo la mujer—. Es muy joven para eso y, en fin, creo que está más interesado en otros temas. Nosotros somos una familia religiosa, practicante.

—¿Me está usted diciendo que Lucas es un adolescente a quien no le interesan las chicas? ¿Acaso que es gay?

Sonia Torres enrojeció, mitad de cólera, mitad de vergüenza.

—No sea usted impertinente, señorita —dijo—. Lo que estoy diciendo es que Lucas sabe perfectamente que ahora es demasiado pronto para eso, nada más.

—Subinspectora, señora. Y siendo un joven tan responsable, ¿no les extrañó que pasara todo el fin de semana fuera de casa, sin dar señales de vida ni siquiera el domingo por la noche?

Los Torres intercambiaron una nueva mirada. Él fue a contestar, pero una vibración en su americana lo obligó a extraer un móvil marrón y, pidiendo disculpas, se levantó para salir del despacho y atender la llamada.

—Claro que nos extrañó —dijo Sonia—, pero ¿qué querían que hiciéramos? El sábado al mediodía nos dijo que se iba a estudiar a casa de un amigo y que ya nos diría cuándo regresaría. Con las dificultades que siempre ha tenido para relacionarse con los demás, no le íbamos a poner pegas, ¿no creen?

—¿Sabe el nombre de ese amigo?

—Shyam. Es pakistaní, ¿saben? Un superdotado, un alumno de matrículas. —Arrugó los labios y se encogió de hombros de manera casi imperceptible—. Lo está ayudando, y por lo visto se llevan muy bien. Suelen quedar los fines de semana.

—Vamos a necesitar el ordenador personal de su hijo.

—Imagino que tendrán una orden —saltó el abogado.

—Una orden para su ordenador y otra para el registro de su cuarto, no se preocupe.

—Ricardo, por Dios, no pongas las cosas más difíciles —riñó ella—. Pueden revisar todo lo que quieran.

Antonio Torres volvió a entrar en el despacho.

—Disculpen, negocios. ¿Qué es lo que pueden revisar?

—Su cuarto, su portátil, todo lo que se les antoje —dijo ella.

—Por supuesto, siempre y cuando tengan una orden.

—Antonio, no empieces tú también —replicó—. Que hagan lo que quieran con tal de que todo esto se aclare de una vez.

—Por descontado, siempre que sea acorde con la ley.

—Lo será —dijo Rebeca—. ¿Su hijo acude a la consulta de algún psicólogo? ¿Toma alguna medicación?

Un denso silencio se extendió por el despacho.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo Antonio Torres.

—Responda, haga el favor —intervino Singla.

El matrimonio volvió a consultarse con los ojos.

—Verá, no creo que debamos contestar a eso —dijo al fin la señora Torres—. Es un asunto privado, y hay que respetar la confidencialidad entre médico y paciente.

—Por tanto, sí visita a un psicólogo. ¿Podría decirme desde cuándo, con qué frecuencia y su nombre?

—Ricardo, creo que ahora sí deberías decir algo —lo empujó la señora Torres—, ¿a qué esperas?

—No se moleste, abogado —dijo Mercader—, tenía que intentarlo. Una pregunta más. ¿Su hijo dispone de dinero? Quiero decir, acuciado por la necesidad económica, ¿podría haber buscado por su cuenta alguna cantidad significativa?

—¡Eso es una estupidez! —exclamó el señor Torres—. Lucas tiene más dinero hoy en su cuenta corriente de lo que usted ganará en diez años, inspectora.

—Subinspectora, señor. Entonces, ¿podemos concluir que su hijo no tiene problemas económicos?

—Mi marido ya le ha contestado. Esto es ridículo, ¿no saben con quién están hablando? ¿Quiénes somos? Disfrutamos de una posición más que desahogada, por decirlo de forma sutil. Vaya a cualquier círculo financiero de la ciudad y pregunte por nosotros, ya lo verá. Lucas no tiene problemas de dinero ni nunca los tendrá, y menos ahora, tras cumplir la mayoría de edad.

—¿A qué se refiere?

El señor Torres la sujetó por la muñeca. Miró a su abogado.

—Creo que esta reunión se ha acabado. Querían colaboración y se la hemos dado. Ahora, lo que nos gustaría es ver a nuestro hijo. ¿Sería posible?

Singla agarró el auricular del teléfono fijo y apretó un botón. Preguntó si ya había llegado. Escuchó unos instantes y colgó.

—Podrán verlo, pero no hablar con él. Si me acompañan.

—Señores Torres —dijo Milo—, ¿cuántas llaves son necesarias para acceder a su domicilio?

—¿Cómo dice?

Volvió a repetirles la pregunta.

—Pues está la del vestíbulo de entrada —dijo la señora Torres—, la de la puerta de casa, y la del parking, a veces entramos por allí y subimos en el otro ascensor, el de servicio, que también tiene llave. En total son cuatro. ¿Para qué quiere saberlo?

—Su hijo tiene un llavero con siete llaves. ¿Saben de dónde pueden ser las tres restantes?

Ambos lo miraron con desconcierto. Milo se apartó con presteza y les abrió la puerta. Los Torres tardaron unos segundos en reaccionar. Hasta que ella inició la marcha.

Rebeca se detuvo ante la mesa del sargento Crespo mientras Milo se rezagaba unos pasos para observar al matrimonio alejarse con su abogado, acompañados por Singla. Antonio Torres extrajo un móvil negro y empezó a hablar mirando al techo.

—Sargento, vamos a necesitar un informe de la situación económica y financiera de los Torres —dijo Mercader—, uno que también incluya la de su hijo Lucas.

—Lo tendrás enseguida. ¿Ha ido bien la entrevista?

—Su declaración tiene más agujeros que un colador. —Milo llegó hasta ellos—. ¿No opinas lo mismo? Todo ese discurso acerca de lo responsable que es Lucas... Si su hijo es de este mundo, apuesto a que hace pellas en casi todas esas actividades. Las hormonas mandan por muy del Opus que se sea.

Milo guardó silencio, pensativo.

—Te he visto muy callado allí dentro —dijo Rebeca.

Al no obtener respuesta, se volvió hacia Crespo, indicó al matrimonio con un gesto y le preguntó cuántos años creía que se llevaban. Crespo los estudió con disimulo.

—Calculo unos quince, ¿por qué?

—¿Le ves algo especial a él, aparte de su cartera?

—Subinspectora, el amor es ciego —repuso Crespo, incómodo—. Yo no me atrevería a juzgar ninguna relación.

—Porque eres buena gente —dijo Milo—, y sensato.

—Porque es un romántico. Ese florero con garras solo se mueve por una cosa y ya sabemos cuál. Nada nuevo bajo el sol.

—Mercader, estás cargada de prejuicios. ¿Te ocupas tú de redactar el informe de ayer? —dijo. Y a Crespo—: Toni, averigua si Lucas Torres tiene algún piso alquilado a su nombre. Piso, oficina o almacén, lo que sea.

Se dirigió hacia los ascensores.

—¿Adónde vas? —preguntó Rebeca—. La reunión con el grupo va a comenzar de un momento a otro.

—A tomar el aire —dijo. Se detuvo—. ¿De verdad vas a ponerte ese perfume todos los días? Es inaguantable.

Abandonó la oficina a grandes zancadas.

En el vestíbulo se tropezó con un pequeño tumulto. De uno de los ascensores salieron dos agentes custodiando a Lucas Torres. Sus padres, al verlo, gritaron su nombre y se abalanzaron sobre él con la intención de abrazarlo. Singla se interpuso y ordenó que se los llevaran de inmediato a una sala de espera al tiempo que el abogado exigía que les permitieran hablar con su hijo y que les quitaran las manos de encima. El inspector jefe apremió a los dos agentes para que lo metieran en la sala de interrogatorios y luego rugió al abogado que se callara de una vez.

—Un poco de humanidad —dijo el letrado mientras el matrimonio era conducido en dirección opuesta—, solo es un crío.

Los ojos de Milo se cruzaron un instante con los del joven, quien los bajó enseguida. Le sorprendió su baja estatura. Al verlo en la cama del hospital se lo había imaginado más alto. Ahora, entre aquel grupo de gente, lo vio empequeñecido, aunque tal vez se debía a su apostura; encogido sobre sí mismo, los hombros hundidos, mirando al suelo, con el aire de un cervatillo asustado. Vestía las ropas que le habían proporcionado: pantalón gris de chándal, sudadera azul marino y deportivas de suela plana con velcro. Rechoncho, con el flequillo tapándole media cara, nada en su aspecto hablaba de un asesino cruel y despiadado. Ni mirada desafiante ni postura agresiva ni gesto provocativo. Todo al contrario, encajaba con las palabras de su madre al referirse a él como un chico dócil, de actitud pasiva, reticente a cualquier tipo de enfrentamiento.

Su mirada.

Era extraña, entre turbada y huidiza. Le recordó a alguien. Un estremecimiento le recorrió la espalda. Lucas Torres también intentaba levantar una membrana de cristal a su alrededor para sentirse protegido, aislado del mundo, a salvo de los demás. Y como él, no lo lograba.

—Joder, Malart —voceó Singla—. ¿Se puede saber qué haces ahí parado? Espabila, que ya no estás de vacaciones.

Oyó el sonido de una llamada y se llevó el móvil a la oreja.

Era Sara.

Después de preguntarle si lo molestaba en aquel momento, le propuso cenar juntos por la noche. Milo dijo que no podía. Ella repuso que entonces viniera a comer a casa, que tenía muchas ganas de verlo. Pensó en alguna excusa. Pero ante su insistencia, al final aceptó.

—A lo mejor me retraso.

—No importa, te espero. ¿Qué te preparo?

—Tortilla de patatas y calamares, si no es mucho trabajo.

—¿Estás seguro? ¿No te apetece algo más sabroso?

—Sara, tengo que colgar. Yo me encargo del postre.

Cortó la comunicación. Se quedó mirando el móvil.

Sobre el icono de los mensajes aparecía, en rojo, el número cinco. Se le aceleró el pulso. Pensó en la membrana de cristal. Aislado del mundo, a salvo de los demás. Y cuando Rebeca le tocó el hombro para avisarlo de que la reunión con el Grupo iba a dar comienzo, el cristal se hizo añicos en su cabeza.

En la sala de revista estaban presentes, además de los miembros del Grupo Especial de Homicidios, el inspector jefe David Ros y la inspectora Elisabet Serra, ambos del Departamento de Robos, y el intendente Roger Guillamón, responsable del Departamento de Relaciones con los Medios, para preparar el comunicado de la rueda de prensa prevista para el mediodía. En la pizarra magnética que cubría la pared estaban las cinco fotos de las víctimas, adheridas en horizontal, una junto a otra en orden de edad, extraídas y ampliadas de sus respectivos DNI. La sexta era la de la pequeña Eva Corona, obtenida de una foto que habían hallado en la cartera de su padre. Y en un extremo, varias instantáneas en vertical de la escena del crimen y del exterior de la vivienda.

Singla ordenó empezar por las entrevistas a los vecinos y preguntó si alguno había visto a un desconocido o desconocidos merodeando por la calle Julià la noche del sábado.

—Según los del lado mar —dijo Rojo—, nadie vio a extraños por la zona. A esas horas emitían el Barça-Madrid en abierto y estaban pendientes de la televisión.

—Y los que pasaban del partido —explicó Cervera— ni vieron ni oyeron nada.

—¿Tampoco los vecinos de al lado?

—Son un matrimonio de ancianos y tenían la tele a toda leche. Ella se retiró temprano, antes de que acabara el partido, y tiene un sueño muy profundo. Su perro, un labrador tan viejo como ellos, se quedó abajo, en la sala con el marido, y no ladró en toda la noche. Y al otro lado está el almacén, deshabitado.

—¿Y el de enfrente?

—Algo parecido —dijo Boada—. Varón, sobre los cuarenta, soltero. Heredó la casa hace seis meses cuando falleció su madre, con quien vivía. Es director de una oficina del Deutsche Bank y el sábado por la noche se dedicó a ver una serie, la primera temporada de *The wire*, de la que es un fan absoluto. No vio ni oyó nada. Sin embargo, a quien sí vio por allí hace casi un año fue a Lucas Torres. Lo recuerda porque le llamó la atención que un joven estuviera sentado en las escaleras que conducen a la avenida Miramar durante varias semanas seguidas antes del verano sin hacer otra cosa que mirar la casa. Le mostramos la foto del chico que nos envió Crespo al móvil y lo reconoció en el acto. Sus palabras sitúan al sospechoso en el lugar del crimen.

—Si es cierto, lo sitúan antes del verano pasado —objetó Rojo—, no la noche del sábado. ¿Se acuerda del chaval después de un año?

—Su testimonio demuestra que conocía a la familia —dijo Mercader—. O, al menos, a alguien

de la familia.

—¿Y cómo supo que miraba la casa? A lo mejor esperaba a alguien o solo descansaba. Puede haber otras razones.

—¿Durante varias semanas?

—Por lo que he averiguado —dijo Crespo—, Lucas Torres conocía a Noelia Corona. Iban al mismo colegio, los escolapios de la calle Diputació, y a la misma clase. Los dos cursaban primero de bachillerato, la rama de Ciencias. Sus padres lo matricularon antes del verano, cuando acudía a La Salle Bonanova.

—Ya tenemos el vínculo de ese chico con la familia Corona —declaró Boada, ufano—. Es un hecho definitivo.

—Un hecho que no demuestra nada, no corras tanto —dijo Cervera—. Lucas y Noelia eran compañeros de clase, ¿y qué?

El inspector jefe Singla levantó una mano.

—¿Más testimonios de otros vecinos?

—Francisco Corona tuvo un incidente con un grupo de jóvenes en el parque que hay al otro extremo de la calle, bajando unas escaleras —explicó Rojo—. Según el vecino más próximo a la zona, allí se reunían para fumar porros, hacer botellón y oír música. Armaban tanto escándalo que él se quejó al presidente de la comunidad, Francisco Corona, y este acudió varias veces al lugar para decirles que dejaran de montar follón si no querían que llamara a la Guardia Urbana, cosa que terminó haciendo. A partir de ahí recibió varias amenazas, sobre todo por parte de uno de ellos, y le echaron bolsas de basura en el jardín y bombardearon con huevos su casa.

—¿Sabemos la identidad de ese joven?

—Solo que es del barrio del Poble Sec, un poco más abajo.

—Miraré si su nombre aparece en el atestado de la Urbana —dijo el sargento Crespo—. ¿De qué fechas hablamos?

—Pasadas las Navidades, hará tres o cuatro meses. Las cosas se tranquilizaron poco después.

—¿Algún otro testimonio relevante? —preguntó Singla. Aguardó unos instantes—. Bien, siguiente tema.

—Un momento, jefe —dijo Milo. Estiró el cuello en dirección a Boada y Sena—. ¿Eso es todo lo que os dijo el vecino de enfrente? Sena, lo que me gustaría saber es si le apretasteis lo suficiente o simplemente os limitasteis a cumplir con el trámite.

—Solo era la primera entrevista, no sacamos la artillería, si te refieres a eso. Para no levantar la liebre, como me dijiste.

—¿A qué viene esta gilipollez? —dijo Boada—. Le tomamos declaración de forma impecable.

—Supongo que os permitió entrar en su casa, que pudisteis echarle un vistazo —dijo Milo. Vio la expresión de Sena—. Perfecto, la entrevista fue a pie de calle.

—¿Con qué coño nos sales tú ahora? —soltó Boada—. La hicimos en el jardín, como correspondía.

—A nosotros —dijo Rojo, señalando a Cervera—, cuando vamos a entrevistar a algún testimonio, siempre nos entran unas irrefrenables ganas de ir al baño.

—Nunca está de más dar una ojeada a los interiores de las casas —corroboró Cervera—, ¿no te parece?

Milo cruzó una mirada elocuente con Rebeca y ella apretó los labios. Singla puso punto final al asunto y ordenó pasar a las víctimas, empezando por el cabeza de familia. David Ros, el inspector jefe de Robos, adujo problemas de tiempo y se adelantó a intervenir. Explicó que Francisco Corona, Paco, como ellos lo llamaban, era un viejo conocido de la comisaría. Cuando reconvirtió la joyería en el Compro Oro, le pillaron en varios trapicheos con artículos robados. El delito que más aumentó durante la crisis fue el de robos a domicilios y a turistas, en busca de relojes, pulseras y collares, cualquier artículo de oro, un valor seguro. Con la proliferación de este tipo de negocios, se dictó una normativa que obligaba al propietario a tener quince días en depósito los artículos y a comunicar la adquisición, a ellos o a la Nacional, antes de fundirlos o venderlos por si eran robados.

—Paco se la saltó en varias ocasiones y cuando lo pillamos nos ofreció sus servicios como confite a cambio de hacer la vista gorda. Los confidentes no son santos de nuestra devoción, juegan a dos bandas y no son de fiar. En realidad, Paco jugaba a tres bandas; también era confite de la Policía Nacional, donde tenía muchos contactos de su época con ellos.

—¿Había sido policía? —inquirió Rojo.

—Durante un periodo no muy largo y sin dejar buen recuerdo. Lo suyo no fue por vocación. Paco era un buscavidas, un pájaro de cuidado, con mucha labia y un talento innato para la manipulación. Siempre sospechamos que su modesto negocio era algo más que un Compro Oro, que podía ser una tapadera para mover mercancía robada y blanquear dinero con disimulo, sin llamar la atención. Pero nunca pudimos demostrarlo.

—Entonces, aceptasteis.

—Porque teníamos en el punto de mira a una pieza más sabrosa, el clan de Mostar, una organización criminal que toca muchas teclas. Trata de seres humanos, narcotráfico y blanqueo de capital, con ramificaciones por media Europa y que aquí controla una red de carteristas que se extiende por toda la ciudad. Al igual que la Policía Nacional, les seguimos la pista desde hace años y por eso pasamos la oferta de Paco a jefatura, quien nos dio luz verde.

—Paco Corona trabajaba para vosotros —dijo Singla.

El inspector jefe Ros asintió en silencio.

—Teníamos un objetivo mayor —justificó.

—¿La matanza de la familia Corona puede estar relacionada con esa banda?

—A eso voy —dijo. Hizo un gesto a la mujer que tenía a su lado—. Inspectora Serra, tu turno.

—Vayamos por partes —dijo ella—. La joyería Corona fue robada sin forzar la persiana ni la puerta, y tampoco saltó la alarma. Los ladrones tenían las llaves y el código para desactivarla. Una vez dentro, abrieron la caja fuerte sin dificultad, lo que significa que también poseían la

combinación. Las cámaras de seguridad no grabaron ni una sola imagen a partir de las 22.26 del sábado. Sabían cómo funcionaba el sistema de grabación digital y, antes de largarse, borraron su contenido desde el instante de su entrada, dejándolo desconectado a continuación.

—¿Profesionales? —preguntó el intendente Guillamón.

—No necesariamente —dijo—. Fue un trabajo que se realizó de forma limpia, y quizá desde dentro. Hemos descartado al único empleado de la joyería.

—¿Insinúas que fue alguien de la familia? —preguntó Sena.

—No necesariamente —repitió.

—Paco fue torturado para sonsacarle la combinación de la caja fuerte, el código de la alarma, las llaves y el funcionamiento del sistema de videovigilancia —señaló Rojo.

La inspectora Serra lo confirmó en silencio.

—¿Huellas? —preguntó Cervera. Ella lo negó con un gesto—. ¿Un ladrón o varios?

—Un palo así puede darlo un individuo en solitario, pero lo habitual es que intervenga más de uno.

—Nada es habitual en este caso —dijo Milo—. ¿Tenéis alguna idea de qué contenía la caja fuerte?

—No, pero tenemos esto —dijo Serra. Sacó de una carpeta varios juegos de fotos, tamaño veinte por veinticinco, y se los entregó a Milo, quien se quedó con uno y pasó el resto a los demás. Eran unos fotogramas extraídos de una grabación fechada y con contador horario. La cámara había registrado la entrada en el Compro Oro de dos hombres, cuyos rostros eran claramente distinguibles, el primero de ellos con una mochila al hombro—. La obtuvimos en la joyería y como veis fue grabada el miércoles pasado a las 9.24. No podemos asegurarlo, pero creemos que en el interior de esa mochila había una remesa de artículos robados, básicamente oro y joyas, valorada en un cuarto de millón de euros.

—¿Y por qué lo creéis?

—Porque hace un par de semanas Paco nos habló de una entrega por ese valor, aunque aún no sabía la fecha exacta ni la hora de cuándo se iba a producir. Y porque los dos individuos que veis en las fotos son hombres del clan de Mostar, ambos con antecedentes por hurto y otros delitos.

Cervera soltó un silbido.

—Doscientos cincuenta mil euros pueden tapar muchos agujeros —dijo.

—Nuestra teoría —prosiguió Serra— es que Paco recibió una llamada de los bosnios el miércoles pasado poco antes de las 8.30 notificándole la entrega y dándole instrucciones.

—¿Cómo estáis seguros de que fue a esa hora?

—El empleado recibió una llamada de Paco a las ocho y media de la mañana del miércoles diciéndole que él se encargaba de abrir la joyería ese día y que no se presentara hasta pasadas las diez. Esto ocurría una vez al trimestre como media, según nos dijo el empleado, y el hombre se limitó a obedecer como siempre. Lo que sí variaban eran las horas de las entregas y los lapsos entre las llamadas y las mismas, creemos que por tratarse de otras de menor cuantía. En esta

ocasión, el margen fue de tan solo una hora, imaginamos que para dificultar cualquier interferencia o eventualidad fuera del guion.

—Y Paco os la ocultó —dijo Singla.

—Es lo que pasa con los confites —dijo Ros—. Siempre intentan sacar tajada de ambas partes. Queremos creer que nos la habría contado más tarde o más temprano.

—Siguiendo con nuestra teoría —dijo Serra—, Paco hizo pasar a los dos bosnios a la trastienda, donde está situado su despacho, y allí se realizó la entrega, fuera del alcance de las cámaras. Y, como en otras ocasiones, la guardó en la caja fuerte.

—De donde fue robada limpiamente el sábado por la noche —dijo Mercader—. ¿Cómo sabían los ladrones que había esa remesa tan valiosa en la caja fuerte?

—El empleado ignoraba su cuantía. Tenía las llaves de la joyería, pero no de la caja fuerte ni la combinación —explicó Ros—. Y sobre Paco, no tendría ningún sentido, salvo que se lo dijera a algún miembro de su familia, lo que nos parece muy improbable. Descartados los dos, solo queda la posibilidad de alguien de dentro del clan.

—Aunque también nos parece descabellado —dijo Serra—. Primero, porque no es su especialidad ni su estilo. Y segundo, porque podrían haber realizado el robo de forma más sencilla, más tradicional si queréis llamarlo así, asaltando directamente la joyería y punto, sin asesinar a una familia entera.

—Salvo por lo que sucedió la madrugada del jueves al viernes —dijo Ros—, y que todos estaréis al corriente porque salió en los medios. Nuestros colegas del CNP se nos adelantaron y, de propina, nos pasaron la mano por la cara.

—Te refieres a la detención de casi toda la banda en Trinitat Vella —dijo Singla—, y al desmantelado de su entramado delictivo.

—Desmantelado parcial, no exageremos. El dispositivo del CNP fue todo lo efectivo que quieras, con el asalto simultáneo a dos pisos francos, la incautación de importante documentación y la liberación de varios menores que habían comprado en Roma. Pero el jefe del clan, Goran Jusic, no fue detenido. Así que el éxito de la operación no fue total.

—¿Detecto cierto resentimiento?

—Podrían habernos avisado —dijo Ros—, colaboración entre cuerpos policiales. Entiendo que si hay menores implicados la prioridad es su rescate y puesta en libertad, pero una cosa no quita la otra.

Milo miró al inspector jefe Ros con desconcierto.

—¿Estás diciendo que pudo tratarse de un ajuste de cuentas?

—El miércoles entregan una valiosa remesa a Paco, y apenas cuarenta y ocho horas después la policía detiene al clan casi por completo. Si los bosnios pensaron que los había traicionado para quedarse con el oro y las joyas, algo que conociendo a Paco podría haber ocurrido perfectamente, bien pudieron querer recuperar lo que era suyo además de vengarse enviando un mensaje alto y claro: con nosotros no se juega.

—Cinco muertos —dijo Sena—. Poca broma.

—Por ahora solo es una suposición —matizó Ros—, la pelota está en vuestro tejado. —Se volvió hacia Serra y se incorporó—. Inspectora, si no tienes nada más que añadir, nos vamos. Tenemos otra reunión en nuestro departamento y llegamos tarde.

Serra se levantó y el intendente Guillamón hizo otro tanto para preparar la rueda de prensa. Al abandonar la sala de revista se cruzaron con la sargento Humbert, seguida por la sargento Corominas, quienes se dirigieron a Crespo para entregarle unos dosieres. El sargento los ojeó a toda velocidad.

Milo se inclinó hacia él y le dijo que iba a necesitar el historial de Paco Corona.

—Quiero saberlo todo acerca de su pasado.

—Lo tendrás enseguida —dijo Crespo, sin apartar los ojos de los papeles.

—¿Algo nuevo sobre Paco Corona? —preguntó Singla.

El sargento resumió el estado financiero de la víctima, incluyendo sus declaraciones de impuestos. La familia vivía de manera ajustada, con deudas acumuladas poco importantes y escasos beneficios, lo que coincidía con la impresión que tuvieron al inspeccionar la casa. Ahora que sabían sus manejos con artículos robados y la existencia de una caja B, Mercader señaló su habilidad para mantener una apariencia nada ostentosa, como cualquier familia en época de crisis, mientras acumulaba ganancias bajo mano que, entre otras cosas, le servían para pagar en efectivo los caprichos de su esposa.

—Solía realizar viajes a Amberes —continuó Crespo, a medida que pasaba las hojas—. El último año, cuatro veces. Respecto a sus familiares, no mantenía contacto con sus primos. Por lo que han contado a los hombres del subjefe Corberó, lo consideraban un indeseable, un sablista, mientras que a su madre todo lo contrario, una santa. Por cierto, la escritura de propiedad de la casa de la calle Julià está a su nombre, Pilar Bonavena.

—El muy cabrón —soltó Cervera—. Ya sabemos a qué iba a Amberes, ¿no? A pillar diamantes con las ganancias de sus chanchullos. Y no le compró la casa a su madre cuando seguro que hubiera podido adquirir un par o tres si le hubiese dado la gana. Un agarrado de cojones, de la Virgen del Puño.

—Si los guardaba en la caja fuerte de la joyería lo dejaron limpio —dijo Boada—. En la de su casa no había rastro de ellos.

—Un tipo como ese no pone todos los huevos en la misma cesta —dijo Rojo—. Toni, ¿tiene a su nombre alguna caja de seguridad en algún banco?

Crespo repasó los papeles y negó con la cabeza.

—¿Y a nombre de su madre o de alguien de su familia?

—Tendremos que investigarlo —dijo. Dirigió una mirada a Corominas, quien se levantó en el acto y se dirigió a la puerta.

—Sargento —dijo Milo—, busca solo a nombre de su madre. Dudo que pusiera nada al de sus hijos o al de su esposa. Paco Corona mantenía una doble vida y no me cuadra que se fiara de nadie; como mucho, de su madre, y debido a su estado.

Corominas asintió, dio media vuelta y abandonó la sala.

—Bien, pasemos a la siguiente víctima, su mujer, Patricia Ugarte —dijo Singla—. ¿Alguna información sobre ella?

Rebeca les explicó a grandes rasgos lo que su hermana Carla les había contado sobre la mujer asesinada.

—Pues su versión no coincide con la realidad, al menos en función de sus llamadas —repuso Crespo. Escogió una hoja donde constaba la lista de números telefónicos que habían extraído de su móvil—. Hace cosa de un mes se puso en contacto con un abogado matrimonialista, y también con un API. Lo que hace suponer que...

—Pensaba divorciarse —dijo Boada—. Blanco y en botella.

—También aparecen varios números de teléfono que se repiten con regularidad —prosiguió Crespo—. Tres en concreto. Uno de ellos pertenece a un mayorista de ropa, otro a un cirujano plástico y el último al jefe de seguridad del Casino.

—Le gustaba vestir bien, pasar por el quirófano para hacerse arreglillos y jugar a la ruleta, nada del otro jueves.

El sargento carraspeó mientras Milo resoplaba con fuerza.

—Inspector Boada, esas llamadas fueron hechas fuera de horario laboral —dijo Crespo—, incluso a horas intempestivas. Por no hablar de los mensajes y wasaps que cruzó. —Extrajo varias hojas—. Algunos son muy subidos de tono y otros...

—Déjame ver —cortó de nuevo Boada. Le arrebató los papeles y les echó una ojeada. Dilató los ojos—. ¡Joder con la tía, era una cachonda!

—Boada —dijo Milo—, cierra la boca de una puta vez y deja hablar a Toni.

—Vete a la mierda, Malart. Tú no eres nadie para decirme que me calle.

—Pero yo sí, inspector —dijo Singla, autoritario—. Devuelve esas hojas y basta ya de interrupciones. Sargento, continúa.

Crespo alcanzó los papeles.

—Algunas de esas llamadas fueron realizadas de madrugada —dijo—, lo que podría considerarse normal tratándose de alguien que trabaja en el Casino, pero ya no es tan corriente respecto al mayorista y al cirujano. Y si tenemos en cuenta los textos de los mensajes..., bueno, parece fuera de toda duda que la víctima mantenía otra vida a espaldas de su marido.

—O sea, que esa mujer tenía varios amantes —dijo Rojo.

—Sexo y dinero, los dos problemas principales de un matrimonio —apuntó Sena—. Y por este orden.

—Inspector —dijo Crespo—, podría tratarse de algo más. Aparte de los mensajes..., calientes, hay otros que son claramente morbosos, incluso perversos. —Titubeó—. Los que mantuvo con uno

de esos tres hombres, por ejemplo. Ya no hablo de que se refieran a él con todo tipo de apelativos insultantes, es que hablan de su muerte en términos como... —Bajó la cabeza y leyó—: «Habría que eliminar a ese inútil», «Me gustaría aplastarlo como a la babosa que es» o «¿Te imaginas lo que podríamos hacer si acabáramos con esa plaga?».

—¿Tenía algún seguro de vida? —quiso saber Cervera.

—Dos, cada uno por un importe de medio millón de euros.

—Y teniendo en cuenta su doble contabilidad, a esa mujer el divorcio no le habría salido tan rentable —concluyó Mercader.

—Es una línea a investigar —dijo Singla—. ¿Sabemos la identidad del hombre con quien cruzaba esos mensajes?

El sargento asintió. Dirigió una mirada a Milo, quien enseguida notó un cosquilleo familiar en la nuca.

—¿Has dicho que uno de ellos es el jefe de seguridad del Casino? —preguntó, la voz queda. El sargento asintió de nuevo—. No jodas, Toni. No jodas. ¿Bruno Bachs?

Crespo asintió por tercera vez.

Milo hundió la cabeza entre los hombros. Bruno Bachs había sido su compañero en el Grupo antes de formar equipo con Mercader. Juntos se licenciaron en la Academia de Policía con las máximas calificaciones, juntos ascendieron en el escalafón, y juntos ingresaron en el GEHME, donde formaron un tándem de éxito. Hasta que hubo unas filtraciones a los medios mientras investigaban un caso. En un principio fueron atribuidas a Milo sin pruebas, quien soportó la situación estoicamente mientras sospechaba quién había sido la verdadera fuente. Su compañero acababa de tener un tercer hijo, lo que significaba un gran aumento de gastos, y cerró la boca. Pero hubo una segunda filtración, esta vez durante el caso del Verdugo de Gaudí, con repercusiones nacionales, y el asunto fue investigado a fondo por Asuntos Internos, lo que terminó con la expulsión de Bruno Bachs del Cuerpo.

—Genio y figura —murmuró Singla.

—Sí, hasta la sepultura. Joder.

—Tú y Mercader investigaréis esta línea, y de inmediato —ordenó—. Debemos aclarar cuanto antes su grado de implicación en este caso. ¿Os imagináis si llega a oídos de los medios?

—Jefe, ¿y no se lo podrías endosar a otro?

La sargento Corominas regresó para informar que Paco Corona no tenía ninguna caja de seguridad a su nombre ni al de nadie de su familia, dando pie a que Sena comentara que entonces los tendría ocultos en Andorra, adonde los habría transportado en bolsas de basura según mandaba la tradición catalana.

—O a lo mejor los enterró al pie del naranjo —apuntó Cervera—. Vete tú a saber.

Singla zanjó el asunto y se centró a continuación en las siguientes víctimas, los hijos del

matrimonio. Crespo comenzó con Raúl Corona. Explicó que tras analizar su ordenador no había hallado nada fuera de lo común tratándose de un chico de catorce años, salvo un archivo donde guardaba diferentes vídeos de varios líderes populistas en los que se despachaban a gusto contra refugiados y migrantes, así como otra carpeta donde había filmaciones de la actuación violenta de grupos ultras en partidos de fútbol. Respecto a su historial de navegación, incluía webs de diferentes centros comerciales, sobre todo deportivos, páginas de porno *light* y otras de contenido general.

—Pecadillos de juventud —bromeó Boada.

—¿Te refieres a los archivos de fachas? —repuso Rojo.

—Seguro que los tenía para complacer a su padre, otro que tal, según su cuñada —señaló Mercader—. Nos contó que lo imitaba en todo. Lo del palo y la astilla.

Crespo prosiguió señalando que no podía decir lo mismo de su hermana Noelia. Su historial en la red era extremadamente singular. Incluía páginas donde se instruía sobre las maneras de suicidarse, blogs de jóvenes que se autoinfligían cortes y las formas de cómo hacerlo, foros donde el tema estrella era la muerte, otras páginas de contenido satánico y varias especializadas en venenos, medicamentos y drogas, así como webs de porno duro, con preferencia en torturas, sometimiento, bestialismo y violaciones en grupo. Por último, había encontrado un archivo con muchos recortes de prensa digital sobre todo tipo de asesinos y asesinatos en serie, múltiples, en institutos, en cines y demás, y de terrorismo, con sus imágenes correspondientes.

—Menudo angelito —dijo Sena.

—El bicho raro de la familia —dijo Rebeca—. ¿Sabemos si la trataba algún psicólogo o psiquiatra?

—Fue ingresada dos veces en la Unidad de Psiquiatría infantil y juvenil del hospital Sant Joan de Déu. Según el registro de facturas del ordenador de su padre, la visitaban allí hasta hace un año, una tal doctora Isabel Herrera.

—Vamos a necesitar una orden judicial para hablar con ella.

—Menuda peña. El padre se dedicaba a sus chanchullos, la madre a sus líos, el chico a convertirse en un ultra, la chica era una chiflada y la abuela estaba ida —resumió Rojo—. Una familia normal, de cuento de hadas, sin secretos.

—Secretos y familia siempre van de la mano —dijo Milo—. Toni, ¿has hallado algún archivo de sus filmaciones?

—Inspector, todo lleva su tiempo. Estamos en ello.

—Necesito ver esos clips ya, sargento. Y hasta que no demos con su móvil, la única posibilidad es su ordenador. Por cierto, ¿algún resultado de la búsqueda?

—Nada. Ni móvil ni deportivas ni arma del crimen.

—¿Informes de Márquez? ¿De Bonhora?

Crespo negó con la cabeza. Milo separó los brazos.

—Así no hay forma —dijo.

—Solo han pasado veinticuatro horas, no seas tocachuevos —replicó Boada. Milo guardó silencio—. ¿Me has oído?

—Malart, no perdamos los nervios —dijo Singla—. Recabaremos información y luego la analizaremos.

—Amén. Toni, ¿ha dicho algo la única superviviente?

—Tiene dos años, inspector. Únicamente pide ver a su madre y a su padre entre sollozos. Continúa en el hospital.

—¿Qué has averiguado de Lucas Torres?

—Por ahora, que no tiene antecedentes. Cuando recuperemos lo que borró de su iPhone, podremos decirte algo más.

—Se me escapa qué pinta ese chaval en todo esto —dijo Rojo—. ¿Estaba en el sitio equivocado en el momento inoportuno?

—Según sus padres, está forrado —recordó Mercader—. No tiene sentido que robara la joyería.

—Por la hora en que el sábado cogió el autobús, su intención no era ver el partido en casa de los Corona. Eso, o llegaba tarde.

—No, no fue invitado ni lo esperaban —dijo Milo—, no había un séptimo cubierto en la mesa. Quizá quedó con Noe para verse, como hizo el miércoles pasado según indica su T-10.

—Tal vez lo llamó pidiéndole ayuda —sugirió Boada.

—¿En vez de a la policía?

Cervera meneó la cabeza con incredulidad.

—Un joven que no se cuele en el autobús sin pagar, otro bicho raro —ironizó—. Estaréis conmigo en que eso tampoco acaba de encajar con el perfil de asesino despiadado.

—Menos coñas —masculló Sena. Ahogó un bostezo—. Pudo tratarse de una ejecución llevada a cabo por los bosnios como venganza. O bien, un plan pergeñado por la esposa con la ayuda de un cómplice que salió mal para ella. Sea como sea, está claro que ese chico estuvo en la casa. Lo que me resulta incomprensible es qué hizo allí desde la noche del sábado hasta las seis de la mañana del lunes. Son más de treinta horas, joder. Si cometió los asesinatos, no lo entiendo. Y si no los cometió, todavía menos. ¿Alguien le encuentra alguna explicación?

—Según las pruebas, abrazó el cuerpo de la madre en el suelo de la cocina —apuntó Rebeca—. Es de locos.

—Sargento, la evaluación psiquiátrica —dijo Singla.

—Distingue entre el bien y el mal, conducta normal, no se le detectan tendencias homicidas ni sociópatas, comportamiento retraído —leyó por encima—. Sigue bajo una fuerte impresión, pero ya no en estado de *shock*. No está catatónico ni sufre amnesia, o al menos no completa. Su mutismo sobre lo ocurrido se debe a dificultades de asimilación. Opinan que con el tiempo...

—Se acabó el tiempo —cortó Singla—. Rojo y Cervera, vosotros seréis los primeros en interrogarlo. A ver si le sacáis algo.

Desfiló hacia la puerta y los demás se incorporaron.

Crespo se acercó a Milo.

—Inspector, revisando el informe NIP de Lucas Torres he hallado una incongruencia en las bases de datos.

—Y tú odias las incongruencias.

—No hay nada sobre él antes de 2003, cuando tenía tres años. Como si no hubiera existido. Solo quería informarte. Voy a hacer una búsqueda exhaustiva, personalmente.

—Malart —dijo Singla. El sargento recogió los papeles y se quitó de en medio con celeridad —. ¿Pasa algo entre Boada y tú? Lo digo porque veo que la cosa se está extendiendo al resto del Grupo y eso es lo último que nos conviene en estos momentos.

—Jefe, no sé de qué me hablas.

—Escucha, Malart —dijo—. Por lo que he observado, tú ya no eres aquel zumbado que era incapaz de controlar sus emociones. Tal vez te falta pulir el tema de los nervios, pero eso nos ocurre a todos de vez en cuando. Salvo pequeños detalles, tu actitud es más tranquila, más reposada.

—¿De veras?

—Le estoy dando vueltas a la posibilidad de promoverte para un ascenso. ¿Cómo lo ves? — Milo se mantuvo callado. Sabía que aquello solo era un cebo, que tras sus palabras se ocultaba una intención—. Ahora bien, si Boada presenta una queja...

Milo esbozó media sonrisa.

—Lamento decepcionarte, jefe, pero todo esto es temporal, como una gripe. Cuando se me pase, volveré a ser el de siempre. El mismo zumbado o algo peor, quién sabe.

—¿Temporal?

—Cuestión de tiempo, no lo dudes.

Singla sostuvo su mirada sin pestañear.

—Estás de guasa, claro. —Aguardó un instante—. Malart, no lo estropees. Solo te digo esto, que no lo estropees.

La expectación era grande en la estancia anexa a la sala 1 de interrogatorios. La comisaria Bassa, el subjefe Corberó, Singla y el resto de miembros del Grupo, observaron a través del espejo unidireccional a Rojo y a Cervera proceder con las formalidades previas. El primero explicó a Lucas Torres con tono cordial cuál era la situación. Rebeca comentó a Milo por lo bajo que ella hubiera escogido un modo menos afable a fin de sentar las bases desde el inicio de que aquello no era una charla entre amigos.

—Así no van a lograr nada —dijo—, se están equivocando.

—Intentan ganarse su confianza.

—Tengo ojos, pero no les va a funcionar. No con ese chico.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Por sus mandíbulas finas?

—Tú sigue burlándote, pero sabes que tengo razón.

—Lo que sé es que Lucas Torres, en estos instantes, es una persona destrozada, con el alma hecha pedazos.

—No lo dirás en serio.

—¿Tengo pinta de estar bromeando?

Mercader volvió la vista al frente y se cruzó de brazos.

—Te juro que hay veces que no te entiendo —murmuró.

Cervera le preguntó si tenía sed, si le apetecía comer algo. Sin apartar los ojos de la mesa, el chico hizo un gesto casi imperceptible de negación. Encorvado en la silla, mantenía las manos juntas entre las piernas, meciéndose adelante y atrás.

—Si no hay más que verlo, joder —susurró Rebeca—. Todo su lenguaje corporal indica culpabilidad. Y quien no lo vea así es porque está ciego.

Rojo lo llamó por su nombre. No obtuvo reacción. Le preguntó si se encontraba bien y él hizo un gesto de afirmación. Cervera carraspeó con fuerza. Lucas Torres se irguió de repente y miró a ambos lados, asustado.

—¿Te has fijado en su mirada? —dijo Rebeca—. Ese chico oculta algo, me apuesto lo que quieras.

Milo escrutó su peculiar forma de enfocar los ojos, algo achinada. La había observado durante el tumulto ante los ascensores, cuando la de ambos coincidió apenas un segundo. Entonces la había achacado a su timidez, pero ahora lo veía distinto. Era muy sutil, pero tuvo la impresión de que uno de sus ojos miraba un poco entelado.

—Ahora vuelvo —dijo.

—¿Adónde vas?

Se dirigió con paso rápido hacia el fondo del pasillo, hasta una sala de espera. Dos agentes custodiaban la puerta. Entró sin llamar y los señores Torres pegaron un respingo.

—¿Ya han terminado? —dijo ella—. ¿Lucas está bien?

—¿Podemos llevárnoslo a casa? —dijo él.

—Todo sigue su curso. ¿Puedo hacerles una pregunta?

—¿Pero está bien nuestro hijo? —repitió ella.

Intentó tranquilizarlos. La señora Torres parecía al borde de sufrir un colapso mientras su marido no cesaba de apretar los puños. El abogado le echó una mano al pedirles que tuvieran un poco más de paciencia.

—¿Lucas tiene algún problema de visión? —dijo Milo.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Antonio Torres. Milo aguardó la respuesta—. De pequeño perdió la vista de un ojo en un incidente y del otro es miope. Por eso lleva una lentilla.

—¿Siempre la ha llevado?

—¿Por qué? —inquirió ella—. ¿Qué pasa?

—Señora, cálmese y conteste a mi pregunta.

Ella miró a su marido y luego al abogado.

—Antes usaba gafas —dijo—, pero en verano decidió ponerse lentillas. ¿A qué vienen estas preguntas?

—¿Tiene alguna de recambio?

—Diría que sí, no sé. Pero aún guarda sus gafas.

—Les aconsejo que vayan a su casa a por ellas o que alguien se las traiga. En cuanto las tengan, díganle a uno de los agentes que me avise, o a la subinspectora Mercader. Soy el inspector Malart —dijo. Iba a dar media vuelta cuando añadió—: La cosa va para largo, ya saben, rutina policial. Vayan a comer algo, descansen. Háganme caso, esto puede ocuparnos todo el día.

—¿Todo el día? ¿Por qué? ¿Lucas no ha hecho nada!

—Es lo que tratamos de esclarecer, señora.

Fue hacia la puerta. Con el tirador en la mano, se giró.

—Ha dicho que perdió la vista cuando era pequeño, ¿tal vez cuando tenía tres años? —El señor Torres empalideció mientras asentía en silencio—. Si tienen algo que contarme, ganaríamos tiempo. —Negó con un cabeceo—. ¿Nada sobre ese incidente?

La señora Torres se agarró al antebrazo de su marido y ambos permanecieron inmóviles, muy juntos, los labios apretados.

—Como ustedes quieran.

Abandonó la sala y se dirigió hacia la mesa de Crespo. Durante el trayecto se preguntó qué habría sucedido el último verano. La vida de Lucas había experimentado varios cambios.

—Toni —dijo—, algo le ocurrió a ese chico en 2003. Creo que tiene que ver con la

incongruencia de la que me has hablado.

—Lo sé, ya lo he averiguado. —Separó la vista de su ordenador y se recostó en el asiento—. Te vas a quedar de piedra.

El joven no era hijo natural del matrimonio, explicó. Lo adoptaron cuando tenía tres años, después de que su familia fuera asesinada a sangre fría por un sicario profesional, tal y como concluyó la investigación llevada a cabo por el CNP.

—Fue el único superviviente —dijo.

Milo se dejó caer en una silla.

—Continúa, Toni.

—Su padre, Ignacio Torres, era junto a su hermano Antonio el propietario de la principal operadora de mercancías del puerto en aquella época, Contecat. Una red de narcotráfico contactó con él para que pusiera a su disposición la estructura de su negocio de contenedores. Sabían que había sufrido enormes pérdidas en la bolsa y que necesitaba recuperarse con urgencia. En pocas palabras, Ignacio lo puso en conocimiento del CNP y se avino a seguir manteniendo reuniones con los narcos para poner la red al descubierto, como así sucedió. Todos fueron detenidos. Poco tiempo después, un asesino fue a su casa y ejecutó, de dos disparos en la cabeza a cada uno, a toda la familia.

—¿Cuántas personas?

—Cinco. El padre, la madre, la abuela, el hijo mayor y la asistenta, que estaba en la casa en aquellos momentos.

—Y Lucas sobrevivió.

—De milagro. Quedó gravemente herido por un tiro en el lateral derecho del cráneo.

—El incidente. Así perdió la vista de un ojo.

—El caso lo llevó la Policía Nacional, nosotros todavía no nos habíamos desplegado.

—Y luego sus tíos, Antonio y Sonia, lo adoptaron.

—Por eso no hallaba nada sobre Lucas Torres antes de 2003 —determinó Crespo—. Sus nuevos padres le cambiaron el nombre, seguramente aconsejados por el CNP, y borraron todos los rastros de su anterior identidad, para protegerlo. ¿Te imaginas pasarte la vida con tu nombre relacionado con un suceso de este calibre en cualquier buscador de internet?

—Si la experiencia ya fue dura, eso habría sido demoledor.

—Lo habría marcado para siempre, por segunda vez.

Milo guardó silencio, pensativo.

—Toni, esto no puede ser una coincidencia. Cinco muertos hace quince años y cinco más ahora. Entonces un superviviente de corta edad y otro también esta vez, una niña de dos años. Demasiado paralelismo, demasiadas similitudes.

—Y Lucas Torres aparece en las dos masacres.

—Se le van a tirar encima como lobos.

—Inspector, es la conclusión más racional.

—No hables de raciocinio, aquí no lo veo por ninguna parte.

—¿Y por qué sus padres de adopción nos han omitido esa tragedia? —argumentó—. Porque saben, como tú y como yo, que alguien que vivió una experiencia tan traumática en el pasado puede muy bien haberla mimetizado en el presente.

—¿Y esto te parece un razonamiento lógico? Solo es humo.

—Ese chico es el único nexo en común entre ambos casos.

—Joder, Toni. Eso aún no lo sabemos, puede haber otros.

—Como tú digas, pero debemos informar al resto del Grupo.

—Yo me encargo. Averigua el nombre del inspector del CNP que llevó la investigación, vamos a tener que hablar con él.

Se incorporó lentamente y caminó muy despacio hacia la sala de interrogatorios. Era consciente de que iba a hacer añicos la delgada membrana de cristal que aquel chico había tratado de levantar a su alrededor. Un esfuerzo inútil. No era posible mantenerse protegido de los demás. Nadie podía lograrlo. Ni nada, salvo la muerte. Entró y fue directo al intercomunicador de la pared. Desconectó el sonido. De espaldas al espejo, les puso al corriente de las novedades. Luego, mientras digerían la noticia, volvió a conectarlo. Acto seguido, fue hasta la pared opuesta y se refugió en el rincón.

Rebeca se aproximó hasta situarse a su lado.

—El asunto está claro, ¿no? Lo que yo decía, ese chaval exuda culpabilidad por todos sus poros.

—¿Lo que tú decías? No me hagas reír —gruñó—. Estás convirtiendo a Lucas Torres en tu ballena blanca particular.

—Pero ¿tú te oyes? Más bien parece lo contrario.

—Escucha, Mercader. Creías que no era trigo limpio por su mirada y resulta que se debía a que no tiene visión en un ojo y a haber perdido la lentilla del otro durante el fin de semana. Iba medio ciego, lo veía todo borroso. Esa era la razón.

—No encontraron la dichosa lentilla en la casa.

—Porque la perdió en las escaleras al caer. ¿Psicomorfología? Los de Quantico ven demasiadas películas, como tú.

Ella se mordió la lengua. Milo hizo un gesto hacia el espejo.

—¿Ha dicho algo?

—Ni una palabra. La fórmula amable de Rojo y Cervera no funciona. Tendrían que provocarlo para que pierda el control y se traicione. Si no lo aprietan, no nos mostrará sus emociones.

Singla dio unos golpecitos en el cristal y los dos inspectores se levantaron para abandonar la

sala 1.

—Mercader, Malart, vuestro turno —ordenó—. Se han acabado los buenos modales, es hora de ir a saco, ¿está claro?

—¿Nada de poli bueno y poli malo? —dijo Rebeca.

—Al grano, los dos. Preguntas frías, directas y concisas.

Rojo y Cervera entraron en la estancia. El primero comentó con una mueca que aquel chico era de acero.

—O tiene una fortaleza mental de tres pares —dijo Cervera.

—Jefe —dijo Milo—, preferiría esperar. Motivos personales.

—Inspector Malart, no estoy para hostias.

—Va en serio, jefe. Antes querría recabar más datos. Dame un poco de cuerda, siempre puedes usarme como última carta.

Singla apretó las mandíbulas.

—Por mi parte no hay problema —se apresuró a intervenir Rebeca—. Podemos entrar Boada y yo y tratar de ablandar su coraza. Malart tiene razón, cuantos más datos consiga, más efectivo será. Ya lo conoces a la hora de pulsar el punto débil.

Tras unos instantes, Singla asintió con un movimiento seco. Rebeca cogió un dossier, le preguntó a Boada si se apuntaba y este aceptó de inmediato afirmando que no se lo perdería por nada del mundo. Ella abrió la puerta para dejarlo pasar y, antes de ir con él, se volvió hacia Milo. Observa y aprende, le dijo.

—Malart, que sea la última vez —rugió Singla.

—A la orden, jefe. No te arrepentirás.

Mercader irrumpió en la sala con paso decidido. Boada, en cambio, lo hizo de forma pausada, dando una imagen de impostada gravedad. Tomaron asiento frente al joven.

Corberó se acercó a Malart.

—Eres todo un carácter, ¿eh? —dijo. Milo se encogió de hombros—. ¿Eso ha sido una respuesta?

—Subjefe, no sé qué decirte. Según se mire.

Corberó aproximó la boca a su oreja.

—«Motivos personales», esa sí que ha sido buena.

Rebeca extrajo unas fotos del dossier y las fue dejando con fuerza sobre la mesa. Con cada una, sonó un ruido sordo. Las dispuso en abanico delante de Lucas Torres, y el chico, al vislumbrar las instantáneas de las víctimas en primer plano, apartó el rostro al tiempo que se echaba a temblar.

Ella golpeó con el dedo la fotografía de Noelia Corona, su cara desfigurada, el amasijo de sangre, huesos y cartílagos.

—¿Qué sucedió la noche del sábado?

Lucas se abrazó a sí mismo y empezó a mecerse adelante y atrás. A pesar de los arañazos y moretones, Milo distinguió una expresión doliente. Su voz reverberó al otro lado del espejo.

—¿Alguien sabe de algún asesino múltiple que muestre dolor por sus víctimas?

Mercader repitió la operación, ahora con la foto de un primer plano de la madre. Se inclinó hacia él.

—Su sangre estaba en tus ropas —dijo—, te empapaba de pies a cabeza. ¿Por qué lo hiciste?

Lucas cerró los ojos con fuerza. Empezó a llorar mientras murmuraba un bisbiseo ininteligible. Milo subió el volumen del intercomunicador. Parecían rezos, pero no lograba oírlos con claridad. Preguntó a los demás y ninguno supo decirle de qué se trataban. Cada vez más tenso, contempló las lágrimas que le resbalaban por las mejillas, el balanceo incesante, las sacudidas del cuello para negar las preguntas.

—¿Por qué con una piedra? —intervino Boada. Dio un manotazo sobre la mesa—. ¿Te gusta machacar a tus víctimas?

Milo tuvo suficiente con aquello y abandonó la sala. La comisaria jefe Bassa fue tras él. Lo alcanzó en el pasillo.

—Inspector Malart —dijo. Se paró de golpe—. Admito que también a mí me desconcierta que ese joven se muestre tan afectado por las víctimas. Sin embargo, nos hallamos ante un quintuple homicidio y no podemos andarnos con...

—¿Contemplaciones? —cortó—. Si lo pusiéramos de pie, apuesto a que sus piernas no lo sostendrían. ¿Hacemos la prueba? —No respondió—. Los médicos afirman que ya no sufre un trastorno por estrés postraumático. Yo no he estudiado medicina, pero juraría que se equivocan.

—El efecto gelatina del que hablas también podría deberse a haber cometido un asesinato, cinco asesinatos —replicó—. A cualquiera de los dos factores.

—Pero prefieres achacarle el del crimen, y no me gusta. Es demasiado pronto, ¿no lo ves? — Señaló hacia la sala de interrogatorios—. Ese chico no es un psicópata. Lloro, expresa su dolor, siente empatía por sus supuestas víctimas. Y se muestra avergonzado, le preocupan los sentimientos de los demás. ¿Qué asesino múltiple reaccionaría de esta manera?

—Puede estar actuando.

—¿Y si no lo está haciendo? ¿Has pensado en ello?

—No toques los huevos, inspector Malart.

Descubrió que varios agentes los estaban observando a hurtadillas, atentos a su conversación, y decidió continuarla en privado. El lugar más a mano era el lavabo de señoras y no se lo pensó dos veces. Entró, sostuvo la puerta abierta, y la comisaria Bassa, perpleja, avanzó. Comprobó que los reservados estaban vacíos y regresó hasta ella, bloqueando la hoja con la espalda.

—Comisaria, no digo que Lucas Torres sea inocente, solo que es muy pronto para someterlo a un trato que lo puede dañar más de lo que está. Piensa cómo ha sido su vida hasta el sábado pasado. Un único superviviente, su familia asesinada. ¿Cuántas veces se habrá preguntado por qué sobrevivió, por qué él *tuvo* que sobrevivir? ¿Te lo imaginas? Ahora se ha visto envuelto en otra matanza, no sabemos todavía en calidad de qué, y también ha sobrevivido, junto a una cría de dos años. Y esta vez ya no es un niño, esta vez la sangre le ha salpicado como un adulto. ¿Me puedes

decir cómo se puede soportar todo esto sin perder la cordura? Y de postre, ahora lo estamos machacando con una batería de preguntas cargadas con dinamita, para acabar de trastornarlo. ¿Y todo por qué? ¿Qué pruebas tenemos contra él? No, esto no es correcto. La psique humana es muy delicada, ¿realmente crees que se puede resistir esta presión sin venirse abajo?

Alguien empujó la puerta para entrar en el baño.

—¡Ocupado! —aulló Milo.

—¿Y qué propones que hagamos? —preguntó Bassa.

—Suspende de inmediato la toma de declaración agresiva y reanuda la suave —dijo, sin dudar—. Y si fuera tú, ordenaría a Márquez y a Bonhora que muevan el culo y se den prisa mientras nosotros nos dedicamos a hacer nuestro trabajo, que es investigar, no destruir la psique de un adolescente con problemas para socializar.

La comisaria se mantuvo en silencio.

—No es un terrorista, y lo sabes —agregó Milo—. Solo queremos que declare, eso es todo.

Bassa cabeceó muy despacio. Sin abrir la boca.

—¿Tengo que recordarte el lema del Cuerpo? «La fuerza tranquila de la inteligencia.» Esto que hacemos es fuerza, pero no es tranquila ni inteligente. ¿Qué somos entonces? ¿Un bluf?

—Necesitamos las evidencias forenses y criminalísticas sin error alguno —dijo Bassa— y a la vez apretar las tuercas a Lucas Torres para que hable cuanto antes. Sus padres tienen gran poder económico e influencias, no sabes cómo nos están presionando. Cada minuto que pasa nos resulta más difícil retenerlo.

Milo se desinfló.

—¿Y para qué me queréis a mí? Dime, comisaria.

—Para que nos ayudes a obtener su declaración y así ahorrarnos muchas complicaciones. La ciencia forense y la DPC requieren su tiempo, y no lo tenemos.

—Entiendo, para calmar las aguas.

—Quiero que este asunto desaparezca de las portadas de los periódicos y de los titulares de los noticiarios. Es lo que queremos todos, incluidos los de arriba.

Milo bajó la cabeza.

—¿Y si no ha sido él? ¿Y si fue incriminado? —Alzó la cara, la observó un instante—. Ya sé, que no toque los huevos.

En el ascensor, comprobó la hora en el móvil y llamó a Sara para decirle que era muy tarde, que si prefería dejar la comida para otro día. Ella le dijo que no había problema, que lo esperaba, y colgaron. Acto seguido hizo otra llamada, esta vez a Irene, y de nuevo la voz grabada recitó que aquel número no estaba disponible en aquellos momentos. Maldijo en silencio mientras caminaba por el parking. Vio que tenía ocho mensajes sin leer, guardó el teléfono y se puso al volante. El tráfico estaba imposible y empleó más tiempo del previsto en llegar a la plaza de la Universitat. Un grupo de unas cien personas, la mayoría estudiantes, gritaba proclamas a favor de la libertad de los presos políticos y en defensa de la república con las pancartas medio vencidas por el viento. Los *skaters* trataban de esquivar aquella invasión de su territorio haciendo eslalon con sus monopatines. Se dirigió al colmado en la esquina con Tallers, compró el postre y luego anduvo la veintena de metros hasta el portal junto a la tienda de mantas. Apretó el botón del interfono, abrió con sus llaves, y subió las escaleras de dos en dos hasta el cuarto piso, donde Sara lo esperaba con la puerta abierta. Se había arreglado para la ocasión. Vestido floreado en vez de sus habituales pantalones negros y mocasines a juego sustituyendo las viejas zapatillas de estar por casa. Buena señal, se dijo. En su rostro, a pesar del maquillaje, aún se distinguían las huellas del dolor. Gruesas bolsas de color morado bajo los ojos, la piel ajada, el pelo sin brillo. La Sara radiante de antaño, la de mirada dulce y melena sedosa, había desaparecido tras el suicidio de su hijo y el posterior avance de la esquizofrenia en su marido. Demasiados golpes, y muy seguidos. Milo alzó la bolsa de plástico.

—Helado de vainilla con nueces de macadamia, tu preferido.

Sara sonrió.

—Pasa, tardón —dijo.

Se besaron en las mejillas y entró en el piso sin poder evitar un escalofrío. Tras el intervalo de Port de la Selva, había vivido allí desde los doce años hasta que no soportó más el enfermizo clima de violencia que se respiraba entre aquellas paredes. Nunca lo había percibido como un hogar, ni siquiera antes de que muriera su madre. Para él solo había sido un sitio donde estar, no donde vivir. Siempre con tensión, con miedo al estallido repentino. No recordaba ni un solo momento de felicidad. Por eso nunca entendió que Hugo decidiera vivir allí con Sara y Marc. Si las malas vibraciones permanecían flotando en un espacio cerrado, aquel piso estaba habitado por una oscuridad que no podía augurar nada bueno. Como así fue.

—Espero que tengas hambre —dijo Sara. Desapareció en la cocina para regresar segundos

después cargada con dos bandejas, una llena de rebanadas con pan con tomate y otra con una apetitosa tortilla de patatas, las cuales dejó en la mesa de la sala—. Pero siéntate, no estés ahí de pie como una estatua.

—¿Y el helado?

—Ahora lo pongo en la nevera. ¿Qué quieres para beber?

Milo dijo que agua, estaba de servicio, y Sara lo reprendió diciendo que un día era un día, olvidando por un instante que el alcohol para los Malart era como el diablo para un creyente; favorecía el desarrollo de la enfermedad, a causa del gen hereditario, y mejor mantenerlo alejado. Empecinada, trajo una botella de vino. Se la entregó junto con un sacacorchos y él se dispuso a abrirla mientras ella cortaba la tortilla en cuatro partes y le preguntaba cómo le iban las cosas. No supo qué responder.

—La he hecho con cebolla, como a ti te gusta —dijo Sara.

Le sirvió uno de los trozos y Milo probó un bocado. Acto seguido, puso cara de estar en la gloria.

—Bobo —lo riñó. Se arregló el vestido por los hombros y su sonrisa iluminó toda la sala—. No es para tanto.

Sirvió el vino en los dos vasos. Alzó el suyo.

—Por la vida —brindó.

Milo apenas se mojó los labios. Por la vida. Durante el trayecto al psiquiátrico para ingresar a Hugo, Sara le había confesado que a lo mejor la solución de Marc no era tan mala idea, que se sentía cansada; sin trabajo, sin una familia a quien cuidar, sola. Que tal vez sería bueno descansar. Aquello se le grabó a fuego en la memoria. Por el peligro, por su fragilidad.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Nada. En esto, en aquello.

—¿Estás con el caso de la familia asesinada? Es terrible, no me explico cómo alguien en su sano juicio puede haber hecho algo así. —Bebió varios sorbos de vino—. Bueno, porque no está en su sano juicio, claro. ¿Y cómo os va?

—Sara, no puedo hablar de una investigación en curso. Esta tortilla está deliciosa, de veras. Cuéntame cómo has visto a Hugo, ayer me dijiste que estaba mejorando.

Ella apuró el vaso. Mientras volvía a llenarlo, inició una larga explicación acerca del estado de Hugo. Según los médicos, había superado la severa depresión, ya no suponía un peligro para él ni para su entorno, y la medicación, combinada con las sesiones de terapia, estaba dando sus frutos. Cada vez eran más optimistas respecto a su recuperación. De golpe, descubrió que él había terminado y se levantó para ir a preparar los calamares. Recalentados no valen nada, dijo. ¿Por qué no pones la tele entretanto? Milo fue a por el mando y la encendió. Buscó un canal de noticias. En la mayoría hablaban del caso con el sensacionalismo habitual, dando paso a expertos que solo aportaban inexactitudes y cháchara vacía. Eligió uno que emitía en diferido la rueda de prensa a cargo del intendente Guillamón. Tras el comunicado oficial, empezaron los problemas. Un

periodista le preguntó si era cierta la implicación del clan de Mostar. Guillamón respondió con vaguedades, lo que no hizo más que encender los ánimos. Otro quiso saber si habían detenido a un sospechoso. El intendente repitió que tenían varias líneas de investigación abiertas y que no podía añadir nada más de momento. Cuando un tercero afirmó que según sus fuentes el crimen múltiple estaba relacionado con el robo a una joyería de Sants, Milo apagó la televisión antes de oír la pregunta. Aquello iba a acarrear consecuencias, se dijo. Las malditas filtraciones.

—¡A la mesa! —anunció Sara.

Le sirvió una generosa ración de calamares, volvió a llenar su vaso, y retomó el tema de Hugo, de su posible vuelta a casa.

—¿No estás contento? —preguntó, al cabo.

Milo se fijó en sus ojos. De súbito estaban tristes, sin luz. Sostenía el vaso en el aire haciendo rodar el vino, el gesto abatido. Comprendió que se sentía atrapada entre dos fuerzas; por un lado, la alegría por dejar atrás la ausencia y el vacío; y por otro, el temor ante su regreso, el dramatismo que aquello le suponía.

—Por supuesto —dijo—. Es una gran noticia.

—Tendrías que ir a visitarlo. Le gustaría mucho.

—Un día de estos, te lo prometo.

—Te sorprenderá. Está..., no sé, diferente. —Se llevó el vaso a los labios—. ¿Me lo prometes?

Milo asintió, la boca llena. Terminó de comer y retiraron los platos. Ella abrió el bote de helado mientras se hacía el café. Tomaron asiento en el sofá. Sara le dijo que le había hecho mucha ilusión su llamada de ayer. Que no se la esperaba.

—Estabas distante, casi no he tenido noticias tuyas. Lo último que supe es que te ibas de vacaciones. ¿Dónde has estado?

—En el País Vasco francés. Fui en tren hasta Irún y allí alquilé un coche para recorrer la zona.

Ella se levantó para traer el café. Le preguntó qué le había parecido. Se sirvió más vino y volvió al sofá.

—Es una maravilla, el mar en Biarritz quita el aliento.

Ella rio detrás del vaso. Se sentó de lado, sobre las piernas.

La sensación de irrealidad se abatió sobre Milo como una ola gigante. Se vio desde fuera, como si se hubiera desdoblado en otro, en un desconocido, y Sara se hubiese convertido en una mujer que le enviaba mensajes. Cerró los ojos. *Vuelve a la cama, quiero hacerlo otra vez.* Añoraba el calor, la complicidad. La compañía. *Nunca me había sentido igual.* Debía dejar de engañarse. Pero aún notaba sus besos. Las caricias que lo habían transportado a un lugar donde nada más era necesario. *Dime que eres real, que esto está sucediendo de verdad.* Su forma de aferrarse a ella. Con desesperación, harto de la soledad. Los abrazos, la ternura. Y la pasión. Su cuerpo pegado, el empuje del pubis contra su muslo. Abrió los ojos. Se enderezó de golpe al tiempo que se sacaba de encima los brazos de Sara.

Ella lo miró con horror.

—No... yo, yo no quería —balbuceó—. No sé qué me ha ocurrido. Me he dejado ir y..., yo solo...

Milo la cogió por las muñecas.

—Sara, mírame. Tranquila, no ha pasado nada, ¿me oyes? Todo irá bien, no te preocupes. No pasa nada, podrás soportarlo. Aunque no veas la salida, te aseguro que la hay. Siempre hay una, créeme. Todo se arreglará. —Sintió el impulso de darle un abrazo, pero se incorporó—. Me tengo que ir, hablamos mañana.

Sara fue tras él hasta la puerta. Milo le dio un fugaz beso en la mejilla y salió al rellano. Bajó los escalones de tres en tres murmurando la melodía de Bach.

Condujo hacia el Instituto de Medicina Legal ubicado en la Ciutat de la Justícia, a las afueras de la ciudad. Aprovechó un semáforo para consultar el móvil. Tenía diez mensajes. Ella. El corazón le dio un vuelco. Se puso en verde y soltó el teléfono en el asiento. Arrancó con fuerza, dio gas a fondo. Al llegar, aparcó cerca del edificio y preguntó en un mostrador por Goyo Bonhora. Le dijeron que estaba en la sala 4 de autopsias. Empezó a sudar. Aquellas salas, y lo que había dentro, le revolvían las tripas. A diferencia de otros, no le importaba admitir que no soportaba el aire que se respiraba allí ni la visión de cuerpos abiertos. Empujó la puerta con el hombro y asomó la cabeza.

Bonhora estaba inclinado sobre una de las camillas.

—Goyo —dijo—, ¿puedes salir un momento?

—Pues va a ser que no. Si quieres hablar conmigo, tendrás que entrar. Conque yo mueva el culo, ¿eh?

—Solo discutía con Bassa. ¿Qué tal si hablo desde aquí?

—No seas ridículo y entra de una vez. Ponte una de las mascarillas y no toques nada.

Inspiró hondo, siguió sus instrucciones y caminó hasta él.

—¿Novedades?

—La espalda me está matando y creo que necesito graduarme las gafas de nuevo —dijo, sin variar de postura—. Y como sigan los cortes de tráfico por culpa de las manifestaciones voy a pedir el traslado a Cuenca, donde imagino se vivirá más tranquilo y con menos agobios. —Apagó la grabadora que colgaba del brazo de una lámpara y dejó el extraño bisturí en una bandeja metálica. Se frotó la mano enguantada en la bata desechable, llena de manchurroneos rojizos, y la extendió en su dirección—. Así que una discusión con la comisaria jefe.

—Mensaje recibido —dijo. Indicó su mano—. Ni lo sueñes.

—Algún día tendrás que acostumbrarte a todo esto.

—Antes me meto a monje. Goyo, novedades. —Bonhora se desplazó hacia una de las camillas donde yacía un cuerpo tapado por una sábana—. No, no hace falta que me enseñes nada, solo quiero que me digas si has hallado algo.

—Para eso podrías haberme llamado por teléfono.

—Tomo nota para la próxima vez. ¿Me respondes o no?

Bonhora se bajó la mascarilla.

—Bien, hay varias —dijo—. Patricia Ugarte estaba embarazada, de dos meses. Y su hija Noelia mantuvo relaciones sexuales no forzadas la noche del sábado.

—¿Puedes precisar una hora?

—¿Te crees que soy un mago?

—¿Ni siquiera aproximada?

—La penetración genital se produjo una o dos horas antes de morir. Al menos le dio una última alegría al cuerpo.

—Goyo, no estoy de humor para chistes, ni verdes ni negros. ¿Estás seguro de que fueron consentidas?

—Haré ver que no te he oído —repuso—. Ya he enviado muestras del esperma al laboratorio y también del embrión, para las comparativas de ADN.

—¿Has hallado más cortes autoinfligidos en Noelia?

Bonhora asintió.

—En la cara interna de los muslos, los más recientes, y en la parte superior, cerca de las ingles.

—¿Su malestar psíquico iba en aumento?

—O era una adicta a las descargas de adrenalina.

—¿Sabes ya cuántos golpes recibió?

—Seis en total, como su padre. Me equivoqué en mi análisis preliminar. Y antes de que me lo preguntes, dos cosas más. Una, te confirmo que también presenta rasguños periféricos en los puntos de impacto, pero solo en los tres primeros, los únicos que vio venir. Con los posteriores, ya no se movió. Y dos, no tiene restos del adhesivo de la cinta en la boca.

Milo caminó hasta el fondo de la sala. No lograba entender la sucesión de acontecimientos.

—No te rompas la cabeza —dijo el forense—. Hasta que Márquez no entregue su informe, es perder el tiempo.

—Pero va a tardar y nos urge —murmuró, más para sí mismo—. ¿Has podido establecer el orden de los asesinatos?

Bonhora soltó un bufido de impotencia. El lapso de tiempo era demasiado breve y no disponía de evidencias, pero mantenía su hipótesis de que el hijo, la abuela y la madre fueron los primeros, y luego el padre y la hija, aunque no le resultaba posible determinar el orden con certeza.

—Dada la similitud en el grado de ensañamiento con los dos últimos —agregó—, me inclino a pensar que ambos los cometió la misma persona, ya desatada en plena demencia progresiva, uno a continuación del otro.

Un silencio sepulcral se extendió por la sala.

—¿Te refieres a quien imagino?

—Por mi experiencia —dijo Bonhora—, cualquiera puede convertirse en asesino en cuestión de segundos. Es como en las máquinas tragaperras, cuando se alinea la combinación ganadora. Solo hace falta que se dé la ecuación con las variables determinadas: ira, agravio, sentimientos heridos, situación límite..., y elevado a la enésima potencia. Nadie está a salvo de sufrir el detonante, todos somos vulnerables de una forma u otra. Aquí te podría hablar de Jung y su *Teoría de la sombra*, pero lo dejaremos para otro momento. —Le puso una mano en el hombro—. Entiendo que ese joven pueda remitirte a Marc, pero fue el único que salió caminando de la casa. No puedes soslayar este hecho.

—¿Crees que es posible tener recuerdos a los tres años?

Bonhora retiró la mano.

—No es mi terreno, pero diría que es inusual. En mi opinión, aunque no soy un entendido, no se fijan hasta más adelante, a partir de los cuatro o cinco, quizá más. —Reflexionó un instante—. En alguna parte he leído que sí es posible, en cambio, que se fijen a muy temprana edad los relacionados con los sentidos, como un sabor o un olor. Supongo que todo estará en función de la intensidad del momento.

—¿Qué tal una imagen durante un *shock* muy potente?

—¿Como por ejemplo?

—Ver a alguien a un par de metros disparándote a la cabeza.

Bonhora se echó para atrás en un acto reflejo.

—Supongo que sí, por el miedo cerval. Pero solo es una especulación. ¿Quién sabe lo que es capaz de registrar un cerebro?

—Sí, es lo que yo digo —repuso Milo, cabizbajo—. No conocemos a nuestros cerebros.

Se dirigió hacia la puerta.

—Espera un momento, no hemos hablado de ti —dijo Bonhora—. Por lo que he oído, te has vuelto un tipo tranquilo. Parece que ya logras controlar tus emociones. Eso es bueno si tenemos en cuenta tus antecedentes.

—Con mis antecedentes, no hay nada que hacer. Mi padre, mi hermano..., yo soy el siguiente.

—Milo, ellos eran alcohólicos. Ayudaron a la enfermedad.

—Que llegará, más tarde o temprano. Y oye, no te creas todo lo que se cuenta por ahí. Yo nunca me fío de las palabras.

—¿Entonces no estoy ante el nuevo Milo Malart?

Abrió la puerta.

—Tú sigue creyendo en milagros.

Pensó en ir a ver a la jueza Cabot, aprovechando que se encontraba en la Ciutat de la Justícia, cuando recibió una llamada de Mercader. Le preguntó dónde estaba y Milo le contó la conversación con Bonhora.

—Joder con esa familia, tenía más secretos que el CNI.

Acto seguido, le explicó que la comisaria Bassa había dado orden de cambiar el modo de tomar declaración a Lucas Torres, y Rojo y Cervera los habían sustituido.

—¿Has tenido tú algo que ver?

—A mí que me registren. ¿Ha dicho algo?

—Continúa sin abrir la boca, lo que le va a acarrear pasar la noche en el calabozo. Órdenes de la jueza, por su mutismo. Y me alegro, ese joven está jugando con nosotros.

—Tienes una visión binaria de las cosas, blanco o negro. Te olvidas de la gama de los grises. Si no suelta prenda, a lo mejor es porque no puede.

—O no quiere —replicó ella.

—Mercader, es un adolescente. Según tus palabras, lo suyo es ocultar cosas. Yo de ti cambiaría de perspectiva.

Ella le dedicó varios improperios y Milo apartó el móvil de la oreja. Atardecía, y el cielo era una majestuosa paleta de colores donde destacaba el anaranjado, presagio de que mañana el viento iba a continuar. Lo contempló unos instantes, admirado.

Se acercó el móvil.

—Vale, lo que tú digas —interrumpió—. Como experta en adolescentes, estaría bien que fueras a los escolapios y hablaras con los compañeros de clase de Lucas y Noelia, sobre todo con el tal Shyam, a ver qué obtienes.

—Ya habrán salido del instituto. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

—Tengo un par de cosas en mente.

—¿Necesitas que te...? —Milo oyó que hablaba con alguien—. Te paso a Crespo, quiere contarte algo. Cuando acabes con él, no cuelgues y terminamos de hablar.

—¿Inspector? —dijo el sargento—. Sobre las búsquedas que me has pedido, no consta que Lucas Torres tenga alquilado a su nombre ningún piso ni local, aunque puede habérselo prestado alguien. Más cosas. El nombre del inspector del CNP que llevó la investigación del crimen múltiple de hace quince años es Fermín Barreda, está jubilado.

—Que vaya a la Central por la mañana, quiero hablar con él.

—Entendido. Respecto al compañero de Paco Corona en su época como policía nacional, se trata de Alonso López, también jubilado, vive en Les Corts. ¿Le digo que se pase por aquí?

—No, no es necesario. Dile a Mercader que vaya a entrevistarle sobre Paco. ¿Algo más?

—El informe económico y financiero de los Torres, y el de su hijo Lucas. ¿Te hago un resumen?

—¿Hay algo significativo?

—Nadan en la abundancia, si te refieres a esto —dijo Crespo—. Y Lucas Torres va a heredar ahora una fortuna tras haber cumplido la mayoría de edad.

—¿Cuánto es una fortuna?

—Más de cien millones de euros.

Milo se quedó sin habla.

—¿Inspector Malart?

—Sí, Toni, continúa. ¿Algo sobre los clips de Noelia?

—A eso iba. Los escondía en una carpeta dentro de otra y así cinco veces, hasta que hemos dado con ellos en una con el nombre de *Mimesis*. Tenía un canal en YouTube que hemos hackeado y los subía en los tres formatos, el público, el oculto y el privado. —Aguardó—. Es más sencillo de entender cuando lo ves.

—De acuerdo, mañana me lo enseñas.

—Te avanzo que son muy peculiares.

—¿Alguna novedad sobre la búsqueda de la piedra, las deportivas o el móvil de Noelia?

—Ninguna, pero hemos logrado recuperar parte de los datos que Lucas Torres borró de su iPhone. Pronto tendremos el resto.

—Háblame de esos datos.

—Recibió una llamada perdida de Noelia a las 22.06 del sábado. —Milo guardó silencio—. Y dos wasaps, uno a las 22.57 y otro a las 23.03 también del sábado, y ambos también de ella. Son las últimas entradas que registró su móvil.

—Léeme el primero —dijo Milo.

—«He perdido el entusiasmo.»

—¿Y el segundo?

—«Todo ha terminado. Un beso.»

—¿Algo más?

—Sí, el viernes por la noche, de madrugada, a las 4.12, Lucas Torres envió un wasap a Noelia Corona. «Ok, lo haré.»

—Toni, seguimos en contacto.

—Te paso a la subinspectora Mercader.

Rebeca cogió el teléfono.

—Malart, te decía que si quieres puedo acompañarte a donde sea que hayas pensado ir —dijo. Pero Milo ya había colgado.

—Y esto es todo lo que tenemos hasta el momento.

—No es mucho —opinó la jueza Cabot.

—¿Qué querías? Solo han pasado veinticuatro horas —dijo Milo—. ¿Has visto la rueda de prensa? A Guillamón se le ha ido de las manos. Y ahora no me vengas con el asunto de la filtración. Puede haberse producido desde muchos sitios.

La jueza se reclinó en el asiento, los brazos cruzados.

—Odio cuando los medios irrumpen en la instrucción de un caso, me pone de los nervios. ¿Cómo demonios pueden haberse enterado? ¿Es que ya nadie sabe mantener la boca cerrada?

Milo se encogió de hombros. Desvió la vista hacia los ventanucos, estrechos como aspilleras

de castillos, absorto.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. Te veo raro. ¿Te ha ocurrido algo que no me has contado?

—Infidelidades, sexo en la escena de un crimen, matrimonios que no se hablan... Por qué tanto empeño en amarse, joder. Hombres y mujeres, siempre dale que te pego. ¿Para qué?

—¿Tú no te incluyes en el equipo? —No respondió—. El trabajo no te va a salvar, Milo. Si no tienes una vida ahí fuera, estás perdido. Créeme, sé de lo que hablo.

—Y eso lo dice alguien que a estas horas todavía está en su despacho, la única en toda la Ciutat de la Justícia.

—Trabajo acumulado, pero no cambies de tema.

—Tengo una vida. Y a alguien, a Tía. ¿Qué tienes tú? ¿Al de los tambores? ¿Qué coño te da ese tipo? No me lo digas, sexo.

—No es solo sexo.

—*Siempre* se trata de sexo —replicó, tajante.

Susana se irguió en la silla.

—Tú no entiendes nada. Ya no soy aquella mujer de treinta años que tú conociste. ¿Te acuerdas? Yo no tenía este aspecto, estaba mucho más buena. En cambio, mírame ahora. Mayor, sin hijos ni marido, a nadie a quien cuidar y a nadie que cuide de mí. Se me escapa el tiempo.

—Adopta a un perro, funciona.

—Hablo en serio, maldita sea. Quiero una vida antes de perderla. Hay una frase en los relojes de algunas iglesias antiguas: *Vulnerant omnes, ultima necat*. ¿Sabes latín? «Todas hieren, la última mata.» Las horas, lo efímero de la vida, el implacable transcurrir de la edad. Pues yo, antes de que la última me mate, quiero vivir esos cincuenta y nueve minutos a fondo, exprimirlos a tope.

Milo se quedó helado. Había visto aquella inscripción labrada en la iglesia de Saint-Vincent, en Urrugne, sobre un cuadrante solar de la fachada. Durante su viaje al País Vasco francés.

—Ni te imaginas lo que Walter me da —prosiguió ella—. Me hace sentir viva. Hacer el amor con él es algo que no es de este mundo, cuento los segundos hasta volver a estar juntos. Sería capaz de arrastrarme, de rebajarme hasta niveles insospechados, lo que hiciera falta, con tal de tocar otra vez el cielo con las manos. Las sensaciones son increíbles, no hay límites. Es..., es algo poderoso, como una droga. Una vez lo has probado, solo deseas otra dosis, y otra, y otra más —explicó, los ojos brillantes. Sin darse cuenta, había asomado la lengua por entre los labios y recorrido levemente con ella el superior. Al cabo, pareció volver en sí y dijo—: No, no te lo puedes imaginar. Algo así te cambia la vida, te lo cambia todo. Te vuelves otra persona. Pero tú eso no lo puedes entender.

—Lo que entiendo es que has perdido la cabeza por ese tipo.

—Una no puede escoger de quién se enamora.

—Pero sí hasta dónde estás dispuesta a llegar, señorita.

—Sabía que no lo ibas a comprender. Tú siempre vas con el freno de mano puesto.

—Se presenta el amor y los cabrones de los poetas dicen que no tenemos elección —masculló,

huraño—. Pero sí la tenemos. No solo has perdido la cabeza, también el orgullo. Ese tipo puede hacerte lo que quiera, humillarte hasta donde le dé la gana.

—No me importa. Los griegos no hacían necrológicas, solo formulaban una pregunta: «¿Vivió con pasión?».

—¿Y qué harás cuando todo esto se acabe y descubras en qué te has convertido, y para nada?

—Mañana no existe. Voy a seguir viviendo como si hoy fuera el último día de mi vida.

—Pero..., Susana, sentir así es una locura.

—La locura es no sentir, Milo. Como dijo Virginia Woolf, «No se puede encontrar la paz evitando la vida».

—Bonita contradicción.

—¿A qué te refieres?

—A que poco después de escribirlo, se suicidó.

Una manifestación cortaba el tráfico a la altura de la plaza de España y se vio obligado a dejar la Gran Vía para seguir una ruta alternativa por las callejuelas que conducían a la montaña de Montjuïc. Después de perderse un par de veces, desistió de llegar en coche hasta la casa y aparcó frente a la Fundación Miró, junto a una parada de autobús. Cruzó a la carrera la avenida Miramar y se apresuró a bajar por las escaleras que desembocaban en la calle Julià. Tenía el tiempo justo. Observó el vehículo de los Mossos detenido ante la vivienda y saludó con un gesto a los dos agentes que vigilaban que ni curiosos ni periodistas se colaran en el interior.

Se detuvo ante la cinta balizadora y echó un vistazo a la fachada. El alumbrado urbano estaba encendido, pero la mezcla de luz natural y artificial le daba una apariencia fantasmal, entre penumbras. Se dio media vuelta y contempló la casa del vecino de enfrente. A través de las cortinas vio luz en la planta baja y en la superior. Caminó hasta la verja, pulsó el botón del interfono y aguardó. Instantes después, una voz distorsionada por el micrófono preguntó quién era. Se presentó.

—Ya hablé con ustedes ayer.

—Pero no conmigo —dijo Milo—. Si es tan amable, solo lo entretendré unos minutos.

Silencio. Hasta que sonó un chasquido metálico. Empujó la cancela de hierro y caminó por el parterre de gravilla hacia los escalones. Iba a subirlos cuando la puerta se abrió, dando paso a un hombre de unos cuarenta años, vestido con camisa blanca arremangada, pantalones grises como la corbata y zapatos negros. Salió al porche, entornó la puerta a su espalda y se dispuso a bajar las escaleras. Anticipándose, Milo las subió de dos en dos y le mostró la placa. El hombre la miró por encima y hundió las manos en los bolsillos. Luego, se encogió de hombros mientras adoptaba una expresión de contrariedad.

—Estaba a punto de cenar —dijo.

—Solo serán un par de preguntas. ¿Le importa que pase un segundo al baño? Todo el día de aquí para allá y uno no tiene ni tiempo para lo más básico, usted ya me entiende.

El hombre vaciló. Miró a la puerta, a Milo. Accedió tras unos instantes y se apartó para dejarle pasar.

—Todo recto por el pasillo, al fondo a la derecha.

Milo dio una ojeada a la sala. La decoración era antigua, al gusto de personas mayores, salvo el gran televisor de plasma con la imagen de una película en pausa. Situada delante, estaba la mesa del comedor. Un mantel individual, los cubiertos en paralelo, una copa en el centro; el

mando a distancia a continuación, cerca de un cenicero con tres colillas. Por todas partes, marcos con la fotografía de una mujer con el cabello blanco, la expresión seria, muy estirada. Empleó pocos minutos en ir al baño. A su regreso, el hombre lo aguardaba fumando un cigarrillo rubio junto a la puerta. En su muñeca, distinguió un reloj con correa de eslabones dorados y números romanos en la esfera.

—Tiene una casa muy acogedora, señor...

—Manel Vergés. ¿Le parece que vayamos al grano?

—Al grano, muy bien, como a mí me gusta. Ayer lo vi detrás de las cortinas, en la planta de arriba, observando la casa de los Corona. Entiendo que una tragedia así pueda despertar la curiosidad de cualquiera, pero ¿suele hacerlo a menudo?

—No sé de qué habla.

—Lo sabe perfectamente —dijo Milo. Dio unos pasos por la sala. Señaló el televisor—. ¿Estaba viendo algo interesante?

—Una serie —dijo—. Oiga, si ayer observé la casa de los vecinos fue como usted dice, por simple curiosidad, nada más.

—¿Una serie? ¿*The wire* tal vez? Es magnífica. No la he visto, pero todo el mundo cuenta maravillas de ella. Aunque un poco antigua, ¿no cree?

El señor Vergés dio una larga calada al cigarrillo. Milo le dio la espalda, fue a coger el cenicero y se lo acercó.

Señaló con un gesto la ceniza.

—Está a punto de caer al suelo. —El hombre la soltó con un golpe de muñeca sobre las dos colillas—. Según su declaración a mis compañeros, vive solo, ¿es cierto? —Asintió—. Es una casa muy grande. ¿Qué puede decirme de la familia Corona?

Manel Vergés hizo una mueca.

—Pues no sé qué quiere que le diga. Una familia normal, corriente. Lamento mucho lo que les ha ocurrido, pero apenas tenía trato con ellos.

—Sin embargo, usted vive justo enfrente. Por fuerza tiene que haberlos visto con frecuencia. ¿Algo de particular?

—Yo no me dedico a mirar por las ventanas.

Milo sonrió de oreja a oreja.

—Mirar, observar, espiar. Todo es cuestión de matices.

El hombre enrojeció. Le arrancó el cenicero y aplastó el cigarrillo con fuerza. Luego, abrió la puerta con gesto decidido.

—Inspector, no tengo por qué aguantar sus insinuaciones.

Milo permaneció quieto.

—No insinúo nada, lo afirmo —dijo, sin tapujos. Sacó el móvil—. En la entrevista de ayer con los inspectores declaró que había visto a este joven —le mostró la foto de Lucas Torres— merodeando por la zona. En concreto, sentado en las escaleras de aquí al lado.

Vergés contempló la fotografía.

—En efecto, lo recuerdo perfectamente.

—Después de un año. Tiene usted una memoria prodigiosa.

—Soy un buen fisonomista, ¿y qué?

—Que no me lo trago —dijo Milo. Indicó la puerta—. Yo de usted la cerraría. Alguien puede vernos desde la calle.

El hombre volvió a titubear. Al cabo, le hizo caso.

—Escuche, no entiendo a qué viene todo esto.

—Pues fíjese, tengo la impresión de que sí sabe por dónde voy. Me refiero a Noelia Corona, Noe para los amigos. No era una chica que pasara desapercibida precisamente.

El señor Vergés dejó el cenicero sobre un mueble y encendió otro cigarrillo. Soltó el humo en dirección al techo.

Milo acortó un paso la distancia.

—Y usted reconoció a ese joven cuando le mostraron su fotografía. Sin dudarle un instante. Igual que ahora.

Cabeceó mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

—Solo se me ocurre una explicación —añadió Milo—. Que lo ha visto en más ocasiones. En el barrio, por la calle..., o en la casa. Mirar, observar, espiar. Señor Vergés, ¿no tiene nada que contarme?

El hombre se llevó el cigarrillo a los labios evitando el contacto visual. Sacudió la cabeza de izquierda a derecha.

—Muy bien, tampoco es algo tan grave —dijo Milo. Se alejó hasta las escaleras—. Me gustaría ir a la planta de arriba, para echar un vistazo desde allí a la casa de los Corona. ¿Le importa?

—¿Tiene usted una orden?

—Lo que tengo por ahora es paciencia, pero se me va a acabar de un momento a otro. ¿No quiere colaborar en una investigación de asesinato múltiple? Esto no habla muy bien de usted. Es más, si me aprieta, diría que es extraño, como si tratara de ocultar algo. Quizá sea hora de añadir otro verbo a la lista. Acechar. Entonces sí habría cometido un delito.

Vergés separó los brazos.

—Haga lo que quiera, no tengo nada que esconder.

—Es usted muy amable. Un buen vecino.

Subió los escalones, seguido de cerca por el hombre. Recorrió la planta superior. Tras un rápido cálculo, se detuvo en un cuarto. Dio a la luz. Señaló su interior.

—¿Puedo?

—¿Alguien se lo impide?

Entró en la habitación. Estaba decorada de la misma forma antigua que el resto de la casa. Papel pintado en las paredes, cama con dosel y colcha decimonónica, un crucifijo sobre la

cabecera. Se aproximó a la ventana. Separó las cortinas. Recordó la ubicación de los cuartos de las hermanas Corona. La de la izquierda, justo enfrente, era la de Noelia. Con la persiana levantada. Y a la derecha, la de la pequeña Eva.

—¿Esta es su habitación?

Vergés dio una calada antes de responder.

—De mi madre, que en paz descanse.

Milo pasó la mano sobre la repisa de madera bajo la ventana. Sin rastro de polvo. Se inclinó para escrutarla de cerca. Distinguió unas leves rozaduras oscuras, casi imperceptibles. Tres, situadas en triángulo. Se enderezó.

—¿De verdad no tiene nada que explicarme, señor Vergés?

El hombre sostuvo su mirada con los labios apretados.

—Vigile la ceniza —dijo Milo, camino de la puerta—, va a dejar el suelo perdido y eso no estaría nada bien.

Al llegar a la sala indicó el televisor.

—*The wire* —dijo—, un día de estos tengo que verla.

—Inspector, si no se le ofrece nada más...

—Mire, no tengo ningún interés en sus asuntos. —Se rascó la nuca—. Todos tenemos nuestras debilidades y puedo ser comprensivo. Pero nos hallamos ante un quintuple asesinato y si sabe o ha visto algo, y no nos lo dice, todo cambia. Se lo preguntaré por última vez. Señor Vergés, ¿tiene algo que contarme?

—Le repito que no sé de qué me habla.

Milo dejó escapar el aire con cansancio

Abrió la puerta y salió de la vivienda. Nada más atravesar la verja, extrajo el móvil y pulsó el contacto del sargento Crespo.

—Toni, necesito que pidas una orden de registro para la casa de Manel Vergés, el vecino de enfrente. Sí, para toda la casa, incluido el garaje, y otra para llevarnos su ordenador personal. Y oye, busca a ver qué encuentras sobre este tipo.

Colgó. Vio la hora, faltaban pocos minutos para las nueve de la noche. No le apetecía nada. Además de agotado, se notaba espeso, con demasiadas cosas en la cabeza. Sabía que no era el momento apropiado, que no estaba en las mejores condiciones. Pensó en dejarlo para el día siguiente, tampoco cambiaría tanto el asunto. Se preguntó cómo era aquel refrán. «No hagas hoy lo que puedes dejar para mañana.» Le hizo gracia la tontería y, resignado, cruzó la calle y fue hasta los agentes. Les preguntó si tenían una bolsa de pruebas. Cuando se la entregaron, sacó la colilla que había envuelto en un trozo de papel higiénico y la introdujo. La guardó en el bolsillo y les dijo que iba a entrar en casa de los Corona. Se detuvo ante la verja. Volvió a mirar la hora, aún disponía de un par de minutos. Llamó a Irene. Escuchó la voz de siempre decir lo de siempre y colgó de inmediato. Desconectó el sonido y metió el móvil en la cazadora. Recordó que le faltaba

algo y se acercó de nuevo a los Mossos para pedirles una linterna. Con ella en la mano, regresó a la verja.

Contempló la fachada. Le resultó siniestra.

Sin darle más vueltas, empujó la cancela, dejó atrás el parterre de gravilla, el naranjo, y, cabizbajo, subió las escaleras. Rasgó los precintos. Empujó la puerta. Tomó aire. Ordenó a su cerebro quedarse en blanco, borrar todos los pensamientos.

Y entró.

Dejó atrás el mundo conocido y se sumergió en la oscuridad. Notó su abrazo, el olor acre y penetrante de su aliento, y experimentó la sensación de costumbre en la nuca, la mezcla de aprehensión y tensión, acompañada esta vez por un vértigo mayor del habitual. Encendió la linterna y se obligó a dar unos pasos, las piernas como cemento. Hizo un barrido de ciento ochenta grados con el haz de luz. La cocina, las escaleras, la mesa del comedor, los sofás. Regresó a la cocina y lo apuntó al reloj de la pared. Marcaba las nueve en punto. Era la hora. Extrajo de los tejanos el USB de Sena y fue hasta el televisor. Lo encendió con el mando y lo enchufó en una de las entradas laterales, pulsando acto seguido varios botones hasta que logró activarlo. Se desplazó otra vez hasta la puerta. Aumentó el volumen. Una luz metálica iluminaba ahora la sala, provocando sombras dantescas en las paredes moteadas de sangre negra. Las voces entusiastas de los comentaristas repasaban las alineaciones de los equipos y procuró apartarlas de su mente para tratar de visualizar la escena poco antes de que todo comenzara.

La cena. Patricia acarrea platos de aquí para allá, Noelia y Raúl tal vez la ayudan. Paco permanece sentado, presidiendo la mesa, con la abuela Pilar a su derecha. La pequeña Eva se entretiene jugando con el pan. El ambiente es festivo, hay tarta de chocolate de postre. Todos beben agua, menos Paco, que prefiere cerveza. El partido va a comenzar y quiere estar animado. Raúl imita sus gestos, su excitación. Probablemente ellos dos son los únicos a quienes les interesa el fútbol.

—Y entonces toco el timbre —dijo—. Soy un visitante inesperado. O visitantes. Ni la puerta ni la cancela están forzadas.

Intentó ponerse en la piel de los bosnios. No tenía sentido. Habrían tirado la puerta abajo. A menos que hubiesen tenido un cómplice en el interior. ¿Alguien de la familia? No le vio la lógica. Otra posibilidad, un cómplice de Patricia. ¿Fue ella quien le abrió? Una vez en el interior, los neutraliza con un espray de cloroformo, primero a Paco y luego... Sacudió la cabeza. Aquello tampoco tenía sentido. Raúl y Noelia habrían reaccionado, opuesto resistencia. Enfocó la linterna hacia el desorden de la sala, los cristales del suelo, los platos hechos añicos. Arrugó la cara. Ninguno de los asesinados presentaba heridas defensivas. Salvo Noelia. ¿Intentó huir? De acuerdo, ¿pero por qué por la planta de arriba? Lo sensato hubiera sido por el garaje o por la planta de abajo. No cuadraba. Y si no hubo resistencia, solo cabía que ya estuvieran narcotizados.

La comida, o la bebida. Alguien de la familia se había encargado de ello. GHB, ketamina o con cualquiera de las demás sustancias anestésicas habituales, fáciles de obtener en la calle o por la red. ¿Patricia? Sin embargo, ella también fue amordazada y atada a la silla. Sacudió de nuevo la cabeza. ¿Quién no presentaba restos de cinta adhesiva en boca, muñecas y tobillos? Noelia, otra vez. Volvía a ser la nota discordante. Pero pudo estar inconsciente, tal vez fue la primera en ser noqueada. Además, fue asesinada, machacada a golpes. Se restregó los ojos con fuerza. No lograba razonar con calma. Olvidó la lógica para centrarse en las emociones. Aparcó la cuestión de la entrada. Estaba en el interior de la casa y su objetivo era sonsacar a Paco lo necesario para robar la joyería. Todos se encontraban ya bajo los efectos de la sumisión química. Los ata y amordaza. ¿Con la cinta adhesiva que llevaba consigo? Dejó estar aquel detalle y continuó. Los inmoviliza a todos, menos a Noelia. Falso, tampoco lo hace con la niña. ¿Por qué la sube a su cuarto? Eva sería la figura clave para presionar al padre. ¿Por qué no utiliza esa munición? Falta de estómago. ¿Un asesino capaz de matar a pedradas a cinco personas, incluido a un chico de catorce años, no tiene suficientes agallas para hacer otro tanto con una cría? No, la deja para el final, como última carta. ¿Sin amordazarla ni atarla, lejos de la vista de su padre? Sacó de en medio también aquel asunto y siguió. El orden de los crímenes. Repasó la teoría de Bonhora, tratando de encajarla en el contexto emocional. Las voces aullaron de júbilo, el Barça había marcado un gol. Para coaccionar a Paco Corona, dedujo que el orden tendría que haber sido de menor a mayor importancia sentimental para él. Terreno resbaladizo. ¿Cómo podría juzgarlo nadie? Solo alguien de la familia. Otra vez. ¿Y quién de entre todas las víctimas era la más «sacrificable»? La esposa, Patricia. Pero estaba embarazada. ¿De él? Aparcó el tema. La cuestión es que su marido no cede tras el primer crimen. Se resiste. Turno para el siguiente. ¿El hijo o la abuela? Adoraba a su madre, pero Raúl era su heredero, su único descendiente varón. Poste del Madrid, más gritos. ¿Y qué hacía Noelia mientras tanto? No estaba atada ni amordazada. ¿Estaba fuera de combate? Y luego opuso resistencia, vio venir los golpes. Sin olvidar que su asesinato fue de los últimos. ¿Se hizo la inconsciente o lo estaba de verdad? De nuevo, Noelia. «ESTAS MUERTA.» Cristiano había hecho una piscina en el área del Barça, más aullidos. La vista se le fue al sofá. Pensó en los gustos especiales de aquella chica según su historial de navegación. Mantuvo relaciones sexuales no forzadas aquella noche. ¿Antes, con toda la familia en casa? No, entonces lo habría hecho fuera de allí. Solo quedaban dos posibilidades: durante o después. Se le erizó la piel. En cualquiera de los dos casos, sería un claro ejemplo de Eros y Tánatos juntos, de la mano. Sobre el segundo sabía que no era tan inusual en mentes perversas, aunque sí extremo respecto al primero. Indicaría, además de odio visceral, necesidad de infligir humillación. Entrada de juzgado de guardia a Messi no señalada por el árbitro. Más gritos. Aparcó también aquel tema, como el del orden de los crímenes. Al fin y al cabo, todos iban a ser asesinados. No podía quedar ningún testigo. Desvió la mirada al televisor. Sin embargo, quedó uno. Eva. Una niña de dos años. ¿Por qué? Otra pieza que tampoco tenía sentido. Detuvo con el mando la grabación del partido, las voces lo estaban distrayendo. Definitivamente, no se hallaba en las mejores

condiciones. En vez de una máquina de procesar impresiones parecía un trasto oxidado. Y sin los informes de Márquez, su presencia allí no tenía razón de ser. Se había avanzado, no contaba con los datos suficientes. Movi6 la linterna en busca de un lugar libre de sangre coagulada y fue hasta allí. Se sent6 en el suelo, apoy6 la espalda contra la pared. Cerr6 los ojos.

Se sintió embotado, la mente en una nebulosa.

—Y tú, Lucas, ¿qué demonios pintas en todo esto?

Su cerebro aprovechó para dispararle la siguiente pregunta a bocajarro. «Y tú, ¿qué cojones haces tú aquí?» Apenas dos días atrás estaba en un hotel de Biarritz. Rodeado de luz y vida. Feliz, sin tocar el suelo con los pies. *Abrázame, juntos podemos aislarnos del resto del mundo.* Dejándose llevar por la dulce atracción de ser otro. Alguien capaz de sentir, de vivir. De amar. «¿Por qué regresaste antes de tiempo?» Ahora, en cambio, se hallaba envuelto por la muerte y la oscuridad. «¿Por qué tuviste que huir esta vez?» De nuevo, la sensación de irrealidad lo aplastó como un alud, dejándolo mareado, sin aliento. Vacío.

Golpeó la pared con la parte posterior de la cabeza, una vez, dos veces. A la tercera, abrió los ojos.

—El vacío —dijo, como en trance—. El vacío supremo.

Un chorro de luz cegadora le dio de pleno y levantó un brazo para evitarlo al tiempo que soltaba la linterna y se incorporaba con rapidez mientras se llevaba la mano al arma.

—¿Has sacado alguna impresión útil o no has hecho nada más que ver el partido? —dijo Rebeca.

Sobresaltado, la miró como si contemplara una aparición.

—Sabía que te encontraría aquí a la hora en que más o menos se cometieron los crímenes — dijo ella—. ¿Qué tal la parabólica? ¿Ha funcionado?

—¡La madre que...! ¡Me has dado un susto que te cagas!

—Oye, tampoco tienes por qué ponerte en plan fiera. Solo venía a echarte una mano, jugar en equipo.

—¿Jugar en equipo? ¡Podría haberte disparado!

—Sí, jugar en equipo. ¿Tan difícil te resulta de comprender?

Milo recogió la linterna del suelo y la enfocó.

—Joder, un poco más y me da un infarto.

Rebeca apartó la cara.

—Vale, ya lo he entendido.

Intentó recuperar la línea de sus pensamientos.

—Me has hecho perder el hilo —gruñó, el pulso desbocado.

—Claro, échame a mí la culpa.

—Lo que hago será una gilipollez para ti, pero no lo es para mí. —Desvió la mirada hacia la sala, movió el cuello en todas direcciones. Sintió un súbito mareo y se apoyó en la pared—. Aplico todas mis fuerzas, que a estas horas no son tantas.

—¿Estás bien?

—Dame un minuto.

Trató de recordar en qué pensaba antes de su irrupción.

—¿No tendrás algo de chocolate por ahí? —dijo.

—¿Te sirve una barrita energética? —Rebuscó en sus bolsillos. Extrajo una—. Cereales y miel.

Se la arrancó de la mano y empezó a devorarla mientras volvía a sentarse en el suelo. Respiró hondo. Biarritz. Ser otro. «ESTAS MUERTA». Huir. Noelia. Noe.

—Todo gira alrededor de esa chica —murmuró—. Es la pieza discordante. Nada encaja con ella.

—De acuerdo, era una joven rarita —concedió Mercader. Se sentó a su lado—. Pero Lucas es la clave del asunto. ¿Dónde están las moscas? ¿Se han ido a dormir?

Milo negó suavemente con la cabeza.

—No solo existe lo que ves.

—Joder, estás en las últimas. ¿Eso de ahí es una cucaracha?

—Me refiero a aquello del árbol que cae en el bosque. Si no lo ve nadie, ¿hace ruido?

—Deliras, inspector. Y divagas. Te falta azúcar.

—Y a ti mascar chicle todo el día como un rumiante. Cuando hablamos de algo o de alguien, en realidad estamos hablando de la percepción que tenemos de ello.

—¿Te estás refiriendo a Boada? ¿A qué cojones viene esto?

Milo señaló el sofá.

—Hazme un favor —dijo—. Llama a Márquez para preguntarle si encontró restos de semen en la tapicería. Si lo llamo yo, no me cogerá el teléfono.

—Primero contesta —repuso, arisca.

—¿Cómo puedes estar liada con un tipo que lleva los relojes más espantosos del mercado? Y sí, es una cucaracha.

—Eso es asunto mío y de nadie más.

—Las normas prohíben tener relaciones entre compañeros.

—Tú y yo lo hicimos.

—Eso fue diferente.

—¿Diferente por qué?

—Porque yo jamás te haría daño.

—¡Pero lo hiciste! ¡Me dejaste tirada!

—Yo no tengo esa percepción. ¿Haces la llamada o no?

Rebeca se incorporó de un salto. Caminó hacia el porche mientras establecía comunicación. Regresó minutos después.

—Sí, los encontró. Y también que los rastros de ADN bajo las uñas de Noelia corresponden a dos personas. De paso me ha confirmado que las huellas de pisadas con sangre de su cuarto frente al armario son de sus botas de media caña.

—¿Algo sobre la escena del crimen? —quiso saber Milo.

—Fue manipulada, los indicios de pelea son un montaje. Como las pisadas superpuestas. Aunque las que se dirigen hacia la entrada y bajan los escalones son auténticas.

Milo extrajo la bolsa de pruebas que contenía la colilla. Se la entregó para que se la hiciera llegar a Márquez.

—Es del vecino de enfrente, Manel Vergés. Espiaba a Noe. Si comparan los ADN tal vez hallen una coincidencia.

—¿Crees que estuvo aquí, que está relacionado con los crímenes? —preguntó, estupefacta.

—Un acechador primero es un mirón —dijo Milo. Se levantó muy despacio—. Y luego, en función de su grado de obsesión, puede convertirse en un acosador. Si este es el caso, suelen marcar su territorio, ir a casa de sus víctimas para llevarse algo, algún fetiche. Siempre quieren aquello que no pueden tener.

—Pero según Bonhora, las relaciones sexuales que mantuvo Noelia no fueron forzadas.

—Lo sé, tampoco me cuadra. —Contempló unos segundos las imágenes mudas del televisor—. ¿Márquez encontró alguna cámara oculta por la casa?

—No, pero podría haber instalado un troyano de acción remota en el ordenador de esa chica.

—Que Crespo lo busque. ¿Te ocupas tú? —Ella asintió—. Ese tipo espiaba a Noe, no tengo ninguna duda. Le atraía. No sé si tuvo que ver con los crímenes, pero sí que vio o sabe algo.

—Entonces no abrirá la boca. Se incriminaría a sí mismo —dijo Rebeca. Y añadió—: Como Lucas Torres.

—Ya salió otra vez tu ballena blanca. Escucha, tienes que mantener el equilibrio entre la intuición y la observación. Te estás decantando de modo alarmante por la primera cuando lo tuyo era la segunda. ¿Qué coño te está ocurriendo?

—Lo mismo me pregunto yo. ¿Qué te pasa con ese chico?

—Nada, no me pasa nada. ¿Sigue mudo?

—Como una ostra. Y si no estuvieras tan obcecado...

—Mercader —interrumpió—, ya dejamos claro que Noe no fue utilizada para sonsacarle nada al padre. Una de dos, o fue cómplice o autora. Ella es la pieza clave de toda esta salvajada.

—Te olvidas de un pequeño detalle, Malart. Acabó asesinada, con el rostro desfigurado. ¿Autora? Es ridículo.

—Dos personas, recuerda. Márquez lo acaba de confirmar. Aquí hubo alguien más. No digo que esto descarte a Lucas, solo que debemos ampliar nuestro ángulo de visión. —Fue hasta el televisor, extrajo el USB y lo apagó—. Y luego están los wasaps que Noe envió a Lucas. No tienen sentido. ¿«He perdido el entusiasmo»? ¿«Todo ha terminado. Un beso»? ¿Quién habla así? Son absurdos, ¿no lo ves?

—¿Qué quieres decir?

—Se los envió a las 22.57 y a las 23.03. A esas horas Lucas estaba aquí, ¿o no? ¿Me puedes decir entonces para qué lo hizo?

Rebeca reflexionó unos instantes.

—Si es que los mandó ella —repuso—. Pudo enviarlos él mismo después de asesinarla. Como coartada, para justificar que no se hallaba en la casa. ¿También has olvidado que Lucas le dijo que lo haría? «Ok, lo haré.» ¿Lo quieres más claro?

—Te estás equivocando, subinspectora. No sabemos a qué se refería, pudo ser a cualquier cosa.

—También cabe la posibilidad de que seas tú el equivocado.

Milo alzó las manos en señal de rendición.

—Estoy cansado de discutir contigo —dijo.

Enfiló hacia la salida.

—Inspector —dijo Rebeca. Él se dio la vuelta—. Mi vida privada es mi vida privada, que sea la última vez que te entrometes en mis asuntos sentimentales.

—No me interesan tus sentimientos, no me interesa lo que quieres. Solo te exijo que hagas tu trabajo. —Ella sostuvo su mirada en silencio. Milo apagó la linterna—. Tal vez tú y yo deberíamos tomarnos un descanso como equipo. Boada sería tu compañero perfecto, sois tal para cual.

A continuación, dio media vuelta y abandonó la casa.

Llegó al Casino. Mostró la placa y le permitieron el acceso por una entrada lateral, sin pasar por los tornos. Acto seguido, para no perder el tiempo, se situó ante una de las cámaras Domo y alzó el puño con los dedos índice y meñique desplegados. No tuvo que esperar mucho. Al rato, vio al jefe de seguridad salir por una de las puertas camufladas y dirigirse hacia él con su sempiterna sonrisa de anuncio de dentífrico, bronceado, el paso atlético, camisa blanca y traje a medida azul marino.

—Tú no juegas —dijo Bruno Bachs—. ¿Qué haces por aquí?

—Dímelo tú.

—Vayamos a un lugar más tranquilo. —Bachs señaló una de las barras del fondo y echaron a caminar—. Deportivas, sudadera... ¿No tienes una puñetera americana o unos zapatos? Esto es un casino, aquí la indumentaria es importante. No sé si me conviene que me vean contigo.

Tomaron asiento en unos taburetes altos situados en el extremo, junto a la pared. Bachs hizo un gesto al camarero.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Qué tal es aquí la tortilla de patatas?

—De primera, pero te saldrá por un pico. Decía para beber.

—¿No vas a invitarme, por los viejos tiempos?

Su antiguo compañero pidió dos aguas minerales con gas.

—La mía sin limón ni hielo —dijo Milo.

Cuando el camarero se alejó, Bachs torció el gesto.

—Tú no cambias, ¿eh? No sé cómo te han dejado entrar.

—Una placa abre muchas puertas, ¿ya lo has olvidado? —dijo. Y recitó de carrerilla—: ¿«Habría que eliminar a ese inútil»? ¿«Me gustaría aplastar a esa babosa»? ¿«Te imaginas lo que podríamos hacer si acabáramos con esa plaga»? No me hables de cambios y explícate.

Bachs estiró los puños de la camisa.

—Un juego inocente, para calentar sus motores —dijo—. Esa mujer era un volcán, le ponían este tipo de cosas.

—Su marido, la babosa de tus mensajes, está muerto. Alguien eliminó al inútil, acabó con la plaga. Y de propina, a toda su familia. Cinco víctimas.

—Vi la noticia. ¿Crees que estoy detrás? Patricia solía venir por aquí, pero no para apostar. La calé a la primera. No buscaba ganar dinero, sino emociones. Nos liamos, sí, ¿y qué? No era el

único. Te digo que era un volcán, una mujer insaciable. No tenía espera, aquí mismo nos...

—No quiero saber tus proezas sexuales. Tus mensajes, en cambio, son muy llamativos.

—No jodas, Milo. Sabes que yo nunca sería capaz de hacer algo así. Y además, ¿por qué motivo?

—Se me ocurren un millón de razones, a repartir entre dos. Luego quizá la cosa se desmadró y acabó como acabó.

—¿Me tomas el pelo?

—¿Encontraremos tus huellas por la casa?

Bachs se pasó una mano por el flequillo, luego por la comisura de los labios y a continuación por el cuello de la camisa.

—Es probable —dijo—. Pero antes de que saques conclusiones, déjame decirte que lo que realmente ponía a Patricia era el riesgo. Cosas como escaparse a medianoche de casa o llevar las situaciones al límite, ese tipo de rollos. Eran un aliciente para ella, una forma de disimular lo infeliz que se sentía en su vida familiar, pura descarga de adrenalina.

—Tus huellas.

—Joder, hay una explicación —dijo. El camarero trajo las bebidas, las sirvió con calma y se alejó. Bruno vació medio vaso de un trago—. Su adicción al riesgo iba en aumento y..., bueno, no siempre era fácil negarse. Ya sabes cómo son estas cosas, lo complicado que es pararlas.

—Continúa.

—Lo hicimos un par de veces en su casa, de madrugada, mientras su familia dormía.

—¿Un par de veces?

—Tal vez tres..., o cuatro. Joder, no me dediqué a contarlas.

—¿En el sofá de la sala?

Bachs meneó la cabeza de lado a lado.

—Demasiado aburrido para ella. En la cocina, sobre la mesa del despacho de su marido..., en el jardín. Le iba el asunto de que nos pudieran pillar. Y qué quieres que te diga, me ponía a cien. ¿La has visto antes de...? Quiero decir, a pesar de los cuarenta tacos, tenía un cuerpo diez. Ya no era joven, pero sabía poner en marcha a un hombre mejor que dos de veinte juntas.

Milo dio un sorbo a su vaso mientras aprovechaba para dar un vistazo. Lo asombró lo encopetada que iba la gente por allí, sobre todo los turistas. Ellas, con vestidos largos de todos los tejidos y colores, incluidos dorados y plateados, y ellos con esmóquines y ridículas pajaritas. Tuvo la impresión de que se encontraba en una fiesta de disfraces.

—¿Alguna vez os pillaron? —preguntó.

Bachs sacudió de nuevo la cabeza, esta vez con más energía.

—¿Cómo estás tan seguro?

—De haber ocurrido, hubieran dicho algo, ¿no crees?

Milo pensó en Noelia, siempre a cuestas con su móvil. Silenciosa como un gato. Filmando.

—¿Desde cuándo duraba el asunto?

—Unos meses, medio año. Una cosa así.

—Háblame de Patricia. ¿Te contó algo de su marido?

Bachs le explicó que era una mujer insatisfecha, que hacía mucho que ya no sentía nada por su esposo. Quería a sus hijos, pero ansiaba algo más. Algo para ella, en primera persona. No llevaba bien lo de cumplir años, creía que se le acababa la época de disfrutar de las pocas cosas buenas de la vida.

—Y su marido no le hacía ni puto caso —dijo—, solo le interesaba el dinero. Un pájaro metido en todo tipo de chanchullos. ¿Sabías que fue policía? —Milo asintió—. Muy apegado a su madre, esa vieja gagá, pero un mal tipo. Si quieres un consejo, céntrate en él. Mucho presumir de labores humanitarias en Kosovo y se dedicó a trapichear con medicamentos en el mercado negro, según me dijo Patricia. Un cabrón sin escrúpulos, con más secretos que un banco suizo. Ella lo despreciaba pero, ya ves, tuvieron a Eva. Fue un accidente, un momento de debilidad después de regalarle un collar de perlas. Tampoco era una mujer que se preguntara muchas cosas.

—¿Y qué sabes de su hija, Noelia?

—Una cría de lo más raro, una inadaptada. Había momentos en que Patricia ni la reconocía. Para mí que estaba un poco chalada, ya me entiendes. —Hizo rodar los cubitos en el vaso. Contempló cómo entrechocaban entre sí—. Me fue muy sencillo ponerme en su piel. Los hijos. Crecen, y se vuelven unos desconocidos. Podrían convertirse en unos terroristas en la habitación de al lado y tú serías el último en enterarte. Ya no pintas nada en su vida. Estás a su servicio, pero solo como figura decorativa.

—Pasan etapas.

Asintió, cada vez más encorvado sobre la barra.

—La época de la infancia se desvanece, cuando todo era de verdad, y en el presente ya no existe la jodida alegría espontánea, todo se vuelve extraño, inhóspito, cartón piedra.

—Los niños se hacen mayores. Imitan lo que han visto.

Bachs se encaró de golpe con Milo.

—Tú no tienes hijos, no puedes hablar. Lo que crees que sabes, lo sabes de oídas. Así que cierra la puta boca.

—¿Sabías que Patricia estaba embarazada?

Enarcó las cejas. Acto seguido, esbozó una sonrisa triste.

—A mí no me mires, me hice la vasectomía hará un par de años. Ya estaba bien con haber traído tres hijos a este mundo de mierda. Yo no era su único rollo. —Posó la mirada en algún lugar por encima de su hombro—. Patricia no se merecía acabar así, joder. Era una buena tía. Conectamos, los dos necesitábamos llevar una doble vida. Ambos estábamos igual de perdidos.

Milo dio un último sorbo y bajó del taburete. Bachs lo imitó al cabo de unos segundos. Enfilaron hacia la salida. Los clientes, con sus lentejuelas y trajes negros, se apartaron a su paso.

—No fue fácil ser tu compañero —dijo Bachs. Volvió a estirar los puños de la camisa—. ¿Cómo le va a Mercader contigo?

—A punto de dejar de serlo.

Bachs dejó escapar una risa ronca.

—Macho, acabas con todos. Nadie te soporta. ¿Será esto?

Milo se puso la capucha de la sudadera. Lo complació ver las miradas de desagrado que le dirigieron los clientes.

—Será —dijo.

Aparcó sobre la acera, en ronda Universitat. El viento volvía a soplar con fuerza. Observó una tienda de cafés. A su izquierda, casi desapercibido, se abrió un pasadizo por donde se metió para bajar una angosta escalera que desembocaba en el Milano. Separó los gruesos cortinajes de color granate y accedió al local. Lo sorprendió la agradable animación que había allí dentro. Al fondo, en un pequeño escenario situado a la derecha, un cuarteto de jazz desgranaba las notas de una pieza mientras la gente, desde sus asientos o bien de pie ante las mesas, llevaba el compás entregada al ritmo contagioso. La concurrencia era numerosa, de todas las edades y nacionalidades, y la atmósfera que se respiraba entre la decoración de los sesenta, con la tapicería de terciopelo rojo, le remitió a la bohemia barcelonesa del siglo pasado. Solo faltaban las densas nubes de humo de los cigarrillos para sentirse como si hubiera hecho una regresión en el tiempo.

—¿Barra o mesa? —le preguntó un camarero vestido con chaleco granate, pantalones negros y camisa blanca.

Milo dijo que barra, y lo acompañó hasta uno de los pocos sitios libres que quedaban, un taburete ubicado entre un grupo de mujeres que rondarían los cuarenta y un matrimonio de edad avanzada, vestidos los dos a conjunto, y de origen alemán. El nuevo camarero le entregó una carta por encima del mostrador y le explicó que el precio de la primera consumición era el mismo pidiera lo que pidiese. Sin abrir la carta, Milo pidió agua mineral con gas, sin hielo ni limón.

—¿Está usted seguro? —inquirió el hombre. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la música—. ¿No prefiere una cerveza de marca o una copa? Le costará igual.

—Vichy Catalán estará bien. ¿Tienen tortilla de patatas?

—Solo lo que hay en la carta, señor. Bocadillos calientes y fríos, surtidos de...

—Bocadillo de tortilla de patatas, el pan con tomate.

—Señor, solo lo que hay en la carta —repitió el camarero.

—Y yo le he pedido un... Da igual, solo el agua.

Se aupó en el taburete y trató de ver a los componentes del cuarteto. Demasiadas cabezas. Solo distinguió al trompeta y al contrabajo. Sonaban muy bien, rematadamente bien.

—Son buenos, ¿eh? —dijo una de las mujeres. Milo asintió con expresión de entendido—. Pues ya verás el solo del batería, pone la piel de gallina.

—¿Lo conoces?

—Es un fuera de serie. Nosotras venimos aquí solo por él.

—Walter.

—Adela —dijo ella. Se puso de puntillas y le dio un beso en cada mejilla—. Encantada. Qué casualidad, te llamas igual que el batería. ¿También eres brasileño?

—No, y mi nombre es Milo.

—¿Cómo dices? —preguntó, aproximándose.

—Que son muy buenos.

—¿Verdad que sí? —Sonrió—. Este ritmo se te mete en el cuerpo, los pies van solos. ¿Eres músico?

—Policía.

Se acercó aún más.

—¿Cómo dices? —repitió.

Milo levantó un dedo al tiempo que se incorporaba.

—El solo —dijo.

El baterista se arrancó mientras sus compañeros, salvo el contrabajo, lo dejaron a su aire. La gente permaneció estática, hipnotizada por su improvisación. Lo observó desde la distancia. Treinta y pocos, piel morena, corte de pelo moderno, ojos claros, boca ancha y sensual, sonrisa seductora; atractivo y de movimientos elásticos, lo que se imaginaba. Volvió a sentarse en el taburete, cara a la barra, y vació la botella de agua en el vaso, al margen de la expectación general. A su derecha, el matrimonio alemán seguía el compás con los ojos cerrados, ambos moviendo la cabeza al unísono, como si lo hubieran ensayado. Sujetó el vaso con las manos y se preguntó qué hacía allí, además del ridículo. Oyó a Walter hacer una combinación con los toms, la caja y los platillos, para de súbito seguir solo con el bombo mientras el trompeta se incorporaba seguido por el piano. Poco después, cerraron el tema y el público estalló en aplausos. Alguien de la banda anunció que se tomaban un descanso y la música enlatada los sustituyó, destensando la atmósfera.

Adela se volvió hacia él. Le pegó la boca en la oreja.

—Qué, Walter, ¿tenía razón o no? Tu tocayo es genial.

—Un fuera de serie, sí.

Milo dejó un billete sobre la barra. Sacó el móvil.

—¿Ya te vas? —preguntó ella—. El segundo pase es mejor, esto solo ha sido el calentamiento. Walter va a venir a saludarnos, siempre lo hace. Es muy majo. Si quieres te lo presento.

Walter llegó hasta el grupo de mujeres, toalla al cuello y baquetas en la mano, y las besó una a una en los labios. Se detuvo en Adela una fracción más de tiempo mientras bajaba la mano libre por su espalda y le estrujaba el culo sin disimulo. Al cabo, ella hizo un mohín y señaló a Milo.

—No te lo vas a creer —dijo—, se llama igual que tú. Walter, te presento a Walter. ¿No es increíble?

El baterista exhibió una amplia sonrisa.

—¿Te gusta el jazz?

—Me aburre, la verdad —dijo, distraído. Consultó la pantalla del móvil—. Demasiado sentimental para mí.

Tenía cinco llamadas perdidas y un mensaje de voz. Todo de Sara. Sintió un alfilerazo de alarma. Se dirigió deprisa hacia las escaleras. Activó el buzón de voz. «Milo, soy yo. Siento mucho lo de antes. Yo... yo no quería incomodarte. Solo quería un poco de calor humano, un abrazo, nada más. Lo siento.»

Subió al coche, arrancó y salió disparado. *A lo mejor la solución de Marc no es tan mala*. En la plaza de la Universitat hizo un giro completo en contra dirección y derrapó frente a la tienda de mantas. *Sería bueno descansar*. Abrió el portal con sus llaves. Sara siempre había insistido en que guardara una copia. Por si acaso. *No tengo nada, a nadie*. Entró en el piso como una exhalación y la llamó a voces. No estaba en la sala, tampoco en el baño. La encontró en el dormitorio, en la cama. Los ojos cerrados, la luz de la mesilla encendida. Junto a la lámpara, un blíster de somníferos vacío. La agarró de los hombros y la sacudió. El cuello no sostuvo su cabeza, que se bamboleó adelante y atrás.

—¡Joder, Sara, no me hagas esto! ¡Tú, no!

Llamó a emergencias y luego la cargó hasta la ducha. Dio al grifo de agua fría, se metió dentro con ella. Le introdujo dos dedos en la boca y la hizo vomitar. La mantuvo bajo el chorro hasta que la vio abrir los ojos y parpadear, abotargada. Acto seguido, la sujetó por debajo del brazo y la sacó al pasillo. La hizo caminar arriba y abajo sin parar de hablar con ella, repitiéndole que tenía que resistir, que lo hiciera por él. Sonó el timbre del interfono y la arrastró hasta la cocina. Lo pulsó, y poco después entraron los sanitarios. Mientras la atendían, les explicó que había tomado demasiados somníferos por equivocación. Uno de ellos lo observó con suspicacia. Le mostró la placa.

—El parte dirá ingesta accidental de medicamentos, ¿me ha entendido? Accidental. Es mi cuñada, y solo ha sido un error.

No le soltó la mano durante el trayecto hasta el Clínic. Una vez en Urgencias, le impidieron el paso. Volvió a mostrar sus credenciales, a explicar lo ocurrido. La vio desaparecer en una camilla tras la puerta de batientes. A pesar de la hora, llamó al sargento Crespo y le contó sin rodeos la situación. Le pidió que estuviera atento a la centralita, y que cuando el hospital llamara para que acudiera una unidad, avisara a la patrulla de lo que no tenían que hacer constar en el informe. Si necesitaban alguna aclaración, que se dirigieran a él directamente, no a Sara.

—Ya ha sufrido bastante, no le añadamos más peso.

—No te preocupes, yo me encargo. Todo saldrá bien.

Fue a la sala de espera, las piernas temblando. Ella solo había pretendido aferrarse a algo de carne y hueso en vez de a recuerdos, vacíos y ausencias. *Un poco de calor humano*. «Y tú la has rechazado.» Se dejó caer en una silla. «Ni siquiera has sido capaz de darle un abrazo.» Se dobló hasta apoyar los codos en las rodillas. «Ni un triste abrazo.» Se tapó la cara con las manos.

Miércoles

Amanecía cuando llegó a la Central. Subió en el ascensor con la vista clavada en el suelo y entró en las oficinas del GEHME, casi desiertas. La sargento de guardia levantó la cabeza en su dirección, extrañada de verlo aparecer tan temprano. Por su expresión abatida y somnolienta, decidió guardar silencio y seguir con su trabajo. A hurtadillas, lo observó caminar hasta su mesa, dar media vuelta y dirigirse a la sala de descanso, de donde volvió con una taza grande de café humeante, llena hasta el borde y en precario equilibrio con cada uno de sus pasos. Por fin, lo vio tomar asiento en su silla, extraer varias barritas energéticas que soltó sobre la mesa y alternar bocados y sorbos mientras mantenía la mirada fija en una de las esquinas del tablero.

—¿Una mala noche, inspector Malart?

—¿Hay alguna buena, sargento...?

—Corominas. Laura, si lo prefieres.

Milo apuró la taza con calma. Al cabo, se frotó los ojos y fue hacia ella. Le preguntó si tenía los clips de Noelia Corona.

—Quiero verlos.

Ella se levantó en el acto y se dirigió a la mesa de Crespo. Regresó con un portátil.

—¿En tu mesa o en la mía, inspector?

La contempló por primera vez. Mirada inteligente, pelo corto, rasgos suaves. Algo nerviosa, a juzgar por su veloz pestañeo.

—Mejor en la mía, sargento.

Milo acercó otra silla y ambos se sentaron. Corominas abrió el ordenador y empezó a clicar hasta dar con la pantalla que buscaba. Le preguntó si prefería verlos en su archivo o desde YouTube. Al no contestar, le explicó que la joven tenía una cuenta a su nombre en el sitio web, vinculada a su correo electrónico, a donde subía sus filmaciones, cada una con su título y etiqueta relacionada con el contenido.

—¿Todo el mundo puede verlos?

—Solo los públicos, que son la mayoría. Luego están los ocultos, que solo podían ver las personas a quienes ella enviaba el enlace. Y por último están los privados, los menos numerosos, a los que solo ella tenía acceso. Los encontrarás por categorías.

—Quiero verlos todos, pero de la manera más sencilla.

—Entonces lo mejor será desde su archivo. Son breves, el más corto de unos cinco segundos y el más largo de unos quince. —Empujó el portátil hacia él y luego se levantó a toda prisa—. Si

tienes alguna dificultad, me avisas.

—Sargento —dijo Milo. Acercó la silla al tablero, la mirada en la pantalla—. A pesar de lo que te hayan contado, no muerdo. ¿Sabes cuándo subió el último clip?

—El sábado, a las 20.33 —dijo, ruborizada—. Uno privado. También es el último de su archivo.

Empezó a alejarse.

—¿Y el primero? —dijo Milo.

—Hará cosa de dos años.

—Y no hay forma de ver los que filmó la noche del sábado.

—Sin su móvil, no. Bueno, sin su tarjeta SD. Tenía deshabilitada por defecto la aplicación de la nube. Lo hemos comprobado. De haber tenido un iPhone, sería diferente.

Esperó por si tenía alguna pregunta más. Al no formularle ninguna, dejó escapar el aire y continuó hasta su mesa.

Empezó por los públicos. Al principio eran filmaciones sencillas: el cielo lleno de nubarrones negros, un eclipse de luna, el agujero oscuro de un desagüe, un condón usado en la orilla del mar, un primer plano sostenido de una frase: «Haz lo que quieras». Reconoció la cita, era de *El libro de la Ley*, de Aleister Crowley. Las siguientes mostraban una pelea en la calle entre dos chicas, filmada en un plano cenital, al igual que la de un tipo vomitando sobre la acera y la de una rata corriendo pegada a la pared. Tuvo la impresión de que las había tomado desde una azotea. A continuación, varias donde aparecía ella en primer plano, pero desdibujada: a través de un vidrio, tras una cortina roja, entre las ramas de un arbusto, con la cabeza dentro de una bolsa de plástico. Le llamaron la atención unas cuantas con ciertas aspiraciones artísticas: el teclado de un piano lleno de trozos de cristal y cómo caía una gota de sangre tras otra sobre las teclas de marfil; un dragón de papel clavando los dientes en el cuello de un sant Jordi de cartón; una cucaracha caminando sobre la correa de oro de un reloj de muñeca. Luego fue el turno de una serie protagonizada por los miembros de su familia. Una escena a la mesa, todos comiendo sin cruzar palabra, haciendo mucho ruido al masticar. Le recordó a *Los Simpson*. Su padre arrodillado ante la abuela echada en la cama, junto a la mesilla de noche, de espaldas a la cámara y filmada desde la puerta entreabierta. Un bebé recién nacido dormido en su cuna y, a un palmo de su cabeza, unas tijeras abiertas con un collar de perlas entre las hojas. Su hermano Raúl sentado ante el ordenador, también de espaldas a la cámara, con una de sus manos moviéndose arriba y abajo. Su madre saliendo de noche a escondidas de la casa. Su madre apoyada sobre el fregadero, cerca del cubo de la basura, de pie, con la falda levantada, mientras una figura masculina, con los pantalones por los tobillos, la cogía por la cadera y la embestía atrás y adelante. Su madre, rodeada de sombras, en parecida posición, esta vez doblada sobre la mesa del despacho de su padre. Otra más en el jardín, en esta ocasión con un hombre de menor altura, y otra sentada sobre la cara de un tipo

echado en el suelo de la sala. En ninguna de las últimas se distinguía con claridad el rostro del individuo.

—Joder, Noe —murmuró—, no te perdiste ni una.

Siguió abriendo archivo tras archivo. Primeros planos de máscaras de animales: cerdo, mono, cabra, perro. Luego, un joven desnudo, a juzgar por su anatomía, con una máscara de orangután dando saltos sobre una cama en un cuarto que no reconoció como el de Noelia. Otra escena similar, ahora interpretada por un hombre con una máscara de cerdo, también erecto, pero en vez de pegando brincos, caminando hacia la cámara hasta terminar en un primer plano filmado desde abajo, sobre ella. Una chica desnuda, sentada en el suelo, las piernas separadas, con una máscara de cabra, introduciéndose un objeto oscuro, filmada en un plano medio y desde la misma posición pues aparecían las rodillas de Noelia, una a cada lado de la pantalla. Otra imagen de la chica, ahora en un plano corto, sajiéndose la cara interna del muslo con una navaja de afeitar, la sangre brotando por la herida. La misma navaja, abriendo la piel, la sangre en primer plano. Una cuchilla rasgando el vientre, cerca de unas bragas negras, hasta formar la letra «e» mayúscula. Supuso que a continuación vendría la «ese», la «te» y el resto. Plano fijo final: ESTAS MUERTA. Clicó sobre el aspa del archivo.

Se echó para atrás en el asiento.

—Sargento —dijo—, ¿YouTube permite subir toda clase de vídeos? ¿No hay ningún límite?

—Existen una normas que si son incumplidas pueden acarrear la cancelación de la cuenta —explicó Corominas—. Están prohibidos los vídeos violentos, los sexuales explícitos y los que incitan a cometer actos perjudiciales para la salud.

—Pues esta chica se saltó las tres.

—Inspector, cada minuto se suben unas trescientas horas de vídeos a YouTube, lo que hace una media aproximada de trece millones de horas al mes. Es imposible controlarlos todos.

—La gente tiene demasiado tiempo libre —resopló. Cogió la taza y fue a servirse otro café a la sala de descanso—. ¿Abrir una cuenta supone algún coste?

—Es gratis. —Milo hizo un gesto hacia ella con la taza—. Gracias, pero en un rato termino mi turno y me gustaría dormir un poco. —Caminó hasta él—. Noelia Corona tenía varios miles de suscriptores. Parece que sus vídeos gustaban a la gente.

—¿Los has visto todos? —Ella asintió—. ¿Y qué opinas?

—¿De verdad quieres saberlo o solo es por charlar un rato?

Milo esbozó un asomo de sonrisa.

—Digamos que un poco de cada, mitad y mitad.

Laura se cruzó de brazos. Tardó unos instantes en responder.

—De entrada, indican que esa chica tenía problemas, y problemas serios —dijo—. No contienen ni una sola imagen positiva. Todos son oscuros, agresivos, perversos. Como si no hubiera experimentado nunca un momento cálido o no le valiera la pena reflejarlo. Por su estado de ánimo depresivo, me imagino.

—Continúa —dijo Milo.

—Los definiría como un acercamiento algo pueril al estado límite entre el dolor y el placer, la desesperanza y el consuelo.

—Y aparte de que era diestra, ¿qué más podemos concluir?

—Que aborrecía a su familia, la avergonzaba —contestó, sin dudarlo—. Solo le interesaba ridiculizarlos, mostrar sus bajezas, sus mediocridades. Probablemente como venganza.

—¿Por qué venganza?

—Porque la hacían sentir insignificante, invisible. Ella apenas aparece en los vídeos, una forma de expresar la invisibilidad que sentía. Si a su alrededor solo encontraba indiferencia, ahí podría haber una explicación de su espíritu autodestructivo.

—Bien pensado. Sigue.

—¿Has visto los montajes que hizo para recrear una aniquilación virtual de Barcelona? Son impresionantes.

Milo sintió un escalofrío recorrerle el espinazo.

—¿Qué significarían, según tú?

—Negativismo extremo, pérdida de la realidad, sensación de extrañeza frente al mundo externo... En definitiva, que esa muchacha percibía el entorno como algo irreal.

Apuró la taza y le dio la espalda para volverla a llenar.

—¿Alguna conclusión más?

—Que le gustaba subir a las azoteas, tal vez por sentimiento de superioridad o para escaparse de su mundo reducido y claustrofóbico, quién sabe. Y que para ella el sexo era algo sucio, primario, animal. Si a esto le añadimos lo que veía y oía en su casa, más su desgarrada hipersensibilidad, nos da como resultado que esa chica vivía un auténtico infierno interior.

Milo respiró hondo.

—Sumida en una sensación de irrealidad —dijo.

—Sí, de letargo, como si hubiera estado dormida y todo fuera una pesadilla de la que solo se despertaba para hacer sus filmaciones.

—La vida resumida en una película formada por una sucesión de momentos infelices, negativos o dañinos.

—Por el reflejo de esos momentos, sí. Quizá de ahí viene el nombre que le puso al archivo. *Mimesis*. Imitación de la naturaleza. Humana, en su caso.

Se volvió hacia ella.

—¿Qué te dice la cita de Crowley?

—Nada, lo normal en adolescentes. La ley es lo que yo digo y me cisco en las del sistema. Un clásico de la autoafirmación.

Milo se dirigió hacia su mesa.

—¿A qué hora acabas tu turno?

Corominas echó un vistazo a su reloj, uno de fantasía, con la correa roja y la esfera verde

brillante, según Milo pudo observar, y dijo que en una hora más o menos.

—¿Por qué?

Tomó asiento. Luego, alzó la taza en su dirección.

—Cuando acabe de verlos todos, es probable que necesite de nuevo tu opinión —dijo. Clavó los ojos en la pantalla—. Si te parece bien.

Continuó abriendo y cerrando archivos. Los clips eran cada vez más extraños y retorcidos, sobre todo los de contenido sexual. En uno de ellos se veía a una chica desnuda, con máscara de mono, tumbada en un suelo muy sucio, las piernas separadas, con los tobillos atados a las patas de una estantería, y a un hombre a quien solo se le veía de cintura para abajo vertiéndole un líquido rojo desde los pies hasta los pechos, ella arqueando el cuerpo. Por su forma rechoncha, dedujo que se trataba de Noelia. En el siguiente, y de nuevo con la misma chica con la máscara de mono, la escena era una violación fingida, con ella revolviéndose en el suelo al tiempo que cambiaba los ángulos de filmación desde su perspectiva. Los fue pasando con rapidez. Se detuvo en uno. El escenario volvía a repetirse. Un lugar con poca luz, polvoriento, lleno de bloques de piedra, maquinaria y lo que parecían esculturas a medio hacer. Tiró para atrás y paró la imagen. Podría tratarse de un sótano. Había dos ventanucos en la parte alta de la pared. Tal vez era un taller. Situada en un extremo, sobre un taburete, aparecía el busto de una mujer, de tamaño mediano, esculpido con poca habilidad, los rasgos torpes, mal conseguidos. Activó la imagen. Más sexo. Un hombre frotándose los genitales, ella en el suelo. Reconoció los siguientes. Eran los montajes fotográficos de la destrucción de la ciudad que había mencionado la sargento Corominas. Tuvo que admitir que estaban muy bien logrados. Nervioso, los pasó con celeridad. En una azotea, la cámara acercándose hasta una gaviota muerta; repartidos sobre su cuerpo descompuesto, diamantes de bisutería, el contraste de su brillo con el negro de los bichos. En otro, fruta podrida, encuadrada en un plano fijo. Más clips de fruta podrida. Plátanos, peras, manzanas; el zoom de la cámara aproximándose a los gusanos. De pronto, los clips tenían nuevas protagonistas. Piedras. En primer plano. De todos los tamaños y formas. Algunas, salpicadas de rojo. Después de una veintena, la imagen de una de ellas rodando por una pendiente de tierra que finalizaba en una hondonada. Una y otra vez, hasta contar seis, la misma piedra redondeada caía cuesta abajo. Luego, un primer plano de una inscripción labrada sobre un cuadrante solar. *Vulnerant omnes, ultima necat.* «Todas hieren, la última mata.» Le recorrió una sacudida. Acalorado, pasó al siguiente. Una niña pequeña entrando en un pasadizo ajardinado; parte de un laberinto, intuyó. La imagen se repetía varias veces. Entraba y volvía a entrar. No salía. Se estremeció. A continuación, un joven vestido con tejanos y sudadera, su identidad oculta bajo una máscara de perro, sujetaba una piedra en alto. Hacía el gesto de golpear a la cámara, pero se detenía a pocos centímetros. Varias veces. En el siguiente, la mano de la chica que filmaba se introducía en la bragueta de unos

tejanos. Los últimos, más piedras, más golpes en el aire, más sexo morboso. Milo cerró la carpeta de los clips públicos y se recostó contra el respaldo.

—¿Todo bien, inspector? —preguntó Corominas.

—Todo bien, sargento.

Abrió la de los ocultos. Comprobó que eran menos y respiró con alivio. El primero estaba filmado desde una ventana y enfocaba una casa que reconoció al instante: la del vecino de enfrente, Manel Vergés. Tras las cortinas entreabiertas se vislumbraba una sombra; en primer plano, las rodillas de Noelia, separadas, los pies apoyados en el alféizar. Luego, varios más filmados desde el mismo lugar, ascendiendo poco a poco en una toma subjetiva por sus piernas. En el último de la serie, un primer plano entre sus ingles. El siguiente, la cara de Lucas, serio, una mano interpuesta para impedir la filmación. También protagonizaba la media docena que venían a continuación. No parecía sentirse cómodo en ninguno. Se tapaba el rostro, salía de ángulo, se ponía de espaldas o se agachaba. En uno de ellos se distinguía claramente su expresión severa, rígida, de enfado, y cómo parecía atacar a la cámara, la imagen muy movida. Se le aceleró el pulso. El último era otra escena sexual. Un tipo con máscara de cerdo sobre el cuerpo de Noelia, ya sin ocultar su identidad, rebotando sobre ella, filmado desde abajo, ligeramente de costado.

Cerró la carpeta.

Estiró los brazos hacia el techo para desentumecer la espalda y pensó en tomar otro café. Abrió la de los clips privados, aquellos que únicamente podía ver ella. Eran más de una veintena y decidió terminar de una vez. Se enderezó y clicó sobre el primero. Vacío. Repitió la operación con el siguiente, y lo mismo. Continuó. Todos estaban fundidos en negro. Menos los últimos seis. Su abuela, sentada en una silla frente al televisor, dando cabezadas. El segundo, la pequeña Eva llorando desconsolada en el suelo de la cocina, sola. El tercero, su hermano Raúl, echado en el sofá, contemplando el móvil con expresión confundida. El siguiente, su madre apoyada en el marco de una puerta, la mirada perdida, sin maquillaje, avejentada. A continuación, su padre sentado en el despacho, los brazos sobre el tablero, cabizbajo. Y el último, una imagen de la sala, la mesa del comedor preparada, las seis sillas vacías. Detuvo la imagen.

Se cruzó de brazos y la observó con fijeza. Hasta que la sargento Corominas le llevó otra taza de café.

—¿Te he leído el pensamiento?

La miró sobresaltado, con la sensación de regresar de un lugar muy lejano. De un mundo desapacible y extraño.

Cogió la taza y se la llevó a los labios.

—No sé qué tenía esa chica en la cabeza —dijo ella—, pero es evidente que su grado de infelicidad era profundo.

—Sargento, la felicidad solo es un concepto. Una palabra.

—¿Hablas en serio? —Aguardó su respuesta, en vano—. En fin, a mi juicio, el objetivo de casi todos estos clips es tratar de mostrar su desgarró interior. Es triste en alguien tan joven.

Milo dejó la taza en la mesa.

—Y siendo tan joven —dijo, sin levantar la mirada—, ¿cómo te explicas esa obsesión suya por el paso del tiempo?

—¿Lo dices por la fruta podrida?

—Y por la inscripción en latín. ¿Por qué cojones le preocupaba a una cría de diecisiete años el efecto de las horas?

La sargento Corominas se encogió de hombros.

—Los adolescentes lo quieren todo ya, ahora mismo, no sé —dijo—. No tienen paciencia, disponen de todo el tiempo del mundo y en cambio siempre tienen prisa. Es una paradoja.

—¿Y lo de la piedra rodando cuesta abajo una y otra vez?

—Esta es fácil. El mito de Sísifo y el castigo perpetuo. Fue condenado por los dioses a empujar eternamente una roca colina arriba hasta la cima solo para verla rodar cuesta abajo y vuelta a empezar, así hasta el fin de los tiempos. Un proceso frustrante.

—Y absurdo.

—Esa es la idea, imagino.

—¿Y su fijación por las piedras?

Corominas guardó silencio. Separó los brazos, impotente.

—No se me ocurre nada, tendrás que consultarlo con un profesional. ¿Esa chica no acudía a la consulta de un psicólogo?

—Y ya ves de qué le sirvió.

—¿No crees en los psicólogos?

Milo señaló la pantalla.

—¿Fue el último clip privado que subió a YouTube? —Ella asintió—. ¿A quién envió los enlaces para ver los ocultos?

—A Manel Vergés y Lucas Torres. Y el último de los ocultos, el del hombre con máscara de cerdo cepillándose a Noelia, lo mandó a Lucas. El viernes pasado, de madrugada, a las 3.53.

Milo cerró el archivo, la carpeta y el ordenador.

—Sargento, habla con precisión —dijo. Le entregó el portátil y se incorporó—. Por lo que he visto, podían estar representando perfectamente la escena. Esa chica podía ser todo lo infeliz que quieras, pero también era una manipuladora nata.

Se dirigió hacia los ascensores sin apartar la vista del suelo, rumiando en lo que alguien sería capaz de hacer empujado por la soledad y la desesperanza.

Se dio de bruces contra Crespo y alzó los ojos, confundido.

—Disculpa, no sé dónde tengo la cabeza esta mañana.

—¿Cómo se encuentra Sara?

—Saldrá de esta —dijo—. Han accedido a tenerla en observación un par de días en el

hospital. Veremos.

—Respecto a lo que constará en el informe, que sepas que...

—Toni, no me hace falta saber nada más, confío en ti. —Hizo una pausa, incómodo—. Te debo una.

Crespo apartó el aire con la mano y le dijo que lo olvidara.

—¿Tienes un minuto? —añadió—. Hemos hallado más datos en el iPhone de Lucas Torres. Esa chica lo llamó todas las noches durante la última semana y varias veces, siempre de madrugada.

—¿Toda las noches de la semana pasada? —repitió Milo.

El sargento asintió con gesto grave.

—El abogado de la familia se frotaría las manos con esta información —dijo Milo—. Psicosis por privación del sueño, más viejo que el TBO. Tres días sin dormir y el sujeto se encuentra en un estado similar al de tener 1,5 de alcohol en sangre.

—Con lo cual, no sería responsable de sus actos.

—Si se demuestra —dijo. Aquella era la primera fase del proceso para resquebrajar la voluntad de un ser humano y convertirlo en un pelele manipulable, una forma de lavado de cerebro. La segunda era desestabilizar su autoestima y la tercera, cortar el vínculo emocional primario, la familia—. Él es joven, y no sabemos si estuvo setenta horas seguidas casi sin dormir.

—De acuerdo —concedió Crespo—, pero resulta un hecho llamativo, ¿no te parece?

—Hay muchas cosas llamativas en este caso —dijo—. ¿El iPhone de Lucas tenía habilitada la aplicación de la nube?

—Veo que has hablado con Corominas. No, la había desactivado. Y es una lástima, nos habría ahorrado mucho trabajo.

—¿Algo nuevo de Márquez?

—Ha identificado el narcótico en la comida y bebida.

—Déjame adivinar. ¿Ketamina o GHB?

—Ambos. El asesino se aseguró la sumisión química. Un anestésico de caballos y un sedante. Incapacitación total.

—¿Algo más? —dijo. Dio un paso hacia los ascensores.

—La identidad del joven que tuvo el altercado con Paco Corona. Según el atestado de la Guardia Urbana, se trata de Andrés Castro, alias Andy. Veinticuatro años, con antecedentes por pequeños delitos; aunque menos que su padre, cuya lista es más larga que un día sin pan. ¿Vas a alguna parte, inspector?

—Hoy va a ser un día muy largo y necesito ir a un sitio tranquilo, para respirar en paz y despejarme un poco.

—Hay reunión en la sala de revista en media hora, ¿estarás?

—Sin falta.

Vio que uno de los ascensores se abrió y se coló dentro. Pulsó el botón del sótano 1. Luego, levantó el pulgar hacia Crespo.

—Un acierto el fichaje de Corominas —dijo.

—¿Verdad que sí? ¡Estudió Psicología!

Las puertas se cerraron. Hundió las manos en los bolsillos de la sudadera, clavó la vista en la punta de sus deportivas. Al rato, salió de la cabina y anduvo hasta llegar a la zona de los calabozos. Saludó a los diversos agentes y se detuvo ante el mostrador del sargento de guardia. Le preguntó cuál era la celda de Lucas Torres y añadió que quería verlo. El sargento señaló una pantalla desde donde se monitorizaban de forma simultánea ocho celdas. Dio unos toques con el bolígrafo sobre una de ellas.

—¿Te la abro?

—No es necesario. ¿Alguna dificultad con él?

—No ha causado ningún problema, es un chaval pacífico.

Caminó por los pasillos hasta llegar a su celda. Con un suspiro, se sentó en el suelo, frente a los barrotes azules. Contempló el habitáculo alargado y estrecho, la cama de obra donde Lucas estaba echado sobre el colchón azul marino, en posición fetal y de cara a la pared. Milo dobló las piernas y apoyó los brazos en las rodillas. Dejó escapar un nuevo suspiro, esta vez más sonoro.

El joven levantó la cabeza en su dirección. Se puso las gafas.

—Según tu DNI, te llamas Lucas. Pero intuyo que no te sientes identificado con este nombre. ¿Cuál es el de verdad?

No contestó.

Milo dejó transcurrir un minuto entero.

—Es más fácil dejarse caer que levantarse —dijo, entonces—. Te lo digo por experiencia. Silencio.

Ahogó un bostezo y contó mentalmente hasta treinta.

—En mi caso, me he pasado la vida cayéndome una y otra vez. Sé de lo que hablo, créeme. De nuevo, silencio al otro lado de los barrotes.

Aguardó veinte segundos.

—Esta noche, sin ir más lejos. Una amiga ha intentado suicidarse. Por comportarme con ella como un gilipollas integral.

Más silencio. Contó hasta quince.

—Y a mí también me engañó una mujer. No hace mucho.

Tampoco en esta ocasión el joven rompió su mutismo.

Diez segundos. Entretanto, bostezó de forma ostentosa.

—Por cierto, soy Milo, y esto no es un interrogatorio. Solo me gustaría escuchar si tienes algo que decir.

Silencio. Pero lo vio bajar los pies al suelo. Cinco segundos.

—Y claro, saber cómo quieres que te llame. Imagino que con el nombre que te pusieron tus padres biológicos.

Observó que se abrazaba con fuerza. Sin abrir la boca.

Cuatro segundos.

—Las jaulas de cristal no sirven para nada. Son una estafa. Y antes de que me interrumpas, te diré que a mí no me funcionan para protegerme de los demás. Las he probado todas.

El joven no despegó los labios.

Contó tres segundos.

—Si sabes otra forma, soy todo oídos.

Continuó mudo.

Esperó dos segundos y dijo:

—De acuerdo, como quieras. Despiértame si me oyes roncar. Me he pasado la noche en el hospital y estoy hecho polvo.

Milo recostó la cabeza contra la pared. Cerró los ojos. Estiró las piernas y dejó caer los brazos a los lados. Respiró hondo.

Al rato, notó invadirlo la agradable sensación del sueño.

—Ismael —dijo Lucas—. Pero prefiero que me llames Isma.

SEGUNDA PARTE

Milo se frotó los ojos y se enderezó. Casi lamentaba que el joven hubiera roto por fin su mutismo. Necesitaba dormir, desconectar aunque solo fuera media hora. Lo observó al fondo de la celda, recostado contra la pared. El apósito en la frente, los moretones y arañazos de la cara. Tuvo la impresión de que utilizaba las gafas, grandes y de diseño antiguo, como un parapeto tras el que esconderse.

—¿Eres otro psicólogo? —quiso saber Isma.

—Oye, no te metas conmigo que yo no te he hecho nada.

—¿Entonces un poli?

—Nadie es perfecto.

—No lo pareces. Por tu pinta, no sé.

Malart se rascó la barba de varios días.

—He tenido días mejores. ¿Has desayunado algo?

Isma sacudió la cabeza con desgana.

—No tengo hambre —dijo.

—Ni yo, pero si quieres funcionar hay que echarle combustible al cuerpo de vez en cuando. — Se encogió de hombros—. Y lo que hoy tienes por delante no es moco de pavo.

El joven se agarró las manos con fuerza.

—No soy un monstruo —musitó. Desvió la mirada para evitar el contacto visual—. Es lo que todos creéis, pero no lo soy.

—Mírame, Isma. —Aguardó a que el muchacho se armara del valor suficiente—. A mí no me incluyas en el paquete. Por ahora, de lo único que estoy seguro es de que tienes miedo. Un miedo de tres pares. Lo puedo oler desde aquí.

Estudió su lenguaje corporal, esperando hallar alguna reacción. Hasta el momento, había procurado establecer una comunicación no amenazante, mantener una atmósfera destensada con el objetivo de hacerle sentir cómodo con él, sin presión. Quería entenderlo, no dominarlo, y para ello necesitaba buscar puntos en común, ganar tiempo para que se sintiera escuchado y comprendido. Para su sorpresa, sin embargo, tuvo la sensación de que era Isma quien lo estaba estudiando. Detrás de sus gestos, permanecía agazapado, intentando evitar cualquier respuesta emocional, observándolo como un entomólogo a una rara especie de mosca. Aquello lo dejó descolocado unos instantes.

Al rato, lo oyó bisbisear palabras sin sentido. Desde la distancia le pareció que las recitaba

por orden alfabético.

—Prefiero mi recurso —dijo. Isma se calló de golpe—. Para liberarme de la tensión, yo huyo mentalmente al mar. Me veo en plan virtual flotando en la superficie o nadando por el fondo. Acostumbra a serme útil. ¿Y sabes cuál es la ventaja? Que los demás no se enteran.

Isma se retorció las manos.

—Me he pasado la vida de psicólogo en psicólogo —dijo.

—Te acompaño en el sentimiento.

—He sufrido mucho.

—Como cualquiera, ¿o qué te crees?

—Mi vida empezó a ir mal hace quince años.

—Y la mía hace más de cuarenta, nada más nacer —replicó.

—Entonces sabrás de lo que hablo.

—Perfectamente.

Isma hizo una pausa. Milo intuyó que estaba eligiendo con sumo cuidado la siguiente cuestión del test psicotécnico.

—Sé lo que pretendes —dijo el joven.

—Pues explícamelo porque yo no tengo ni idea.

—Quieres abrir canales de comunicación para que empaticemos, buscando la interacción.

—Eso es exactamente lo que tú estás haciendo conmigo. Y sé para qué.

Isma bajó la cabeza.

—¿Y me ayudarás? —murmuró.

Milo guardó silencio.

—Los monstruos no tienen miedo —añadió Isma. Se levantó de la cama y anduvo hacia él. Agarró los barrotes—. Si puedes oler el mío, esto me descarta para ti.

Ahora fue Milo quien bajó la cabeza. Asintió sin energía. Estaba preparado para algo difícil de entender y se esperaba lo complicado, pero no aquello. El joven estaba imitando su actitud, ya no tenía ninguna duda. Y solo le habían bastado unos minutos para calarlo.

—*Touché* —murmuró.

—Así pues, ¿me ayudarás?

—¿Qué ocurrió poco antes del verano pasado?

Los nudillos de Isma se tornaron blancos, lo que Milo interpretó como señal de contrariedad. Aunque también podía ser de rabia. Se preguntó hacia qué. O hacia quién. Fuera lo que fuese, por fin había vislumbrado una grieta en su coraza de cristal por donde colarse.

—No me acuerdo.

—Ya lo creo que te acuerdas, por eso estamos aquí. —El chico apoyó la frente en los barrotes y Milo vislumbró los puntos de sutura en su sien izquierda—. Todo comenzó entonces.

—Es que yo no sé qué hago aquí —balbuceó—. Te lo juro.

—Los médicos aseguran que no sufres amnesia. Responde.

De improviso, vio apagarse la luz en sus ojos.

—Ellos no saben nada —dijo, el tono inexpresivo.

A continuación, retrocedió hasta la cama y volvió a sentarse en el extremo más alejado. Apretó las rodillas contra el pecho y se abrazó a las piernas.

Milo se levantó.

—Una cosa más antes de irme —dijo—. Ese miedo que sientes. Si es por alguien, a lo mejor puedo echarle una mano.

Silencio.

—Muy bien, como quieras.

Inició la marcha.

Le oyó decir algo y se detuvo. Regresó a la celda.

—¿Cómo has dicho?

—Que no me des como un caso perdido —dijo Isma, con un hilo de voz—. Por favor.

Milo vaciló. Un instante y se rehízo.

—Tenías razón, los monstruos no sienten nada —dijo—. Pero tranquilo, hablo de mí. Desayuna algo. Te recomiendo tortilla de patatas. Si está bien hecha, no hay nada mejor.

Fue directamente a la sala de revista. Vacía. Luego, a la oficina. Ningún inspector en sus mesas. La subinspectora Mercader era la única que estaba allí. Con cara de pocos amigos. Nada más verlo, fue a su encuentro y le preguntó dónde se había metido.

—¿Otra vez ese dichoso perfume? En el baño, descompuesto, la cena. ¿Dónde está todo el mundo?

—Es crema hidratante. Singla ya ha repartido las misiones. Y te aviso, está que trina contigo por el plantón.

—Ya somos dos, que se ponga a la cola. Huele que apesta.

Mercader lo repasó de arriba abajo.

—Veo que vuelves a ser el de siempre. No sé si alegrarme o lamentarlo.

—¿Y tú? ¿Cómo es que todavía estás aquí?

—Te estaba esperando. El jefe nos ha asignado ir a los escolapios de Diputació para entrevistarnos con los compañeros de Lucas y Noelia.

—¿No le has dicho que tú y yo ya no formamos equipo?

—¿Lo dijiste en serio?

Milo la fulminó con la mirada.

—¿Adónde han ido los demás? —quiso saber.

—Sena y Boada al domicilio de los Torres para incautar el ordenador de Lucas y registrar su habitación —explicó—. Y Rojo y Cervera a entrevistarse con Alonso López, el policía ahora jubilado que fue compañero de Paco Corona en el CNP.

—¿Y nadie va a ir a casa de Manel Vergés para registrarla y llevarse su ordenador?

—Rojo y Cervera, cuando terminen. Ya lo han citado allí.

—¿Y qué pasa con ese Andy Castro? ¿Alguien va ir a verlo?

—Lo harán luego Sena y Boada, ¿satisfecho?

—¿Bromeas? Con Boada será perder el tiempo. Espero que por lo menos Sena se haya levantado esta mañana con el pie derecho. —Dio una vuelta sobre sí mismo—. Joder, y a nosotros nos dejan el parvulario, la parte más aburrida.

—Alguien tiene que hablar con los amigos de esos dos.

—No me gusta tratar con gente tan joven —soltó Milo.

—¿Por Marc?

—Porque me hacen sentir viejo, Mercader. Por eso. —Hizo un gesto en dirección al despacho de Singla—. ¿Está el jefe?

—Quien está es la jueza Cabot. Esperándote.

—¿Y no podías habérmelo dicho antes? —dijo. Arrancó hacia allí. Se lo pensó mejor, y regresó—. Escucha, subinspectora, tú puedes encargarte sola de ir al colegio. Yo tengo otras cosas que hacer, como el papeleo. No te lo tomes como algo personal. Al fin y al cabo, tú eres la experta en adolescentes. ¿De acuerdo? Y oye, a media mañana va a venir el inspector de la Nacional que llevó la investigación del asesinato de la familia Torres para hablar con nosotros. No llegues tarde, cuento contigo.

—Vete al infierno, inspector.

La vio alejarse hecha un basilisco. Milo se rascó la cabeza, soltó un suspiro y se encaminó hacia el despacho de Singla. Fiel a su costumbre, entró sin llamar y se derrumbó en una silla.

—Jueza —dijo.

Susana Cabot estaba de espaldas, hablando por el móvil, y pegó un respingo. Se dio la vuelta en el acto. Enrojecida, se llevó el índice a los labios. Por el tono con el que hablaba, dedujo que su interlocutor debía de ser la alcaldesa o alguna otra autoridad dando la bronca con la prisa. Se estiró todo lo que pudo y aguardó con los brazos cruzados, tentado de echar una cabezada.

—¿Se te han pegado las sábanas esta mañana, inspector Malart? —dijo la jueza tras colgar. Guardó el móvil y se encaró con él—. ¿Mucha juerga anoche?

—Ni te la imaginas.

—¿Acaso tengo que recordarte que media ciudad me exige resultados en la investigación y que la otra media me los reclama a gritos?

—No es necesario, señoría. Sé perfectamente cuál es mi obligación. Y cuando dejes de dar voces, te explicaré de dónde vengo. Si quieres, claro está.

Ella apretó los labios.

—Es que me saca de mis casillas que los políticos se piensen que estamos de brazos cruzados —dijo—. Precisamente ellos, que no pegan un palo al agua desde hace meses.

—Disculpas aceptadas.

—No eran disculpas. Y encima, con la filtración de lo de los bosnios, todo esto se ha convertido en terreno abonado para los politiqueos. ¿Has leído la prensa? Lo están utilizando para poner en práctica una especie de «criminopopulismo», maldita sea.

—Era de esperar —dijo Milo.

—En fin, cuenta. De dónde vienes.

—Acabo de hablar con Isma.

—¿Y quién demonios es Isma?

—Lucas Torres. —Le explicó el asunto del nombre en pocas palabras—. He bajado al calabozo y le he entrado por ahí. Ha dado resultado.

—Felicidades. Y aparte de pavonearte de tu intuición, imagino que le habrás sonsacado algo sobre lo sucedido.

Milo se enderezó.

—Mi intención, jueza, era otra. Solo me he interesado en saber cómo se encontraba. Ha sido una primera toma de contacto.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ni por asomo —dijo. Observó sus mechadas rojas y tuvo que hacer un esfuerzo por mirarla a los ojos—. Ese joven está muy dañado y hay que andar con mucho tiento si queremos obtener su testimonio y que no se cierre en banda.

—¡Que le den bien dado a ese joven! Hay cinco muertos sobre la mesa y me importa un bledo cómo esté o deje de estar. ¡Estamos hablando de un posible asesino múltiple! ¿Dónde tenías la cabeza? Se aviene por fin a hablar con alguien... ¿y no le preguntas sobre lo ocurrido? ¡Has desaprovechado una gran ocasión para aclarar las cosas!

—¿De veras?

—Conmigo no utilices ese tono, inspector Malart. Te estoy hablando como jueza.

Se incorporó.

—Entonces no me digas cómo tengo que hacer mi trabajo.

Ella abrió la boca para replicar. La cerró. Echó a andar por el despacho como un león enjaulado.

—Está bien, inspector. Te concederé el beneficio de la duda. No ganamos nada discutiendo entre nosotros.

—En efecto, el conflicto es debilitador —citó Milo.

—¿Cómo dices?

—Que hay que saber cuándo insistir y cuándo desistir.

La jueza Cabot entornó los ojos.

—Como vuelvas a soltar otra frasecita de tus libros de autoayuda te mando al calabozo por desacato —rezongó entre dientes—. ¿Me oyes? No estoy para monsergas, de ningún tipo.

—Mensaje recibido, señoría.

—Por tu bien, eso espero. —Se llevó una mano a la cabeza y se arregló el pelo—. Bien, y

además de saber cómo se encuentra, ¿has obtenido alguna información valiosa sobre él?

—Varias, sí.

—¿Me las explicas o te las tengo que sacar con tenazas?

—Ese chico sabe qué palabras tiene que pronunciar para desencadenar las respuestas emocionales que busca en su interlocutor, dato número uno —dijo—. Dos, controla, maneja, dirige en la dirección que pretende. Tres, se ha pasado la vida estudiando a los demás y juraría que es capaz de imitar la conducta de cualquiera que se le ponga enfrente. Y cuatro, parece alguien que habla y se comporta de manera normal, pero lo observa todo desde fuera, bien protegido detrás de la barrera.

—¿Como un cazador?

—No exactamente. Es lo que me falta por averiguar.

—Por tus palabras, diría que te ha impresionado.

Asintió.

—Esperaba encontrarme a alguien vulnerable, y para lidiar con el *shock* le he ofrecido calor humano y conexión. ¿Y sabes qué me ha devuelto? Trampas y manipulación, precisamente mi estrategia. Ha sido como enfrentarse con un espejo. —Hizo una mueca—. Tengo la impresión de que me ha estado evaluando.

—Es un superviviente, no lo olvides.

—No lo hago.

—Al menos has conectado con él.

—Jueza, me temo que voy a necesitar más tiempo. A lo mejor hay que ampliar el plazo de retención de cuarenta y ocho a setenta y dos horas.

—Los Torres van a poner el grito en el cielo.

—¿Y desde cuándo te arredran los gritos de nadie?

—No me provoques, Milo. No me provoques.

—También voy a necesitar más información sobre ese chico. ¿Sabemos algo de su psicólogo? Podría resultarnos clave.

—Se ha negado a colaborar con nosotros, no hay nada que hacer. Ni siquiera con una orden judicial, el dichoso privilegio entre médico y paciente. —Resopló con enfado—. Hay veces que mandaría la ley a tomar viento, te lo aseguro.

—Entonces tendré que improvisar un plan C.

—¿Y el B?

—Ese nunca funciona, lo he comprobado.

Fue hasta la puerta, agarró el tirador.

—Milo —detuvo la jueza—. Que no salga de este despacho, pero la alerta terrorista ha pasado de 4 a 5.

Apretó las mandíbulas.

—¿Otra amenaza de atentado inminente según Información?

La jueza lo confirmó con un gesto cargado de pesadumbre.

—Me cago en la leche puta —masculló Milo.

—Confiemos en que la desactiven a tiempo, como han venido haciendo con las demás desde el pasado 5 de agosto.

—¿Qué cojones tendrá en la cabeza esa gente?

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Sé que no sirve para nada en estos casos, pero tú hazlo. Parabólica, ojos en la nuca y sexto sentido activado, ¿entendido? Todo el *pack*.

—A la orden, señorita. —Hizo una pausa—. Hablando de tener cuidado, ¿vas en serio con ese músico brasileño?

Aparcó en el campus de la universidad de Bellaterra y preguntó por el edificio de Biología Ambiental. Se perdió un par de veces hasta dar con él. Luego, fue a secretaría para saber dónde podría encontrar a Elsa Torres. Le dijeron que a esas horas, y debido al cambio de clase, lo más probable es que estuviera en el bar. Sonrió, recordando su época universitaria. Los tiempos cambiaban, pero no las costumbres. En el amplio local, fue de grupo en grupo preguntando por ella hasta que una joven de aspecto agradable, ojos claros y expresión transparente, se volvió hacia él.

—Yo soy Elsa Torres —dijo.

Milo se presentó, al tiempo que le mostraba la placa, y le contó el motivo de su visita. Ella se mostró reticente al principio, pero accedió al considerar que su testimonio podría ayudar a su hermano. Fueron hasta una de las mesas del fondo y tomaron asiento. Milo comenzó con preguntas generales, para romper el hielo. Pero ella prefirió ir directa al grano.

—No entiendo cómo alguien puede pensar que Isma es capaz de haber hecho algo así —dijo—. Es el muchacho más dulce que conozco, un trozo de pan.

—Estaba en la casa —repuso Milo.

—Tiene que haber una explicación.

—Es lo que trato de averiguar.

Elsa se apartó el cabello rubio por detrás de la oreja.

—La vida de Isma no ha sido fácil —explicó—, lo ha pasado bastante mal. Es muy retraído, le cuesta mucho abrirse a la gente. Pero tiene un gran corazón, es incapaz de matar a una mosca. Podría ponerte un montón de ejemplos.

—Dime uno.

—En el colegio, en cualquiera de la media docena en los que ha estado. Siempre lo han sometido a *bullying*. ¿Y cuál ha sido su reacción? No resistirse, no enfrentarse, no dejarse invadir por la ira. ¿Esto es lo que haría alguien violento? En absoluto. Yo me hubiera revuelto contra los abusones, ¿tú no? —Milo sostuvo su mirada en silencio—. Es que este tema me pone negra.

¿Sabes qué se encontró un día en uno de esos colegios al entrar en clase? Alguien había escrito en la pizarra: «Suicídase, Torres». ¿Te lo puedes creer?

—Es la pulsión sádica que tenemos los seres humanos, nos guste reconocerlo o no.

—Pues a mí que me borren de la especie —declaró Elsa—. Jamás podría formar parte de algo tan..., tan cruel.

—Imagino que el profesor intervino.

—¿El profesor? ¿Sabes qué hizo el maldito profesor? Lo ignoró, ni siquiera lo borró. Dio la clase con la frase allí delante de todos y luego le quitaron importancia. «Son cosas de niños», dijeron. ¡Se convirtieron en cómplices de los agresores! Y mi hermano se quedó solo, sin amigos. Sufrió anorexia y bulimia, y padeció numerosas migrañas. Estuvo ingresado unos días en el hospital del Mar, se estancó en los estudios, repitió curso. Pero en ningún momento respondió con violencia, ¿me entiendes? —dijo—. Demandamos al colegio y buscamos otro, por supuesto. Cosas así son despreciables, no me explico cómo pueden suceder en nuestra sociedad supuestamente civilizada. Es lo del infierno, los otros y los lobos.

—Sí, Hobbes y Sartre de la mano.

—El acoso pasa, pero el dolor queda y determina la vida, dicen los entendidos. Pobre Isma. Los miserables que abusan de sus semejantes lo perciben como la víctima ideal y entonces van en manada a por él. Como hienas.

—Y dices que le ocurrió en otras ocasiones.

—Durante toda su vida. Pero no podíamos estar siempre protegiéndolo. Uno de sus psicólogos nos advirtió, al comienzo, que la sobreprotección no era la solución; que al contrario, que lo perjudicaba al restarle autoestima y disminuir sus recursos individuales de defensa ante el entorno.

—Diría que estaban en lo cierto —comentó Milo.

Elsa desvió la mirada hacia una ventana. Sacudió la cabeza muy despacio, como si no lograra acabar de creérselo.

Milo aguardó. Instantes después, ella volvió a mirarlo.

—No es justo para Isma —dijo—. Nada de lo que ha vivido ha sido justo para él. Me da mucha lástima. Te aseguro que es un pedazo de pan. Y cuando logras que se abra, es un chico muy cálido, todo bondad.

—Veo que tú lo conseguiste, que se abriera, me refiero.

Ella se encogió de hombros.

—Es mi hermano pequeño, lo quiero —dijo, con sencillez—. Sabes que mis padres lo adoptaron, ¿verdad? —Milo asintió—. Cuando aterrizó en nuestra familia yo tenía cuatro o cinco años, Isma unos tres, y mi reacción fue cuidarlo, ¿qué querías que hiciera? Era mi primito, ya lo conocía, me caía bien. Pero no creas que me puso las cosas fáciles. Era tan callado, tan tímido, tan poquita cosa. —Sonrió con ternura—. Poco a poco me gané su confianza y luego me seguía a

todas partes, como un perrito, imitándome. Te seré sincera, me llevo mejor con él que con mi hermano Jordi, ese tiburón insolidario.

—Veo que lo llamas Isma.

—Sí, soy la única de la familia, y tampoco entiendo esto. Si es así como quiere que lo llamen, ¿por qué no complacerlo? ¡Es su deseo! Desde hace unos años, se lo habrá pedido a mis padres y a mi hermano más de un millón de veces, pero nada, ellos ni caso. Siguen llamándolo Lucas y...

—¿Desde hace unos años?

Elsa estiró el cuello.

—¿He dicho algo que no debía?

—Al contrario, continúa.

Ella se recostó contra el respaldo.

—¿De verdad esto sirve para algo?

—Te lo aseguro, Elsa. Me ayudas a ver a un Isma que hasta ahora no había visto. Sigue, ¿qué pasó hace unos años para que os empezara a pedir que lo llamarais por otro nombre?

—El capullo de Jordi —soltó—. No se le ocurrió otra cosa que contarle lo que le había sucedido a su familia natural. Para mí que tuvo un arranque de celos y por eso le dijo que lo habían adoptado, no sé. O la típica pelea entre hermanos, para cabrearlo. Una cosa llevó a la otra, y terminó explicándole la tragedia. Ya te puedes imaginar cómo se quedó el pobre Isma. Se llevan bien, pero Jordi tiene estas cosas.

—¿Te acuerdas de cuándo fue más o menos?

—Hará tres o cuatro años, Isma debía de tener unos catorce.

—¿Y no sabía lo ocurrido hasta ese momento?

Ella negó con un movimiento seco.

—Yo también lo ignoraba. Supongo que Jordi debió de enterarse por casualidad, escuchando alguna conversación privada. Y tampoco se lo explicó el psicólogo que lo trataba en aquella época. Me figuro que habría pactado con mis padres contárselo cuando fuera más mayor, con la cabeza más amueblada, para que pudiera asimilar mejor el impacto. Sea como sea, es lo que te decía antes. Yo le habría partido la cara a Jordi como mínimo. Si Isma fuera un chico violento, hubiera saltado contra él como una fiera, ¿no crees?

—¿Y cómo encajó la noticia?

—Fatal, claro. De golpe, todo su mundo se vino abajo. Mis padres siempre habían procurado que llevara una vida normal, y creían haberlo conseguido cuando el bocazas de Jordi tuvo que estropearlo todo antes de tiempo. —Entristecida, agregó—: Isma se obsesionó desde entonces. Sobre todo, la cuestión de por qué sobrevivió. Es algo que lo tiene torturado, como una herida emocional abierta e imposible de cicatrizar. ¿Entiendes ahora por qué digo que la vida de Isma no ha sido fácil?

Milo asintió. Comprendía a la perfección lo que suponía acarrear un pasado oscuro, arrastrarlo como un condenado una losa, con los interrogantes sin despejar, marcado de por vida con un

estigma caído del cielo solo para aplastarlo cada día. El maldito pasado que siempre se empeñaba en regresar. Por supuesto que lo comprendía. El dolor no desaparecía nunca. Solo se escondía. Bastaba un mínimo detonante, y todo volvía a resurgir.

—Por eso lo llamo Isma —dijo Elsa—. Porque sé que para él es algo muy importante. Es el nombre que le pusieron sus padres, no los míos. Sus padres de verdad.

—No da igual un nombre que otro —murmuró Milo.

—No, no da igual. Pero mi familia no lo entiende.

Dos estudiantes los interrumpieron para avisar a Elsa de que la clase iba a dar comienzo. Ella les dijo que fueran tirando, que iría en unos minutos. Cuando se alejaron, la joven se incorporó.

—Lo siento, tengo que marcharme.

—Te acompaño —dijo Milo. Ambos cruzaron el bar, que empezaba a vaciarse—. Supongo que te convertiste en su confidente. ¿Te contó algo de una chica, una tal Noelia?

Elsa dejó escapar un bufido.

—Ni me hables de ella —dijo—. Mira que es mala pata, hacerse amigo de una tía rara que filmaba clips y fantaseaba con la muerte. ¿Los has visto en YouTube? Son horribles, perturbadores, espantosos. No se debe hablar mal de los muertos, pero para mí que esa chica estaba desequilibrada.

—¿Sabes cómo la conoció?

—En el colegio, dónde si no.

Milo se detuvo de golpe y ella hizo otro tanto. Aquello no le cuadraba. Según Manel Vergés, Isma había estado en la calle Julià antes del verano. Y el curso comenzaba en septiembre.

—¿Estás segura?

—Claro, fue en los escolapios donde se vieron por primera vez. Según me contó Isma, conectaron enseguida, como si se conocieran de toda la vida.

—¿Crees que se trató de amistad, de un rollo?

—No, no, para mí que aún no se ha estrenado —dijo. Ruborizada, se abrazó a los libros que sujetaba contra el pecho—. No sé si hago bien al responder a eso, son cosas privadas.

—Elsa, todo puede ser útil. —Arrancaron a caminar—. ¿Entonces algo más intenso, más sentimental, como un flechazo?

—Pues no sé. Diría que no a ese nivel, más bien como dos almas gemelas. Con ella se sintió comprendido, este tipo de cosas. Aunque solo es una impresión mía. Si Isma hubiera sido más sociable, en vez de tan torpe a la hora de relacionarse con los demás, podría haber aspirado a algo mejor.

Recorrieron un ancho y largo pasillo.

—No tienes muy buena opinión de esa chica.

—A lo mejor estoy siendo injusta, lo sé. —Volvió a detenerse—. Al principio me alegré por Isma. Sin amigos ni amigas, se pasaba todo el día encerrado en su cuarto con el ordenador,

apartado del mundo. Entonces la conoció y las cosas cambiaron. Empezó a salir, a conocer a otra gente, a pasar mucho tiempo fuera de casa. Se lo veía distinto, más vivo.

—O sea que conocerla fue algo positivo para él.

Reemprendieron la marcha.

—No lo sé, ya te digo. Pero últimamente se lo veía más ensimismado, irritable. Me dijo que dormía mal, que tenía pesadillas. Y volvió a poner en práctica esa costumbre suya tan odiosa de recitar palabras por orden alfabético, lo mismo que hacía antaño cuando sufría ataques de ansiedad o de pánico. Un método para no pensar en lo que le angustiaba o estresaba. Dinámica de sustitución. Se lo enseñó su psicólogo tras sufrir otro episodio de *bullying*, cuando se le paralizó la cara y casi no podía ni hablar. —Doblaron por otro pasillo, más estrecho—. Para mí, esto significa que no era feliz, que volvía a las andadas.

—Tal vez solo había discutido con esa chica. ¿Sabes si tomaba drogas, alcohol?

Elsa se detuvo ante un aula. Cabeceó.

—Creo que no voy a responder a esa pregunta. —Señaló la clase—. Lo siento, pero tengo que entrar.

Milo rebuscó en sus bolsillos en busca de una tarjeta.

—Soy un desastre —dijo, al no hallar ninguna—. ¿Te importaría apuntarte mi número de teléfono? Por si se te ocurre alguna cosa más que nos pueda ayudar.

Elsa esbozó media sonrisa al tiempo que asentía. Milo se lo dictó y ella lo anotó en la cubierta de uno de sus libros.

—Solo un par de cuestiones más. ¿Sabes si algún amigo le presta un piso o algo por el estilo?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Antes has dicho que te imitaba. ¿A qué te referías?

Elsa adoptó una expresión de nostalgia al recordarlo.

—Era muy gracioso —dijo—. Quería pasar desapercibido..., y era tan reservado, tan poco hablador. Por eso creo que lo hacía. Porque le faltaba seguridad en sí mismo. Se pasaba el día observándome y luego mimetizaba mis gestos, hasta los más tontos y femeninos. Incluso mi voz. Resultaba chocante, ya me entiendes. Y no solo me imitaba a mí, también a los demás.

—¿Y qué opinó el psicólogo al respecto?

—Nada, que era un comportamiento normal. Para adquirir confianza. Es lo que hacen los niños, imitar a los mayores.

—¿Y tienes idea de por qué guarda silencio ahora? Si no tuvo nada que ver, lo lógico sería que nos contara lo que ocurrió.

Ella sostuvo su mirada sin pestañear, la expresión seria.

—Sé que es inocente —dijo—. Lo conozco.

—Elsa, no me has respondido.

—Tendrá sus motivos. —Sus ojos empezaron a brillar. Se esforzó por contenerse—. ¿Puedo ir a visitarlo?

—Hasta que no hable con nosotros, me temo que no será posible. Órdenes del juez.

—Mis padres están destrozados. Todo esto es un enorme malentendido —dijo, la voz temblorosa—. Tenéis que acabar con esta pesadilla. No es justo para mi hermano.

De súbito, dio media vuelta y entró en el aula.

Milo observó cómo se cerraba la puerta.

Pensativo, se dijo que el chico que le había descrito Elsa, probablemente la persona que mejor lo conocía, no acababa de coincidir con el perfil que más o menos tenía de Isma en la cabeza. Una de dos, concluyó, o ella vivía engañada, o él se había equivocado en alguna parte.

Regresó por los túneles de Vallvidrera. Bajó por Capità Arenas pero, en vez de torcer a la izquierda al llegar a Diagonal, dobló por la derecha. Antes de ir a comisaría, pensó en llevar a cabo otra gestión. Para matar dos pájaros de un tiro. Aunque maldita la gracia que le hacía.

Aparcó en la calle, sobre la acera, y mostró la placa al vigilante de la cabina para entrar en el Real Club de Polo de Barcelona, uno de los lugares más exclusivos de la ciudad. Una vez en el recinto, ascendió por la zona ajardinada en dirección a la sede social. A su derecha, multitud de pistas de pádel, la mayoría ocupadas a pesar del viento; a su izquierda, las de tenis, también llenas de jugadores, algunos tomando clases. Al fondo, los campos de hockey sobre hierba; y más allá, las cuerdas y la zona de equitación. Envidió la suerte de algunos. Jugar a esas horas al aire libre, lejos de la oscuridad, era un privilegio que estaba fuera de su alcance. Como de la mayoría de la gente.

Llegó a una de las terrazas y echó un vistazo. Ni rastro. Entró en el club y recorrió varias salas. Por fin, lo descubrió en una de ellas, acomodado en un butacón de piel, leyendo la prensa. A su lado, sobre una mesilla baja, reposaba un móvil y una taza medio llena de café con leche.

Tomó asiento enfrente, en un Chester color borgoña.

—Estar jubilado es un chollo —dijo.

Elías Margarit bajó levemente el periódico, lo miró por encima de sus gafas para ver de cerca y volvió a subirlo.

—Nadie te ha invitado a sentarte.

—Te veo bien —repuso Milo—, mucho más viejo.

Elías pasó una página de *La Vanguardia* con furia.

—Tendré que hablar con Seguridad —dijo—. Aquí no deberían dejar entrar a cualquiera.

—Opino lo mismo. Es indecente que un tipo como yo ensucie vuestros salones de lujo. La virgen, es imperdonable.

Margarit repitió la operación, ahora con más fuerza.

—Calma o te lesionarás la muñeca —dijo Milo.

—Estás enfadando a gente importante. Ándate con ojo.

—Es uno de mis talentos.

Un camarero le preguntó si el señor deseaba tomar algo.

—El señor no es un señor y no tomará nada —contestó Elías—. Se va ahora mismo.

—¿Qué tal es aquí la tortilla de patatas? —dijo Milo.

—¿Señor?

—Da igual, déjelo estar.

Mientras el camarero se marchaba, Elías Margarit volvió a sumergirse en la lectura del periódico.

—¿Controlando la rentabilidad de tus fondos buitres? —No obtuvo respuesta—. ¿Ya has cambiado la localización de tus negocios para evitar riesgos con lo de la independencia unilateral? —Oyó una profunda respiración de enfado al otro lado—. Por lo menos estarás contento; según he leído en la prensa, ya no te van a sangrar más con el tres por ciento.

—Ahora se habla de un cinco por ciento —dijo Elías, malhumorado.

—Minucias, podría ser peor.

Su suegro cerró *La Vanguardia*, la dobló y luego la soltó con rabia sobre la mesilla baja. Se encaró con él.

—A qué has venido, maldita sea.

—Tranquilo, no te sulfures. Tengo prisa, así que solo te entretendré unos minutos.

—Yo no quiero hablar contigo, ni aquí ni en ninguna parte. No tengo por qué hacerlo. Ya eres historia.

—Tu hija y yo solo estamos separados. La estoy llamando y no me coge el teléfono. ¿Irene está bien, le ha pasado algo?

—Está fantástica, rehaciendo su vida. No la molestes más.

—Tengo noticias para ella, noticias buenas. Cuando la veas, dile que me llame. O mejor, que deje de hacerse la interesante y responda a mis llamadas de una puta vez.

—No soy tu mensajero. ¿Alguna cosa más?

—Los Torres, háblame de los hermanos Torres.

—¿Los Torres? —dijo—. ¿Qué Torres?

—Los del puerto. Ignacio y Antonio. Contecat.

—¿Los Mossos no tenéis bases de datos o qué?

—Precisamente. Quiero saber lo que no consta en dichas bases. Lo que se dice por ahí, en los círculos privados.

Elías se recostó contra el respaldo y entornó la mirada.

—¿Y por qué te interesan ahora? —Milo permaneció impassible. Su suegro tamborileó con los dedos sobre un brazo del butacón, sopesando pros y contras—. ¿Y qué gano yo a cambio?

—Perderme de vista una temporada.

—¿Cuánto tiempo?

—El que te dé la gana.

—No es un mal trato.

—¿Lo sueltas ya o vas a seguir mareando la perdiz?

Elías alcanzó la taza y apuró el café con leche. Luego, movió lentamente la cabeza, recordando.

—Ignacio era el bueno, un genio para los negocios —dijo—. Tenía olfato, verdadero talento.

Montó una estructura empresarial digna de ser estudiada en todas las escuelas de economía. Pero era un desastre con las inversiones en bolsa. Acumuló muchas pérdidas, lo que le provocó sufrir constantes depresiones, y una cosa llevó a la otra. Pobre Ignacio, no se merecía acabar así.

—¿Y su hermano Antonio?

—Un hombre de una codicia sin límites, el mayor de los dos. No es muy respetado en los ambientes económicos de la ciudad.

—¿Y eso?

—Se lo considera un arribista.

—¿Después de tantos años?

—Vivimos en un mundo cruel —ironizó.

—Continúa.

—Es un hombre sin cultura ni educación, alguien poco cultivado. ¿Has visto a su mujer? Es quince años menor que él, la luce como si fuera un trofeo —dijo, con desdén—. Como todos los tipos ordinarios, necesita ostentar. Es de los que te dicen el precio de las cosas que han comprado.

—Pero sigue siendo alguien de peso en el puerto.

—Un poder que logró su hermano Ignacio —repuso Elías—. Por eso se le permite acudir a las reuniones y fiestas sin hacerle el vacío. Sin embargo, hay que concederle que pese a sus limitaciones, y para sorpresa general, Antonio lo ha logrado mantener. —Hizo una mueca cargada de desprecio y agregó—: Aunque ya se sabe, en los negocios, si no creces, estás condenado a desaparecer, lo que ocurrirá más tarde o más temprano.

—Está su hijo Jordi.

—Otro que tal. A pesar de toda su preparación, es tan patán como su padre. Eso sí, hay que reconocerle que sería capaz de vender su alma al diablo con tal de lograr sus objetivos. —Meditó un par de segundos—. Quién sabe, a lo mejor él sí lo acaba consiguiendo.

—¿Algo sobre su esposa Sonia?

—No se le conocen líos, entregada a sus hijos, a las obras sociales. Sabe cuál es su papel y lo cumple a la perfección. Lo suyo son las apariencias, para ganar respetabilidad. No se pierde una inauguración, es una habitual. La esposa perfecta.

—¿Y eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Creo que he salido perdiendo con el trato, que me has estafado. Como siempre.

Elías exhibió una amplia sonrisa.

—No deberías hacer negocios conmigo —dijo.

—¿Qué sabes de su hija Elsa?

—Una ingenua preocupada por cuestiones de justicia social y todas esas sandeces. Un cero a la izquierda para la vida empresarial, sin ningún talento comercial. No cuenta para nada.

—¿Y Lucas? Tengo entendido que toma clases de tenis aquí.

—Solo se lo vio los dos primeros días —dijo. Chasqueó la lengua—. Demasiados problemas

en la cabeza, un tarado. Y me da lástima, pero por Ignacio. Va a dilapidar toda la fortuna que su padre amasó con tanto esfuerzo. Un auténtico desperdicio. Solo en cuadros, la herencia suma una cifra muy respetable.

—¿Estás al corriente?

—¿Hay algo de lo que no esté al corriente? —se jactó—. El patrimonio quedó en fideicomiso, administrado por su hermano Antonio. Y al ser el único heredero con vida de la familia, todo va a ir a parar a manos de un chico que ni siquiera te aguanta la mirada cuando le hablas. La vida no es justa.

Milo puso cara de perplejidad.

—Hablas de lástima, de justicia... ¿Te estás ablandando con la edad? ¿Tú? ¿Uno de los cuatrocientos?

Elías se irguió en la butaca.

—Tengo sentimientos, y ojos. Voy a decirte una cosa.

—¿Sobre los Torres?

—Sobre ti.

—Otro día. —Se levantó—. No llevo el chaleco antibalas.

—¡Siéntate y escucha! —dijo Margarit—. Has venido a hablar conmigo, así que vamos a hablar quieras o no quieras.

Milo permaneció de pie. Pero prestó atención.

—Has errado la carrera. Un hombre como tú, con el título de abogado en el bolsillo, podría haber hecho algo mejor con su vida que limitarse a limpiar la basura de las calles.

—¿Como por ejemplo?

—Trabajar conmigo.

—Trabajar para ti, te refieres.

—Mi hija se merecía algo más.

—No te diré que no.

—Me rechazaste.

—No sabes cuánto lo siento.

—Y ahora mírate. Solo, sin hijos, sin una mujer al lado. Con un sueldo ridículo cuando podrías estar al frente de todos mis negocios cobrando cien veces más, mil veces más.

—¿Ya sabe Irene que no confías en ella para dirigirlo todo?

—Ella no sirve para esto, no tiene lo necesario. En cambio, tú tenías fuerza, determinación... Estabas a mi altura.

—¿Lo dices en pasado?

—Has cambiado. Hoy ya no crees ni en ti mismo. Yo a mi edad te doy veinte vueltas. Me quedan tres telediarios, pero ahora no me llegas ni a la suela de los zapatos. Eres un fracasado, no tienes nada. No vales nada.

Milo guardó silencio.

—A mí no me engañas —prosiguió Elías. Se desplazó hasta sentarse en el borde y lo señaló—. Por no tener, ni siquiera tienes una razón para levantarte por las mañanas. Porque no tienes hijos, familia. Un hijo te obliga a vivir, te ata a la vida. Sin uno, pronto te darás cuenta de que no vale la pena salir de la cama. —Se incorporó—. Jamás te lo perdonaré, ¿me oyes? Jamás.

—¿Que te rechazara?

—Que no me dieras un nieto, un heredero. ¡Un futuro!

Milo tensó los músculos.

—A lo mejor te sorprende un día de estos —murmuró.

—A otro con ese cuento —dijo. Avanzó hasta él—. Sé lo de tus temores con el gen familiar, me lo contó Irene. Nunca correrás ese riesgo, eres un cobarde. ¿Qué te queda? Yo te lo diré. —Se aproximó hasta situarse a un palmo de su rostro—. Nada, no te queda nada. Tu trabajo de mierda no es suficiente. Estás acabado. Solo es cuestión de tiempo. Tuviste tu oportunidad con mi hija y la desperdiciaste. No volverá a pasar ese tren.

Milo se sintió tentado de replicar. Se lo pensó dos veces.

—¿Nadie te ha dicho que tu aliento huele a gas butano?

—Me habrás robado el futuro, pero tú te has quedado sin presente. Eres un cobarde, un cobarde miserable. Acabarás mal.

—Dime algo que no sepa.

Ambos se sostuvieron la mirada en silencio, con rencor.

—Estás solo. ¡Siempre estarás solo! ¡Solo!

—Dile a Irene que me coja el teléfono. —Dio media vuelta—. Te dejo con tus fondos, buitres.

—¡Has perdido el tren! —gritó—. ¡Todos los trenes!

Una manifestación cortaba el tráfico de la Diagonal, esta vez protagonizada por los unionistas, quienes ondeaban banderas españolas y europeas y gritaban consignas en contra de la independencia. Milo creyó oír el estruendo de un galope a su espalda y miró por el retrovisor. Una cincuentena de caballos cruzaba la avenida en dirección a la montaña, espantados por el griterío, los cascos resonando en el asfalto. Se dobló hasta apoyar la cabeza en el volante y cerró los ojos. *Acabarás mal*. No podía dar marcha atrás y cambiar las decisiones que tomó en su día. *Siempre estarás solo*. Procuró dejar la mente en blanco, no darle más vueltas. Lo último que le convenía era echar más sal en la herida. Se concentró en el azul cristalino. Buceó hasta el fondo, con las notas a piano de la *Chacona* como único sonido. Ingrávido, contempló los brillos del sol rebotar contra las escamas de los peces que nadaban a su lado. La paz, el sosiego. Se dejó mecer al capricho de los vaivenes. Unos bocinazos lo devolvieron a la realidad. Abrió los ojos. Los coches empezaban a desfilar. Puso primera y dio gas todavía bajo la agradable sensación de encontrarse en un mundo donde los demás no tenían cabida.

Sonó el móvil. No hizo ademán de cogerlo.

—Llego tarde, lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

Maniobró para esquivar una moto y torció por la primera calle para salir de la Diagonal. El móvil enmudeció. Condujo a trompicones, llegó al parking de la comisaría y aparcó en el primer sitio que vio. Aguardó unos minutos antes de bajar del coche, el tiempo justo para sacarse de encima los restos de sal.

Entró en las oficinas del GEHME con un agudo dolor taladrándole la cabeza. El sargento Crespo fue a su encuentro.

—Inspector, Fermín Barreda te aguarda en la sala 2, acompañado por Mercader.

—¿Fermín Barreda?

—El inspector del CNP que llevó el caso del asesinato de los Torres hace quince años —dijo—. Y también ha venido Marcela Cuadrado preguntando por ti, la madre de la víctima del...

—Del caso Gotha, sí. Toni, mataría por una aspirina. ¿No tendrás una por ahí?

—En mi mesa —dijo. Milo fue con él—. Le he dicho que no estabas pero ha insistido en hablar contigo. —Abrió un cajón, extrajo una pastilla del blíster y se la dio—. La he hecho pasar a la sala 1 y allí está esperándote desde hace un par de horas.

Milo se la tragó y luego, sin previo aviso, le dio un abrazo, uno de los largos. Extrañado, sin saber cómo reaccionar, Crespo le palmeó la espalda con cierto embarazo.

—¿Pasa algo, inspector?

Lo soltó al tiempo que negaba con un gesto, cohibido.

—Dile a Mercader que voy en unos minutos. —Dio media vuelta. Se detuvo—. Otro favor, Toni. Si ves que la cosa se alarga, ven a rescatarme.

—¿Seguro que estás bien?

—Como nuevo, Toni. Para estrenar.

Se alejó camino de la sala 1. La señora Cuadrado se levantó de golpe al verlo entrar y balbuceó unas disculpas que Milo se apresuró a atajar. Acto seguido, le preguntó si le apetecía beber algo, un café, un agua. Ella negó con una blanda sacudida mientras se aproximaba con paso vacilante.

—Me prometió que las cosas no iban a quedar así —dijo—. Los verdaderos asesinos de Candela todavía están libres, paseando tan tranquilos, mientras mi hija, mi hija...

—Señora Cuadrado, le aseguro que hacemos todo lo que podemos. Pero estas cosas requieren su tiempo y...

—No es justo, y usted lo sabe.

—¿Qué tal si nos sentamos y hablamos con calma?

—Llevo toda la mañana sentada, estoy harta de esperar.

Observó sus pronunciadas ojeras, su rostro hinchado, imaginó que a causa de los sedantes, y la piel estriada, macilenta. Se odió por lo que iba a decir a continuación.

—Señora, la avisaremos en cuanto haya alguna novedad. Hasta entonces, le recomiendo que tenga paciencia.

—¿Paciencia? —dijo la mujer—. Ustedes hicieron mal su trabajo, ¿y me pide que tenga paciencia?

La vio perder ligeramente el equilibrio y la ayudó a tomar asiento. Acercó una silla para sentarse a su lado.

—Señora Cuadrado, la entiendo, créame. Pero tiene que procurar serenarse y confiar en nosotros. No nos hemos olvidado de su hija ni lo vamos a hacer, se lo aseguro.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Candela no tendría que haber salido aquella noche, no la debería haber dejado ir a esa discoteca. —Levantó la mirada—. Pero ella insistió y yo..., yo cedí.

—No se atormente, señora. No conduce a nada.

—Ese lugar no era para ella, nosotros somos gente humilde, trabajadora. —Volvió a clavar la vista en el suelo—. Pero había terminado la carrera y no tuve el coraje de prohibirle salir a celebrarlo con su amiga. No tuve valor.

Milo recordaba perfectamente la historia.

Candela Cuadrado, de origen ecuatoriano, veintiún años, recién licenciada en ADE por la Universidad de Barcelona, la primera universitaria de la familia, con varias ofertas de trabajo en el horizonte y un objetivo inmediato: mejorar la situación económica de los suyos. Para retirar a su madre como cuidadora de una anciana y acelerar la intervención quirúrgica de su padre en la sanidad privada. Junto con Marisol Lozano, una compañera de estudios, decidió tomarse una noche de respiro y acudir a Viña del Mar, una discoteca de la gente bien de la ciudad, situada cerca de los muelles donde amarraban los yates de lujo. Bailar, divertirse, tomar unas copas. Lo normal. Se arregló para la ocasión con un vestido negro y tacones altos, que junto a su piel tostada y la figura de modelo le facilitaron la entrada. Su atractivo fue el reclamo perfecto para que se fijaran en ella Ivo Parés y Mónica Morera, un matrimonio de millonarios, dos habituales de la noche. Él, heredero de la farmacéutica Parés; ella, descendiente de una de las familias con más pedigrí de Cataluña. Las conversaciones iniciales, según los interrogatorios, fueron sobre economía y contactos en el mundo empresarial, el cebo idóneo para avivar el interés de Candela y Marisol. Circularon las copas, apareció la cocaína. La reticencia inicial de ambas. Más gente se unió al grupo. Más copas, más alegría, más baile. Más coca. Era una noche mágica. La trampa empezó a cerrarse cuando las dos amigas accedieron a esnifar la primera raya. A partir de ese momento, las cosas se aceleraron. El matrimonio sugirió continuar la fiesta en su yate y el grupo aceptó al completo. Arrastradas por la sintonía de la diversión, ambas se dejaron llevar. El nuevo escenario las deslumbró. Lujo, elitismo, derroche. Territorio inalcanzable para cualquiera de ellas. Un camarero negro empezó a servir champán francés. El baile se repartió por las diferentes cubiertas. La fiesta continuó en todo su apogeo hasta que Marisol comenzó a encontrarse mal. La mezcla de alcohol, la coca. Dijo a su amiga que se marchaba y Candela, a regañadientes, se dispuso a acompañarla. Entonces intervino Mónica Morera. Llamó a un taxi para Marisol y convenció a Candela para que se quedara. La joven dudó. Marisol le dijo que no se preocupara,

que siguiese disfrutando de la fiesta. Sin saberlo, colaboró en la celada. Candela se quedó sola. El resto, siguió el guion previsto por los anfitriones. El yate se fue despejando de comparsas. Y poco antes de amanecer, ya sin invitados, llegó el momento esperado. El matrimonio propuso a Candela participar en un juego sexual con ellos. Amedé Agbini, el camarero de origen senegalés, bailarín de profesión y con antecedentes por tráfico de drogas, declaró en el juicio que la chica se había mostrado de acuerdo. Pero las pruebas forenses lo contradijeron. El cuerpo presentaba señales de haber ofrecido resistencia. A pesar de estar bajo los efectos del alcohol y las drogas, Candela pugnó por escapar. Su negativa no fue aceptada y acabó en una vorágine de sometimiento, violación y sangre. Recibió media decena de puñaladas. Las pruebas forenses contra el matrimonio Parés Morera fueron desestimadas por el juez al considerar que se había roto la cadena de custodia. Las huellas en el cuchillo y los restos de ADN en el cierre del sujetador de Candela, condenaron al encausado restante y Amedé Agbini fue declarado culpable de homicidio.

—Tendría que haber sido más severa —repitió la señora Cuadrado sin alzar la vista—, no haberla dejado ir de fiesta. Y ahora no puedo dormir, la culpa no..., la culpa no me deja.

Milo guardó silencio. Nada de lo que dijera podría impedir que dejara de culparse. Iba a repetirse las mismas palabras hasta el fin de sus días, como un mantra corrosivo. Y la razón de haber acudido era por la necesidad de compartir sus remordimientos. Una vez fallecido su marido, y viviendo a solas en su casa, aquella era una vía de escape tan buena como cualquier otra.

—Pero no soy la única —dijo. Levantó los ojos y lo miró con fijeza—. Ustedes también tienen la culpa. ¿Cómo pueden dormir sabiendo lo que saben? ¿No tienen conciencia?

Milo dejó pasar unos instantes antes de responder.

—Hágame caso, señora. Confíe en nosotros, en nuestro trabajo. Le aseguro que hacemos todo lo que está en nuestras manos. Solo le pido que tenga un poco más de paciencia.

—¿Que confíe en ustedes? ¿Otra vez? —Se incorporó muy despacio—. Estará muy ocupado, disculpe que haya venido a molestarle con mis preguntas. No sé por qué lo he hecho.

Caminó hacia la puerta justo en el instante en que el sargento Crespo la abría. Milo fue tras ella. La mujer le dijo que no era necesario que la acompañara, que sabía dónde estaba la salida.

—Señora Cuadrado, hay un departamento que ofrece soporte emocional para estos casos. Quizá sería bueno que recibiera ayuda psicológica.

—Ya me dieron su tarjeta.

La contemplaron enfilarse el pasillo hacia los ascensores.

—¿Ha venido a pedirte explicaciones?

—¿No habrías hecho tú lo mismo? —No respondió—. Solo he podido decirle las mentiras habituales. Es una cabronada.

—No depende de ti, inspector. Hay otros responsables.

—Toni, cuando la ley y la justicia no van de la mano, es que hay algo que no funciona en el sistema. Tal vez sea el momento de hacer las cosas de manera unilateral.

—¿De forma ilegal?

—¿Qué pasa? —Eché a andar hacia la sala 2—. ¿Acaso yo no puedo ser honorable?

—El cuadro era como una película de la mafia —dijo Fermín Barreda, el inspector jubilado de la Policía Nacional—. Tres cuerpos sentados a la mesa de la sala, dos en el suelo de la cocina y otro boca abajo, en el recibidor. Cada uno con dos disparos en la cabeza. Sangre por todas partes, ya sabéis a lo que me refiero. Tengo la imagen grabada en la memoria, como si hubiera ocurrido ayer. No se me va a borrar en la vida, me cago en todo.

—Pero el niño de tres años, Isma, estaba vivo —dijo Rebeca.

Barreda asintió con solemnidad, como si todavía estuviera conmocionado por la visión. De baja estatura, abultada barriga y cabeza despejada salvo por las sienes, en su rostro destacaban los vivaces ojos marrones coronados por unas pobladas cejas que le daban la apariencia de uno de los enanos de Tolkien.

—Eso fue lo peor —dijo—, lo más escalofriante. Como ya os he contado, fui el primero en entrar en la escena del crimen y en la cocina me veo a un crío inmóvil, con la cara cubierta de sangre y entre los brazos de su madre, los dos sobre un gran charco. Le puse dos dedos en la carótida, para comprobar si aún tenía constantes vitales, y le vi temblar los párpados. Casi me da un infarto. Pedí a gritos que acudieran los sanitarios y el niño me miró con sus ojillos, espantado. —Se frotó un brazo con fuerza—. ¿Veis? Todavía se me pone la piel de gallina. Fue un impacto de la hostia, como ver resucitar a un muerto. Lo cogí de la mano y procuré tranquilizarlo, darle consuelo. ¿Pero qué se puede decir en estas situaciones? Isma no me la soltó mientras lo estabilizaban, ni tampoco cuando lo trasladaron al hospital. Estuve todo el tiempo a su lado, sin parar de hablarle. Le juré que no me iba a separar de él, que estaba a salvo; le dije de todo con tal de que se mantuviera despierto. —Repasó sus rostros—. Nunca supimos cuánto tiempo permaneció Isma en aquella posición, haciéndose pasar por muerto tras recuperar la consciencia, paralizado por el terror.

—Y junto al cadáver de su madre —dijo Mercader. Lanzó una mirada a Milo—. Con solo tres años.

—Lo que no me explico es cómo sobrevivió —dijo Milo.

—Fue gracias a ella, de milagro —repuso Barreda.

Un sábado poco antes de la hora de comer, un desconocido llamó al timbre del domicilio de la familia Torres en la calle Capità Arenas y solicitó a la asistenta ver a Ignacio Torres. Nada más darse la vuelta, la mujer recibió dos disparos en la nuca y cayó muerta en el acto. El arma utilizada fue una Glock 17 semiautomática equipada con silenciador. Acto seguido, el asesino se

internó en la vivienda, una lujosa casa unifamiliar de dos plantas más buhardilla, hasta llegar al comedor donde encontró sentados a la mesa a Ignacio, a su hijo mayor Oriol, de doce años, y a la abuela Mercedes, una mujer de sesenta y ocho y suegra del primero, a quienes disparó dos tiros en la cabeza a cada uno. Luego, en la cocina, halló a la esposa, Alicia, quien sostenía en brazos al pequeño Ismael.

—Nuestra Científica concluyó que la madre, al ver al sujeto con el arma, hizo el gesto instintivo de proteger al niño estrechándolo contra su pecho a la vez que se giraba, una acción que le salvó la vida al pequeño. Ella recibió dos disparos en la cabeza y otro en el hombro, este último dirigido a Isma, quien recibió uno en el lateral derecho del cráneo, desplomándose ambos al suelo, Alicia muerta y el niño inconsciente.

—Se libró por milímetros —dijo Mercader.

—Gracias a la reacción de su madre, a su instinto maternal. Esa mujer fue una heroína —sentenció Barreda—. Isma fue hospitalizado en estado grave por una herida de bala que le fracturó el cráneo, pero sobrevivió. Lo fui a visitar cada día, era lo mínimo que podía hacer por él. El crío me cogió cariño, vete tú a saber por qué, y yo, pues bueno, se lo di. —Permaneció absorto unos instantes—. Aquello me quemó, me dejó muy tocado. Y cuando cerramos la investigación, decidí retirarme. Solo tenía cincuenta y un años, pero estaba harto de tanta mierda. El caso de los Torres fue la gota que colmó el vaso. Vosotros aún sois jóvenes, no podéis entenderlo. Algo se rompió en mi interior y dije basta. Uno es humano.

—Y la resistencia es la que es —musitó Milo, más para sí mismo—, hasta que se agota.

—¿Isma os dijo algo? —quiso saber Mercader.

—Muy poco. Solo que había visto a un «malo», a una sombra. No recordaba nada más, lo que era lógico si tenemos en cuenta su edad y el estado de *shock*.

—¿Y qué hizo el asesino después de perpetrar los crímenes?

—Se fue por donde había venido, cerrando la puerta sin dejar huellas. La vivienda no disponía de cámaras de vigilancia y ninguna de los comercios y bancos de la calle logró grabar al sujeto. No hubo testigos. Hallamos los doce casquillos de nueve milímetros en el recibidor, la sala y la cocina, y eso fue todo. Ocurrió poco antes de las dos del mediodía y los cadáveres no fueron descubiertos hasta cerca de las diez de la noche. Un matrimonio amigo de los Torres acudió a cenar a la casa y se intranquilizó cuando nadie respondió a sus llamadas. Una patrulla se personó en el lugar y..., en fin, se topó con la tragedia.

—Con una ejecución a sangre fría.

Barreda asintió.

—El suceso conmocionó a todo el país —dijo—, por la crueldad de la matanza y la relevancia del padre en el sector empresarial. Alicia era pediatra, aunque no ejercía, y los vecinos y conocidos definieron a los Torres como una familia normal, muy apreciada. El hecho de que hubiera sobrevivido un niño de tan corta edad supuso un impacto todavía mayor para la gente.

—Imagino que el pequeño fue objeto de una protección oficial reforzada en el hospital —

señaló Mercader.

—Y también luego, cuando lo abandonó un par de semanas después, una vez lo bastante restablecido. Lo mantuvimos oculto en un lugar secreto, vigilado día y noche, y atendido regularmente por un psicólogo infantil.

—Hasta que fue acogido por sus tíos.

—Quienes más tarde iniciaron los trámites del proceso de adopción, y siguieron nuestro consejo de cambiarle el nombre, como ya sabéis. A mí me gustaba más Ismael que Lucas, pero contra gustos...

—Háblanos de la investigación —dijo Rebeca—. Tenemos entendido que todo empezó cuando unos narcos propusieron a Ignacio Torres utilizar la estructura de su negocio en el puerto.

Barreda levantó las manos.

—A ver, no tengo ningún problema en contaros lo que os dé la gana, pero ¿qué os parece si mientras comemos algo? —Se agarró la barriga—. Estoy muerto de hambre y a mi edad no perdono ni una sola comida.

Rebeca intercambió una mirada con Milo, quien se mantuvo callado. Echó un vistazo a su reloj y se encogió de hombros.

—Muy bien, como tú digas —aceptó—. En la esquina hay un bar que hace menús. ¿Vamos para allá entonces?

Rebeca se incorporó con rapidez, seguida por Barreda.

—Pero nada de menús. De carta, como Dios manda, y con postre, copa y puro. Os voy a enseñar cómo hacíamos las cosas en la Nacional. Los Mossos aún tenéis mucho que aprender. Y claro está, a vuestra cuenta. El que algo quiere, algo le cuesta.

Milo fue el último en abandonar la sala.

—Tú no hablas mucho, ¿verdad? —le soltó Barreda ante los ascensores—. Chico listo, dejás que ella lleve la voz cantante.

—No lo soy —dijo Milo.

—¿Qué?

—Que la lista es ella. —Señaló las puertas abiertas—. Adelante, los mayores primero.

—Con dos pelotas, sí señor —dijo Barreda, la boca llena de lasaña—. Cuando los narcos se pusieron en contacto con Ignacio Torres para ofrecerle participar en sus asuntos, se fue directo a la Brigada antidroga y les contó todo de pe a pa, sin dudarle. Y eso que había pasta gansa de por medio. Para mí que lo hizo por rabia. O por vergüenza. Para alguien que poseía una de las mayores fortunas del país, y cuyo nombre era sinónimo de poder absoluto en el puerto, no debió de ser agradable que se le acercara esa chusma para proponerle participar en sus operaciones a cambio de dinero rápido y recuperarse de sus pérdidas en bolsa. El hecho de que lo eligieran por su vulnerabilidad debió de sentarle como un tiro, ¿no estáis de acuerdo? O tal vez lo decidió en

pleno subidón después de uno de sus bajones, sin pensarlo dos veces. ¿Sabíais que sufría una fuerte depresión?

Milo lo confirmó con un gesto mientras daba un pequeño bocado a su tortilla de patatas. De paso, se fijó en que Barreda no llevaba reloj de muñeca. Para qué, se dijo, si le sobraba el tiempo.

—Cuando íbamos de camino al escenario del crimen, estábamos convencidos de que se trataba de un caso de asesinato y suicidio. Pero no. —Barreda dio un largo trago a su vaso de vino y agregó—: Se trató de un ajuste de cuentas.

Según las pesquisas llevadas a cabo por la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas del CNP, en colaboración con la de Antidroga, quedó establecido que una red de narcotráfico, formada por una organización afincada en Madrid y otra en Sudamérica, pretendía la introducción vía marítima de una importante cantidad de cocaína en España. Para tal efecto, intentaron hacerse con los servicios de Contecat, que en aquellos momentos era la principal operadora de mercancías del puerto barcelonés. La pata española de la organización la lideraba un hombre que fue identificado como José Castedo, alias el Yanki, por haber residido en Estados Unidos varios años, y que iba a utilizar una empresa de importación de gambas como tapadera para introducir la cocaína camuflada en los paquetes de los crustáceos congelados. La pata sudamericana la encabezaba Isidro Díaz, alias Isi, un colombiano nacionalizado mexicano que representaba a los proveedores de la droga y cuya función era supervisar la estructura ofrecida por la organización española para el transporte, almacenamiento y distribución de la cocaína.

—Fue Díaz quien se puso en contacto con Ignacio Torres para proponerle un porcentaje a cambio de que le facilitara la entrada y salida de la mercancía por el puerto.

El plan era enviar la droga en contenedores de Panamá a Barcelona. En un principio se enviarían dos de prueba, limpios, para comprobar si funcionaba la estructura puesta en marcha. De ser así, se enviaría un tercero con la droga. El asunto llegó a oídos de otro narcotraficante, Luís García Madad, quien se mostró interesado en invertir en el proyecto para utilizar la futura infraestructura en nuevas operaciones.

—Una vez Ignacio Torres puso la información en conocimiento de la Brigada antidroga, se avino a seguir manteniendo reuniones con los narcos para poner la red al descubierto.

—¿Y no pensó en las represalias? —preguntó Rebeca. Sin apetito, empujó su plato de verduras hervidas a medio terminar—. ¿Nadie lo avisó?

—Eso preguntásele a los de Antidroga. Además, ¿quién se lo iba a imaginar? Estábamos en España, no en México ni en Colombia —dijo Barreda. Engulló un trozo de chuletón. Lo señaló con el cuchillo—. Está de cojones, ¿no queréis probarlo?

Ambos rechazaron la oferta con un ademán.

La policía grabó los encuentros entre Torres y Díaz, el proveedor de la droga, los cuales tuvieron lugar en un discreto hotel del barrio de Sant Gervasi. Después de media docena de reuniones, el tercer contenedor llegó al puerto de Barcelona a bordo del buque MSC *Corinna* con

bandera panameña. La Brigada, conocedora por Torres del envío, descubrió la droga entre la mercancía legal, unos trescientos kilos de una pureza del ochenta por ciento que hubieran reportado unos beneficios de más de doscientos millones de euros. Los agentes detuvieron a un total de catorce personas, entre ellas a José Castedo, Isidro Díaz y Luis Madad, desarticulando la red de narcotráfico.

—Y poco después, se cometió el asesinato múltiple —dijo Mercader—. Un mensaje alto y claro: esto es lo que les sucede a los chivatos y a quienes nos rechazan.

—Es una forma de decirlo —comentó Barreda. Tragó el último trozo de carne y pidió al camarero una crema catalana como postre—. Oye, vosotros casi no coméis. Verdura hervida, tortilla... ¿Estáis a dieta o qué? Si queréis saber mi opinión, eso no es muy sensato si luego queréis rendir y ser eficaces.

—En las comidas de trabajo nosotros no comemos, trabajamos —replicó Rebeca—. Háblanos de la investigación.

Se extendió por varios países: Alemania, Turquía, Colombia, México y Panamá, con decenas de policías de diferentes nacionalidades trabajando en el caso. La rapidez y sangre fría con que las cinco víctimas fueron liquidadas en apenas unos minutos hicieron pensar en la participación de, al menos, un asesino profesional. La primera conclusión fue que había sido una operación planeada de antemano, ligada al reciente desmantelamiento de la red, a pesar de que las pesquisas realizadas con los detenidos de la banda, tanto en las cárceles españolas como en las de sus países de origen, dieron como resultado un callejón sin salida, negando todos ellos cualquier relación con el suceso.

—Natural —soltó Rebeca—. No iban a confesarlo, digo yo.

—¿Acaso vosotros no hacéis tratos? —repuso Barreda. Rebañó hasta la última cucharada de crema—. ¿Ahora me vas a salir con que nunca habéis negociado una reducción de condena o mejores condiciones en chirona a cambio de información? Subinspectora, no me vengas con cuentos chinos, que no me chupo el dedo. —Llamó al camarero—. Os voy a perdonar el puro, pero no la copa. ¿Queréis café? —Los dos asintieron y pidió tres cafés y un coñac—. El mejor que tengas.

—El mío que sea cortado —indicó Mercader.

—Vaya, la señorita es un alma delicada.

—Continúa —dijo Milo, seco.

La segunda pista la proporcionó el intercambio de información entre las policías de varios países. Según la de Aduanas, por aquellas fechas fue detectada en Barcelona la presencia de Juan Reina, un sicario profesional de nacionalidad hondureña. Tal y como constaba en los registros, llegó en avión a la ciudad procedente de Berlín a primeras horas de la mañana del sábado y la abandonó a media tarde en un vuelo con destino a Estambul. Los archivos lo relacionaron con el cártel de Sinaloa. Solía actuar por Centroamérica, donde tenía su radio operativo, lo que añadió más confusión al asunto. Otro detalle desconcertante fue su método y el arma empleada. Juan

Reina acostumbraba a utilizar un machete para asesinar a sus víctimas y luego les cortaba la cabeza. Era su firma. En su haber contaban más de treinta asesinatos, siempre con el mismo método y arma. Alertadas las diferentes policías en busca de información, la de Honduras localizó días después al sicario, acribillado a tiros en un barrio de las afueras de Tegucigalpa, colgado boca abajo y con la cabeza cortada. Su identidad fue confirmada.

—¿Y no hubo ninguna duda de su presencia en Barcelona el día de autos? —preguntó Rebeca.

—Ninguna —dijo Barreda. Recostado contra el respaldo, hizo dar vueltas al coñac dentro de la copa antes de darle el primer sorbo—. Lo registraron las cámaras del aeropuerto. Ese tipo, el tal Reina, estuvo aquí el sábado de marras. Y no me vengáis con el rollo de las casualidades.

—¿Investigasteis los negocios de Ignacio Torres y su hermano Antonio?

—De arriba abajo. Pusimos a los dos bajo la lupa y no hallamos nada ilegal ni sospechoso. Tampoco descubrimos dinero de procedencia ilícita en sus cuentas ni nada que nos indicara que estuvieran metidos en asuntos turbios.

Sus vidas privadas también fueron investigadas a fondo; viviendas, móviles y comunicaciones informáticas. No se les halló nada irregular que pudiera justificar la matanza. La relación entre ellos era cordial, salvo puntuales discrepancias laborales, nada fuera de lo habitual en el mundo de los negocios, como probaba su éxito en el sector portuario y marítimo, donde poseían una cincuentena de empresas. Ignacio era el presidente del conglomerado, además de apoderado y administrador, y su hermano Antonio, el vicepresidente y consejero. Sin disputas en el negocio ni trapos sucios, sin enemigos en ningún ámbito ni indicios de asuntos extraconyugales, la policía atribuyó al desmantelamiento de la red de narcotráfico como única causa probable y concluyó que el móvil fue un ajuste de cuentas por la colaboración de Ignacio con la Brigada antidroga. El caso quedó archivado. Un sicario, Juan Reina, actuó a las órdenes de los detenidos o de alguien relacionado con los proveedores de droga, dejando sin determinar quién fue la persona o personas que dieron la orden de llevar a cabo el asesinato múltiple.

—O sea, un escarmiento —dijo Mercader.

—Y una advertencia para futuros empresarios contactados —añadió Barreda—. Pero solo es mi opinión.

—¿Encontrasteis el arma? —El inspector jubilado negó con un gesto—. Entonces, el caso no se cerró.

—Oye, no me jodas.

—Sin arma, sin pruebas. Lo jodisteis vosotros.

Barreda se revolvió en el asiento, algo achispado.

—¿Te parecen poco las imágenes y los registros de Reina en el aeropuerto? Recogieron su entrada y su salida.

—Circunstancial, nada más.

—¡No me toques los huevos! Vosotros los Mossos, con esa pinta de santurrones que no han roto un plato en su puta y corta vida, siempre estáis a la que salta para pintarnos la cara. ¡Hicimos bien

las cosas, me cago en todo! ¿Dudas de nuestro trabajo?

—No digo eso.

—¿Entonces qué coño estás diciendo?

—Supongo que seguisteis el dinero. ¿A quién beneficiaba la muerte de Ignacio Torres?

—¡Joder con la tía! —Vació de un trago media copa—. Si estás pensando en su hermano, ya puedes olvidarlo. Poseía su propia fortuna y su sobrino heredaría la pasta. No obtuvo ningún beneficio. ¿Te crees que no lo investigamos, que éramos unos pardillos? Fue una venganza pura y dura, eso es todo.

—¿Protegisteis también a Antonio y a su familia después del crimen? Al fin y al cabo, era socio de la empresa.

—¡Pues claro que lo hicimos, joder! Aunque él no participó en las negociaciones ni nunca fue su interlocutor, los narcos solo hablaron con Ignacio, sin intermediarios. Pero igualmente contaron con un dispositivo de protección las veinticuatro horas durante los primeros meses. Y cuando se mudaron a su domicilio actual, el dúplex de la avenida de Esplugues, supervisamos el sistema de seguridad e investigamos a todos los vigilantes privados. ¿Contenta? —Vació la copa. Luego, se volvió hacia Milo—: ¿De dónde habéis sacado a esta tía?

—¿Y qué fue de los narcos? ¿Siguen en la cárcel?

—Salieron hace unos años. Castedo, Díaz y Madad, todos volaron. A saber dónde estarán ahora. ¿Vas a seguir con las preguntitas? Lo digo para pedirme otro coñac.

—Tú mismo, como quieras —dijo Rebeca, sin inmutarse.

—Me cago en la puta, vengo a hablar con vosotros de buena voluntad, por Isma, y me sometéis a un tercer grado. —Cabeceó, dolido—. No sois nadie para darme lecciones...

Milo se aclaró la garganta.

—Te lo he dicho antes, Barreda. Ella es la lista.

—¿Mantienes todavía el contacto con él? —le preguntó.

Barreda hizo oscilar su segundo coñac en la copa, que sujetaba con las dos manos. Se encogió levemente de hombros.

—Se lo juré hace quince años y yo siempre cumplo mi palabra, aunque el honor hoy sea un lujo. —Bebió un sorbo—. Isma es un buen chaval, ¿podré hablar con él a solas después?

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas —dijo Milo.

—Las cosas, sí. —Volvió a clavar la mirada en la copa—. Yo tenía un hijo. David. Murió por sobredosis a los diecisiete años, dos antes del caso de los Torres. También era buen chaval. Un poco cabeza loca, pero buena gente. Aquello acabó con mi matrimonio. —Hizo una pausa—. La vida es una putada.

—Sí, con un pésimo sentido del humor —apostilló Milo.

—Es curioso cómo funciona la mente. Isma no recordaba nada de lo sucedido con su familia y

sin embargo hoy, para él, fui yo quien lo salvó. Hemos hablado varias veces del asunto, de que yo estaba a su lado cuando abrió los ojos. —Se miró la palma de la mano—. Todavía puedo sentir la fuerza de sus dedos cuando me la agarró. Estos lazos no se cortan así como así. Me sentí..., no sé cómo explicarlo. La cuestión es que después ya no pude continuar con mi trabajo, y lo dejé. Era superior a mis fuerzas. La mente tiene estas cosas.

—¿Y a qué te dedicaste?

—Trabajillos sin importancia, aquí y allá. Y cuando me llegó la hora de la jubilación, al bingo y a los trabajos manuales. ¿Os lo podéis creer? A esa edad, va y descubro que me encanta trabajar con las manos. Es la hostia, quién me lo iba a decir.

—¿Le seguiste la pista a Isma?

—Fui a visitarlo varias veces a su nueva casa, para ver cómo estaba. Le decía que era un amigo de sus padres. Con el tiempo, el contacto disminuyó, pero lo he visto crecer. Isma no puede haber cometido esa salvajada..., matar a una familia. La estáis cagando con todo el equipo. Es incapaz.

—Imagino que el reencuentro debió de producirse hará cosa de unos cuatro o cinco años.

—¿Cómo lo sabes? —dijo, el estupor reflejado en la cara.

—Porque fue entonces cuando Isma se enteró de la tragedia y de que era adoptado —respondió Milo.

Barreda asintió.

—El hijoputa de su hermano Jordi; o mejor dicho, el hijoputa de su hermanastro Jordi. Así fue como empezó su obsesión por saber qué pasó, por qué y quién lo hizo. Y oye, me puse en su piel y lo comprendí a la primera. A mí me hubiera pasado lo mismo. —Se llevó la copa a los labios—. Desde entonces me ha llamado varias veces para vernos, cada vez con mayor frecuencia. Quería que le explicara detalles del caso.

—¿Y se los contaste?

—Pues claro, no te jode. ¿Qué querías que hiciera? Pero siempre le he insistido con lo mismo: que se olvidara del asunto, que tratara de ser feliz. Que lo único que tenía que hacer era dedicarse a vivir y punto. Es que es la leche, joder. Sobrevive a una matanza y en vez de aprovechar lo que tiene, va y se dedica a mirar atrás el muy gilipollas. Como si no le importara la vida que tiene por delante. Y yo venga a repetirle que el caso está cerrado y el asesino muerto, pero a él le entra por una oreja y le sale por la otra. Es un terco de los cojones.

—Cuando dices obsesión, ¿a qué te refieres? —intervino Rebeca—. Quiero decir, ¿hasta qué punto estaba obsesionado?

Barreda miró a uno y a otro, vacilante. Agarró la copa y la apuró de un trago. Fijó la vista en la mesa.

—Escucha —dijo Milo—, nos acabas de decir que crees que Isma es inocente. Solo queremos aclarar qué pasó. Ayudarnos a nosotros es ayudarle a él. Tú eres una especie de su salvador, ¿no es así? Pues ejerce y ayúdanos a salvarlo.

—Habré soltado ese discursito más de mil veces, no juegues conmigo. Yo también sé cómo tirar de la lengua a alguien, me conozco todos los trucos.

—¿Quieres otro coñac? —preguntó Milo.

Barreda dejó escapar una risotada desabrida.

—Formáis buen equipo los dos —dijo. Señaló a Rebeca—. Tú eres la agresiva, la encargada de desestabilizar al testimonio, de ponerlo nervioso. Y tú —señaló a Milo—, eres el humano y comprensivo, dispuesto a consolar al sujeto después de pasar por la trituradora de tu compañera.

—Vale, nos has descubierto —dijo Milo—. ¿Nos respondes ahora o qué? Ya sabes cuál es nuestra intención. Si dices que te importa Isma, ya es hora de demostrarlo. Cuéntanos hasta qué punto estaba obsesionado.

—No, lo vais a malinterpretar. —Se incorporó—. Y solo era producto de su puta obsesión. Gracias por el papeo, me largo.

Rebeca y Milo se pusieron de pie.

—Sabremos interpretarlo, no te preocupes.

Barreda inició la marcha hacia la puerta.

—Solo fueron figuraciones tuyas, nada más —dijo.

Ambos lo flanquearon.

—¿Cuáles fueron esas figuraciones exactamente?

El inspector jubilado agarró el tirador. Intentó abrirla, pero Rebeca la bloqueó con el cuerpo. Se encaró con ella.

—¿Estás de cachondeo? No puedes impedirme que me vaya.

—Puedo hacer lo que me salga de los ovarios, como leerte tus derechos y llevarte a comisaría para que prestes declaración.

—Habla en serio, Barreda —dijo Milo—. Podemos hacer las cosas de forma fácil o difícil, tú eliges.

—¿Me la estáis jugando? ¿A un antiguo compañero? —Se mantuvieron en silencio. Hizo una mueca de asco y soltó el tirador—. Desde hace unos años, Isma ha creído ver al asesino de su familia por la calle. Varias veces. ¿Puedo marcharme ya?

—¿Al mismo individuo?

—No, cada vez se trataba de un tipo distinto.

—¿Guardaban algún tipo de similitud física?

—Ninguna. ¿Entendéis por qué digo que solo eran imaginaciones tuyas? Joder, el muchacho desvariaba.

—¿Y qué hizo a continuación?

—Seguirlos, para averiguar dónde vivían.

—Y luego te lo contaba para que los investigaras.

—Cosa que hice con el primero, para que se quedara tranquilo. Sin resultado. Con el segundo, y también lo mismo. Dejé de hacerle caso. Solo servía para mantener su jodida herida emocional

abierta y perpetuar su obsesión.

—¿Cuántas veces ocurrió? —quiso saber Mercader.

—Cinco, si no he perdido la cuenta. Isma ya ha sufrido bastante, ¿no lo veis? El dolor le hacía ver visiones.

Milo tuvo una corazonada.

—Y la última vez fue antes del verano pasado. ¿No es así?

Barreda sostuvo su mirada. Al cabo, asintió muy despacio.

—¿Lo siguió? —preguntó Milo.

—Solo era un tipo más, uno cualquiera.

—¿Lo siguió?

—Ya es suficiente. —Abrió la puerta. Una ráfaga de viento se coló en el bar—. No pienso decir nada más.

Salió a la calle. Empezó a alejarse, encorvado.

—Lo siguió —dijo Milo a su espalda—. Hasta la calle Julià.

Caminaron en dirección a la comisaría, doblados hacia el suelo a causa del vendaval. La acera estaba cubierta de hojas.

—Y según tú, ¿así fue como conoció a Noe? —preguntó Rebeca—. Se topa con Paco Corona por la calle, reconoce al asesino del pasado y lo sigue hasta su casa. Lo vigila desde las escaleras de la calle Julià. Ve a su hija, ¿y entonces qué? ¿Se cuelga con ella?

—Solo digo que de este modo encajaría la línea temporal. Si fue así como ocurrieron las cosas, esto explicaría los cambios que experimentó la vida de Isma antes del verano. —Milo se detuvo, y ella hizo otro tanto—. Pongamos que acecha la casa de los Corona varios días, lo que concuerda con lo que nos dijo el vecino de enfrente. Hasta que ve a Noe. Es una chica diferente, le llama la atención. La sigue hasta su instituto. Observa que también es una solitaria, como él. Se identifica con ella, presiente que son almas gemelas. ¿Y qué es lo que hace? Ponerse lentillas, para resultar más atractivo. Quería mejorar su imagen. Y luego, habla con sus padres para cambiar de colegio. Para estar cerca de Noe. Se matricula en los escolapios de Diputació, y en la misma rama que ella, en Ciencias. Llega el verano, continúa siguiéndola. Arranca el curso y ambos empiezan a conocerse, son compañeros de clase. Entablan relación, tal vez incluso cierta complicidad. Son los raros del instituto.

—Y cuando Isma es acosado por alguno de los matones habituales, Noe lo defiende —dijo Mercader—. Ella no es dócil.

—¿Cómo lo sabes?

—He hecho los deberes. Esta mañana he ido a los escolapios y he hablado con alguno de sus compañeros de clase. Por lo visto, ella le pegó una patada en los huevos a uno de los abusones delante de todos, en el patio, cuando se estaba metiendo con Isma. Pero la cosa no quedó ahí. El chico les amenazó, y días después apareció en pelotas por los pasillos del instituto, medio zombi, con varios mensajes escritos por el cuerpo con rotulador indeleble. «La chupo», «No tengo huevos» y otras lindezas por el estilo. El asunto fue muy sonado. Alguien lo filmó y luego lo subió a la red. Me lo ha enseñado una chica y, la verdad, le hicieron una putada muy gorda. Se lo ve drogado hasta las cejas, dando tumbos, en bolas, y los chavales burlándose de él. Acabó abandonando el colegio.

—¿Y Noe fue la responsable?

Rebeca se encogió de hombros.

—Nunca se supo. Lo que sí está claro es que alguien metió algo en la bebida del abusón, y

cuando lo tuvo indefenso como un muñeco de trapo le quitó la ropa, lo pintarrajeó y luego la tiró en un contenedor. No hubo testigos y el chaval no recordaba nada. Todo el mundo pensó que ella estaba detrás, pero Noe juró que no tuvo nada que ver y la cosa quedó en el aire.

—¿Esa sustancia era un cóctel de GHB y ketamina?

—Tampoco se aclaró. Aunque hay otras que pueden provocar esa sumisión química acompañada de amnesia posterior. Sea como sea, nadie ha vuelto a molestar a Isma en el instituto.

—Una represalia cruel, despiadada.

—Y efectiva —añadió Mercader—. Neutralizó la amenaza.

—Algo que muy bien pudo afianzar la unión entre ambos. ¿Ella tenía amigas, amigos?

—Iba con los malotes, ya sabes. Pero no parece que tuviera amistades. Salvo Isma..., o Lucas, que es como lo llaman.

—¿Has podido hablar con el tal Shyam, su amigo pakistaní?

Asintió.

—Un chico muy espabilado, he tenido que emplearme a fondo para que reconociera que le servía como coartada para justificar sus ausencias de casa.

—¿Sabía adónde iba Isma en realidad?

—No, pero sí que poco a poco se fue distanciando a medida que estrechaba su amistad con Noe. Según él, una chica de mucho cuidado, con ideas raras en la cabeza.

Milo contempló el rostro de Rebeca, su media melena agitada por el viento. Abstraído, le apartó un mechón de los ojos. Repitió la operación otra vez. Y otra.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—No entiendo el comportamiento de Isma. ¿Por qué de repente se pone a seguir a desconocidos por la calle pensando que eran los asesinos de su familia? No tiene sentido. La investigación del CNP determinó que fue un sicario, Juan Reina.

—¿Desvaríos de un chico traumatizado por un suceso terrible? Barreda puede tener razón en eso.

—No sé, hay varias lagunas en sus explicaciones.

—¿Crees que nos ha ocultado algo?

—Estoy seguro —dijo. Hundió las manos en los bolsillos de los tejanos y clavó la vista en el suelo—. Deberíamos averiguar si Paco Corona tuvo alguna relación con Ignacio Torres, aunque solo sea para descartarlo. Algo que pudiera justificar por qué Isma creyó reconocerlo y lo siguió hasta la calle Julià.

—Barreda no lo ha confirmado.

—Tendremos que obligarlo a declarar. ¿Te encargas tú?

—De acuerdo, pero no olvides que también siguió a otros cuatro individuos, sin rasgos físicos semejantes. Todo indica que sí, que solo eran imaginaciones de un chaval obsesionado.

—Lo más probable —murmuró Milo.

—¿Lo más probable? Ese chico está trastornado, no hay ninguna duda. Fíjate en cómo

reprodujo el cuadro del crimen múltiple de hace quince años. Arrastró el cadáver de la señora Corona hasta la cocina y lo abrazó. Es evidente que en su cabeza estaba reviviendo la misma escena del pasado.

—No sabemos si fue él quien lo arrastró.

—Pero sí que se echó a su lado, la rodeó con los brazos y se quedó quieto, inconsciente por los narcóticos, hasta despertar. Y no para protegerla, como apuntaste, sino quizá para sentirse protegido. La diferencia es que en esta ocasión no vino nadie a salvarlo. Las similitudes ponen los pelos de punta.

—¿Durante más de treinta horas? —Soltó una patada a una hoja que revoloteaba por la acera—. Imposible, es demasiado tiempo. Tuvo que recuperar antes la consciencia.

—Y hacer algo más, como alterar la escena del crimen, por ejemplo —dijo. Milo sostuvo su mirada—. Escucha, sé que no te va a gustar oír esto, pero lo que nos ha contado Barreda explicaría la violencia pasional del crimen múltiple. Si Isma, un chico traumatizado, creyó por el motivo que fuera que Paco Corona era el asesino de su familia, pudo llevarlo a cabo empujado por el afán de venganza. Ahí podría estar lo personal del asunto, la irracionalidad de tanto salvajismo..., el móvil.

—¿Y aguardó un año para cometerlo? —replicó. Ahora fue Rebeca quien se mantuvo muda—. Y puestos ya, ¿por qué no asesinó también a alguno de los otros cuatro tipos que creyó reconocer por la calle y a sus familias?

—Tal vez los fue descartando uno a uno. Y con Paco Corona, esperó un año hasta estar completamente seguro.

—Estás haciendo justo lo que Barreda se temía. Malinterpretar las cosas. Si te paras a pensarlo, es absurdo. Además, no tenemos ni una sola prueba que lo acuse.

Mercader resopló con fuerza y propuso regresar a la Central.

—Se estarán preguntando dónde nos hemos metido —dijo.

Echaron a andar, ambos cabizbajos. Al cabo de un rato, ella le comentó que le había gustado lo que había dicho antes. Milo puso cara de no entender a qué se refería.

—Lo de que yo era la lista. No estoy acostumbrada a tus halagos.

—Pues lo eres. El día que te dejes de tonterías, nos darás sopas con honda a todos, veinte vueltas.

—¿Tonterías? ¿Qué clase de tonterías?

—Como liarle con un lameculos como Boada.

—¿Otra vez con lo mismo? Joder, estoy hasta las narices.

Milo torció el cuello en su dirección.

—Oye, ¿tú y yo no habíamos dejado de ser compañeros?

—Malas noticias —dijo Crespo nada más verlos entrar en la oficina—. Andrés Castro, alias

Andy, se ha fugado.

—¿Que se ha fugado? —repuso Rebeca—. ¿De dónde?

—De su casa en la calle de la França Xica, en el barrio del Poble Sec. Cuando los inspectores Sena y Boada se han presentado esta mañana para hablar con él, su padre los ha entretenido en la puerta mientras el tipo huía por una de las ventanas que daba al patio de luces. Han oído un ruido, pero ya era tarde.

—¿Y no han ido tras él?

—Lo han hecho, subinspectora —dijo Crespo—. Según su ficha, el tal Andy es un experto en *parkour* y eso les ha complicado las cosas. Ha trepado por el bajante desde el quinto piso hasta la azotea y de ahí ha saltado de edificio en edificio mientras Sena y Boada bajaban a la calle y pedían refuerzos.

—En definitiva, que lo han perdido.

El sargento hizo un gesto de resignación.

—Ya hemos emitido una orden de búsqueda y captura. Lo atraparemos. Solo es cuestión de tiempo.

—¿Habéis intentado rastrear su móvil por el geolocalizador?

—Lo desmontó. Es lo primero que hizo al salir por piernas.

—¿Han registrado la casa, su cuarto?

—El padre lo ha impedido hasta no ver la orden —explicó Crespo—. El juzgado se la ha hecho llegar hace un par de horas y entonces han podido llevarlo a cabo. Imagino que estarán a punto de regresar.

Milo se dejó caer en su silla.

—¿Qué dice la ficha acerca de ese individuo? —preguntó.

Crespo tecleó en su ordenador hasta que apareció en la pantalla. La giró en su dirección. Rostro anguloso, cabello rapado, complexión atlética, delgado, dos tatuajes, uno a cada lado del cuello; un león y un dragón.

—Por lo que he averiguado —dijo el sargento—, trapichea con todo lo que cae en sus manos y no le hace ascos a dar un palo de vez en cuando o palizas por encargo.

—Un encanto de individuo —ironizó Mercader.

—El peligroso es su padre. Estuvo en la cárcel y se lo relaciona con todo tipo de delitos: tráfico de drogas, robos, intimidación. Y también con una banda que se dedica a amedrentar a propietarios de pisos de edad avanzada en el Raval para que accedan a su venta y de este modo vaciar los edificios para su explotación a cargo de grupos inmobiliarios.

—El padre del año —comentó Rebeca—. Y ese tal Andy es quien tuvo el altercado con Paco Corona en el parque debajo de la calle Julià. ¿Márquez ha cotejado sus huellas con las que encontró en el escenario del crimen?

—Está en ello, subinspectora.

Mercader se volvió hacia Milo.

—¿Crees que puede estar relacionado con el caso?

—A Noe le gustaban las azoteas. —Se frotó los ojos—. Y los malotes, como tú los llamas. Es lo único que sé.

—¿Otra aspirina, inspector? —ofreció el sargento.

—No te diré que no —murmuró. Se apretó el puente de la nariz, las sienes a punto de explotar. Se levantó de manera torpe y alcanzó el blíster que le tendía Crespo. Vació un par de pastillas y se las tragó al tiempo que hacía un gesto con la mano que abarcaba la oficina—. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—Observando el interrogatorio de Lucas Torres a cargo de Rojo y Cervera desde la sala anexa.

—¿Continúa mudo?

—Continúa mudo. Ese chico es de granito o muy inteligente.

—Ya veremos. ¿Alguna novedad, Toni?

—Varias. La Científica no halló salpicaduras de sangre en la pequeña Eva cuando fueron a procesarla al hospital.

—Lo que confirma que no estuvo presente durante los asesinatos —dijo Mercader.

—Pero se llevó muestras. Después de analizarlas, han encontrado restos de polvillo de sangre reseca en la espalda de su camiseta y en la nuca y cabellos. De tres grupos sanguíneos. Corresponden a Noelia, su madre y su padre.

—Alguien se los tuvo que transferir —apuntó Rebeca. Miró a Milo de reojo—. No vimos huellas de pisadas en su cuarto. ¿Han hallado también esos restos en el suelo?

—No, pero sí en la colcha de su cama.

La subinspectora clavó los ojos en Milo.

—A mí no me mires, Mercader. Más novedades, Toni.

—Los inspectores Rojo y Cervera han hablado con Alonso López, el compañero de Paco Corona en su época en el CNP.

—¿Algo interesante?

—Les ha dado un perfil que puede ser útil. ¿Os lo explico?

—Un resumen —dijo. Ahogó un bostezo.

El sargento consultó su libreta y les contó que tras acabar la mili se fue a Londres a buscarse la vida. Allí trabajó en empleos de poca monta y aprendió el idioma. Se metió en líos con varias mujeres casadas, regresó a Barcelona y poco después ingresó en el Cuerpo, como un trabajo más.

—Según él, era un gran embustero y manipulador, un tipo con labia que sabía caer simpático. Le gustaba moverse por los bajos fondos. Entonces se fue a la misión de paz de Kosovo. Volvió muy tocado y dejó la Policía Nacional cuando encontró trabajo en el puerto. Mantuvieron el contacto un tiempo, hasta que montó la joyería Corona en Sants y...

—¿Trabajó en el puerto? —interrumpió Rebeca.

—Sí, como guardia de seguridad. —Pasó unas páginas de su libreta—. Lo despidieron por

unas irregularidades.

—¿Sabes en qué empresa?

—No, pero lo puedo averiguar.

—De paso busca también en qué fechas.

Mientras el sargento se acomodaba ante su ordenador, la subinspectora Mercader se dirigió a Milo.

—Trabajó en el puerto —dijo.

Malart se repantigó en el asiento.

—No tuvo por qué conocer a Ignacio Torres —murmuró.

—De acuerdo, pero si fue así, tendríamos un vínculo.

Milo se cruzó de brazos, estiró las piernas y cerró los ojos.

—No descorches el cava todavía, en el puerto hay muchas empresas. Es una ciudad dentro de una ciudad.

—Y tú no te duermas, estamos de servicio.

Ambos escucharon el tecleo de Crespo. Al rato, se detuvo.

—GLI, S.A, una consignataria —dijo, sin apartar la vista de la pantalla—. Entre 2001 y mediados de 2003. No consta el motivo del despido. Un momento —añadió. Volvió a teclear.

—Comprueba si formaba parte de algún conglomerado.

—Es lo que estoy buscando —dijo. Ella aguardó unos instantes—. Era una del medio centenar de empresas de los Torres.

—Inspector, ahí lo tienes —dijo Mercader—. ¿Inspector?

Milo permaneció inmóvil, en silencio.

Crespo y Rebeca intercambiaron una mirada de asombro.

—*D'accord*, hay un vínculo —dijo Milo, la voz enronquecida. Sin abrir los ojos, agregó—: ¿Y ahora qué? ¿Acaso piensas que un despido fue el móvil del crimen múltiple de hace quince años? Fue un asesino a sueldo, el tal Juan Reina. Caso cerrado.

—Caso archivado, que no es lo mismo.

—Como tú digas, pero eso no explica por qué Isma creyó reconocerlo por la calle. Sigue sin tener sentido.

—Creo que me he perdido algo —dijo Crespo.

Rebeca lo puso al corriente de su conversación con Barreda. Al terminar, el sargento se mostró de acuerdo con Milo.

—Es descabellado, subinspectora. Salvo que pongas en duda la investigación del CNP.

—No lo hago, pero me resulta llamativo que Paco Corona abriera la joyería poco después del crimen múltiple. ¿Con qué dinero? Estaba sin empleo, con una familia a su cargo y...

—¿Fue así, Toni? —dijo Milo, los párpados cerrados—. ¿Cuándo abrió el Compro Oro según tu informe?

El sargento alcanzó un dossier y buscó el dato.

—A finales de 2003, en diciembre.

—Por muy humilde y pequeña que fuera la joyería —señaló Rebeca—, necesitaría disponer de una cantidad de dinero significativa. Como, por ejemplo, el pago por un crimen.

—Hollywood ha hecho mucho daño —dijo Milo. Relajó los hombros—. Alguien pudo prestarle el dinero, su madre seguramente. No le des más vueltas, Mercader. El crimen múltiple del pasado y el del presente no están relacionados.

—Hay una relación, o al menos un nexo en común —repuso Rebeca—. Isma. Tu Isma. Estuvo en ambos. ¿Vas a decir que es mera casualidad?

—De acuerdo, pero no pudo reconocer a Paco Corona.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque no lo vio —dijo, la voz pastosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Su madre lo apretó contra el pecho y se volvió. Es lo que le salvó la vida. No pudo verlo, no tuvo tiempo.

Rebeca se puso rígida.

—Es imposible que un niño de tres años retuviera la imagen de alguien en apenas una fracción de segundo —añadió Milo.

—Pero declaró haber visto una sombra, a un malo.

—Porque eso es todo lo que vio. Una sombra.

El sargento rompió el incómodo silencio. Se dirigió a Mercader, le entregó un dossier con el historial completo de Paco Corona, y le dijo que se lo había pedido el inspector Malart. Le preguntó si quería darle un vistazo. Ella le echó una rápida ojeada mientras Crespo extraía otro dossier de uno de los cajones de su mesa.

—Y aquí tienes el informe que elaboré de la situación económica de la familia Torres y de su hijo Lucas.

Rebeca pasó varias hojas, soltó un silbido.

—Con toda esa pasta, no entiendo por qué siguen trabajando. Yo en su lugar me dedicaría a vivir la vida. —Cerró el dossier—. ¿Cómo les ha ido a Rojo y a Cervera con el vecino de enfrente?

—Han registrado su casa, incluido el garaje, y se han incautado de su ordenador. Los sargentos Humbert y Corominas están ahora con él, analizando los metadatos. Manel Vergés borró muchos archivos, incluso se bajó un programa para hacerlo.

—¿Podrán recuperarlos?

—Son muy competentes.

—¿Has hallado en el ordenador de Noe el troyano de acción remota que Vergés podría haber instalado?

—Está limpio como una patena.

—Malart sospecha que la espiaba. ¿Algún indicio de que hackeara la cámara de su portátil?

—Nada, ninguno.

Milo soltó un leve ronquido.

—Así que el bello durmiente se equivoca —dijo Rebeca.

—O no —replicó Crespo—. Siguiendo su teoría, puede que Manel Vergés haya aprendido la lección y esta vez tuviera suficiente con espiarla filmándola desde su casa.

—¿Esta vez? ¿Hubo otras?

—Hace dos años fue denunciado por acoso y allanamiento. También con una adolescente. Al tipo le pone acechar a las jovencitas. Entró en su casa y se llevó varios fetiches, como ropa interior y otros objetos personales. —Se encogió de hombros—. El inspector Malart no iba tan errado.

Rebeca lo contempló estirado en su silla. Sacudió la cabeza.

—No, Malart no suele equivocarse.

Milo abrió los ojos.

—El olor —dijo. Se enderezó de golpe. Parpadeó en dirección al sargento, luego hacia Rebeca—. Un olor sí puede fijarse en la memoria a muy temprana edad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rebeca.

—Tu maldito perfume a jazmín, ese que te habré pedido más de mil veces que no te pongas. Tú y yo lo oímos.

—Malart, ¿de qué coño estás hablando?

Se incorporó.

—Isma no pudo verlo, aunque tal vez sí olerlo. Por eso los cinco tipos no tenían rasgos físicos parecidos. Pero quizá, y digo solo quizá, todos usaban un perfume similar, incluido el sicario.

—Es una posibilidad —apuntó Crespo.

—Paco Corona despedía un aroma concreto —prosiguió Milo. Se dirigió a Rebeca—. Tú misma lo dijiste en la escena del crimen, te llamó la atención. Lo oímos los dos.

—Sí, vale, pero ¿dónde nos deja esto? ¿De qué nos sirve?

—Primero, para que dejes de insistir sobre la investigación del CNP de hace quince años. Segundo, para que me hagas caso de una puta vez y dejes de ponerte ese perfume. Y tercero... tercero... —Se quedó en blanco. Caminó despacio hacia la salida de la oficina. De improviso, dio media vuelta y regresó hasta ellos—. No tengo ni idea de lo que iba a decir, pero ya es hora de que veas a Isma con otros ojos, Mercader. No es un depredador, solo es un joven que vivió una experiencia muy dura.

Ahora fue Rebeca quien parpadeó confundida.

Antes de que abriera la boca, Milo se volvió hacia Crespo y le dijo que citara a declarar a Manel Vergés por la mañana.

—Y que las sargentos Humbert y Corominas se espabilen con los metadatos —añadió—.

Quiero ver esos archivos que borró, apuesto que contienen imágenes reveladoras. ¿Rojo y Cervera han encontrado algo en el registro de su casa?

—Un equipo completo de cámaras de última generación, incluido un trípode.

—Que se presente a primera hora, ¿entendido?

—¿Algo más? —preguntó Crespo.

—¿Márquez está cotejando la colilla de Vergés con la que hallamos en casa de los Corona? — El sargento afirmó con un gesto—. Pues dile que se dé prisa con el ADN y todo lo demás que tiene pendiente, joder. Ese tío es una tortuga. Se lo puedes decir de mi parte. Toni, no me acostumbro a verte con gafas.

Reanudó la marcha. Ella corrió para alcanzarlo.

—Un momento, Malart —dijo—. No vas a escaquearte otra vez. Tenemos que ir a hablar con Isabel Herrera.

—¿Quién es Isabel Herrera?

—La psicóloga que trataba a Noe a raíz de sus autolesiones hasta hace un año. Ha accedido a colaborar con nosotros. Nos espera esta tarde en el Sant Joan de Déu.

—Maldita sea, sabes que a mí las loqueras me ponen nervioso. Y además, tengo un dolor de cabeza que me está matando.

—¿Vas a dejarme plantada otra vez?

—¿Por qué no le dices a Corominas que te acompañe? Te será de gran ayuda, entiende de esas cosas. ¿Verdad, Toni?

—Verdad, inspector —respondió.

—Pues asunto solucionado —dijo Milo—. Y de paso, te ocupas tú de redactar el informe.

—Malart, tenemos el tiempo contado. A las once de la mañana expiran las cuarenta y ocho horas. Si no presentamos cargos contra Isma Torres, tendremos que soltarlo.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes.

—Te lo digo porque si continúa sin abrir la boca, el jefe Singla querrá que lo interrogues después de Rojo y Cervera.

—Y lo haré, pero no esta tarde.

—¿Se puede saber adónde vas?

—A dar de comer a una tortuga, si te parece.

La plaza de Francesc Macià estaba cortada por una manifestación y aprovechó el atasco para llamar a Irene. Vio que había recibido nuevos mensajes, los dejó para luego y pulsó el contacto. «Este número no se encuentra disponible en estos...» Colgó con rabia e hizo rechinar los neumáticos sobre el asfalto. Pocos metros después, se vio obligado a frenar de nuevo. Debido al colapso, el tráfico era lento, exasperante. Miró a izquierda y derecha. Los demás conductores mostraban el mismo agobio y enfado. Al igual que ellos, se sintió ninguneado, empequeñecido,

como una hormiga siguiendo la fila, atenta solo al movimiento de la de delante, sin saber el porqué de la larga marcha negra, fúnebre. A un lado de la avenida, los independentistas desfilaban al grito de «¡Fachas fuera!». Al otro, los unionistas lo hacían gritando «¡Fachas fuera!». Aquello no podía estar pasando de verdad. Solo era una mala imitación de la realidad. Empezó a invadirle la comezón de saberse rehén. Oyó el estruendo de unos cascos y vio a un centenar de caballos galopando por Calvet, esquivando los coches para doblar en dirección oeste, hacia el río Llobregat. Tomó el carril bus y torció por Urgell. Allí el atasco también era monumental. Armarse de paciencia no era la solución; protestar a base de bocinazos, tampoco. Las calles se habían convertido en un tablero de ajedrez, cada parte jugando su partida, y ninguna de ellas tenía en cuenta al resto. Decidió no ser una pieza. Entró en un parking, y realizó a pie el resto del trayecto. Mientras entonaba la melodía de Bach, al tiempo que una ráfaga de viento lo empujaba por la espalda, se le ocurrió la absurda idea de que aquella disputa surrealista no se dividía entre blancas y negras, sino entre unas de color gris paloma y otras, gris ceniza.

—Espero que no me hayas citado aquí para hablar de toda esa mierda —dijo el inspector Mateo Aspar, sentado a la barra del Frankfurt Urgell. Señaló la calle—. Cada día me tiene más harto.

—Ya somos dos.

—Pero tú estás en el equipo de los buenos. No es lo mismo.

—Es que vosotros sois muy duros —repuso Milo.

—Y vosotros muy blandos, no te jode.

Un instante y ambos se echaron a reír. Mateo era de la judicial de la PN, conocido por su rigor y meticulosidad y con fama de llevar sus investigaciones de forma lenta pero segura. En el pasado había solicitado en un par de ocasiones la colaboración de Milo, y con el tiempo, al margen de sus obligaciones, habían terminado por establecer una amigable relación.

Milo pidió un café al camarero.

—¿Tus chicas bien? —preguntó.

—La pequeña es un terremoto y la mayor un tsunami —dijo Aspar—. A este paso pronto voy a pedir la declaración de zona catastrófica para mi familia. Por suerte mi mujer es una santa, así que todo en orden. ¿Qué tal tú?

—Tirando.

—¿Muy liado con el crimen múltiple?

—Como siempre, ya me conoces.

—¿Cuántos llevas hoy? —dijo Mateo. Hizo un gesto hacia el café—. ¿Media docena?

Milo torció el gesto y se llevó la taza a los labios.

—No es asunto mío —dijo Aspar—, pero esa no es la forma. Cualquiera diría que quieres acabar aquí al lado, en el hospital.

—Tienes razón, no es asunto tuyo —repuso.

—¿Lo ves? Estás irritable, cansado, y me juego algo a que por las noches no puedes pegar ojo. Y en cambio te pasas todo el día muerto de sueño. Joder, Milo, que no eres un novato. Si no duermes se te acumulan las toxinas y jorobas el rendimiento físico y mental, perjudicas la memoria y concentración. —Vio su expresión de aburrimiento y añadió—: Vale, suéltalo ya.

—El crimen múltiple de la familia Torres en 2003. Barreda llevó el caso y he hablado con él. ¿Qué opinas de ese tipo?

—Serio, solvente, profesional. La muerte de su hijo le rompió la vida y después ya nada fue lo mismo. Si no me equivoco, abandonó el Cuerpo tras cerrar el caso. Era un buen inspector, de la antigua escuela. Muy minucioso, como a mí me gusta. De los que repasan cien veces las cosas antes de darlas por válidas.

—¿Hubo algo fuera de lo habitual en la investigación?

El rostro de Aspar reflejó su extrañeza.

—¿En un caso de ese alcance? En absoluto. Se investigaron a fondo todas las líneas hasta el último detalle y el resultado fue el que fue. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en concreto, Teo. Solo era una corazonada.

—Tú y tus jodidas corazonadas —espetó—. ¿Por una simple intuición echas por tierra el trabajo de policías honrados?

—Tu pregunta contiene un oxímoron, pero no me decido por cuál —dijo Milo. Contuvo un bostezo—. Llámalo otra corazonada, o instinto. Y por cierto, el caso no se cerró. Fue archivado.

—Son cosas que pasan, no es tan inusual.

—*Peut-être*, pero indica que se cometieron errores. Y son esos errores los que me hacen bailar la cabeza.

El inspector Aspar tensó los músculos.

—Todos los cometemos —dijo, abrupto—. Todos.

—¿En un caso con tanta repercusión?

—¿Qué insinúas?

Milo observó su reloj de muñeca. Esfera cuadrada, números romanos, pequeño, casi femenino.

—Solo sumo dos más dos —dijo—. Tal vez alguien se encargó de extraviar o desviar pruebas. O de destruirlas. Hay muchas formas de hacerlo. Por ejemplo, cometiendo fallos adrede que arruinen la instrucción de una causa e impidan la detención del culpable. O meteduras de pata, también aposta.

—¿Como ocurrió con vosotros y el caso Gotha?

Milo bajó la cabeza.

—*Touché* —murmuró—. No hay mejor salida que poner en marcha el ventilador para esparcir la mierda, el «y tú más» tan de moda hoy en día. Lo que me gustaría saber es por qué estás a la defensiva, no estoy hablando de ti.

—Pero sí de mis compañeros, y eso no me gusta.

—El corporativismo es la lealtad mal entendida.

—Es lo único que tenemos.

—¿Incluyes en el equipo a una manzana podrida?

—La estás cagando, Malart.

—¿Me estás diciendo que sois el único cuerpo policial del mundo que no ha tenido nunca a un «desviador» en sus filas? ¿A alguien que torpedeara el caso desde dentro sin ser descubierto? ¿Quiénes sois, el CNP o la maldita Disneylandia?

—Repito, te estás equivocando, Malart.

—Puede, no digo que no. Pero yo, si fuera tú, revisaría el expediente de arriba abajo.

—¿Para qué? Hablando hipotéticamente, si alguien desvió o destruyó pruebas, no encontraré nada. Es de cajón.

—Quizá, pero un tipo tan meticuloso como tú sabrá ver los huecos o hallar algo fuera de sitio.

El inspector Aspar se bajó del taburete.

—¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? —Lo miró con fijeza—. ¿Puedes imaginarte la que se organizaría? Por no hablar de los enemigos que me crearía en el Cuerpo y de todos los permisos y razones que tendría que aducir para revisar el puto caso.

Milo permaneció en silencio.

—Tienes razón —dijo, al cabo—. Olvídalo. Son las toxinas, me están arruinando el coco. Veo fantasmas donde no los hay.

—Quiero vivir, de verdad —aseguró Sara, la voz serena. Milo apretó su mano—. Lo que hice fue una tontería, lo sé. Solo quise dejar de sufrir en el acto y..., y no pensé nada más. Llegué a mi límite. ¿Nunca te ha pasado algo parecido?

—Cada diez minutos —dijo Milo.

—Tonto, hablo en serio —repuso ella con un mohín.

Echada en la cama de una habitación doble del Clínic, parecía haber envejecido diez años. Pálida, enflaquecida, la cabeza hundida en la almohada. Sin embargo, hablaba con el tono de una niña pequeña y sus palabras estaban teñidas de una extraña paz, supuso que por la acción de los calmantes. Sin soltarla de la mano, desvió la mirada y tomó asiento en la otra cama.

—Es una suerte que no tengas vecinos. ¿Te tratan bien aquí?

Sara repitió el ademán infantil.

—Como a una reina —dijo—. Milo, por favor, mírame. No pasa nada. Soy yo quien debería estar avergonzada y no tú. Va, mírame, por favor. —Se obligó a obedecerla—. Tú no tuviste nada que ver en esto. Te conozco y sé cómo te sientes, pero te equivocas. No eres justo contigo.

—No debí haberme mostrado tan...

—Calla y escucha —lo cortó con dulzura—. Fui yo, ¿entiendes? Tú no fuiste responsable en absoluto. Simplemente, no hice bien las cosas.

—¿A qué te refieres?

Sara tardó unos instantes en responder.

—¿Te acuerdas de aquel colchón hinchable que le regalamos a Marc? Para ir a la playa, uno azul y blanco, muy barato. En la cabecera tenía una parte transparente, para ver el mar.

Milo se encogió de hombros, sin comprender.

—Tú no estabas con nosotros aquel día, pero reventó. Hugo lo quiso hinchar a tope y en la gasolinera le metió tanto aire que explotó. Los tres nos quedamos de piedra, por el susto. Luego nos entró un ataque de risa y le compramos otro a Marc, uno mejor, de tela. A eso me refiero. — Hizo una pausa—. Los arrebatos de violencia de Hugo, sus palizas, el suicidio de Marc... Acumulé todo ese dolor y al final se pinchó el colchón. Y sí, cometí una locura, no pensé en lo que hacía. Fue la guinda de todos mis errores, ¿entiendes? Pero he tenido suerte, y hoy mi resiliencia es mayor. De entrada, ahora puedo llamar a las cosas por su nombre, sin eufemismos. Es un paso importante, ¿no crees? Voy a aprovechar mi segunda oportunidad.

—Veo que has estado hablando con un psicólogo.

Sara asintió.

—Me ha sido muy útil, para comprender. Y para dominar mis sentimientos, mis emociones. Algún día tienes que explicarme esa manía tuya a los psicólogos.

—Solo es aversión —repuso—. Hay que estar muy bien amueblado para dedicarse a decorar la psique de la gente y no creo que nadie llegue a ese nivel de pericia, eso es todo.

—Pues a mí me ha servido.

—¿Te ha hablado de los cuatro pilares?

—¿Cómo lo sabes? —dijo, sorprendida.

—Es un clásico. ¿Te ha hablado de algo más?

—De la diferencia entre querer morir y no querer vivir, que son dos cosas distintas, fáciles de confundir. ¿Te lo explico?

Milo resopló con cansancio.

—Sara, no creo que sea el momento más oportuno para hablar de estas cosas.

—¿Por qué? Precisamente ahora es lo que tenemos que hacer, hablar de estas cosas. Ya basta de tratar este asunto como si fuera un tabú. ¿Quieres que te lo explique o no?

—Vale, pero solo un resumen, no me apetece tomar apuntes.

Contenta, Sara se apresuró a subir la espalda; luego, acomodó la almohada y por último elevó la cabecera con el mando, todo sin soltar la mano de Milo.

—Querer morir es la voluntad de apagar la luz para siempre —dijo—. Un alivio instantáneo. Y definitivo.

—Hasta aquí, llevo.

—Y no querer vivir es solo tener ganas de meterse en la cama y no salir, no hablar, no ver a nadie, no cuidarse; solo abandonarse y recluirse en el sueño de nada. Por un tiempo. Ambas ideas

proviene de un mismo sentimiento: el vacío. Y nada puede llenarlo. Hasta que descubres que sí hay algo.

Bajó el mentón y lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Vas a mantener el suspense mucho rato? Estoy en ascuas.

—¿No lo adivinas? Es una fuerza salvadora, capaz de cambiarlo todo.

—Como digas lo que me temo, me largo de inmediato.

Sara subió y bajó las cejas de forma elocuente.

—Pues me callo —dijo—. Pero que sepas que esa fuerza salvadora puede adoptar muchas formas. Y todas funcionan.

—Me alegro. —Se incorporó—. Sara, tengo que marcharme.

—He llamado al doctor Doria para explicarle lo ocurrido.

Milo se quedó inmóvil.

—¿Y por qué demonios lo has hecho?

—Pensé que el psiquiatra que está tratando a Hugo debía saberlo, tener toda la información.

—¿Y se lo va a contar? —dijo Milo.

—Es lo que ha decidido, sí. Mejor ahora que está con ellos.

—¿Ha comentado algo?

—Que era una lástima, justo cuando estaban avanzando en su recuperación. —Sostuvo su mirada—. Milo, tenía que decírselo. Hay que hacer las cosas bien, sin secretos. Si un día Hugo regresa a la vida normal, tiene que estar al corriente de todo, con recursos para afrontar cualquier tipo de revés. Como este.

Quiso soltar la mano de Sara. Pero ella se resistió.

—Hay otra cosa —dijo—. Le he prometido que irías a visitarlo. Según el doctor Doria, será beneficioso para Hugo.

—Joder, Sara.

—Es tu hermano.

—Y yo quien lo ingresó. Me llamó hijoputa, ¿recuerdas? Para él fue una traición. Me odia, y no se lo reprocho.

—No te odia, Milo. Ha cambiado. Ha hecho las paces consigo mismo y le gustaría hacerlas también contigo. —Se llevó la mano de él a los labios, la besó—. Estaba enfermo, pero ha mejorado. ¿Irás a visitarlo? Hasta que no me lo prometas, no te suelto.

—¿Retienes a un policía judicial?

Ella se echó a reír con cariño. Apoyó la mejilla en su palma.

—Menuda familia somos —dijo—. El abuelo se degüella en el psiquiátrico con un trozo de cristal; Marc se quita la vida con tu arma; Hugo está ingresado en el mismo hospital que vuestro padre, y yo intento acabar con todo a base de somníferos.

—Falto yo.

—El único que mantiene la cabeza sobre los hombros. ¿Irás?

—Si no me sueltas, no voy a poder.

Sara adoptó una expresión de extrema ternura. Apareció un brillo acuoso que iluminó sus ojos. Una intensa ola de calor golpeó a Milo. Quiso abrazarla, estrecharla con fuerza. Empezó a temblar. Le soltó la mano con más ímpetu del que pretendía y caminó hacia la puerta sin poder hablar.

—Milo, te quiero —oyó a su espalda—. Y Hugo, también.

Asintió mientras agarraba el tirador.

—No estás solo —dijo Sara.

Aparcó frente a la Fundació Miró, cruzó la avenida Miramar y bajó por las escaleras que desembocaban en la calle Julià. Se aproximó al vehículo de los Mossos detenido ante la vivienda de los Corona y saludó a los dos agentes con un gesto.

—¿De nuevo por aquí, inspector Malart? —le preguntó uno de ellos a través de la ventanilla.

—De nuevo por aquí —dijo, ahogando un bostezo.

Se detuvo ante la cinta balizadora y contempló la fachada. Su apariencia, a pesar de que era un poco más temprano que el día anterior, continuaba siendo siniestra. El alumbrado urbano no se había encendido aún, pero la luz del atardecer no le confería un aspecto tranquilizador.

—Inspector —dijo un agente—, ¿no se olvida de algo?

Vio que le tendía una linterna y se acercó para cogerla. Luego, traspasó la cinta y empujó la cancela. Dejó atrás el parterre de gravilla, el naranjo, y se detuvo ante las escaleras que ascendían hasta el porche. Sobre las baldosas todavía se distinguían las huellas rojizas de unas pisadas. Se puso en cuclillas y las observó con fijeza. Se difuminaban a medida que se aproximaban a la verja. Una idea sin concretar empezó a dar vueltas en su cabeza. Permaneció quieto unos instantes, tratando de fijar el pensamiento. Al rato, desistió. A lo mejor Aspar tenía razón y su espesura mental se debía a la falta de sueño, se dijo incorporándose. Decidido a terminar cuanto antes, subió las escaleras, empujó la puerta y entró en la vivienda sin hacer caso de las señales que le enviaba su cerebro.

Enfocó la sala con la linterna y dio un rápido repaso. Aquel espacio comenzaba a serle familiar. Dirigió la luz a las escaleras y se encaminó hacia ellas para descender a la planta baja. Entró en la suite del matrimonio, abrió el baño. Iluminó los estantes, la repisa sobre el lavabo. La mayoría de los objetos eran femeninos. En una esquina vio útiles de afeitar y centró allí la búsqueda. No le costó mucho descubrir el frasco de perfume. Rectangular, sobrio, con un nombre francés en la etiqueta, debajo el del perfumista y, por último, el de la capital de todos los perfumes: París. En su interior, dos tercios de un líquido ambarino. Lo abrió y se lo acercó a la nariz. Distinguió el aroma dulce del jazmín, con algo de miel y almizcle, y otros que no supo identificar. Un olor penetrante, poco habitual, característico.

Reconocible.

Dejó el frasco en su sitio y regresó a la sala. De camino, recordó uno de los clips de Noelia y se desvió hacia el cuarto de la abuela Pilar. Desde la puerta, enfocó la cama, la mesilla de noche, el suelo de madera flotante. Noe había filmado desde allí a su padre arrodillado frente al lecho.

Arrugó el ceño. Una escena poco usual. Por mucho que la adorara, no le pareció normal que un hombre de cuarenta y seis años se pusiera de rodillas ante su madre durmiendo en la cama. Claro que él no era nadie para hablar de comportamientos extraños. Dirigió el haz de luz hacia el suelo. El único de madera de toda la casa. Confortable, cálido. Se adentró y lo observó con detenimiento. Los clips de Noe. Todos eran oscuros, agresivos, perversos. Con una intención detrás de cada uno. Algunas, pueriles; otras, crueles.

Se sentó en el parqué, la espalda contra la pared.

Cerró los ojos.

El dragón clavando los dientes en un sant Jordi de cartón. La princesa prefería quedarse con el monstruo desalmado antes que con el caballero de brillante armadura. A la princesa le gustaban los chicos malos, no los buenos. Prefería lo hostil a lo dócil.

La niña pequeña entrando en el laberinto. La imagen se repetía varias veces. Entraba y volvía a entrar. Pero no salía. La desesperanza. Sin salida. La soledad. Nadie la acompañaba.

La inscripción en latín grabada sobre una piedra. «Todas hieren, la última mata.» Noe se sintió herida por las horas a partir de algún momento; desde entonces, vivir era sufrir para ella. Como para Isma. De ahí la sintonía entre ambos. Almas gemelas. Vivir les pesaba como una losa. Los dos sentían un peso permanente en la boca del estómago. Y los dos se identificaban con Sísifo, castigados a perpetuidad sin saber exactamente por qué. La última mata. La última hora ponía fin al dolor. La última herida. Desde la óptica de una joven, no era acercarse a la muerte, sino estar harta de la vida. Harta de las heridas que le infligían. ¿Quiénes? Los demás. Empezando por su familia.

—Joder, Noe. ¿Fue esto?

Las imágenes de las piedras. De todos los tamaños y formas. Algunas de ellas salpicadas de rojo. El último golpe. Las horas y las piedras. Todas hieren. *La última mata*. Se acabó la losa, el peso en la boca del estómago, el castigo de empujar una roca cuesta arriba para nada.

—¿De ahí tu obsesión con las piedras? ¿La compartías con Isma o solo era una fijación tuya?

Los clips privados. Aquellos que solo ella podía ver. La abuela aparcada ante el televisor, la hermanita llorando en el suelo, el hermano con expresión confundida, la madre avejentada y con la mirada perdida, el padre sentado cabizbajo en su despacho. Todos en un momento triste, ensimismados. Solos.

Y el último: una imagen de la sala, la mesa preparada. Vacía.

Se preguntó el porqué de ese clip. No era una velada especial, solo iban a ver un partido de fútbol, y la imagen no era oscura ni agresiva ni perversa. Al contrario, no podía ser más anodina. Contrastaba con todos los demás. ¿Cuál era su intención al filmarlo? Solo se le ocurrió una respuesta.

—Sabías lo que iba a suceder.

Le recorrió un escalofrío. Solo era una especulación, y podía estar equivocado. Pero encajaba en su cabeza. Los primeros cinco clips privados eran la despedida de su familia, miembro a

miembro; una familia a la que aborrecía, de la que se avergonzaba. Clips solo para ser visionados por ella, pero subidos a una plataforma de difusión global. Una despedida cruel y humillante, mostrándolos ridículos, mediocres. Y el último, el escenario donde se iba a desarrollar el crimen múltiple.

Se incorporó con tanto ímpetu que se le cayó la linterna y se apagó. Tanteó a ciegas para dar con ella, cruzando los dedos para que no se hubiera roto. De rodillas, palpando el suelo de madera flotante, se sintió patético. El golpe había sonado cerca, hueco. No podía estar muy lejos. Barrió con las manos toda la zona, sin éxito. Tal vez se había alejado rodando hasta el distribuidor y gateó fuera del cuarto.

Una silueta se recortaba en la puerta abierta de la vivienda.

Se quedó inmóvil.

La figura sujetaba una maleta. Dio al interruptor de la luz.

—¿Se puede saber qué haces de rodillas, Malart?

—Así que yo soy una tortuga —dijo Márquez, el jefe de la Científica—. Por lógica, tú entonces eres la liebre.

Milo se sacudió el polvo de los tejanos.

—Pero yo no me paro a descansar —dijo.

—No, tú solo te pones de rodillas.

—Lo dices en sentido figurado, espero.

Márquez exhibió una amplia sonrisa.

—Me habían hablado de tu método, pero no me imaginaba que fuera tan singular. De entrada, no me parece malo. Pero le falta el rigor de las evidencias científicas.

—Déjate de hostias y dime para qué has venido.

Márquez dejó la maleta plateada en el suelo.

—Son las nueve de la noche, cuando empezó el partido. La hora en que más o menos fueron cometidos los crímenes. Vengo para ayudarte a encajar las piezas de lo que ocurrió.

—¿Ayudarme? ¿Tú a mí?

—Lo que sea necesario con tal de que tu..., cómo podría llamarlo, ¿intuición? ¿Te parece bien el término? —Milo no respondió—. Lo que sea con tal de que tu intuición no eche a perder el caso. Por lo que me han dicho, el tiempo apremia.

—¿Tienes ya los resultados de ADN?

—Todavía no.

—Pues ya te puedes largar por donde has venido, sin ellos no hay evidencias científicas que valgan.

—Pero puedo acotar el terreno de tu intuición.

—¿Me han enviado un canguro?

—No ha sido idea mía, te lo aseguro.

—¿Quién te lo ha ordenado? ¿La comisaria Bassa?

Se ajustó las gafas con montura de pasta y cristales rectangulares, muy modernas, de marca. Milo vio que su reloj de muñeca tenía la esfera y la correa negras, con las manecillas doradas.

—Todo esto es muy irregular, lo sé —dijo Márquez—. Sin embargo, si lo piensas un instante, puede ser efectivo.

—¿Efectivo en plan no echar a perder el caso? ¿O efectivo en plan encajar esas malditas piezas como sea con tal de inculpar a nuestro único sospechoso?

—No voy a molestarme en replicar a tu insinuación.

—Y haces muy bien.

—Lucas Torres, nuestro único sospechoso, fue la última persona que vio con vida a Noelia Corona. Y ella fue la última en ser asesinada, según Bonhora.

—Respecto a lo primero, no lo sabemos —repuso Milo—. Y sobre lo segundo, Bonhora no lo puede precisar con certeza. Dos inexactitudes en un solo párrafo. ¿Y tú te llamas científico?

Márquez adoptó una expresión seria.

—Esto va a ser muy divertido.

—Tengo una curiosidad. ¿Por qué nunca te he caído bien?

—Detesto a los investigadores que se basan en la intuición, que tratan de ponerse en la piel del asesino y todas esas bobadas. Sois la peste, lo contrario al rigor y el peso de las pruebas.

—Y tú eres todo lo contrario, entiendo. Llámame sensiblero, nenaza o chalado a secas, pero si tuviéramos que identificar el contenido de un vaso en la barra de un bar, tú empezarías por analizar el continente mientras yo me lo bebería y punto.

—Saltándote todos los protocolos.

—Da igual, solo cuenta lo que puedo demostrar. Y yo no rechazo a los de criminalística que solo confían en su... ¿ciencia?

—Sin el apoyo científico, una opinión no es nada.

—Pero a vosotros se os escapa el contexto emocional, y es clave para comprender. La ciencia no llega a todas partes. Hay algo que ni todos los laboratorios del mundo juntos podrán jamás esclarecer: el comportamiento humano.

—Está claro, nos basamos en mundos opuestos. Tú buscas el porqué; yo, el cómo, el qué y el quién.

—¿Y qué hacemos con el dónde y el cuándo? ¿Nos repartimos su custodia?

—También son cosa mía, pero no quería parecer acaparador.

Milo respiró hondo.

—Tienes razón —dijo—, esto va a ser muy divertido.

—¿Comenzamos?

—Con una condición. —Márquez se tensó—. Tranquilo, no es nada emocional. Cuando terminemos, me dirás quién de tus hombres contaminó la recogida de pruebas en el caso Gotha.

—Eso es confidencial.

—Sé guardar un secreto.

—Ya veremos —dijo. Acto seguido, se inclinó sobre su maleta plateada y la abrió. Extrajo varios dosieres.

—¿Tienes ahí dentro un botellín de plástico para pruebas líquidas y un embudo?

—Por supuesto. —Rebuscó hasta que dio con ambos—. ¿Para qué los quieres? Mis técnicos procesaron la casa por completo y no quedó nada sin recoger para su análisis posterior.

—No lo dudo. Tú sígueme, si no te importa.

Milo se encaminó a la planta inferior encendiendo todas las luces que encontraba a su paso. Márquez fue tras él.

—Oye, si esto es una de tus bromas yo no...

—Has venido a ayudarme, ¿no es así? Pues calla y ayúdame.

De camino, le preguntó cómo es que no veía moscas volando durante la noche, si estaban durmiendo o qué.

—Entran en un periodo de reposo similar al del sueño —dijo Márquez—, pero en realidad no duermen como nosotros. Tienen una sustancia pegajosa en las almohadillas de las patas que...

—No te he pedido una clase magistral —cortó Milo—, solo una respuesta. Las cucarachas podrían hacer lo mismo, joder.

Esquivó a varias y entraron en el baño de la suite del matrimonio. Cogió el frasco de perfume y se lo dio. Le dijo que necesitaba un poco, con medio dedo bastaría.

—¿Es una prueba?

—Un experimento, cosas mías. —Márquez dudó—. ¿Lo haces tú o lo hago yo?

Llevó a cabo la recogida y le entregó el pequeño botellín.

—¿Tendrás suficiente?

—Eso espero —dijo. Se lo guardó en uno de los bolsillos de la cazadora—. Regresemos.

Al llegar al distribuidor, Milo cambió de dirección y se dirigió al cuarto de la abuela. Dio a la luz. Echó un rápido vistazo sin hallar la linterna. Se acercó a la cama y miró debajo.

—Aquí estás —gruñó. Se incorporó. Iba a dar media vuelta cuando se detuvo—. ¿Procesasteis también esta habitación?

—Evidentemente.

—¿A fondo?

—Inspector Malart, si lo que quieres es alterarme comienzas a...

—¿A fondo?

—No hay otra forma de hacerlo —dijo Márquez.

Milo dio un par de saltos. Alcanzó un bote grande de pastillas que estaba en la mesilla y lo dejó caer.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —soltó Márquez.

—¿Cómo te ha sonado el golpe?

—Hueco, ¿por qué?

—Eso me parecía a mí. —Miró alrededor—. Esta es la única habitación de toda la casa que tiene suelo de madera. Es más cálido que el de gres. Me pregunto por qué Paco Corona no lo hizo poner también en el cuarto de sus hijos, al menos en el de la pequeña Eva. ¿Se te ocurre alguna idea?

—¿Ahorrar gastos?

—Puede. Hagamos una cosa. Quédate frente a la puerta y entórnala hasta dejar solo medio palmo. —Se arrodilló ante la cama, cerca de la cabecera, junto a la mesilla de noche, y se sentó sobre los talones—. ¿Me ves desde tu posición?

—Con claridad.

—¿Y ahora ves qué estoy haciendo con las manos?

—Solo veo tu espalda.

—Exacto. Y mi espalda también te tapa la visión de esta pequeña zona del suelo —señaló a su derecha.

—¿Qué pequeña zona?

—Ponte unos guantes y ven aquí.

Milo se dobló para escudriñar el suelo de cerca. Fijó su atención en el espacio entre la cama y la mesilla de noche. Nada. Apartó unos centímetros esta última. Márquez le tendió unos guantes de látex, que Milo rechazó. Se arrodilló a su lado.

—¿Qué estás buscando?

—Eso —dijo. Indicó el trozo de madera que finalizaba en la pared—. ¿No ves algo diferente?

Los tablones tenían una anchura de unos veinte centímetros, separados entre sí por unas leves hendiduras de color grisáceo a causa del polvo acumulado sobre el pegamento que los unía. En cambio, a lo largo encajaban a la perfección, sin juntas. Menos el que señalaba Milo. Un rectángulo de unos veinte por quince situado en el extremo del tablón contra la pared. Las hendiduras por ambos lados eran más oscuras, y se distinguían dos juntas, una en la parte superior y otra en la inferior.

Márquez se apresuró a buscar una navaja en su maleta. Milo percibió su creciente excitación. Sin dificultad, haciendo palanca, levantó la tapa del rectángulo. Atisbaron en su interior. Una caja de caudales portátil. Negra. Con asa. Márquez la extrajo con cuidado y la dejó en el suelo. Carcasa de acero, cerradura de cilindro, llave de sierra. Milo le preguntó si podía abrirla.

—Pan comido —dijo Márquez—. Pero antes, voy a tomarle unas fotos para documentar nuestro hallazgo.

Milo reparó en aquel «nuestro» tan chocante y se enderezó. Noe había malinterpretado la postura de su padre al filmarlo, reflexionó. No era de adoración hacia su madre, sino otra clase de veneración. A otro tipo de piedras. Lo cual significaba que su hija ignoraba su existencia.

Se puso de pie al tiempo que se preguntaba si una fortuna oculta en la habitación de la abuela podría haber cambiado las cosas. El robo de la joyería, la tortura a Paco. Si había sido necesaria

la colaboración de alguien desde dentro, el conocimiento de aquel escondrijo y su contenido bien podría haber alterado el destino de cinco personas. La tragedia. Su asesinato.

—Abierta —anunció Márquez a su espalda—. Hay una bolsa de fieltro negro en su interior. Abultada.

Milo escuchó los disparos de su cámara sin prestarle atención. La vida de un chico de catorce años, al igual que la de los otros miembros de la familia, valía mucho más que todas aquellas piedras que se le antojaban cualquier cosa menos preciosas.

—¿No quieres ver qué contiene?

—Diamantes, qué cojones va a ser si no —dijo, con hastío.

En la sala, tras guardar la caja de caudales y su contenido en la maleta, Márquez le propuso empezar por la escena del crimen.

—Todo este estropicio —dijo— es posterior a los asesinatos. Los trozos de porcelana y cristal cayeron sobre la sangre y no al revés, como el resto de objetos. Fue alterada. Las pisadas superpuestas, la presencia de cabellos, la colilla, el pañuelo de papel y algunas fibras, forman parte de la escenificación. Quien la llevó a cabo, lo hizo de forma burda e ineficaz. Queda descartada la presencia de un grupo de personas.

—¿Algo sobre la colilla del cigarrillo?

—Misma marca de la que me hiciste llegar, con dos huellas parciales, ADN aún sin cotejar. Manel Vergés. Pero nadie es tan estúpido como para dejar tantas pruebas incriminatorias.

—Opino lo mismo —dijo Milo—. ¿Cuál es vuestra teoría?

—Tras cometer los crímenes, el asesino quiso simular señales de lucha en la sala, como si hubiera habido un asalto violento de varios individuos. Y montó todo lo que ves con la intención de implicar a terceras personas y construirse una coartada.

—Pudo no ser el asesino —repuso Milo.

—¿Y para qué se tomó tantas molestias?

—Quizá para desviar las sospechas y crear confusión.

—Muy bien, digamos entonces que el sujeto A fue el autor del montaje y sembrado de pruebas falsas. ¿Te parece mejor así?

—Háblame de las pisadas de sangre.

—La mayoría forma parte de la simulación. Las solapadas, por ejemplo. El sujeto A se puso los zapatos de Francisco Corona y caminó por la sala pisando la sangre a propósito. Luego, volvió a calzar a la víctima y repitió la operación con las deportivas del chico. Un sinsentido absoluto.

—No pensaba con lógica, sino de forma caótica, cometiendo errores —murmuró Milo—. Tal vez seguía las instrucciones que otra persona había ideado.

—Haré como que no te he oído —dijo Márquez—. Hay varias series de pisadas que sí son

auténticas. Primero, las que salen de la casa y bajan las escaleras. Corresponden a un calzado deportivo del número cuarenta y dos, marca Nike, modelo Air Zoom Ultra. El camino sucio fue echado a perder por los efectivos que se personaron en el lugar y sus vehículos, pero también las hallamos junto a los contenedores.

Milo fue hasta la puerta. Siguió el trayecto con la vista hasta el principio de la calle. Así fue como obtuvo las pruebas para implicar al vecino mirón; o Noe ya las tenía en su poder, como parte del plan, y lo único que hizo Isma en el contenedor fue deshacerse de sus deportivas, la piedra y el móvil de ella.

—Y luego regresó —dijo—. Descalzo.

—Correcto. Esas pisadas de salida fueron hechas el domingo de madrugada, poco después de los asesinatos, cuando la sangre todavía estaba fresca. El lunes ya estaba seca.

Milo asintió en silencio. Tras volver, se dedicó a alterar la escena del crimen, el absurdo de las pisadas superpuestas y todo lo demás, hasta el lunes a las seis de la mañana cuando abandonó la casa. Pero treinta horas le seguían pareciendo demasiadas.

—¿Segundo?

—¿Segundo qué? —dijo Márquez.

—Hablabas de las series de pisadas auténticas.

—Sí, hay otras dos en las escaleras; corresponden a las botas de media caña de Noelia Corona. Una serie se dirige hasta su cuarto en la planta superior y regresa a la sala; la otra, en cambio, solo va hasta el pasillo y no vuelve. También hay otra serie de pisadas con sangre de las mismas Nike, estas son de ida y vuelta, de la sala al pasillo y viceversa. Las del sujeto A.

—Entendido, continúa.

—Hay más pisadas de ambos calzados en el pasillo; van hasta el cuarto de Eva Corona, se detienen en la puerta y vuelven cerca de donde yacía el cuerpo, varias veces. Hay otra serie de las botas de media caña de Noelia Corona que se dirigen hasta el armario de su cuarto. Y más huellas de pisadas con sangre de las Nike ante su mesilla de noche. —Y repitió—: Las del sujeto A.

—Queda claro. ¿Alguna más?

Márquez extrajo unas fotos de un dossier.

—Parciales. —Se las mostró—. Son de unas deportivas, pero no hemos podido identificar la marca ni el modelo. No coinciden con el calzado de nadie de la casa. Hallamos estas pisadas con sangre entre la mesa y el sofá, en el camino de la sala a la cocina y en dirección a la entrada, donde se pierden.

—Aquí está el sujeto B —dijo Milo—. ¿Alguna huella de esas deportivas en las escaleras o por la planta superior?

Mientras Márquez negaba con un gesto, trató de visualizar aquellos movimientos, imaginar con qué acciones se correspondían. Fijó la mirada en el sofá.

—¿Encontrasteis rastros de esas pisadas en la tapicería?

—En el lateral y sobre el reposabrazos —dijo Márquez—, cerca de otras que coinciden con

las botas de Noelia Corona.

—Y según esas huellas, imagino que habéis podido deducir la posición de Noe y el sujeto B.

—Las de la chica indican que estaba boca arriba, los pies separados. Las del sujeto B, boca abajo, utilizando el reposabrazos como punto de apoyo, suponemos.

—El de las suposiciones soy yo, vosotros sois los científicos, así que mójate. ¿Qué estaban haciendo?

Márquez se acarició la perilla blanca.

—Por la postura de los cuerpos, más los restos de esperma que hallamos en la tapicería, solo cabe una posibilidad.

—Que es...

—Practicaban sexo.

—Follaban.

—Como quieras llamarlo.

—Por su nombre, sí. ¿Huellas dactilares del sujeto B?

—Ninguna.

—O sea que el tipo llevaba guantes pero no condón.

—Es lo que parece.

—Es lo que indica tu ciencia. ¿O no?

Milo se había acercado y Márquez retrocedió un paso.

—Estás disfrutando, Malart. Te lo noto.

—No eres tan atractivo, solo te ayudo a colaborar conmigo.

—¿Siempre te muestras así, en modo agresivo?

—No tengo forma de saberlo, yo suelo trabajar solo —dijo. Entornó los ojos—. Supongo, porque yo sí puedo suponer, que los restos del otro ADN que hallasteis bajo las uñas de Noe se corresponderán con el sujeto B.

—Te lo diré en cuanto tengamos los resultados.

—¿Y cuándo será eso?

—Mañana —dijo—. Tal vez pasado.

—O el otro. Joder, los necesitamos con urgencia.

—No son un test de embarazo. Paciencia, no queda otra.

—¿La misma que los jefes no tienen conmigo?

—Estamos dentro del plazo habitual.

—Eso a mí no me sirve de nada —zanjó. Se plantó frente al sofá y permaneció inmóvil, con la vista clavada.

—No hay huellas dactilares en los timbres de la verja ni en el de la puerta —siguió Márquez—. Y tampoco en los tiradores exteriores. Pero sí en los interiores. Del sujeto A, Lucas Torres.

—Eso no quiere decir nada, ya sabíamos que estuvo en la casa y que fue el último en salir —murmuró. De golpe, notó un hormigueo en la nuca—. Noe llevaba guantes.

—¿Cómo lo sabes?

—Ni idea —admitió—, me ha salido de forma automática.

—Basta de jueguecitos, Malart. No estoy para bromas.

—Lo digo en serio. A ver, un minuto, déjame pensar. —Dio unos pasos por la sala—. ¿Hallasteis huellas dactilares en la cinta adhesiva que fue usada para atar y amordazar a las víctimas?

—No —dijo Márquez, con precaución.

—¿Ni siquiera parciales?

—Ninguna clase de huellas.

Milo se detuvo ante él.

—Noe llevaba guantes —dijo— y se los quitó para follar.

—Un momento, Malart. Debido a los restos de un segundo ADN bajo sus uñas podemos colegir que, en efecto, Noelia Corona tenía las manos desnudas mientras practicaba sexo. Pero no que hubiera llevado guantes hasta ese momento.

—Márquez, ella no estuvo inconsciente por el cóctel narcótico ni noqueada por golpes durante los crímenes.

—¿Y en qué te basas para afirmarlo con tanta rotundidad?

—Uno, las pisadas de sangre en el sofá demuestran que ya se habían cometido los asesinatos o al menos alguno de ellos. Y dos, las relaciones sexuales fueron voluntarias; Bonhora no halló señales de que fueran forzadas. —Señaló el sofá—. Noe se echó ahí y se trajinó al sujeto B. Delante de los cadáveres de su familia. Aunque no de todos. Juraría que su padre todavía estaba vivo, pero solo es una suposición.

—Continúo sin ver nada que demuestre lo de sus guantes.

—Noe sabía lo que iba a suceder. No solo colaboró desde dentro, sino que también intervino en los crímenes. —Tomó aire y agregó—: Lo que nos toca averiguar es de qué manera.

—Es lo que tú crees, pero no lo puedes demostrar. Solo es tu maldita intuición que lo contamina todo, humo nada más.

—Deja en paz a mi intuición. ¿Quieres pruebas?

—Si eres tan amable.

—Entonces háblame de las salpicaduras de sangre.

Márquez extrajo otro dossier de la maleta.

—Aparte de la suya, las ropas de Noelia Corona tenían salpicaduras de sangre de solo una de las víctimas: su padre. Y de la del sospechoso, Lucas Torres. Es todo lo que hallamos.

—¿Y en sus cabellos y otras zonas descubiertas?

—Salpicaduras de varios grupos sanguíneos —dijo—. Coinciden con los de las cinco víctimas, además de con el de Lucas Torres. —Paró de leer y alzó los ojos—. Pudo recibirlas cuando estaba sentada a la mesa mientras se cometían los crímenes.

—No presentaba señales de ligaduras ni de mordaza.

—Estés conforme o no, nada demuestra que no estuviera drogada o fuera de combate durante los hechos.

Milo hizo un gesto de impaciencia.

—Sin duda, y cuando recupera la consciencia echa un polvo con el tipo que acaba de asesinar a su familia —dijo, irritado—. Si sus ropas no tenían manchas de sangre de las demás víctimas es porque se cambió. Es la conclusión más lógica.

—¿Y dónde está esa ropa manchada de sangre?

—Alguien se deshizo de ella —repuso—. Es de cajón.

—¿Se la llevó el sujeto A?

—Yo me inclino por el sujeto B, pero solo es una hipótesis. Después del polvo, Noe sube a su cuarto, deja un reguero de pisadas, y se cambia ante el armario. Mete toda la ropa sucia en una bolsa y regresa con ella a la sala, donde el tipo con quien acaba de follar la aguarda, y se la entrega para que se deshaga de ella en un contenedor lejos de aquí.

—Aplaudo tu capacidad de fabulación —dijo Márquez—. Me pregunto cuántas fantasías puedes crear por minuto.

—En la casa solo están ella y el sujeto B —prosiguió Milo—. Aún no ha llegado el sujeto A. Y su padre sigue vivo, probablemente medio atontado por los narcóticos y algún que otro golpe. Más tarde es asesinado y Noe está delante, vestida con la nueva ropa que se había puesto. Por eso recibió sus salpicaduras.

—¿Con dos sujetos como testigos?

Milo negó con una sacudida seca de cabeza.

—En ningún momento coinciden ambos en la casa.

—Y eso también lo sabes porque...

—El sujeto B ya se había largado con la bolsa. Lucas Torres no fue el único que salió caminando de la casa. Un momento —dijo—, ¿sabéis ya desde dónde recibió el golpe en la sien izquierda? ¿Fue de cara o por la espalda?

—Sin determinar —respondió—. Mi turno. ¿La bolsa era de basura o de algún supermercado?

—Que te jodan, Márquez.

—¿Por qué te cabreas? Es un detalle crucial. Como lo que hallamos al procesarlo en el hospital. —Extrajo otro dossier—. Gran cantidad de sangre coagulada en sus ropas, de Noelia Corona y de su madre. Y salpicaduras en cabello, rostro y ropas, del padre y de la chica. Tres de las cinco víctimas.

—Lo que indica que llegó cuando el hermano y la abuela ya estaban muertos, y seguramente también la madre.

—Pero no el padre ni Noelia Corona. Ambos fueron asesinados, machacados a golpes con una piedra. ¿Se lo hicieron el uno al otro? —Milo no contestó—. Ah, no, disculpa. Fue uno de los sujetos. Si no me he perdido, el sujeto A, Lucas Torres.

Milo guardó silencio.

—Sea como sea —agregó Márquez—, sigo sin escuchar ninguna prueba que demuestre que Noelia Corona llevaba guantes, como te empeñas en afirmar. —Echó un vistazo a su reloj de muñeca—. Unos guantes que, por cierto, ¿dónde están? Revisamos la casa entera, incluida la basura, y nada. Oye, se me está haciendo tarde. Si no te importa, yo me...

—Noe los metió en la bolsa junto a la ropa —murmuró Milo.

—Claro, suena de lo más conveniente. Así tu historia encaja a la perfección. Lástima que no haya pruebas.

—Las hay. —Márquez estiró el cuello—. Tú mismo has dicho que no había huellas en la cinta adhesiva. Quienquiera que los inmovilizara, tuvo que ponerse guantes. El hecho de que no los hallarais, no modifica la cuestión. Los guantes existieron.

—Eso no te lo discuto. Pero ¿por qué tuvo que ser Noelia Corona quien los utilizara?

—Porque era la única persona en la casa que no estaba inconsciente en aquellos momentos —dijo.

—¿Y el sujeto B?

Sus fuerzas se evaporaron como por ensalmo. Márquez lo observó desinflarse, bajar la cabeza y hundir los hombros.

—Malart, los dos estamos cansados. Lo dejamos aquí y ya seguiremos otro día. —Milo permaneció quieto, la mirada errática—. Trabajar contigo ha sido una experiencia muy estimulante. —Se inclinó para guardar los dossieres en la maleta y cerrarla. Al incorporarse, vio que continuaba sin moverse—. ¿Pasa algo?

Milo hizo un esfuerzo por disimular el bajón y reprimió unos instantes su necesidad de desconectar.

—Solo unas preguntas más —dijo. Márquez asintió con un ademán—. El vómito del suelo. ¿De

quién es?

—Lucas Torres.

—Los restos en la colcha de la pequeña Eva y por su nuca, cabellos y camiseta. ¿Quién se los transfirió?

—Lucas Torres. Como si se hubiera sentado en la cama y la hubiese despertado, sujetándola después por la espalda.

—¿Alguna duda?

—Ninguna.

—Cuarto de Noe. Las huellas en su mesilla de noche.

—De Lucas Torres, tampoco hay duda. ¿Última cuestión?

—Afirmáis que el cuerpo de la madre fue cambiado de sitio. Que murió en la sala y alguien lo arrastró a la cocina. ¿Fue así?

—Así fue, sin ninguna duda. —Márquez cogió la maleta y se dispuso a marchar—. Ha sido un placer trabajar contigo.

—Una última pregunta.

—Que sea la última, adelante.

—¿Quién de tus hombres contaminó la recogida de pruebas en el caso Gotha?

Márquez sonrió con desdén.

—¿Y por qué crees que fue uno de mis técnicos?

—Dijeron que fue el laboratorio.

—Mintieron.

De nuevo a solas, apoyó la espalda en la pared y se dejó resbalar hasta el suelo. Se abrazó las piernas. Reclinó la frente sobre las rodillas y cerró los ojos, la mente abotargada. Dormir, necesitaba dormir. Solo unos minutos. Las imágenes se lo impidieron. El World Trade Center convertido en un mar de ruinas bajo las aguas. Los armazones metálicos de los mercados, retorcidos y oxidados, abiertos como garras hacia el cielo. La torre Mapfre tumbada sobre la otra, las dos tronchadas. Una ola arrasando la ciudad, desde la línea de la costa hasta la montaña. *Negativismo extremo, pérdida de la realidad*. Se le hizo un nudo en la garganta. Los síntomas de que se manifestaba la enfermedad. La disociación. *Percibir el entorno como algo irreal, sensación de extrañeza frente al mundo externo*. Las sienas empezaron a arderle, los ojos se le dispararon hacia dentro y el vértigo lo obligó a enderezarse. *Te quiero*. La sangre dejó de circular. *Y Hugo, también*. Se estremeció. *Me gustaría que esto nuestro tuviera continuidad en el tiempo*. El dolor fue intenso.

Golpeó la pared con la parte posterior de la cabeza. «No eres infalible.» Más fuerte. «Has cambiado.» Más fuerte. «No se puede ganar siempre.» Más fuerte. «Ya no eres el mismo.»

—¡Cállate! —gritó.

Se echó a temblar. «¿Dónde está la maldita fuerza salvadora en tu vida?» La pregunta le mordió el cerebro como una rata hambrienta. «Has perdido.»

—Capullo, esto no ha terminado. —Se levantó y fue hasta la cocina—. No vas a poder conmigo.

Abrió el grifo del fregadero y puso la cabeza bajo el chorro.

Empezó a despejarse poco a poco. *El cuerpo de la madre arrastrado desde la sala.* Se incorporó y observó el suelo, el charco de sangre, el reguero, sin dejar de oír el ruido del agua al caer sobre la pica, fluyendo. Según Márquez, las huellas parciales de unas deportivas se dirigían hasta allí. El sujeto B la había arrastrado. ¿Qué razón pudo haber tenido para cambiar de lugar un cuerpo? Ninguna. ¿Y por qué el de la madre? ¿Por qué no el del hermano, que era más liviano?

—No fue idea tuya, sino de Noe.

El sujeto B obedeció sus instrucciones. Y ella no hacía nada sin una intención detrás; oscura, perversa. Como en sus clips. Cerró el grifo y regresó a la sala. Sus ojos siguieron el rastro casi negro. Tres cuerpos a la mesa, uno en la cocina. La imagen era muy similar a la de la matanza de quince años atrás. Contempló las sillas. Noe había ocupado la de la esquina, de lado, para no tapar la visión del partido de la tele. La única apartada, la más incómoda, con una pata entre las piernas. Intentó ponerse en su piel, experimentar el contexto emocional.

«Tres años siendo el centro de la familia. Hasta que nació Raúl, un hijo varón. Pasa el tiempo, y él imita en todo a nuestro padre para ganarse su afecto. No estoy preparada para soportar las frustraciones y empiezo a infligirme cortes. Hace dos años nace Eva. Dejo de ser la niña de papá.»

—Dos años. Más o menos cuando filmaste el primer clip.

«Y entonces la debacle, la gota que precipita mi oscuridad: descubro que mamá está embarazada, y sé que no de mi padre.»

Clavó la vista en la lata de Coca-Cola. Vacía. Situada ante la silla de la esquina. Extrajo el móvil y llamó a Márquez.

—Coño, Malart, ¿es que tú nunca descansas?

De fondo se oía el ruido del tráfico. Una carretera.

—¿Hallasteis restos de narcóticos en el refresco de cola?

—Estoy conduciendo camino de la General para registrar los diamantes y no puedo...

—Te paras en el arcén y miras el dossier. Ahora.

Aguardó sin apartar la mirada de aquella silla. Debía averiguar qué quería Noe. Qué necesitaba. Cómo se fue radicalizando. Ella era la pieza clave.

—¿Malart?

—¿Sí o no?

—No, pero los resultados no son concluyentes debido a la poca cantidad que...

Cortó la comunicación.

Le sacudió un escalofrío. Cayó en la cuenta de que tenía la ropa empapada, el agua goteando

por la espalda. Se quitó la cazadora, la sudadera, y se secó con esta última. Acto seguido, rebuscó en los bolsillos la fotografía familiar de los Corona.

Fijó la vista en el rostro de Noe.

«Económicamente, tengo casi todo. Pero emocional y afectivamente, nada. Papá es un facha, al igual que Raúl. Mamá pasa, solo le preocupa su imagen y sus líos, es una golfa. Y la abuela no cuenta, siempre está ida. Eva tampoco, solo es una cría mimada. Los desprecio, no están a mi altura, y todo lo que hacen me provoca cólera, rechazo. No tienen sensibilidad ni cultura. Son unos machistas, incluso mi madre. Los veo tontos, superficiales. No me siento hija suya. Soy una extraña en casa, sin ningún tipo de vínculo con ellos. Solo son un grupo siempre en mi contra, burlándose de lo que digo y hago, cuando debería ser al revés porque yo soy especial, alguien único, con talento, una artista. Mi sentimiento de soledad es..., es...»

Allí estaba el vacío. El vacío supremo. Podía palparlo.

El matrimonio Corona apenas se hablaba. Solo se inspiraban indiferencia y menosprecio. Permanecían juntos por mutua conveniencia. Aunque aquello también podía encerrar algún tipo de afecto o complicidad.

«Abomino de todo esto, tanta mentira me resulta insufrible. Me siento como una joven terrorista rodeada de infieles y veo su mundo como algo reducido y claustrofóbico, artificial, del que me gustaría escapar. Y no descubro la salida del laberinto. Porque anhelo una vida de verdad. Quiero salir, pero no huir.»

Un nuevo escalofrío le recorrió la espalda. Y esta vez no era por el agua y la humedad. *¡Reviéntale la cabeza!* Guardó la foto y cogió de nuevo el móvil. Llamó a Rebeca. Escuchó la interminable sucesión de tonos hasta que descolgó.

—Mercader —dijo la subinspectora, en un jadeo.

—¿Interrumpo algo?

—Espero que tu llamada sea por un motivo importante.

—Háblame de tu encuentro con la doctora Herrera.

—¿Pretendes en serio que te lo cuente a estas horas?

—En síntesis.

La oyó maldecir, tomar aire. Y al cabo, pasar unas páginas.

—Hipersensible, inestable, sufría ataques de pánico, refugiada desde pequeña en el abandono voluntario. Su impulso habitual era el autodestructivo y desesperado. Personalidad dominante, hipercreativa. La mentira era una de sus defensas. Una embaucadora casi patológica. Y como su padre, una manipuladora nata. No detectó en ella ningún trastorno, pero se acercaba al perfil del perverso narcisista. Le atraía manejar a la gente, utilizar a su entorno. Inteligente, calculadora, con gran fortaleza interior a pesar de todo. Ah, y tenía una fijación con su familia.

—¿Podía resultar peligrosa para alguien?

—Solo para sí misma. Escucha, Noelia era una joven problemática, con sus rarezas y obsesiones, pero una chica como cualquier otra a su edad. No era una psicópata, ¿entiendes? A

ver si te entra en la mollera de una puta vez.

Milo colgó.

Tuvo ganas de lanzar el móvil contra la pared. Se contuvo y lo dejó caer sobre la cazadora. Lo más sensato era marcharse, olvidar el asunto. Y descansar, como hacían los demás. Estaba harto de pensar en círculos, sin llegar a ningún sitio. Aquello no servía para nada. Se frotó los ojos. De súbito, cabeceó.

O tal vez sí.

—No, tú no eres una chica como las demás, ¿verdad, Noe? Tú no podías dejar las cosas así, no con quienes habían convertido tu vida en un suplicio. Joder, te hacían sentir como una muerta en vida, tú misma te lo grabaste con sangre en la piel.

Pensó en su propio dolor. En la piedra clavada en el centro de su pecho que le impedía respirar con normalidad. Se llevó una mano al punto medio del plexo solar. De poder hacerlo, la hundiría entre las costillas y se arrancaría la maldita piedra de cuajo. ¡La virgen, qué liberación!

—¿De qué serías capaz para borrar el vacío?

Lo vio claro como el agua.

—Abrazaste tu fuerza salvadora. El odio.

La oscuridad acumulada durante tantos años. *Las piedras y las horas*. Tenía que convertir la vida de su familia en una pesadilla. *Todas hieren*. Dirigir contra ellos la violencia interior que le provocaban. *La última mata*. Y empezó a albergar el sueño de su muerte, de la muerte de todos. *La última hora pondrá fin al dolor*. Como en una película. *Podría filmar grandes escenas*. Culpa, crimen y castigo. *Sería una gran película*. Y mientras se imaginaba sus cuerpos ensangrentados, se reducía en su pecho el tamaño de la piedra que la asfixiaba.

—Necesitabas aire, respirar, la liberación. Querías la muerte de tu familia. Y pensabas lograr tu objetivo haciendo lo que mejor se te daba: manipular a la gente. No, a la gente no —se corrigió—. A Isma y al sujeto B. Prometiéndoles setenta y dos vírgenes y ríos de miel.

¡Reviéntale la cabeza!

Intuyó que iba en la dirección correcta. Se dejó llevar.

—Dinero, después del crimen iba a hacerte falta dinero.

Ella desconocía la existencia de los diamantes escondidos en la habitación de su abuela. ¿Cómo conseguirlo? A través de la joyería Corona. Un robo. El robo. Pero tras la muerte de la familia pasaría a ser de su propiedad. ¿Entonces?

—Entonces te enteras de que tu padre va a recibir una valiosa remesa de artículos robados. Un cuarto de millón de euros en oro y joyas. Dinero caído del cielo. Los ríos de miel. Era tu oportunidad, no podías dejarla pasar.

La llamada de los bosnios para avisar a Paco de la entrega se realizó el pasado miércoles, poco antes de las 8.30. Noe estaría aún en la vivienda, a punto de irse al instituto. Pudo oír la conversación telefónica. Se movía por la casa como un gato, espiándolos a todos. Le pareció un poco justo, pero factible. Y fue en ese instante cuando Noe puso en marcha el plan.

—Tienes prisa, como la mayoría de los adolescentes. Quieres que todo sea inmediato, hacerlo ya.

¡Reviéntale la cabeza!

Necesitaba a alguien para llevar a cabo el robo. El sujeto B. Quizá también para ejecutar los crímenes. Y a un chivo expiatorio a quien poder cargarle los asesinatos. Para irse de rositas.

—No tuviste que buscar mucho, lo tenías delante: Isma.

Las cosas cuadraban. Un chico obsesionado, al igual que Noe, pero él por el crimen de su familia ocurrido quince años atrás. Y estaba colgado por ella, le sería fácil manipularlo para servir a sus planes. Sabía cómo hacerlo, qué tecla tocar.

—La tragedia de su pasado.

Ok, lo haré.

Sintió el impulso de marcarse unos pasos de baile.

—Esta era tu intención cuando hiciste mover el cuerpo de tu madre de la sala a la cocina. Provocar el efecto mimesis en la mente de Isma, para trastornarlo. Y servirnos en bandeja al perfecto culpable.

Eufórico, dio rienda suelta a su arrebató al compás de un ritmo inexistente. En pleno subidón, presintió que alguna pieza no encajaba. «Algo salió mal.» Se detuvo.

—Acabaste asesinada.

Se sintió ridículo. Aquella historia quedaría muy bien en el informe. Como invención. Muchas piezas permanecían sueltas, no había nada que celebrar. Como mucho, solo había logrado un punto de partida. Supo lo que iba a pasar a continuación.

Se vino abajo.

La fatiga volvió a invadir su cerebro como una neblina tupida. *No me des como un caso perdido, por favor.* Noe y su plan. Su cómplice, el sujeto B. Y un culpable ideal: Isma. Los tres danzaban en su mente, las identidades confundándose unas con otras, adoptando la forma de un cuerpo con tres cabezas.

Alcanzó el móvil y llamó a la jueza Cabot.

—¿Milo? —dijo, con voz somnolienta.

—Necesito más tiempo.

—Dame un momento, que al menos abra los ojos.

—Tienes que ampliar el plazo de retención a setenta y dos horas. Te avisé de que esto podía suceder.

—¿No has averiguado nada más?

—Sé quién fue la inductora del crimen múltiple, tal vez incluso la persona que cometió los crímenes, pero todo lo que tengo en contra de Isma es circunstancial. —La oyó ahogar un bostezo —. ¿Te estoy aburriendo?

—Milo, yo no soy como tú. Necesito dormir.

—Una prueba forense, por pequeña que fuera, nos bastaría para detenerlo. Pero no la tenemos.

—¿No había hallado la Científica rastros de ADN de dos personas bajo las uñas de una de las víctimas?

—Aún no disponen de los resultados. Y aunque uno de ellos coincidiera con el de Isma Torres, no sería concluyente.

—Pero sí suficiente para presentar cargos.

—¿Te crees que no lo sé? —soltó, irritado—. Escucha, no tenemos nada, ¡nada! ¿Lo entiendes?

—Estaré dormida, pero no sorda. No me grites, ¿quieres?

—Si no tuvieras tanta... actividad musical con tu brasileño, no estarías tan dormida. Deberías controlar tus necesidades.

—Y tú, la boca. ¿Por qué me sales con esto ahora?

Milo se mordió la lengua. Desahogaba su impotencia con quien tenía más a mano, y la jueza no era responsable de su frustración. Sin embargo, le sentaba bien, le suponía un alivio, y estaba demasiado cansado como para frenar la tentación.

—Porque tendrías que ser más profesional. Por eso.

—Inspector Malart, voy a contar hasta tres. O cambias el tono o te juro que...

—¡Qué, joder! ¿Con qué me vas a amenazar? ¡Yo no tendría que estar aquí llevando este caso, sino con Ella en Biarritz!

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿De quién coño estás hablando? ¿Quién es «ella»?

—Setenta y dos horas, señorita. Necesito un día más. Podrías ordenar una reconstrucción, para ganar tiempo.

—Imposible, no insistas.

—Nada es imposible para un juez.

—Escribe eso en las paredes del metro, a ver si alguien se lo cree. Tenemos las cuarenta y ocho horas preestablecidas y punto, no se hable más.

—¿Por qué si puede saberse?

—Primero, porque soy la jueza que instruye este caso y no tengo que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a ti, ¿queda claro? Y segundo, porque Antonio Torres ha presionado todo lo que se puede presionar en esta maldita ciudad y sus argumentos han convencido a quienes tenían que convencer.

—¿Qué argumentos?

—El chico no tiene antecedentes y no hay riesgo de fuga, de destrucción de pruebas ni de que vuelva a cometer un delito.

—¡Pero si es justo lo contrario! ¡Hay muchas posibilidades de que se salte a la torera precisamente todo eso!

—Salvo que mañana logres que hable. O mejor dicho, dentro de unas horas.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Me lo puedes decir? Si ha sido lo bastante inteligente como para callar hasta ahora, ¿por qué va a empezar hablar? Sería gilipollas, y ha demostrado que no lo es.

—Porque se va a enfrentar a ti y no se imagina de qué pasta estás hecho, la que se le va a caer encima.

—Me adulas, pero no esperes gran cosa.

—Sé que lo vas a acorralar, que vas a poner todo tu talento en juego para forzar su declaración.

—Eres muy sutil a la hora de presionarme.

—¿Sutil, yo? Te estoy presionando con todo el descaro. Y lo hago porque te conozco. Bajo presión es como mejor trabajas.

—¿Y si no lo consigo?

—Entonces dejaremos libre a Isma Torres y será sometido a estrecha vigilancia por el Grupo.

Milo permaneció callado unos instantes.

—¿Puedo confesarte algo, Susana? —dijo, al cabo.

—Solo si luego me dejas seguir durmiendo.

—No estoy fino, nada fino.

—Tú nunca estás fino, inspector Malart. Pero una vez me salvaste la vida, ¿recuerdas? Le sonsacaste la verdad a aquella loca del demonio y tampoco estabas en tu mejor momento.

—Ahora es diferente, he cambiado.

—A otra con ese cuento —espetó—. Tienes hasta las once de la mañana, espero resultados.

Cortó la comunicación.

Milo parpadeó, perplejo. Empleó varios minutos en decidir qué hacer a continuación. Se puso la sudadera, la cazadora, y se encaminó hacia la puerta. Apagó la luz y salió de la casa. En lo alto de las escaleras, agradeció el golpe de viento que recibió en la cara. Las hojas caídas revoloteaban a su alrededor. Se fijó en sus trayectorias. Indecisas, azarosas, sin rumbo fijo. Como él. Inspiró con hondura, un instante, y bajó los escalones. Torció a la derecha, se acercó hasta el coche patrulla y devolvió la linterna a uno de los agentes.

—¿Todavía trabajando a estas horas, inspector?

Observó el final de la calle. Aquel era el camino más corto para llegar a la comisaría de la plaza de España. Isma salió de la casa el lunes por la mañana y dobló a la izquierda, tomando el camino más largo. Tuvo que hacerlo por algún motivo.

—O no, tal vez solo fue por costumbre —murmuró.

—¿Disculpe, inspector?

—Buena vigilancia, agentes —dijo.

Arrastró los pies hasta su vehículo en la avenida Miramar. Se puso al volante. Antes de arrancar, llamó a Irene por enésima vez. Escuchó la voz enlatada de siempre y colgó con enfado.

Dio al contacto. Lo apagó. Llamó a Mercader.

—Joder, Malart, ¿qué pasa ahora? —dijo, la voz ronca.

—Estoy encallado.

—¿Y para esto me despiertas?

—¿Dormías? —preguntó, el tono inocente.

—¿Tú qué crees?

—Estoy encallado. No lo veo.

—¿Qué es lo que no ves?

Tardó un momento en contestar.

—No veo nada —dijo al fin.

—Ese chico no es inocente.

—No intervino en tres de los asesinatos.

—Pero sí en los otros dos, el del padre y la chica.

—No lo tengo nada claro —insistió.

—Sabemos la verdad aunque no podamos demostrarla.

—¿De verdad sabemos la verdad? —repuso—. Yo no la veo.

—Porque te falta descanso, eso es todo. Duerme un rato, mañana tienes que estar en plena forma.

—Estoy hasta los cojones de este caso.

—Te pasa lo mismo con todos los casos. Hasta que cierras el círculo y los resuelves.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—¿Es muy personal?

—¿Realmente yo te dejé tirada?

—Como un pañuelo usado.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Y por qué yo no lo recuerdo así?

—¿Porque tienes memoria selectiva?

Silencio.

—Nunca he pretendido herirte —dijo Milo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—Más o menos.

—Ya es agua pasada, no te preocupes.

—No me preocupo. ¿Estás ahora con ese comemierda?

Ella colgó.

Milo miró el móvil sin comprender qué mosca le había picado. Hasta que se apagó la pantalla. Condujo hacia la Barceloneta a marcha lenta, resbalando por las calles desiertas como un zombi en un inmenso trampolín de hielo. Aparcó sobre la acera, puso la credencial de los Mossos d'Esquadra en el salpicadero y bajó del coche. Subió los cuatro pisos hasta el ático con una sola idea en la cabeza: echarse en la cama y dormir. Abrió la puerta y se adentró en la oscuridad. Oyó una voz con marcado acento extranjero que provenía de la sala al tiempo que notaba el inconfundible tacto del cañón de una pistola en la nuca.

—Por fin llega usted a casa, inspector Malart.

El hombre a su espalda dio al interruptor de la luz y cerró la puerta. Lo empujó con el arma para que avanzara en dirección al individuo que aguardaba sentado en una silla, cerca del terrario.

—Empezaba a perder la paciencia —dijo. Hombros anchos, pelo cano a cepillo, el rostro tallado en piedra, nariz recta y ojos claros, de mirada fría—. Es usted un juguista.

—Los de la judicial somos unos vagos. —Se acercó a la urna de metacrilato y se inclinó hacia la pequeña tortuga—. ¿Cómo estás, Tía? ¿Me has echado de menos?

El animal ni se inmutó y permaneció como siempre, quieta.

—Me castiga, por no prestarle atención —explicó.

Alargó una mano para alcanzar un bote blanco de plástico y el tipo hundió el cañón en su nuca.

—Movimientos lentos, inspector Malart —dijo el hombre del pelo cano—. A Bakir no le gustan las sorpresas. Ahora, con la mano izquierda, saque su arma con dos dedos.

—¿Cómo sabe que no soy zurdo?

—Usted correrá el riesgo.

Milo cogió el bote blanco, lo destapó con calma y volcó parte de su contenido en el terrario.

—Aquí tienes tu comida, Tía. No tienes por qué ponerte así conmigo. ¿No te alegras de verme? ¿Ni siquiera un poco?

—Su arma, inspector Malart.

—¿Sabe que está cometiendo un delito? —Cerró el tapón con parsimonia, sin apartar la mirada de la tortuga, y dejó el bote en la mesa—. Otro más en su larga lista.

—Lo hago por su bien, para que no haga nada insensato.

—Es mi naturaleza, la cabra tira al monte.

El hombre hizo un gesto a Bakir y este, sin contemplaciones, lo dobló sobre la mesa, le separó las piernas y lo palpó hasta extraer su HK. Luego, dio un paso atrás y aguardó instrucciones.

—¿Qué tal si ahora toma asiento y charlamos un rato? —dijo el hombre del pelo cano cortado a cepillo.

—Estoy bien de pie, Goran Juric. Si quería hablar, haberlo dicho antes. Conozco un sinfín de terrazas y siempre estoy abierto a una buena conversación.

—Sabe quién soy.

—El jefe del clan de Mostar, sé sumar dos más dos. En busca y captura. Se les escapó por un pelo, ¿eh?

Goran Juric hizo otra seña a Bakir, quien de inmediato agarró a Milo por los hombros y lo hizo sentar en una silla.

—Bakir, no sabes cuánto te lo agradezco —resopló Milo—, estoy agotado de tanto bailar. Dicho esto, si vuelves a tocarme otra vez, se te acabó el baile de por vida. La cabra, el monte y la madre que te parió, no lo olvides.

Juric soltó una risotada seca.

—Me habían hablado de ti y no se equivocaban. ¿De verdad estás loco o solo es una pose?

—¿Ya se ha terminado la buena educación? Como quieras, yo también prefiero tutearnos. Dime para qué has venido y acabemos con esto de una vez, me muero de sueño.

—Vi vuestra rueda de prensa y no me gustó lo que oí.

—Pues eleva una queja al Departamento de Comunicación con los Medios, a mí qué me cuentas.

—No tuvimos nada que ver con ese crimen múltiple, esto es lo que te cuento —dijo Juric, la voz gélida.

—La investigación sigue su curso.

—Un asunto así atrae una atención no deseada sobre nosotros y perjudica los negocios, como ese tipo de declaraciones. Y también a mis compatriotas, ¿no ves las noticias?

—Lo siento por ellos, con toda el alma.

—Que no te engañen mis modos —advirtió—. Esta que ves solo es mi tarjeta de presentación amigable. Pero tengo otras.

—No puedo hablar de una investigación abierta, pero de momento no descartamos ninguna

posibilidad —mintió—. Y un ajuste de cuentas es un móvil tan grande como una casa.

—Te digo que no intervenimos. No es nuestro estilo.

—Y tú eres un hombre de palabra, claro está.

—De palabra, y de negocios. Te propongo un trato.

Milo se recostó contra el respaldo.

—No me gustan los tratos. Siempre salgo perdiendo.

—Tengo ojos y oídos por toda la ciudad, puedo serte muy útil. En este y en próximos casos.

Milo extendió un brazo hasta el terrario y dio unos golpecitos para llamar la atención de la tortuga, sin conseguirlo. Dejó escapar un suspiro.

—¿Y qué tendría que hacer yo a cambio?

—Desviar la atención.

—¿Eso es todo?

—Y cerrar esa línea de investigación que solo es una pérdida de tiempo, te lo aseguro.

—Y una fuente de problemas para vosotros.

—Convince al juez de que no participamos, y que el intendente ese lo declare pronto en una nueva rueda de prensa.

Milo dio un bostezo.

—¿Alguna cosa más?

—Deberías tomarme en serio, por tu bien.

—Y lo hago, solo que los cantos de sirenas me dan sueño. —Pensó en probar suerte y tiró la caña—: Le hiciste un préstamo a Paco, para abrir la joyería. Hace más de quince años.

—Una forma de lucrarnos ambos.

—Espero que a bajo interés —dijo. Un cabo cerrado.

—Sé quién ha intentado vender el oro y las joyas robadas. Tiene prisa por deshacerse del material, le quema en las manos.

Milo guardó silencio. La identidad del sujeto B.

—¿Y bien? —dijo Juric—. ¿Cerramos el trato?

—No es suficiente, ya sabemos su nombre.

Goran Juric no pudo disimular una expresión de asombro.

—Es un farol —concluyó al cabo de unos instantes—, no sabéis de quién se trata.

Milo se incorporó de golpe y el matón levantó el arma. Juric le hizo un ademán para que la bajara.

—Comprendo —dijo el bosnio, sin perderlo de vista mientras caminaba por la sala—. Quieres dinero.

La adrenalina le despejó un interrogante. Isma torció a la izquierda al salir de la casa porque sintió lo mismo que él en aquellos momentos. Miedo. Lo vio con claridad meridiana. Por aquella zona vivía el sujeto B y temió toparse con él en una de las callejuelas. Por eso escogió el camino más largo pese a estar al límite de sus fuerzas. El barrio: Poble Sec. Las calles: una de ellas era la

França Xica. Allí se hallaba el domicilio del tipo que salió huyendo cuando Sena y Boada fueron a interrogarlo.

Decidió probar suerte por segunda vez.

—¿Tengo pinta de necesitar pasta? —dijo.

—Todos queremos más dinero y a ti, como mínimo, te conviene una cerradura más consistente. Tienes el piso como una pocilga, con todas esas cajas de cartón por...

—¿También eres decorador? —cortó.

—Y amigo tuyo, de momento. Pero todo puede cambiar.

—*D'accord*, la vida puede deparar muchos imprevistos y todo el rollo. Tengo un nuevo trato para ti —dijo. Volvió a tomar asiento frente al bosnio—. Yo desví la atención, convenzo al juez y logro que el intendente declare en una rueda de prensa que vosotros no estáis implicados en el crimen.

—Mis socios y yo te estaremos muy agradecidos.

—Y a cambio, tú no le tocas ni un pelo a Andy Castro.

Juric se echó para atrás en la silla. Agrietó el rostro.

—Lo quiero vivo y coleando —continuó Milo—, sin un rasguño. Y cuando los ojos y oídos que tienes repartidos por la ciudad detecten su presencia, nos avisas y nosotros acudimos a detenerlo. Nosotros, ¿me has entendido? Vosotros, ni tocarlo.

—¿Y las joyas y el oro?

—Unas veces se pierde y otras se gana. Así son los negocios.

—Son nuestras, queremos recuperar el material.

—No se puede tener todo. ¿Hay trato o no?

Juric lo taladró con la mirada.

—Mi oferta expira en tres segundos —añadió Milo.

—¿Y no quieres nada para ti?

—Me gustan las cajas de cartón y las cerraduras inservibles.

—Trato hecho —dijo Juric. Extendió una mano hacia él.

Milo lo imitó, pero en dirección al otro bosnio.

—Mi arma.

Bakir miró a su jefe.

—La dejaremos abajo, sobre los buzones, no somos estúpidos —dijo Juric—. ¿Tengo tu palabra?

—La tienes, siempre y cuando tus hombres se espabilen en dar con Andy Castro.

—El asunto también nos corre prisa.

—Y sin accidentes. A ese tipo le gusta saltar por las azoteas y no quiero que se caiga de un edificio, ¿queda claro?

Juric pareció meditar la respuesta.

—Eso ya no dependerá de nosotros, sino del destino.

—Pues asegúrate de no ser tú su destino.

El semblante del bosnio adquirió una tonalidad marmórea.

—Eso ha tenido gracia —dijo, la voz grave.

—¿Piensas que soy un chistoso?

—Aún no lo he decidido. —Se encaminó hacia la puerta—. Como propina, te diré que he oído por ahí que has cabreado a alguien importante.

—Rumores.

—No es cosa mía, ese tipo de negocios no va conmigo, pero yo de ti vigilaría mi espalda.

—¿La tuya o la mía?

Juric soltó otra risotada seca. Regresó sobre sus pasos.

—Si me haces la pregunta correcta, te digo el nombre. Tienes dos oportunidades.

—¿Y deber un favor a alguien como tú? ¿Crees que se me va la olla?

—Tú mismo, solo intentaba proteger mi inversión. Volveremos a vernos.

—No, eso no va a suceder. Como entres otra vez en mi casa, también para ti se habrá acabado el baile.

Juric lo observó con los ojos entornados.

—¿Por qué coño me miras? —soltó Milo. Señaló la puerta—. Largo de aquí.

El jefe del clan mafioso negó suavemente con la cabeza.

—Lo tuyo no es una pose —dijo—. Me tratas sin respeto, incluso me amenazas, sabes que alguien va a por ti y pasas, pasas de todo. Tú no vas a acabar bien, estás loco.

—Es la historia de mi vida, ¿y qué?

Juric dio media vuelta y abandonó el ático. Los oyó bajar las escaleras. Se destensó al tiempo que dejaba escapar el aire. Luego, estiró un brazo hacia el terrario. La mano temblaba.

Jueves

El matrimonio Parés Morera caminó por el muelle en dirección a su yate. Entre ambos iba una joven vestida con falda corta, blusa sin mangas y zapatos de tacón. Por sus andares, dedujo que iba colocada. Salió del coche con rapidez y corrió hacia ellos con la placa en alto. La pareja se giró mientras la joven sonreía de forma bobalicona. Extrajo las esposas y puso la mano en el hombro de Ivo Parés para detenerlo. Su cara petulante se deshizo en arena negra, desvaneciéndose todo él como en un truco de magia. Se encaró con Mónica Morera y ocurrió lo mismo; al cogerla del brazo, se volatilizó en el aire, entre sus dedos. La joven estaba a su espalda. Se volvió para decirle que ya estaba a salvo y ella le clavó un cuchillo en el estómago, hundiéndolo hasta la empuñadura. Se despertó. *Tú no vas a acabar bien, estás loco.* Parpadeó. El muelle estaba desierto, sin apenas luces. Intentó recordar qué hacía allí. Tras la marcha de los bosnios, se había metido en la cama y tratado de conciliar el sueño. La adrenalina se lo había impedido. Después de un rato peleando con las sábanas, había decidido dejar de contemplar el techo. A bordo de su vehículo, el piloto automático lo había conducido hasta el dúplex de Rambla Cataluña con Provença. Apagado, vacío. Acto seguido, lo había llevado hasta el muelle donde los Parés Morera tenían amarrado su yate. Sentado al volante, se había quedado dormido.

Se sintió ridículo.

Observó que empezaba a clarear y regresó a la Barceloneta sin encontrar tráfico. Ante un semáforo en rojo, le extrañó la falta de atascos. Los CDR debían de estar durmiendo. Se preguntó qué clase de defensa era aquella que no dejaba un retén de guardia, y se planteó lo mismo respecto a los del otro lado. ¿Qué hacían por las noches los dos bandos? ¿Dormir? La luz cambió a verde y dio gas con suavidad mientras murmuraba la *Chacona*.

Se zambulló en el mar cuando despuntaba el alba. El viento no había amainado y braceó sin esfuerzo a favor de la corriente. *No me des como un caso perdido, por favor.* Noe, Isma y el sujeto B, Andy Castro; el último en entrar en escena. Tenía que alcanzar la orilla como fuera. Repasó lo que sabía de él. Hurtos, trapicheos, palos de vez en cuando, palizas por encargo. Un tipo violento. Fuerte, atlético. Dos tatuajes en el cuello, un león y un dragón. Después de las Navidades, tuvo un encontronazo con Paco Corona a raíz del follón en el parque debajo de la calle Julià. Lanzaron huevos a su casa, echaron basura en el jardín. ¿Fue entonces cuando Noe lo conoció? Un «malote» que se enfrentó con su padre. ¿Desde ese momento pasó a ser su «dragón»? El clip parecía confirmarlo.

Continuó nadando, ahora contra la corriente.

Trató de establecer la línea temporal. Isma recibió una llamada perdida de Noe a las 22.06 de la noche del sábado. Estaba por la zona, esperando. A las 20.42 había cogido un autobús de la línea 55 en la plaza de Cataluña hasta la parada de la avenida Miramar, un trayecto de media hora, cuarenta y cinco minutos como máximo. No llegaba tarde para ver el partido, sino mucho más pronto de lo que Noe le había indicado.

El robo se produjo a las 22.26. Calculó que había unos veinte minutos entre la calle Julià y la joyería Corona en Sants. Andy habría abandonado la casa sobre las diez de la noche como máximo, poco antes de que Isma llegara a partir de las 22.06. ¿Lo vio marcharse? No tenía forma de saberlo, salvo que el joven lo declarara. La horquilla de tiempo se iniciaba a las nueve, cuando el partido de fútbol había dado comienzo. Si las víctimas habían tardado unos quince minutos en estar lo suficientemente débiles como para no oponer resistencia, Noe y Andy habrían dispuesto de un intervalo de unos tres cuartos de hora para sonsacar a Paco Corona la información que necesitaban para cometer el robo.

Tiempo más que suficiente.

Paró de nadar, se puso boca arriba e hizo el muerto.

—Rebobina, no nos adelantemos.

Antes de las nueve de la noche, Noe introdujo el cóctel narcótico en la comida y la bebida. Esperó a que todos fueran cayendo. Se puso los guantes y ató a cada uno a su silla y los amordazó. Menos a Eva. A ella la subió en brazos a su cuarto y la echó en la cama. ¿Por qué? No supo qué responder.

—¿Y qué hiciste después?

Una llamada perdida a Andy y esperó a que llegase. Entre los dos se ocuparon de la familia. Como reses en el matadero, sin ver venir el golpe, sin apartar la cabeza. El hermano, la madre, la abuela. El horror. La matanza.

—Todos iban a morir. Ya lo habías decidido. El robo solo es un complemento, los crímenes son tu objetivo principal.

Volvió a nadar, ahora con prisa para alcanzar la costa. La corriente lo había alejado y otra vez maldijo la absurda idea de bañarse en un mar en aquellas condiciones. Aumentó el ritmo de las brazadas mientras pugnaba por no perder el hilo.

Isma y su grado de implicación en el crimen múltiple. Intentó visualizarlo cuando llegó: inquieto, muy nervioso, agotado. Casi no había podido dormir durante la última semana, Noe se había encargado. Lo quería manejable, débil; en un estado ideal para resquebrajar su voluntad. Y luego estaba el clip que recibió el viernes de madrugada, a las 3.53. Un tipo con una máscara de cerdo rebotando sobre el cuerpo de Noe. Como si estuviera en pleno acto sexual. Imaginó que aquello debió de suponer para Isma el mismo efecto que si se hubiera tomado un litro de café, una descarga de epinefrina que lo mantuvo insomne. Y por añadidura, otra de dolor. Tardó diecinueve minutos en decidirse. Hasta las 4.12. Y pese a todo, accedió a ir a la casa, formar parte de su plan. *Ok, lo haré.* «¿Porque eres dócil?» Todo su entorno coincidía: era incapaz de revolversse contra

nadie. Nunca se enfrentaba o atacaba ni alzaba la voz para llevar la contraria. Lo afirmaban sus padres, su hermana, Barreda, su amigo Shyam.

Tanta gente no podía estar equivocada.

Braceó con cansancio y redujo la velocidad.

Noe abrió la puerta, Isma entró en la sala. Vio los cuerpos amordazados y atados a sus sillas. Todos muertos. La sangre. El cadáver de la madre yaciendo en el umbral de la cocina sobre un charco rojo oscuro.

—Un momento —dijo. Paró de nadar y de nuevo se puso boca arriba—. ¿Todos estaban muertos? ¿También Paco?

Onduló sobre la superficie del mar a causa de los vaivenes.

Hasta aquel instante había dado como válida la hipótesis de que Paco continuaba vivo. De no ser así, ¿para qué quería a Isma en la casa? Había asociado el sexo que mantuvo Noe a otra forma de tortura más. La excitaba que su padre fuera testigo. Luego, se cambió de ropa en su cuarto, la metió en una bolsa, como los guantes, y le dio instrucciones a Andy para que se deshiciera de ella camino de la joyería. Y cuando él se fue, hizo la llamada perdida a Isma y este se presentó en la casa.

—¿Qué planes tenías para ellos?

Observó el cielo.

Varios fragmentos sueltos se unieron hasta adquirir un sentido. Un cabeza de turco, un culpable. Las heridas de Isma. Además de las defensivas, presentaba una fuerte contusión craneoencefálica. Alguien había intentado acabar con él.

—Andy regresó. Tras cometer el robo.

Se había equivocado: sí que coincidieron en la casa. Con Isma muerto, Noe lo señalaría como el asesino. Ya tendría preparada su versión: «Fue él, estaba como loco. Mató a toda mi familia. Me defendí y...». Aquella chica había aprendido lo de la verdad de después, y la pensaba poner en práctica.

—Andy tuvo que regresar, para encargarse de Isma. Y luego, hizo otro tanto con Noe. Por doscientas cincuenta mil razones.

Pero no tenía ninguna prueba.

Se echó a nadar. La fuerza del mar lo obligó a emplearse a fondo otra vez. Al rato, tuvo que reducir el ritmo de nuevo, le faltaba aire. Intentó mantener una cadencia baja pero constante mientras tenía la impresión de que, por cada metro que avanzaba, retrocedía tres, como si alguien le estirara por los pies hacia atrás. Borró aquella sensación y se centró en batir brazos y piernas sin hacer caso de la protesta de sus músculos.

El plan de Noe se convirtió en el plan perfecto para Andy. Se volvió codicioso y no quiso compartir el botín con ella. Se fue de la casa dejando un reguero de cadáveres. Y sin testigos. No reparó en que Isma solo estaba inconsciente. Eva no le importó, no le había visto la cara en ningún momento.

Continuó luchando contra la corriente. Cada vez más débil.

Hizo un último esfuerzo. Al límite de su resistencia, comprobó que ya hacía pie y dejó de nadar. Caminó contra la resaca paso a paso, con dificultad. Salió del agua otra vez gateando y, exhausto, se dejó caer sobre la arena.

—Jefe, usted no aprende nunca, ¿verdad? —dijo un anciano.

—Déjalo, no tiene remedio —señaló una mujer con voz de cazalla—. Es un chalado.

Se puso boca arriba y trató de insuflar aire en sus pulmones.

—Señora —jadeó—, no puedo... estar... más de acuerdo.

—Le hemos traído sus ropas —dijo otro anciano. Las dejó caer a su lado—. Para que en su estado no tuviera que ir a buscarlas hasta la otra punta, por la corriente.

—Son... ustedes... muy amables.

Milo cerró los ojos. *¡Reviéntale la cabeza!* Una idea empezó a abrirse paso en su cerebro. *Ok, lo haré.* Pero Isma no pudo.

—Por eso... vomitó —dijo, sin resuello.

Los ancianos se miraron sin comprender.

Entró en las oficinas del GEHME y solo vio a la sargento. Le preguntó si había llegado la subinspectora Mercader. Ella observó sus ojeras, la expresión demacrada, y negó con un gesto.

—¿Tampoco el sargento Crespo?

La mujer volvió a sacudir la cabeza.

—Maldita sea —dijo. Movié el cuello en todas direcciones—. ¿Se sabe algo de Andy Castro, sargento Corominas?

—Estamos peinando la ciudad, pero parece habérselo tragado la tierra. Y soy la sargento Humbert, Carlota Humbert.

Milo fue a la sala de descanso. Poco después, regresó con dos tazas de café. Dejó una delante de ella, acercó una silla y tomó asiento. Le preguntó si había alguna novedad sobre la búsqueda de las deportivas, la piedra o el móvil de Noelia Corona.

—Ninguna, continúan buscando.

—¿Los inspectores Sena y Boada encontraron algo en el registro de la habitación de Andy Castro?

—Solo pequeñas cantidades de droga.

—¿No unas deportivas con sangre en las suelas? —La sargento hizo un gesto negativo—. ¿Tampoco una bolsa con ropa manchada de sangre y unos guantes?

—¿Tenían que haber encontrado todo eso?

—Ya, hubiera sido un golpe de suerte, demasiado fácil.

—Por el resto del piso hallaron un arsenal de armas blancas. Bates, puños americanos... Nada relacionado con el caso.

—¿Cómo vais con los metadatos? —dijo. Dio un sorbo al café—. ¿Habéis recuperado lo que borró Manel Vergés?

Humbert extrajo un dossier de una pila y se lo dio.

—Lo que hemos salvado por ahora. Las fotos no han sido problema, pero los vídeos son muy pesados. El proceso es lento.

Milo abrió el dossier. Fotos de Noe en su cuarto tomadas a través de la ventana, las cortinas descorridas. En la mayoría aparecía en posturas comprometidas, ligera de ropa o desnuda. Algunas eran claramente robados, pero tuvo la impresión de que otras eran posados, como si ella hubiera sabido lo que estaba haciendo el vecino de enfrente.

—¿Cuándo obtendréis esos vídeos? —preguntó. Cerró el dossier y lo lanzó sobre la mesa—. Es urgente.

—Inspector, hacemos todo lo que podemos.

—¿Todo? —repuso—. Aquí solo te veo a ti.

—No somos máquinas, necesitamos descansar.

—Ya habrá tiempo, cuando cerremos el caso. —Apuró el café y fue en busca de otro. Al regresar con dos nuevas tazas, vio que ella lo aguardaba con un dossier extendido—. ¿Qué es?

—Lo que ibas a pedirme. El informe del registro que efectuaron los inspectores Sena y Boada del cuarto de Lucas Torres.

Milo dejó las dos tazas en la mesa y tomó asiento.

—Hazme un resumen —dijo.

—No encontraron nada significativo. Su habitación es fría, sin fotos ni pósteres. Un cuarto ordenado, vacío de emociones.

—¿Nada significativo? —replicó. Para Isma, él *murió* a los tres años. Desde entonces vivía en la zona gris, sin apego por nada—. Nos perfila un retrato de su aspecto emocional.

—Me refería a algo tangible, no a lo intangible.

—Una cosa no tiene sentido sin la otra si quieres averiguar cómo es una persona en realidad —masculló.

—Esta mañana alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

—¿Y quién te dice a ti que me he acostado? —Vació la taza en dos sorbos y señaló la segunda—. ¿Te lo vas a tomar?

Humbert hizo un gesto negativo mientras se ruborizaba.

—Tranquila —dijo Milo—, solo es mi parte intangible en acción, no es nada personal.

Ella se aclaró la garganta.

—También hallaron estos cuadernos —dijo. Sacó media docena de un cajón. Parecían libros de contabilidad, con las tapas moteadas de blanco y negro, las etiquetas numeradas y de unas cincuenta páginas cada uno—. Escondidos en un armario.

—¿Los has leído? —Ella asintió—. ¿Me los puedes resumir?

—Es complicado, mejor que los leas tú mismo.

—Son trescientas páginas, ahora no tengo tiempo.

—¿Y un vistazo por encima? Son apuntes sobre las personas de su entorno. A ese chico le gustaba hacer preguntas extrañas. Las preparaba con antelación, supongo que para provocar incomodidad, y luego anotaba ahí sus respuestas.

—Para estudiar sus reacciones, como un científico.

—También contienen un registro de gestos y actitudes, incluso con descripciones de las diferentes voces. De personas con nombre y apellidos, todo pormenorizado hasta el último detalle.

—Acabas de hacer el resumen —dijo. Aquello coincidía con el testimonio de su hermana, que Isma se dedicaba a mimetizar sus ademanes. Según Elsa, para adquirir confianza; según su psicólogo, una conducta normal en un niño que trataba de imitar a sus mayores—. ¿Cuál es la fecha de la última anotación?

—Hará cosa de diez días.

—Ya no es un niño —murmuró—. ¿Y sobre quién es?

—Una de las víctimas, Noelia Corona.

Milo asintió muy despacio. Isma se había pasado la vida interpretando, simulando los roles de otros para no llamar la atención. Y su último modelo había sido una joven problemática. Su alma gemela. Alguien con quien se sintió como ante un igual.

—¿Puedo comentarte algo? —preguntó Humbert con precaución. Milo accedió—. Todo esto podría reflejar cierto trastorno del apego. La inseguridad, su dificultad para relacionarse con los demás, el vacío interior. ¿Es un chico retraído? —Asintió—. ¿Con lentitud mental?

—Diría que sí. Aunque tal vez la finge, no sé.

—Pues ahí lo tienes, aunque solo es una opinión.

Aquello confirmaba lo que se temía tras charlar con él ayer unos minutos. Iba a ser un sujeto difícil en un interrogatorio. Gracias a su reclusión mental respecto al exterior, había desarrollado una gran capacidad de observación. Unida a su alta empatía, más su habilidad para mimetizar el entorno, daba como resultado un rival muy complejo, tal vez un cazador. Lo iba a analizar, a manipular. Si es que no lo había hecho ya. *No me des como un caso perdido, por favor*. Suspiró con hondura, y alcanzó la última taza de café que había llena sobre la mesa.

—¿Algún problema, inspector?

—Lo veremos dentro de un rato, sargento. —La apuró de un trago—. ¿Algo más sobre Isma Torres?

—Sí, su ordenador. —Buscó en la pila otro dossier y se lo entregó—. Guardaba un archivo de todos los contactos que mantuvo con Noelia Corona. Ahí tienes una copia en papel. Lo titulé N-1, no se rompió mucho la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Que Lucas Torres pasó a un archivo Word todos los SMS, wasaps y correos que cruzó con esa chica, incluso transcribió las conversaciones telefónicas y anotó las llamadas perdidas. Todo

apuntado con día y hora, por orden cronológico. Estaba más que pillado por Noelia Corona.

Milo alzó el dossier.

—¿Y todo está aquí?

—Absolutamente todo, desde el primero hasta el último.

Lo abrió e hizo pasar las páginas. Calculó unas cien. Le preguntó si podía hacerle un resumen. Humbert se rascó la mejilla.

—Va a ser un poco difícil.

—Solo me interesan las líneas generales, no la letra pequeña.

—Pues..., la verdad, no sé cómo hacerlo.

—¿En algún momento le dice que lo quiere o algo parecido?

La sargento sacudió la cabeza.

—En ninguno, pero eso no significa nada. Lo insinúa de otras maneras, con los habituales «Solo pienso en ti», «Somos almas gemelas», «Estoy contigo», «Te veo por todas partes», «Eres alguien excepcional», cosas así.

—¿Hay fluctuaciones en el tono? Ya sabes, ahora cerca y ahora lejos, íntimos y después impersonales, frecuentes y luego distanciados. Fluctuaciones de este tipo, de un extremo a otro.

Humbert meditó unos momentos.

—Sí, sin duda —dijo, al cabo.

—O sea, que ella estuvo jugando con él.

—Es lo que se desprende. Sin embargo —añadió—, yo no lo llamaría juego. Es diferente. Me recuerda a algo que estudiamos en psicología.

—¿Tú también estudiaste psicología?

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—La virgen —resopló—, estoy rodeado de loqueras. Sigue.

—Al principio parece que es sincera. Ambos se entienden, más en un sentido amigable que sentimental. Por ambas partes. Como si juntos hubieran vivido momentos de felicidad, aunque tal vez de forma intermitente. Hay complicidad, sintonizan. Algunos mensajes reflejan que para ellos era muy agradable esta sensación.

—¿La del descubrimiento de no ser el único bicho raro?

—Exacto. Pero poco a poco se percibe que Noelia no soporta algo más romántico, como si para ella fuera signo de debilidad o de dependencia. Hay momentos en que él se pone tierno y ella lo castiga con el silencio, o más directamente con su frialdad. Y entonces es cuando empieza a poner en práctica lo que te decía, el *gaslighting*. Pero solo es una impresión, que conste.

—En cristiano.

—Le hace luz de gas, una de las formas más efectivas de abuso emocional.

—Dime en qué consiste. Un resumen.

Le explicó que era una actitud intimidatoria, controladora y narcisista que se llevaba a cabo de modo intencionado. Producía en el otro la destrucción de su autoestima y confianza. Todo de

forma muy sutil. La víctima se volvía incapaz de funcionar de manera independiente, se transformaba en una persona insegura y dejaba de confiar en su juicio, intuición y valía. Solo a través de los demás, sobre todo de su abusador o abusadora, era capaz de verse reforzada.

—Es la tortura favorita de las parejas —concluyó.

Milo se echó para atrás en la silla. Si este era el caso, no debió de ser complicado para Noe aplicarlo en Isma. Él era débil antes de conocerla, sin seguridad en sí mismo ni autoestima. Ya era terreno abonado.

—¿Cuándo se produjo el cambio? —preguntó.

—Más o menos a partir de Navidades, poco después.

—¿Y cómo lo llama en esos contactos? ¿Lucas o Isma?

—Al principio, Lucas. Y luego, Isma.

Milo se llevó las manos a la cabeza.

—Se lo contó —dijo—. El muy idiota tuvo que contárselo, esto lo confirma. ¿Ella menciona algo de un plan en esos contactos, en algún instante hablan sobre el crimen?

—No, pero hay un intercambio de wasaps muy llamativo. Los cruzaron el viernes, de madrugada, y parecen la continuación y cierre de una conversación en directo. Puedes leerlos —dijo. Señaló el dossier—. Son los últimos que pasó al archivo.

Milo fue a la página final. «Luego estaremos juntos, será una gozada», había escrito Noe. La respuesta de Isma era el emoticón de la cara sin boca y dos puntos negros sobre fondo amarillo. «¿Dónde está el problema? Yo lo haría por ti», replicaba Noe. Antes del amanecer del sábado, él contestó: «Ok, lo haré». Ella le había enviado el emoticón del pulgar hacia arriba y dos frases: «Y yo te haré feliz. Te aviso con una perdi». La promesa de las setenta y dos vírgenes. Se preguntó por los ríos de miel.

Levantó los ojos.

—Da la impresión de que lo había estado presionando, ¿no te parece? —dijo Humbert. Milo no contestó. La sargento se volvió hacia el ordenador y manejó el ratón—. Hay otro archivo, N-2. Solo contiene un vídeo de doce segundos y varios fotogramas extraídos de él. Lo filmó Isma Torres en mayo del año pasado, según indica el marcador de tiempo. —Clicó en la pantalla y luego la giró hacia Milo—. Lo hizo con su iPhone.

En el monitor apareció Noe en un plano medio, con la frente apoyada en el cristal de una tienda de ordenadores. La imagen era nítida, pero se movía con ligeros temblores. La expresión de su rostro era ensoñadora. Una joven adolescente extasiada ante la oferta de aparatos informáticos, los ojos fijos, ausente del mundo a su alrededor. Le recordó la escena de una película clásica. Pero ni Noe era Audrey Hepburn ni la tienda de la manzana mordida era la joyería Tiffany. Aunque tal vez sí para una joven que entonces contaba dieciséis años.

Milo se incorporó de golpe y caminó por la oficina con paso nervioso. Estaba cansado de recabar información sobre Isma Torres. Todo tenía un límite, incluso estrujarse los sesos. Notó las mariposas en el estómago, signo inequívoco de que había llegado el momento.

Se detuvo ante Humbert.

—Llama a calabozos y dile al sargento de guardia que suba al retenido a la sala 1 de interrogatorios.

—¿Antes de que lleguen el inspector jefe y los demás?

—Que lo suban de inmediato. Ya es la hora.

—Instinto.

—¿Qué? —dijo Isma.

—Hablaba conmigo. —Disimuló su alivio. De entrada, había roto su mutismo. Fingió leer el dossier que sostenía en las manos. Pasó muy despacio las páginas, las fotos; sin teatralidad, los movimientos justos—. ¿Te han dado de desayunar?

Silencio.

—¿Te han dado de desayunar? —repitió Milo.

Silencio.

Alzó la mirada y observó su rostro. La palidez, el apósito de la frente, los moratones cada vez más amarillentos, los arañazos en las mejillas; el flequillo con el que se tapaba la cicatriz del pasado y, al otro lado, los puntos de sutura en la sien izquierda por la herida reciente. Y su parapeto: las gafas grandes y de diseño antiguo. Algo en su apostura había cambiado. Lo vio más seguro, más entero. Diferente. No le dio la impresión de ser una persona tan dañada.

Cerró el dossier, lo dejó sobre la mesa.

—Ya no estás bajo los efectos de una conmoción —dijo—. El lunes, vale. El martes, quizás. Ayer miércoles, lo dudo. Pero hoy jueves, seguro que no. Solo hay que verte la cara.

El joven no despegó los labios.

—Te ha sentado bien estar aquí —siguió Milo—, el descanso. Has podido dormir. Y dormir cura. Ni comer ni beber, la clave es dormir. Lo sé por experiencia.

Isma mantuvo la vista fija en Milo sin abrir la boca.

—Yo me paso durmiendo la noche entera, como un lirón. Y todo el día. No sé, a lo mejor sufro de narcolepsia. ¿Tú qué opinas? —No obtuvo respuesta—. Solo me despierto para hacer ver que trabajo. Esto es un chollo, ¿no crees?

Más silencio.

—La parte buena de dormir tanto es que mi inconsciente hace toda la labor, no yo. Y mi inconsciente funciona muy bien, te lo aseguro. —Adoptó una expresión compungida, como si le pidiera disculpas—. Ha atado varios cabos. ¿Te cuento cuáles?

No contestó.

—Vale, sigues callado. Igual que con mis compañeros. Te han interrogado durante casi dos días y no has soltado prenda. —Y en falsete, añadió—: «Busca un buen abogado y cierra la boca». ¿Es eso? Has visto muchas películas.

Silencio.

—La pregunta que se hizo mi inconsciente es por qué callas como una puta. —Ninguna reacción—. Hay varias posibilidades. Las primeras son de índole general. Porque ya nada te importa, porque intuyes que nadie te va a creer, porque repites en tu cabeza la misma actitud de hace quince años. —Isma entrecerró los ojos en un gesto fugaz—. Pero ya no eres un crío de tres años asustado. ¿O sí? Me refiero a lo de estar asustado.

Aguardó algún comentario. En balde.

—También hay otras más concretas. La primera, porque eres inocente y tienes miedo del asesino. Fuiste testigo y temes las represalias. Pero ayer te dije que podemos protegerte si hablas. Y no hablas, cuando sería lo más lógico si no tienes nada que ocultar. O sea, ¿descartamos que seas inocente?

Silencio.

—La siguiente posibilidad es porque eres culpable. —Se levantó y se puso a dar vueltas por la sala—. Eres culpable y no quieres incriminarte. Chico listo. ¿Y qué haces? Confías en que hallemos las pruebas que sembraste en la casa y, con el caos de rastros, cruzas los dedos para que nos resulte imposible presentar cargos en tu contra y te dejemos libre. —Se situó a su espalda. Invadió su espacio, acercó la boca a su oreja—. Sueñas, esto nunca va a ocurrir. La Científica es la hostia, adora a la diosa Ciencia y nada escapa a su análisis. Tardarán más o menos, pero sus conclusiones serán irrefutables. Solo es cuestión de tiempo.

Se situó en frente, buscó el contacto visual. Sin éxito.

—Y si crees que el hecho de haberte entregado es tu mejor coartada, olvídale. Ya te digo, los de la Científica son la hostia en vinagre, tan inexorables como Hacienda, no sé si me explico. —Apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia él—. Lo de ir a la comisaría de la plaza de España estuvo bien pensado. Encajaría con tu versión de que eres una víctima más. —Volvió a impostar la voz e imitó una más juvenil—: «Yo no lo hice, acudí a la llamada de auxilio de mi amiga Noe y al llegar alguien me noqueó por la espalda. No pude ver quién fue ni si era más de uno. Es todo lo que sé». —La falseó hasta volverla ridícula, como la de una niña—: «Al recuperar el conocimiento salí de la casa y fui a la policía. Necesitaba huir, salir de allí, ponerme a salvo...».

De nuevo, esperó su reacción. Isma ni parpadeó.

Milo volvió a tomar asiento.

—Lo extraño contigo —dijo— es que ni siquiera tratas de colarnos esa versión. Mi inconsciente se pregunta por qué. Lo que nos lleva a la tercera y última posibilidad. Que no eres inocente ni culpable. Sencillamente, no lo sabes.

Isma enarcó una ceja.

—Ahí te he dado, ¿no? —dijo Milo.

—Continúa.

—A eso iba, pero si me interrumpes constantemente no hay manera de entendernos, ¿no crees? —dijo. Vio en su rostro un asomo de perplejidad y añadió—: ¿Vas a dejarme hablar o no?

El joven hizo un ademán con la mano en su dirección.

—Joder, me has hecho perder el hilo. ¿Por dónde iba?

—Que no sé si soy culpable o inocente.

—Exacto. No estás seguro de lo que hiciste y callas porque no quieres autoinculparte, por si las moscas. ¿Es esto? —Isma frunció los labios y Milo percibió su esfuerzo por no decir una palabra—. ¿Ves como mi inconsciente es la pera en verso? Él hace todo el trabajo y yo me llevo el mérito.

Isma se cruzó de brazos. Ante aquella declaración gestual de defensa, Milo se vio obligado a cambiar de estrategia si no quería perder lo poco que había ganado.

—Está bien, antes te he mentido —reconoció—. No pego ojo y mi inconsciente no tiene más remedio que trabajar cuando estoy despierto, lo que me convierte en un...

Isma descruzó los brazos y lo interrumpió.

—Vale, ahora sí —dijo—. Me han dado de desayunar.

—Conoces todos los trucos, ¿eh? —El joven se encogió de hombros con un movimiento leve—. Y no tragas las mentiras.

Isma movió la cabeza muy despacio de izquierda a derecha.

—Hay que desayunar bien, es importante —dijo Milo—. Yo lo hago cada mañana, me pego unos banquetes de tres pares.

—¿De verdad tú eres poli?

—De verdad de la buena. Bien, se han acabado las mentiras.

—Isma, estamos solos. Detrás de ese espejo —lo señaló— no hay nadie de momento. Pero estoy obligado a avisarte de que todo está siendo grabado.

El muchacho permaneció impertérrito.

—Puedes asentir conforme lo has comprendido.

Isma asintió de forma casi imperceptible y Milo creyó vislumbrar un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Tienes un problema, un problema muy gordo. En plata, un puto problema de todos los demonios. Lo sabes, ¿verdad? —El joven se mantuvo inmóvil—. Lo sabes. Un problema de tres pares de narices. Quiero que lo entiendas, que te quede bien claro. Un problema como una catedral de grande, ¿lo oyes?

—¿Qué hora es? —dijo Isma, la voz tranquila.

—Las ocho pasadas. ¿Por qué?

—En menos de tres horas ya no tendré ese problema.

—¿Eso es lo que crees?

—Es lo que dicta la ley.

Milo sacudió la cabeza.

—Dentro de tres horas puede que salgas de aquí, pero la investigación continuará. Esto no va a terminar para ti así como así. No hasta que no nos cuentes qué sucedió la noche del sábado. — Abrió el dossier, extrajo las fotos de las víctimas y las repartió con parsimonia sobre la mesa, de cara al joven. Eligió un primer plano del rostro desfigurado de Noe para situarla justo en el centro —. Son cinco las víctimas. Cinco. Un niño entre ellas.

Isma apartó los ojos y apretó los labios.

—Ahora tienes que tomar una decisión —prosiguió Milo— y espero que sea la acertada. No podemos deshacer lo que está hecho, pero sí aclararlo. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—¿Qué edad tienes?

Milo enarcó las cejas.

—La suficiente.

—¿Y qué edad es esa?

—Más de la necesaria.

—¿Cuántos años?

—Mira, no llevo bien el paso del tiempo, así que no te voy a responder. ¿Por qué te interesa?

—¿No eres ya un poco mayor para ir con sudadera y tejanos? Ya veo, crees que con esta pinta pareces menos viejo. Por eso te vistes así

Supo que lo ponía a prueba. Que pretendía desestabilizarlo con preguntas incómodas, para estudiar sus reacciones.

Contraatacó.

—Noe mantuvo relaciones sexuales con Andy en la casa justo antes de que tú llegaras —dijo —. Poco después de tres de los asesinatos, y delante de su padre moribundo. ¿Lo sabías?

El semblante de Isma se descompuso por una fracción de segundo. Se llevó una mano a las gafas y las ajustó sobre la nariz. Luego, retomó la expresión hierática y guardó silencio.

—Intuyo que han tratado de incriminarte —dijo Milo—. Pero si no hablas conmigo, no podremos ayudarte. Si quieres que te exoneremos, tienes que contarme qué sucedió.

Silencio.

—Tú me das y yo te doy. Es un intercambio, ¿comprendes? Esto funciona así. Si tú me ayudas, yo te ayudo. —Ningún comentario—. Y si no estás seguro de lo que ocurrió, siempre nos queda la mayéutica. Preguntas y respuestas, diálogo. ¿No te gustaría saber qué pasó?

Silencio.

—Escucha, me pediste que no te diera como un caso perdido y es lo que he hecho. Tengo a media comisaría en mi contra por tu causa y ¿qué haces tú? Nada, quedarte ahí sentado y poner cara de paisaje. ¿Es así como me lo agradeces?

Se mantuvo inmóvil.

—Hemos visto los clips de Noe. Todos.

No hizo ningún gesto.

—Te filmó atacándola con una piedra, besándola a la fuerza. Las imágenes son explícitas. ¿No

tienes nada que decir?

—Solo era un juego. A Noe le gustaba filmar cosas así y yo colaboraba con ella, como actor. Eso es todo.

—No, eso no es todo y lo sabes. ¿Cuándo te diste cuenta de que esos clips formaban parte de su plan? ¿La noche del sábado?

Isma se agarró las manos y dejó de mantener la espalda recta. Sin percatarse, inclinó los hombros hacia delante.

—No, la noche del sábado, no —dijo Milo—. Tuvo que ser antes. Te lo olías hace semanas. Su juego.

Silencio.

—Ella lo planificó todo para cargarte las culpas. Y lo hizo con tiempo, de manera minuciosa y premeditada. Primero te evaluó, para saber cómo eras. Después, te manipuló. Y por último, la noche del sábado...

—Ayer me dijiste que una amiga tuya había intentado suicidarse —atajó—. ¿Fue por ti?

Milo no contestó.

—¿No hablabas de mantener un diálogo? Dime, ¿fue por ti?

Dudó en responder o no. Decidió hacer las dos cosas.

—Puede.

—¿También era parte de su plan, un juego?

—Es posible, no lo sé.

—O sea, tú también caíste en la trampa. ¿Habrías sido culpable de su muerte o solo una pieza más de su plan?

—Nunca lo sabremos, ¿no crees? Ella está viva. Y hay otra diferencia: no me rechazó, fue al contrario.

—Eso no cambia las cosas.

—Las cambia por completo —replicó Milo.

—¿Le pusiste tú la soga al cuello? ¿Le cortaste tú las venas? ¿Le echaste tú las pastillas en el agua? ¿No? Entonces tú no hubieras sido su asesino.

—Pero sí el responsable. ¿Es eso lo que ocurrió? ¿Noe echó la droga en el agua y luego te ofreció un vaso?

—Sí... creo, no lo sé —balbuceó—. Me sentí flojo, raro.

—¿Y luego? ¿Qué sucedió a continuación?

—Alguien me dio un golpe en la cabeza y caí al suelo del pasillo, en la planta de arriba.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Aunque nadie me crea, es lo único que recuerdo —dijo. Se tocó la garganta—. Me marché, no me acuerdo de nada más.

Milo adivinó por aquel gesto que le estaba ocultando algo.

—¿Qué quieres decir con que «te marchaste»?

—Que luego todo fue brumas, oscuridad. Como si alguien hubiera apagado la luz.

—Intentas camelarme.

Isma negó de forma insistente con la cabeza.

—¿Y no viste quién te golpeó?

—Fue por la espalda —dijo.

Milo no tuvo ninguna duda de que lo engañaba. Se planteó apelar a su narcisismo, pero descartó la idea. Aquel chico no tenía un ápice de vanidad. Decidió aplicar otra línea.

—Aceptaste ir a la casa.

—Era más difícil quedarme en la mía que ir a la suya.

—Pero al final fuiste por tu propia voluntad, a sabiendas de lo que Noe tramaba.

Isma tragó saliva. Desvió la mirada.

—No podía hacer otra cosa, ella me lo pidió —dijo—. No quería fallarle, nunca me lo hubiera perdonado.

—¿Temías por ella?

Asintió.

—¿El amigo de Noe es peligroso?

Bajó la cabeza.

—Andy, sí —dijo, con un hilo de voz.

—¿Cómo de peligroso?

Se encogió sobre sí mismo.

—Mucho. Y su padre más. Es el jefe de una banda.

Aquello no le encajó. Isma no era un luchador, en ningún caso se hubiera vuelto contra Andy. No era su naturaleza. Por más que Noe lo hubiera activado, él nunca habría reaccionado con violencia. Ni siquiera para defenderla. Tenía que haber otra causa que justificara su presencia en la casa la noche del sábado.

—Habíamos quedado en que se habían acabado las mentiras.

Isma empezó a balancearse adelante y atrás.

—Es la verdad, te estoy diciendo la verdad.

—Te ofreció setenta y dos vírgenes si acudías, ¿no es así?

Se detuvo de golpe.

—No entiendo...

—Te prometió sexo.

Silencio.

—Y fuiste a pesar de saber su plan, las hormonas a tope, con la esperanza de que por fin cumpliera su promesa. Un sueño que esperabas hace tiempo.

Silencio.

—Porque tú y Noe nunca lo habíais hecho.

Isma volvió a balancearse en silencio. Bajó la cabeza y la desvió a un lado, para no ver las

fotos.

—Siempre te daba largas —prosiguió Milo—. Se limitaba a toquetearte, a ponerte a cien, a jugar contigo. Y tú suspirabas por algo más. No tenías bastante con que te la cascara a escondidas. Querías el lote completo.

—Yo no soy como los demás —musitó—. Yo soy diferente.

—Lo sé, conozco tu dolor.

—Nadie conoce mi dolor —dijo, los ojos apretados.

—Créeme, sé lo que sentiste, el deseo frustrado. Es capaz de enloquecer a cualquiera, de hacerte perder la razón. Por eso fuiste. No por temor a lo que pudiera pasarle, sino para hacer realidad tu deseo y apagar el fuego interior de una puta vez.

Levantó la cara lentamente. Lo miró sin pronunciar palabra.

Milo percibió su ira.

—¿Estás enfadado? —No contestó—. ¿Te cabreaste con Noe la noche del sábado ante su nueva negativa? ¿Fue así como sucedió? —Golpeó con el dedo su foto con la cara convertida en una masa sanguinolenta—. Te sentiste estafado una vez más y lo viste todo rojo de repente.

—Jamás le habría hecho daño.

El énfasis extra. Ocultaba una mentira. Hurgó en la herida.

—Te dejó con los pantalones bajados, como siempre. Esa chica era una calientapollas. Y adiós a las setenta y dos vírgenes.

—No hables así de ella.

—Y una neurótica retorcida, además de una falsa. Adiós también a los ríos de miel. No ibas a ver ni un euro.

—¿De qué hablas? —soltó—. Tú no comprendes nada.

—Lo que comprendo es que eres virgen. A tus dieciocho años y aún sin estrenar. Tiene que ser jodido.

—Eso no es cierto.

—No te has comido un rosco en la vida. Menuda putada.

—¡Eso no es cierto!

—¿Tomas drogas? ¿Alcohol?

—Nada es como tú dices.

—¿Algún tipo de medicación? ¿Ansiolíticos?

—Me los recetó mi psicólogo, ¿por qué? —Y añadió con rapidez—: ¿Crees que pudieron causar todo esto?

—¿Te consideras una persona equilibrada?

—Me hacían ir como un sonámbulo, me nublaban la mente, los odio. No te lo puedes ni imaginar, tú no sabes nada.

—Sé que engañas a tus padres con las actividades extraescolares. Eres un mentiroso.

—¿Y qué? Todos lo hacen.

—Al acabar las clases te ibas a otro sitio. ¿Un piso, un almacén? —Recordó los clips de Noe y tuvo una idea a bote pronto—. Un sótano. Porque era un sótano, ¿no es así?

—¿CÓ... cómo lo sabes?

—Y allí te aislabas voluntariamente, lo que es un indicativo de esquizofrenia paranoide.

—¿Me estás llamando chiflado?

—¿Dónde está ese sótano, tu refugio?

—No sabes nada.

—Sé que llevas muchos años sopesando la idea del suicidio.

Isma desorbitó los ojos.

—Estás... loco —dijo.

—Y que también has pensado en matar a otras personas.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—Por ejemplo, cuando recibiste el enlace del clip de Noe y la viste montádoselo con un tipo con máscara de cerdo.

Isma volvió a agarrarse las manos, los ojos como platos.

—Y sin embargo, fuiste a la casa. Si ella lo hacía con cualquier mamarracho, ¿por qué no contigo? Eso te sacó de tus casillas. No podías soportarlo. Y Noe lo sabía. Por eso te envió el enlace. Para demostrar su poder sobre ti. —Se detuvo. Dejó pasar unos instantes para que la idea calara en su entendimiento. Al cabo, agregó—: ¿Y sabes qué es lo mejor de todo? Que acudiste como un perrito moviendo la cola; mejor dicho, como un perro salido, igual que en sus clips. Justo lo que ella pretendía.

Isma abrió la boca, la cerró.

—Te tenía en sus manos, hacía contigo lo que quería.

—Andy volvió —dijo, sin asomo de rabia.

Milo estiró el cuello.

—¿Afirmas que ese tipo regresó a la casa después de cometer el robo? —Silencio—. ¿Lo viste?

—Andy volvió —repitió, sin inflexión.

—¿Lo viste o no? ¡Contesta!

Isma se enderezó en la silla, soltó las manos y las dejó caer por los lados. Clavó la mirada en la puerta, detrás de Milo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Milo habría jurado que sonreía.

El interrogatorio se le estaba yendo de las manos, aquel chico no hacía otra cosa que jugar con él. Para ganar tiempo.

Se repantigó en el asiento y adoptó una postura abatida, con la cabeza baja y una pierna

extendida. De nuevo, la sensación de irrealidad lo acometió con la fuerza de un tornado. Había conectado con él desde el momento en que coincidieron sus miradas tan solo un instante, cuando llegó a comisaría el martes por la mañana. Y no porque le remitiera a Marc, sino porque le recordaba a él mismo. Su empeño en levantar una urna de cristal para protegerse del entorno, sus ojos de cervatillo asustado, dócil. También se sentía perdido entre la gente. Fue como mirarse en un espejo. Dos identidades descompuestas por las experiencias de sus respectivos pasados, por la negrura que había teñido sus infancias. Isma, el asesinato de su familia. Él, la muerte de su madre a manos de su padre. Dos episodios de los que abrían un boquete en la cabeza, condenándolos a vagar por la sociedad a ciegas. Y ambos, abocados a un castigo final tan cruel como injusto: la soledad. Él, había aceptado su destino sin rebelarse, con resignación. Isma, no.

Hundió los hombros.

Ella. Su abrazo. Cómo echaba de menos su calor ahora. Isma lo había percibido. Su herida, tocado. Y se había aprovechado. Tal vez él también había reconocido la inestabilidad emocional, la vulnerabilidad de alguien marcado por la ausencia, incapaz de sustraerse a ella. Como él.

Nada tenía sentido. Todo su entorno le había contado que Isma era un joven inseguro, apocado, sin sangre en las venas. Pero había comprobado todo lo contrario. Era fuerte, con confianza en sí mismo. No había ni rastro del chico supuestamente controlado por otra persona, sin autoestima. Al revés, era capaz de funcionar de manera independiente; confiaba en su valía, intuición y juicio. Hasta ese momento, creía que Isma no era nada sin Noe, que solo a través de ella se sentía reforzado. Y por eso, entre otros motivos, había deducido que había ido a la casa. Porque no podía desobedecerla. Hubiera estado perdido, obtenía toda su fuerza de Noe. ¿La había engañado también a ella?

Cabeceó desconcertado.

Su actitud demostraba el error. Aquella sonrisa era la prueba de que había recuperado la confianza, si es que alguna vez la había perdido. Recordó el testimonio de su hermana Elsa. Los casos de *bullying* que había sufrido. Su falta de reacción, sin enfrentarse a los abusos. Era una constante en su vida. No, no había duda de que la había recuperado. Se preguntó cuándo, en qué momento había ocurrido. La respuesta acudió sola a su cerebro: la noche del sábado. Ahí cruzó la frontera del antes y el después. Cuando no permitió a Noe que lo manipulara más. Y solo pudo ser de una forma. A través de la ira. Así había dado comienzo el nuevo Isma. Y supo exactamente por qué, cuál había sido el detonante del cambio.

Se frotó los ojos.

La noche del sábado dejó de ser solo un imitador pasivo para convertirse, también, en un manipulador. En alguien activo. Adiós al pobre y dócil Lucas, bienvenido el fuerte y hostil Isma. Un muro de mentiras contra el que se había estrellado en el interrogatorio hasta ese momento. Una pared.

Una pared espejo.

Aquel había sido su juego. Le había devuelto uno por uno todos sus intentos de

desestabilizarlo. Como un frontón del que salían rebotados. Y había regulado el tempo y la intensidad imitando sus actitudes. Como si lo hubiera mirado a través de un cristal. Incluso sus gestos, reflexionaba ahora, habían sido falsos. Una interpretación.

Le estremeció su sangre fría. De golpe, cambió de parecer.

Aquello le daba una oportunidad.

Se mantuvo reclinado en la silla, cabizbajo. La imagen de la derrota. Confió en que su nueva estrategia diera resultado y aguardó a que cayera en la trampa del juego de los espejos.

No tuvo que esperar mucho.

—¿Fue con otro tío? —dijo Isma. No respondió—. La mujer que te engañó. Me lo explicaste ayer. ¿Se lo hacía con otro tío?

Milo se rascó la yema del dedo con una uña.

—Más o menos —murmuró—. No quiero hablar de eso.

—¿Cómo lo descubriste?

—Até cabos.

—¿Y cómo supiste que era cierto?

—Lo supe, eso es todo. ¿Y tú?

Isma lo miró con suspicacia. Sin embargo, respondió.

—Lo mismo, más o menos.

—Jode, ¿verdad? —Cabeceó—. Te haces ilusiones y todo lo demás, y al final resulta que sus sentimientos estaban en la garganta o entre las piernas.

—¿Por qué lo hacen?

Milo se encogió de hombros.

—Ellas, nosotros. Todos practicamos lo mismo. La mentira.

—Yo, no.

—Tampoco yo, pero así son las cosas.

—¿Y cómo reaccionaste?

Milo volvió a encogerse de hombros, concentrado en retirar una mota invisible de su índice izquierdo.

—Me cabreé, le dije de todo. La ira siempre funciona. ¿Y tú?

Isma se ajustó las gafas.

—También le solté un par de cosas.

—¿Entonces no era solo un rollete? —preguntó, sin alzar la vista—. ¿La querías?

—Éramos amigos, almas gemelas.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Y en tu caso?

Milo tardó unos instantes en contestar.

—Ni almas gemelas ni hostias, sentí algo muy fuerte hacia ella. Era tan genial, tan jodidamente fantástico, que tenía la impresión de que era imposible que algo tan bueno me estuviera pasando,

¿entiendes? De que no era real. —Negó con la cabeza, como si no pudiera dar crédito—. No, no me merecía un final así. Si vosotros solo erais amigos o esa mierda de las almas gemelas, no lo puedes comprender.

—Bueno, yo también sentía algo muy especial por ella.

—El amor duele, más que la muerte. Se muere alguien y al día siguiente amanece, como si tal cosa. Fíjate si no en una fila de hormigas. Matas a unas cuantas y al cabo de un rato vuelven a ir en fila india. Igual que los seres humanos tras un atentado. La vida continúa, es así. En cambio, cuando te rompen el corazón, ya nada vuelve a ser lo mismo, joder.

—Yo no sé si...

—Al mundo le da igual lo que nos pase, le resbala nuestro dolor. Nos ignora. Pero tú eres joven, te reharás. Tienes toda la vida por delante. Encontrarás a otra.

—No, yo no tengo talento social. No habrá más oportunidades para mí. Ni otra chica como ella. Lo sé.

—Son las reglas —continuó Milo—. Absurdas, si quieres, pero no es posible escapar de ellas. —Se dejó resbalar más en el asiento—. Joder, cuando creía que lo había logrado, que por fin tenía a alguien que me correspondía, todo se deshizo como un castillo de naipes.

—Como un sueño del que uno se despierta.

—Y sin importar el motivo. Porque sí. Esto es lo que más me jode. Debería estar castigado por la ley. ¿Sabes qué me dijo?

Isma lo animó a seguir con un ademán.

—Que yo era un tipo excepcional, pero que no estaba preparada. Esto es lo que me dijo. —Levantó los ojos—. Que no estaba preparada. ¿Te lo puedes creer? Después de más de medio año juntos y me sale con esa gilipollez. ¿Qué había hecho durante todo ese tiempo? ¿Tomarme el pelo?

—Eso no lo sabes. A lo mejor... simplemente cambió.

—Lo sé, y punto. Nunca estuvo colada por mí, no era lo bastante bueno para ella. —Volvió a bajar la mirada—. Es una mierda. Y yo, un capullo. No volverá a pasarme.

—A mí me dijo que yo nunca le había importado mucho.

—Es que es la leche —continuó Milo—. Ocurre lo imposible, el amor con mayúsculas, amar y ser correspondido, o lo que yo creía que era correspondido, y todo se va por el retrete en un abrir y cerrar de ojos. —Hizo chasquear los dedos—. A la mierda la fuerza salvadora. Y lo peor no es eso. Lo peor es que te habías acostumbrado a vivir de verdad y entonces te lo quitan de golpe. ¿Y qué te queda? El vacío, nada más que el vacío. ¿Me puedes decir cómo puede uno retomar el día a día después de haber probado la vida de verdad? No, ya no te puedes conformar con menos, no hay vuelta atrás. La ausencia es una condena a perpetuidad. Como Sísifo y la piedra. Un castigo eterno.

—Y nada tiene ya sentido. Ni razón de ser.

—Los dos hicimos algo estúpido: creer en alguien. Lo irreal, lo que no es de este mundo, es el amor.

—Sí, somos unos ingenuos.

—¿Quieres saber cómo la conocí? —Isma asintió—. Fue por la calle. La vi ante un escaparate. Desvalida, solitaria, distinta. El corazón me dio un vuelco. Al principio no me atreví a hablar con ella. La seguí hasta su casa. Luego, volví a hacerlo varios días. Averigüé sus rutinas. Hasta que me armé de valor y me hice el encontradizo. Ya ves, de lo más patético.

—Yo no lo veo así. Estabas colado, nada más.

Milo hundió la barbilla en el pecho.

—A mí nunca me había hecho esto ninguna mujer.

—Ahora ya sabes —murmuró Isma— cómo es sentirse débil e indefenso, tan vulnerable en manos de alguien.

Milo asintió con pesadumbre.

—Solo te quieres morir, que te trague la tierra. Y destruir. El odio, la venganza. —Se enderezó de súbito en la silla—. Exactamente lo que sentiste la noche del sábado cuando te dijo que tú nunca le habías importado mucho.

Indicó con un gesto la foto de Noe sobre la mesa.

—Cuando te rechazó —dijo.

El rostro de Isma enrojeció.

Aquella reacción no se podía fingir y Milo supo que no formaba parte de su interpretación, que había bajado la guardia dejando un resquicio abierto. Se lanzó de cabeza.

—Desde que el bocazas de Jordi te contó la tragedia de tu familia, te viniste abajo. No querías vivir, te reclusiste en ti mismo, y en ese sótano que alguien te prestó, en tu cueva. Rodeado por los espectros de los ausentes. —Hizo una pausa. Lo miró con fijeza—. Tuvo que ser jodido, ¿me equivoco? En el presente no deberían vivir los fantasmas del pasado. Pero viven. —Le asaltó una intuición—. Visitabas la antigua casa familiar, la de Capità Arenas. ¿Sigue vacía?

Silencio.

—Da igual, ya lo averiguaremos nosotros.

—Fue vendida —dijo, seco—. A una empresa de publicidad. Un par de años después del crimen. No fueron capaces de conservarla hasta que me hiciera mayor.

—Solías ir allí. Y te quedabas en la calle, observando el jardín, la fachada, las ventanas. Desde la esquina opuesta, en silencio, ensimismado. Solo. En aquella casa fue donde moriste, donde terminó todo. Y donde todo comenzó. Te propusiste descubrir qué pasó, por qué, quién lo hizo.

Los labios de Isma empezaron a temblar.

—No podía vivir sin saber las respuestas.

—Y lo más doloroso es que no tenías recuerdos, apenas unas imágenes borrosas. Tuvo que ser muy duro.

Silencio.

—Y entonces acudes a tu amigo Fermín Barreda, tu salvador. Le pides explicaciones, pero no te convence su historia.

—La policía miente, todos mienten.

—Tu obsesión crece, no te sirve la versión oficial del caso ni el cierre de la investigación. Aferrarse al asesino es aferrarte a tu familia, y vas por la calle soñando con él a todas horas.

—El caso no fue cerrado, solo fue archivado.

—Por eso crees reconocerlo, en cuatro ocasiones. Pero Barreda te desmonta cada una de ellas. Sin embargo, con el quinto hombre estás convencido. Barreda también lo investigó, ¿verdad? —Silencio—. Da igual, ya nos lo contará él en persona; esta tarde viene a comisaría para prestar declaración.

—Encontró sus trapos sucios. Paco Corona era un mal tipo.

—Lo sigues, acechas la casa, descubres a Noe. Te llama la atención, te atrae. La vigilas, varios días. Descubres que es una solitaria, como tú. Te identificas con ella. Cambias de instituto y comienza el curso. Entabláis relación. Pronto se establece una complicidad entre vosotros. Sois los raros del lugar. Y cuando eres acosado, ella te defiende.

Ningún comentario, ninguna protesta.

—En un plano virtual, empezáis a jugar con la idea de hacer daño de verdad a los acosadores; y de paso, por qué no, también a algunos adultos. Y tu vida da un nuevo vuelco. Dejas de ser un muerto en vida. Aparece la esperanza, la compañía, la comprensión. Ya no te sientes solo, tocas el cielo con las manos. Te agarras a Noe con desesperación. Y crees ser correspondido. Encajáis. Sois el uno para el otro. Harías cualquier cosa por ella, por una chica que fantasea con la muerte.

Se detuvo a la espera de alguna reacción, pero Isma permaneció quieto, las manos con las palmas sobre la mesa, tenso.

—Puedes corregirme cuando quieras —dijo Milo.

Silencio.

—Está bien, continúo. Poco a poco la cosa se oscurece. Noe ya no habla de hacer daño, sino de matar. Tú piensas que se refiere a un plano teórico. Ella es todo para ti y le sigues el juego. La muerte, la real y la imaginaria, os unen, te sientes bien a su lado, juntos. Empiezan los escarceos en el sótano. Te pone a mil. Pero primero es Tánatos, luego Eros. Es un tema que le fascina, y un día declara que mataría por ti; una frase inocente en cualquier pareja, pero no en boca de Noe. Al oírla, te sientes el tipo más afortunado del mundo. A continuación te pregunta si tú matarías por ella. Sin dudar, empujado por lo romántico de la idea, le respondes que con los ojos cerrados. Vuestra confianza es total. La felicidad. Y por eso, en un momento de confidencias, le cuentas la tragedia de tu pasado.

—¿Y qué si lo hice? Teníamos una conexión especial.

—No te lo reprocho. Puedo entender que sintieras la necesidad de contárselo, de compartir esa carga. Te abrasaba vivo.

Lo vio inspirar hondo, exhalar el aire con tristeza.

—Pero sin ser consciente —añadió—, al hacerlo plantaste la semilla de la tragedia, del horror. Silencio.

—Lo que vino luego es fácil de imaginar. Ella alucina, claro. Algo se enciende en su cabeza y empieza con las primeras maniobras. Te explica lo terrible que es su familia, el infierno que vive en su casa. Que no la soporta, que ojalá desapareciera, que su padre es un capullo, cosas así. A cambio, te sinceras y le confiesas tus sospechas: que Paco es el asesino que llevó a cabo el crimen múltiple. Ella no te cree, da por supuesto que son imaginaciones tuyas, pero te sigue la corriente.

—Solo me dijo que nadie era feliz en su casa. Que era una familia cara a la galería, únicamente para las fotos.

—No es tan inusual. Pasa el tiempo y archivas el asunto. Por ella. Eres feliz por primera vez en tu vida y, por Noe, darías carpetazo, lo dejarías correr. Pero tras las Navidades, las cosas empiezan a cambiar entre vosotros, justo poco después del incidente de Paco con los chicos malos del barrio de abajo. Noe se siente atraída por ese Andy. Porque su padre lo odia, y porque tuvo las agallas de enfrentarse con él. —Milo se echó hacia delante—. Tú no eres un chico malo y a Noe le iban los tipos como Andy. No tenías nada que hacer.

—Yo era su alma gemela. Me quería, pero a su manera.

—De acuerdo, pero se tiraba al de los tatuajes.

Isma apretó las mandíbulas.

—No sentía nada por él, solo lo utilizaba —masculló.

—Vale, como tú digas. Los celos son comprensibles.

—¡Yo no tenía celos!

—Noe te miente, y sigue su juego. Ahora se distancia de ti, te castiga, y ahora te dice que no puede vivir sin ti, te premia. Tú quieres creerla, incluso sus mentiras, y encuentras excusas para explicar lo inexplicable. Mentalmente, se lo justificas todo. Estás enganchado a ella. Y entretanto, Noe perfila su plan. Va a necesitar un chivo expiatorio. —Lo señaló—. Ahí entras tú en escena. Le vienes como anillo al dedo, que ni pintado. Eres el pringado perfecto. Te manejó a su antojo, Isma.

—Eso no es cierto.

—Se aprovechó de tu miedo cerval a ser abandonado. Pero su error fue infravalorarte. Se olvidó de que eras un superviviente.

—Eso no es cierto.

—¿De veras? —Se reclinó de nuevo contra el respaldo—. La falta de sexo con ella te tenía frustrado, y si a eso le añades la angustia, el dolor y el estrés, todo sumado a tu dependencia, a tu temor por perderla, ¿qué nos da como resultado? Un títere, una marioneta dócil y mansa.

—¡Eso no es cierto! —exclamó—. ¡Yo no soy un asesino! ¡El asesino era su padre!

—¿Eso es lo que confesó Paco mientras lo torturabais?

Isma lo miró, el rostro congestionado. Contrajo los labios.

—¿No respondes?

Silencio.

—Noe vio la oportunidad y empezó a darte la razón respecto a que su padre sí había sido el asesino de tu familia. ¿Tal vez te habló de que había descubierto su crueldad durante la guerra? ¿O te contó sus contactos con los bajos fondos cuando era poli, sus chanchullos con la mafia bosnia? ¿Del miedo que le tenía? Perversa hasta la médula, ¿no te parece? Una manipuladora nata.

Isma permaneció inmóvil, sin pestañear.

—Tú ya no tocabas el cielo con las manos y aquello reavivó tu obsesión, la pesadilla. Era lo último que te convenía oír. Pero tenías necesidad de creerla, de no perder baza con ella. Si te dejaba, lo ibas a tener crudo para encontrar a otra chica. Tú mismo lo has dicho, ¿no es así? —No obtuvo respuesta—. Entonces te propuso el plan. Al principio como una broma macabra, lo más

probable. Hasta que fue aumentando la presión y la cosa se volvió cada vez más y más seria. Solo tenía que recoger la red poco a poco. Todo para lograr sus fines. Liquidar a su familia y hacerse con el botín. —Hizo una pausa—. Y de paso, sacarte de en medio. —Otra pausa—. Más mal. Maldad en estado puro.

Isma se quitó las gafas con un rápido movimiento y se apretó el puente de la nariz. Echó la nuca hacia atrás y cerró los ojos.

—Te dije que fingiríais un robo de los bosnios —siguió Milo—, esa iba a ser vuestra tapadera. Otro engaño. Su verdadero plan era señalarte como el asesino del nuevo crimen múltiple, de la matanza mimética que habrías llevado a cabo por tu venganza obsesiva y demente. Noe se encargaría de ello con su testimonio. Pero algo salió mal.

—Alguien me dio un golpe en la cabeza y caí al suelo —dijo Isma sin cambiar de postura—. Es lo único que recuerdo.

—¿Y cómo llegaron a tus ropas las salpicaduras de la sangre de Noe y su padre? ¿Me lo puedes explicar?

—Ese es tu trabajo, no el mío.

—Exacto, ese es mi trabajo.

Se levantó y se puso a dar vueltas por la sala. Caminó despacio, las manos en los bolsillos. Se detuvo ante el espejo. Apoyó la frente. Empezó a dar pequeños golpes con la cabeza.

Isma se enderezó. Volvió a ponerse las gafas y lo observó.

—¿Qué haces? —quiso saber.

En silencio, Milo siguió golpeando el cristal.

«El partido comienza a las nueve de la noche. La familia ya está drogada. Noe se pone guantes y los amordaza y ata a sus sillas. Luego, sube a Eva en brazos a su cuarto y cierra la puerta. Después, hace una llamada perdida a Andy mientras baja las escaleras y sale al jardín. Elige una piedra de tamaño medio y regresa a la sala. Llega Andy, le abre. Le da unos guantes, aguarda a que se los ponga y le entrega la piedra. Escoge a su hermano, por ejemplo, y le dice que se sitúe a su espalda. La tele está puesta, con el volumen alto. Abofetea a su padre para reanimarlo. Cuando abre los ojos, le hace una seña a Andy y este golpea a Raúl en la cabeza, un golpe leve. Paco dilata los ojos, la adrenalina empieza a circular por sus venas, forcejea en su silla. Grita, pero no emite sonido a causa de la mordaza. Noe le dice que quiere la combinación de la caja fuerte de la joyería, las llaves y el código para desconectar las alarmas.

»Paco sacude la cabeza con estupefacción, la cara desencajada. Nueva seña a Andy y este descarga otro golpe a Raúl, uno mortal. Su cabeza se desploma hacia atrás. Noe se lo vuelve a repetir a su padre. Para que lo asimile, ordena a Andy que le atice una primera pedrada en la cara. A continuación, Noe le arranca la cinta adhesiva de la boca.

»Paco grita, incrédulo, pasmado por el horror.

»Noe bebe unos sorbos de Coca-Cola e indica a Andy que se sitúe detrás de su madre. Andy levanta la piedra.

»Paco aúlla. Noe le ordena que empiece a hablar. Su padre no acierta a pensar con claridad, está conmocionado. No entiende nada. Andy descarga un primer golpe a la madre. Paco vuelve a gritar como un poseso. Noe le repite que hable. Pero él está en estado de *shock*, no comprende qué está sucediendo. Ante su silencio, Andy descarga un segundo golpe. La cabeza de la madre muerta se dobla sobre su pecho. Ya van dos. Siguiendo. Indica a Andy que se coloque detrás de la abuela. La expresión del rostro de Noe es la de una enajenada.

»Paco solloza. Suplica que no le haga daño, a su madre no. Se revuelve en la silla mientras se lo pide con todas sus fuerzas. Por lo que más quieras. A ella no. En la tele, marca el Barça. Uno a cero. Estarás contento. Noe le insiste que hable.

»Paco recita la combinación de la caja fuerte. Se equivoca un par de veces con los números y rectifica. Para evitar que la engañe, Noe hace un gesto a Andy y él suelta un primer golpe a la anciana, uno suave. Comienza a sangrar. Paco se agita de dolor en su silla. Termina de darle la combinación, el código de la alarma. Noe anota con calma los datos en un papel. Acto seguido, le pregunta por las llaves. Su padre le dice dónde las guarda.

»Ella va a buscarlas. ¿Son estas? Paco asiente, derrotado, deshecho. Noe le pide que le explique para qué sirve cada una. Él accede con mansedumbre, abatido, roto. Por último, ella lo interroga sobre el sistema de grabación. Señala a Andy con la barbilla. Sin mentiras, le recuerda. Paco se lo cuenta. Ella se lo hace repetir. Todo. Comprueba que coincide con sus notas. Pregunta a Andy si lo ha entendido bien y este lo confirma con un gesto. Malas noticias, el Madrid ha empatado. Nuevo ademán a Andy y este golpea a la anciana sin fuerza. Su cabeza cae hacia un lado.

»Paco se desgañita desesperado, al límite de su resistencia. Lloro, las lágrimas se mezclan con la sangre que mana de su rostro. Se siente mareado, las náuseas le suben por la garganta.

»Noe vuelve a amordazarlo. Otro ademán a Andy. Con cuidado, lo quiero vivo. Le suelta una pedrada suave en la sien. Paco se desmaya. Ella entrega el papel a Andy, quien deja la piedra en la mesa. Mientras él se lo guarda en un bolsillo, Noe desata a su madre. Después, le dice que arrastre el cuerpo sin vida hasta la cocina. Le indica el lugar exacto».

Milo detuvo la frente a un centímetro del espejo.

—Noe te preguntó por la disposición de los cuerpos en el crimen de tu familia —dijo, sin volverse, la mirada clavada en el cristal—. Le gustaban este tipo de detalles morbosos. Y tú se lo contaste, ¿no es así? Barreda te lo explicó y tú se lo dijiste a ella. Para hacerte el hombrecito.

Isma enrojeció de nuevo. Se mantuvo en silencio.

—¿También le contaste el dinero que ibas a heredar?

—¿Qué dinero? —preguntó Isma, sorprendido.

—¿No sabes lo del dinero?
—¿Qué dinero?
—Cállate, ahora no me interrumpas.

Milo volvió a golpear el espejo con la frente.

«Noe vacía la lata del refresco. Tiene un extraño brillo en los ojos. Aprovecha el tiempo para filmar algunos planos con su móvil. Cuando Andy regresa, lo agarra del pecho y lo atrae hacia ella. Fóllame. Está muy excitada. Se echan en el sofá, cerca de los cadáveres. Lo acaricia en la entrepierna, Andy se activa de inmediato. De golpe, se interrumpe. Señala a Paco. Lo ha visto abrir los ojos, no está inconsciente. Perturbado, se desinfla. Ella le aparta la cara y vuelve a encenderlo. Con decisión. Andy se deja llevar. Lo hacen. Después, sube a su cuarto a cambiarse de ropa. Mete la sucia de salpicaduras de sangre en una bolsa, con los guantes, y baja. Se la entrega, le da las llaves y le dice que la tire en un contenedor lejos de allí. Últimas instrucciones. Cuando termines, vuelve para ayudarme con Isma. Si te surge algún problema, no me llames; por ningún motivo. Andy se larga deprisa y desaparece calle abajo, en dirección al parque, el camino más corto para llegar a la plaza de España y de ahí a Sants, a la joyería.

»Sí, las cosas pudieron ser así. Más o menos».

Milo asintió para sí mismo. Se volvió de golpe hacia Isma.

—Dejó vivo a Paco para ti —dijo—. Por eso fuiste a la casa. Para matar a su padre. Y Noe era el premio.

Silencio.

—Salgo unos minutos. ¿Te traigo algo de beber?

—¿Qué hora es?

—Temprano.

Se dirigió raudo a los vestuarios. La subinspectora Mercader salió a su encuentro y se unió a la marcha.

—Lo estás haciendo bien, ya casi lo tienes.

—¿Quién hay en la sala anexa?

—La comisaria, la jueza Cabot, Singla y Corberó.

—¿Y en qué momento habéis llegado?

—Casi desde el comienzo, cuando te has puesto a hablar de tu inconsciente. Ha sido una buena idea para entrarle.

Milo empujó la puerta. Rebeca lo siguió.

—Dile al jefe que empiece a asignar los equipos de seguimiento. Lo quiero bajo vigilancia las veinticuatro horas, ¿entendido? Quiero saber dónde está en cada instante.

—¿No confías en que confiese?

—No me fío un pelo de ese muchacho.

—Sí, pone los pelos de punta. Pero lo llevas bien, en serio.

Milo se sacó la sudadera y la camiseta.

—Me gusta tu optimismo. Pero «la esperanza es un error».

—Soy realista —repuso ella—. ¿Shakespeare?

—*Mad Max*.

Abrió el grifo del lavabo y empezó a refrescarse la cara, la nuca y el cuello, la cabeza, los hombros. Ella se apartó unos pasos para evitar las mojaduras.

—¿Qué hora es? —preguntó Milo.

—Casi las diez. Todavía hay tiempo.

—Cada vez menos.

Extrajo varias toallas de papel para secarse. A continuación, se dirigió a la fila de urinarios y se encajó en uno de ellos.

—Durante la primera parte del partido —dijo—, lo tengo más o menos claro. En el intermedio, así, así. Pero en el segundo tiempo, estoy en blanco. ¿Se sabe algo de Márquez? ¿De los metadatos? ¿De Andy Castro? Dime que alguien ha aportado algo, que tenemos alguna prueba concluyente.

—Te vas a enfadar. Todos están en ello pero no hay nada nuevo, salvo el peritaje que están haciendo en la General de los diamantes. De momento, calculan un valor cercano al millón de euros. Todo el mundo habla de vuestro hallazgo.

—Y a mí de qué coño me sirven esos diamantes.

Con la base del puño, hundió el pulsador de la cisterna de un golpe. Huraño, regresó al lavabo. Se lavó las manos en silencio.

—Sea como sea, vas por buen camino —agregó ella. Lo contempló a través del espejo—. Los jefes se están mordiendo las uñas, las apuestas suben a tu favor.

—Pues ya me dirás por qué —refunfuñó. Cerró el grifo con rabia—. Hasta ahora no he logrado sonsacarle una mierda.

Extrajo con fuerza un par de toallas.

—Estás a punto de quebrar su resistencia. Lo sé, lo noto.

—¿Más realismo? —soltó. Hizo una bola con los papeles mojados y la lanzó al cubo. Alcanzó la sudadera y sacó el botellín con el perfume de Paco Corona. Se vertió unas gotas por encima. Luego, se puso la camiseta—. Espero que esto me ayude a hacerle perder el control.

Rebeca arrugó la nariz.

—¿Qué es este tufo que te has puesto? Huele muy fuerte.

—¿Me entiendes ahora? —replicó Milo.

Se puso la sudadera, se arregló la capucha y salió de los vestuarios. Caminó hasta la máquina de refrescos.

—¿Tienes monedas?

Mercader torció el gesto.

—¿No te vale un botellín de agua? Son gratis.

—Joder —dijo. Fue hasta la sala de descanso, cogió dos botellines de la nevera y la cerró de un empellón. Se encaró con ella—. No hagas preguntas, pero dile a la jueza que ordene al intendente Guillamón que haga una nueva rueda de prensa ante los medios. Este mediodía, a más tardar. Y que declare lo que le dé la gana sobre la investigación, pero que deje bien a las claras que la intervención de los bosnios ha sido descartada.

—¿Por qué? —saltó Mercader—. ¿Es necesario?

—Es conveniente, y es la verdad —zanjó Milo—. Gracias por no hacerme preguntas.

Abandonó la sala de descanso. La subinspectora aceleró el paso para situarse a su lado.

—De acuerdo, le transmitiré a la jueza tus instrucciones.

—Mis órdenes, querrás decir.

—Oye, estás muy alterado, ¿no? ¿Cuántos litros de café te has bebido? —Milo no respondió. Ella lo agarró del brazo y le obligó a detenerse. Lo miró con fijeza—. Inspector, respira. Tienes mala cara, estás demacrado, con los ojos enrojecidos. Conozco esa mirada. Estás al borde, a mí no me engañas.

—Son las toxinas, me están matando.

—En serio, tienes que bajar las revoluciones, tranquilizarte. Ahora no puedes echarlo todo a perder por un ataque de nervios, es el momento de la verdad.

Milo forzó una sonrisa.

—¿Ataque de nervios, yo? —Arrancó a caminar de nuevo en dirección a la sala 1 de interrogatorios—. ¿Alguna vez me has visto perder el control?

—¿Estás de coña? —dijo Rebeca. Fue tras él—. Cientos de veces, miles. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Exageras, como siempre. Solo eran una actuación.

Se detuvo ante la puerta.

Agarró el tirador y ladeó la cabeza hacia ella.

—¿Algún otro consejo?

—Manel Vergés ya ha llegado.

—Pues que espere. Ya le llegará su turno.

—Y también los padres de ese chico, y su abogado.

—Que se pongan cómodos. Esto no ha terminado.

La abrió con la mano libre y entró. La cerró con suavidad.

Se dirigió a la mesa dando un lento rodeo por detrás de Isma. Alargó el brazo por encima de su hombro, le dejó uno de los botellines delante y destapó el otro camino de su silla. Se lo llevó a los labios y bebió un sorbo. Confió en que hubiera sido suficiente para esparcir el aroma, y tomó asiento muy despacio.

—¿Qué hora es? —preguntó el joven.

Milo empleó un tiempo antes de responder.

El rostro de Isma demudó poco a poco la expresión.

—Temprano —dijo Milo—. ¿Por dónde íbamos?

—Hablábamos de Paco, del regalo de Noe. Te lo dejó para ti. Malherido, pero vivo.

Lívido, Isma guardó silencio. Comenzó a sudar.

—¿Te pasa algo? ¿Te encuentras mal?

Siguió sin decir una palabra, la cara de palo.

Milo se reclinó en el asiento, cruzó los brazos y lo escrutó. Sabía que la procesión le iba por dentro, que estaba reviviendo la escena. El perfume había reabierto su archivo.

Era ahora o nunca.

—Noe te hizo una llamada perdida y fuiste a la casa.

Silencio.

Procuró visualizar lo ocurrido. Con los ojos de Isma.

—Te abre la puerta, sonrío de oreja a oreja. Te anuncia que tiene algo para ti y te hace pasar a la sala. Te quedas petrificado. Empalideces. Los tres cuerpos a la mesa. Otra vez. Noe señala a Paco sentado en la cabecera. Te dice que ahí está el asesino de tu familia, si no te gustaría preguntarle algo. A un lado, ves a la anciana muerta; al otro, al hermano. Los dos cuerpos con la cabeza reventada, sangrando. Todo te da vueltas. No asimilas las imágenes. En tu mente, el choque del plano teórico con el de los hechos consumados te deja sin aliento, suspendido en el aire. Noe te acusa de haberlo hecho. Tú no entiendes sus palabras, solo miras los cadáveres. Ves el reguero de sangre que conduce a la cocina, unos pies que asoman en el umbral. Sí, la madre está donde tiene que estar. Oyes la voz de Noe muy lejana, te suena distinta, irreal. No reaccionas.

»Ella te empuja hacia su padre. Ahí lo tienes, dice. Lo que querías. A tu disposición. Le arranca la cinta adhesiva de la boca con las uñas. Le da un par de bofetadas para que recupere el conocimiento. Cuando abre los ojos, le ordena que sea bueno contigo. Queda Eva, le dice, tu Eva del alma. Paco ha perdido cualquier asomo de voluntad, de cordura. Asiente con un leve movimiento. Noe se vuelve hacia ti. Todo tuyo, te dice. Te da la piedra ensangrentada. Luego, empuña el móvil y se prepara para filmar.

Milo parpadeó.

—¿La viste filmando?

Silencio.

—¿Qué hiciste con el móvil de Noe?

Silencio.

Milo acortó el espacio de separación, la mirada fría.

—Te pregunto que qué hiciste con el móvil de Noe.

—Lo tiré. —Se llevó una mano a la garganta—. Por ahí.

—¿En el contenedor de las escaleras?

—Por el camino. Lo desmonté y fui tirando las piezas.

—¿También la tarjeta SD?

Se encogió de hombros. Después, se sentó sobre las manos.

—¿Y con tus deportivas?

—Me deshice de ellas.

—¿En el contenedor?

—Las até por los cordones y las lancé a un cable, en lo alto.

—¿Dónde?

—No sé, por el camino. Seguirán ahí, colgadas.

—¿Y la piedra?

—¿Qué piedra?

—¿Y la piedra? —repitió, expeditivo.

—También la tiré.

—¿En el contenedor?

—Por el camino. No recuerdo dónde.

—Se te dan bien las mentiras.

—No miento, es la verdad.

—¿Me estás diciendo que solo fuiste al contenedor en busca de pruebas para incriminar al vecino de enfrente?

—Ese tío es un asqueroso —dijo—. Se pasaba la vida espionando a Noe, meneándosela pensando en ella.

—Y luego las sembraste por la sala, alterando la escena del crimen. Para joderlo.

Isma entornó los ojos.

—Por guarro.

Milo asintió con un cabeceo.

—Hiciste una chapuza, que lo sepas. Y oye, ya que estamos, me gustaría saber qué demonios hiciste desde la madrugada del domingo hasta el amanecer del lunes, cerca de treinta horas.

De nuevo, Isma se encogió de hombros.

—No lo recuerdo, perdí el conocimiento —dijo.

—Más mentiras. Eso ocurrió la noche del sábado, pero lo recuperaste de madrugada. Acabas de confirmarme que saliste de la casa para ir al contenedor de marras y que luego te encargaste de alterar la sala siguiendo el plan de Noe, como un robot teledirigido. —Aguardó alguna reacción. En vano—. ¿Y después? ¿Qué cojones hiciste después?

—Estaba bajo los efectos de la droga, no lo sé.

—Más patrañas, no son tan duraderos, la dosis te habría matado. —Se detuvo. Meditó unos

instantes. Le vinieron a la memoria las palabras de Sara en el hospital, cuando le explicó la diferencia entre querer morir y no querer vivir. Isma había sobrevivido por segunda vez a una matanza. Lo imaginó abrumado por el sentimiento de vacío, fuera de la realidad. Solo quería echarse, refugiarse en el sueño de nada—. Bebiste más agua con el cóctel narcótico, te tomaste una nueva dosis por tu cuenta.

Silencio. Pero sus ojos echaban chispas.

—En tu cabeza reprodujiste la tragedia de hace quince años y te abrazaste a la madre de Noe. Una reacción mimética.

Silencio.

—¿Qué sentiste cuando Noe te entregó la piedra?

Isma volvió a tragar saliva. No abrió la boca.

—Ya te lo digo yo. Estabas en estado de *shock*, paralizado. Sin saber qué hacer. No te movías, no decías nada.

Milo volvió a echarse contra el respaldo. «Noe me empuja hacia su padre. Venga tío, que no tenemos toda la noche. En la tele, el Barça marca el segundo gol. Messi.» Ladeó la cabeza.

—Los gritos te despertaron. Apartaste la mirada hacia la tele. Viste la piña de jugadores alrededor de Messi, la repetición de la jugada. Noe te dijo algo para que volvieras en ti. —Aguardó algún comentario. Silencio—. Entiendo, seguías sin reaccionar, con la piedra en la mano. Y ese olor metido en la nariz.

Isma cabeceó de lado a lado, sin energía.

Milo respiró hondo.

—Entonces te da un vaso de agua. La imagen es brutal y se muestra comprensiva. Impresionaría a cualquiera. Bebes un sorbo de forma mecánica. Sientes que las piernas no son capaces de sostener tu peso. Te da una palmada en la espalda. ¿Mejor? No respondes. Das otro trago. Noe se impacienta. Joder, ya lo hago yo, dice. Se sitúa a un lado de su padre. Le pregunta por qué mató a la familia Torres hace quince años. Paco no comprende. Noe te quita la piedra y lo golpea por tercera vez. Su padre pestañea. ¿Torres? Ella se lo explica. Los Torres. Toda la familia. Paco repite el apellido, como ido. Noe no soporta que se haga el tonto y lo amenaza con traer a Eva. Su padre se desgañita, le ruega que no lo haga. Solloza que no la entiende, que no sabe quiénes son los Torres. Noe se lo recuerda. Cinco muertos, uno vivo, tú. Te señala. Paco gime que no sabe de qué le habla. Y tú das un paso hacia él. ¿Fue así?

Isma se dobló sobre la mesa. Negó con la cabeza.

—Dime, ¿fue así?

—No lo sé..., no lo sé...

—Creo que sí lo sabes. Paco te dijo que no conocía a tu familia. Y a ti, solo de verte por el barrio con su hija. No comprendía a qué venía todo aquello. Pero no lo creíste, y lo acusaste del crimen múltiple. ¿Le dijiste que lo habías reconocido por la calle? —Silencio—. Trató de

disuadirte, de que era un error. De que él no era un asesino. Pero tú ni caso, querías saber por qué lo hizo. Y con cada una de sus negativas, te fuiste aproximando más a él.

—No... no... no...

—Necesitabas saberlo. A cualquier precio.

Milo observó las fotos esparcidas por la mesa. Se concentró en la del rostro de Paco. El hombre estaba desesperado. «Suplica, dice que no sabe de qué le habla. Noe da media vuelta y avisa que va a buscar a Eva. Paco grita, implora que no lo haga. La voz le tiembla. Al borde del paroxismo, reconoce que lo hizo, que fue él. A Isma se le acelera el pulso. Le pregunta por qué. Paco se inventa una razón: un encargo. Es lo primero que se le ocurre. Y vuelve a suplicar que no le hagan nada a Eva. Noe le entrega la piedra a Isma. Se prepara para filmarlo. Reviéntale la cabeza y acabemos de una vez. Isma está perplejo, no entiende lo del encargo. Le pregunta de quién. Paco balbucea que no lo sabe. Trata de pensar en algo. Fue por teléfono. Eso es, fue por teléfono. ¡Reviéntale la cabeza! Isma levanta el brazo. Los ojos de Paco son suplicantes. ¿Quién te lo encargó? Paco llora a lágrima viva. Se atraganta con los mocos y las lágrimas. Sacude el cuello, niega una y otra vez. Isma insiste, le exige que le diga quién fue. Paco murmura unas palabras. Isma no le hace caso. ¡Quién! Más balbuceos. Isma hace oídos sordos. ¡Dime quién fue! Paco tose, borbotea, la saliva le cae en cascada. ¡Reviéntale la cabeza! Isma coge impulso. Noe filma un plano medio. De pronto, Isma se queda inmóvil.»

Milo se enderezó en el asiento.

—Pero no pudiste hacerlo. Y ella se encolerizó.

Isma se encorvó aún más en la silla sin despegar los labios.

—La desobedeciste. Ella se enfadó contigo y lo pagó con su padre. —Golpeó la foto de Paco repetidas veces con el índice—. ¡Míralo! ¡Se ensañó con él!

Isma volvió a mecerse. Atrás y adelante.

Milo se agarró a los laterales de la mesa.

—Noe te quitó la piedra y te sacó de en medio. Lo remató con varios golpes. Tres más. Y su sangre te salpicó, manchó tu ropa. —Respiró con dificultad, de forma entrecortada—. Tú retrocediste, horrorizado. Sin hacer nada por impedirlo. Lo machacó una vez, dos veces, tres veces. Te sentiste mareado, las náuseas, extrañamente flojo. Y entonces, potaste.

—Yo... yo no sé qué pasó —musitó—. Estaba inconsciente en el suelo de arriba, alguien me dio un golpe por detrás y...

—Mientes. Noe y tú estabais solos, no había ningún extraño más en la casa. Andy se había marchado para cometer el robo. Nadie pudo golpearte por la espalda y dejarte sin sentido.

—Yo... yo...

—¿Por qué la proteges? Fue Noe quien lo mató.

—Ella me dijo que lo había hecho yo. —Levantó los ojos—. Pero yo no recuerdo nada, nada. Los ansiolíticos, el GHB... No sé qué pasó. Fue Andy, tuvo que ser Andy. Fue él...

—Mientes otra vez. Tu vómito te delata. No solo no estabas inconsciente, sino que asististe al

crimen en primera fila. Te salpicó la sangre.

—Estaba agotado, casi no había dormido en una semana y Noe me drogó con el agua. Iba puesto hasta el culo, ¿cómo querías que viera algo? ¡Iba ciego, no vi nada!

Milo negó con varias sacudidas.

—Mientes.

—¡Yo no soy un monstruo!

—No, solo lo pareces.

—¿Y cómo explicas la herida de mi cabeza?

—Eso ocurrió más tarde, enseguida llegamos. Pero primero quiero saber qué te dijo Paco mientras lo torturabais, poco antes de morir, lo que te murmuró.

—No..., no sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente.

—Yo..., yo no..., yo no sé nada —balbuceó.

—¿Te habló de Noe? ¿Te dijo que era una embustera, que todo lo que te había contado era falso? —Aguardó. No obtuvo respuesta—. ¿Tal vez que era una enferma?

Isma detuvo su balanceo.

—Vale —agregó Milo—, te dijo que era una enferma. Y algo más, ¿no es así?

Silencio.

—¿No te avisó de que también acabaría contigo?

Isma se echó a temblar.

—Pero tú no le hiciste caso.

—¡El muy cabrón se atrevió a meterse con Noe!

—Y no le creíste.

—¡Era un asesino! ¡Él mismo lo confesó!

—Joder, eres imbécil —dijo—. Por proteger a Eva hubiera dicho que era el asesino del mismísimo Carrero Blanco, ¿no lo habías pensado?

La sangre desapareció de su rostro.

—¿Qué hora es? —dijo, la voz ahogada.

—Temprano.

Abrió el botellín de agua y bebió. Milo lo imitó.

Al terminar, ambos los dejaron sobre la mesa.

—Escucha, las situaciones siempre empeoran antes de mejorar. Sé de lo que hablo.

Isma se tapó la cara con las manos.

—De tener pruebas, no estarías hablando conmigo.

—Si confiesas ahora, dejaremos que entre tu abogado y podrás redactar de tu puño y letra una declaración formal. Pondremos punto y final a este mal trago. Tus padres están fuera, esperando.

Podrás hablar con ellos.

—Quién quiere hablar con mis padres.

—Luego, pasarás a disposición judicial. A partir de ahí, será lo que la jueza dictamine. Quién sabe, a lo mejor esta noche duermes en tu casa. Verías a Elsa, tu encantadora hermana.

—Quién quiere irse a casa.

—Confesar es bueno, te sentirás mejor, liberado.

—¿Quién se siente preso?

—En fin, como quieras. Tenía que intentarlo —dijo. Se arremangó—. Llegamos a lo más interesante. O no, según se mire. Pero antes, ¿puedo hacerte un comentario?

—Estamos en una comisaría libre —dijo. Apartó las manos.

—Durante dos días has tenido el control con tu silencio. En cambio ahora, fijate —lo indicó con la barbilla—, das pena, has perdido los papeles.

Observó cómo tensaba los músculos del rostro.

—Imagino que así es como te sentiste con Noe cuando se volvió hacia ti después de matar a su padre y la viste con la cara manchada de sangre. ¿Te preguntó si ya estabas satisfecho?

Silencio.

—Supongo que te dio miedo cuando se te acercó con la piedra en la mano. A mí me lo hubiera dado —dijo. Asintió varias veces. Isma permaneció mudo—. Claro que quien no estaba satisfecha era ella, le habías fallado. Adiós a las setenta y dos vírgenes.

Isma se encogió de hombros.

—Además, aún había que terminar con un pequeño detalle.

—No sé a qué te refieres.

—Eva. La pequeña Eva.

De nuevo, silencio; ahora uno cargado de electricidad.

—Noe quería reproducir una copia aproximada del crimen múltiple de tu familia. Tú harías las veces de la asistente asesinada en el vestíbulo y ella se encargaría de darnos una versión de lo sucedido, lo de que te habías vuelto loco y todo el rollo. La madre ya estaba en la cocina, y los cuerpos del padre, la abuela y el hermano a la mesa. Faltaba uno en brazos de su querida y protectora mamá, pero esta vez, muerto. Muerta, quiero decir. Asesinada. ¿Entiendes por dónde voy?

Silencio. Cada vez más tenso.

—Para que la reproducción fuera similar y así culparte, solo tenía que haber un superviviente. ¿Quién de las dos hermanas iba a ser la afortunada? ¿Eva o Noe? Eva, desde luego, no.

Milo se levantó de la silla y caminó por la sala.

—Y tú eso no lo podías permitir, algo que te honra. Joder, era una cría de dos años, casi un bebé, y tú no eres un monstruo, ¿verdad? —Se detuvo a su altura—. Así pues, intentas convencerla de que no lo haga, intuyo que cuando se dirigió a las escaleras con la piedra en la mano. —Se dobló hacia él, invadió otra vez su espacio—. ¿Fue así?

Isma no abrió la boca. Milo tuvo la impresión de oír cómo le circulaba la sangre a toda presión.

—No te hace ni puto caso y sigue su camino. Tú reaccionas, vas tras ella. La alcanzas en el descansillo, por ejemplo, y la sujetas. Ella se suelta con un gesto rápido y se enfrenta contigo. Os enzarzáis en una discusión hasta llegar a la planta de arriba, pongamos al pasillo. —Se enderezó—. Aquí se me abren dos posibilidades. En la primera, llega Andy y te golpea, te deja KO en el suelo, y luego hace otro tanto con ella.

Echó a caminar de nuevo, cabizbajo.

—Sin embargo, esto me plantea dos problemas: uno, cómo entró en la casa. —Se giró hacia él—. ¿Alguna idea?

Negó con un rápido movimiento.

—Piensa un poco, hombre. Échame una mano.

Isma meditó unos momentos.

—Noe pudo haberle dado unas llaves —dijo.

—Bien pensado. Problema número dos: no hemos encontrado huellas de sus pisadas ensangrentadas ni en la escalera ni en la planta superior, solo las tuyas y las de Noe. Y para llegar hasta allí tenía que mancharse las suelas por fuerza. La sangre estaba fresca. Este es un problema más peliagudo, ¿no te parece?

—No sé, a mí qué me explicas.

—¿No se te ocurre ninguna forma?

—Pudo ponerse bolsas protectoras en el calzado.

—Demasiado rebuscado. Andy es un garrulo, un matón de tres al cuarto, no es tan inteligente.

—Quizá saltó los charcos de sangre —aventuró Isma.

—Esta es buena, muy buena. Andy practica el *parkour*, sabe saltar con precisión. —Reflexionó un instante—. Pero ¿cómo se lo montó a la hora de bajar? Tú no sangraste demasiado, pero con ella se puso las botas. El suelo quedó empapado.

—Se calzó mis deportivas. Hizo como yo con las del hermano y los zapatos del padre, y así solo dejó mis huellas.

—¿Y cómo te las puso de nuevo? Tú estabas inconsciente en la planta de arriba, al igual que Noe. Aunque ella, asesinada.

—Fácil: no me las puso. Recogió sus deportivas, se largó con las mías puestas, y luego se deshizo de ellas por la calle.

Milo se aproximó hasta él.

—Pero hace un rato me has dicho que las colgaste de un cable, ¿en qué quedamos?

—Te he mentado —admitió, sin enrojecer.

—Así me gusta —aprobo—, que seas sincero.

Volvió a deambular por la sala.

Le dio la espalda.

—¿Y por qué no te asesinó también a ti? Estabas al corriente del plan, eras un testigo.

—Ni idea. Tú mismo has dicho que no era muy espabilado.

—Tienes respuesta para todo, ¿eh? —Se detuvo ante el espejo—. Lo que no me explico es por qué Andy empleó violencia desmedida. Por si no lo sabes, le asestó media docena de golpes. Y para él, Noe solo era una tía que se tiraba, nada más. Lo único que quería era el botín del robo para él solito, sin repartirlo. —Se arregló un poco el pelo—. ¿Para qué entonces toda esa violencia? No, no me cuadra. El ensañamiento indica un móvil pasional, ¿sabes a lo que me refiero? —Se dio la vuelta y lo contempló—. Lo que nos lleva a la segunda posibilidad. Tú.

Fue hasta la mesa y se dejó caer en la silla.

—Oye, estoy molido —resopló. Alcanzó el botellín de agua y lo abrió—. ¿No tienes nada que decir?

Isma lo imitó. En silencio.

—¿Qué hora es? —preguntó, tras apurarlo.

—Temprano.

—Volvamos a vuestra discusión en el pasillo. Debió de ser muy desagradable para ti, me imagino. —Jugueteeó con el botellín vacío—. Noe hecha un basilisco, acusándote de echarte atrás otra vez, llamándote de todo. Que si cobarde, que si nenaza, que si pringado de mierda. Y tú aguantando el chaparrón.

Isma movió el cuello para desentumecer los músculos. Luego, sin abrir la boca, se cruzó de brazos.

—Te sientes mareado, el cuerpo blando. Tropiezas, estás a punto de irte al suelo. No puedes pensar, están pasando muchas cosas y ya no sabes si son reales o alucinaciones. Necesitas aclararte el coco. Tú no eres como Noe, tú eres vulnerable a los remordimientos. Pero no hay tiempo para pensar. Y vuelves a ir tras ella. La detienes. Forcejeáis. Noe se enfrenta contigo. ¿Te llamó débil de mierda? ¿Niñato sin cojones? Te dijo de todo menos bonito, eso está claro.

Se mantuvo imperturbable, el rostro pétreo.

—Sí, tuvo que ser muy duro para ti. Estabas viendo a la Noe real por primera vez. Sin máscara, sin interpretación. La auténtica Noe. —Lo señaló con el botellín de plástico—. La tía por la que habías estado colgado durante meses, por quien hubieras hecho cualquier cosa, se mostraba ante ti tal y como era: una bruja adolescente. Capaz de matar a su padre a pedradas y dispuesta a hacer lo mismo con su hermana de dos años. Todo con tal de lograr su objetivo, sin importarle nada ni nadie. Ni siquiera tú, su alma gemela.

Su semblante se resquebrajó. Una pequeña grieta.

—Hasta ese instante, creías que había algo entre vosotros. Y en tu fantasía, los dos os refugiabais en el sótano tras la matanza para esperar juntos la llegada del pelotón de ejecución. La palabra clave es «juntos». Si estabas con ella, nada importaba.

Permaneció mudo. Un brillo asomó en su mirada.

—¿Fue entonces cuando se te cayó la venda?

Silencio.

—Pero Eva solo era una niña inocente, no hacía falta hacerle daño. Y te pusiste delante para impedirle el paso. —Milo se dobló hacia él, lo apuntó con el botellín—. Noe debió de quedarse atónita. ¿Habías dejado de ser pasivo, tú? ¿Por una cría mimada de dos años? ¿Por alguien que no tenía ningún valor para ella? ¿El Isma que conocía se comportaba como un jodido héroe? —Cabeceó con incredulidad—. Y aquí, seguro, se mojó de ti, a conciencia. Habla, ¿fue así?

Silencio.

—Sácalo, Isma. Desahógate. Te sentará bien. —Hizo una pausa y aguardó. Silencio—. Tu abogado podrá alegar enajenación mental transitoria como defensa. En una situación límite, y esta lo era, cualquiera podemos convertirnos en un asesino en cuestión de segundos. —Otra pausa. Esperó. Más silencio—. Perdiste el control, nada más. Todos lo hacemos de vez en cuando, no es grave.

—Nadie te ha pedido consejo.

—De acuerdo —aceptó—. Sigo yo entonces. Estábamos en el pasillo, tú enfrente de Noe. Ella te aparta de un empujón y te golpeas contra la pared. Te notas raro, mareado, lento, sin reflejos. Por suerte, has bebido poca agua y vomitado parte. Los efectos de la droga en tu organismo son menores. De ahí que, cuando la ves dejar atrás su cuarto y llegar al de Eva, sacas fuerzas de flaqueza y avanzas como puedes hasta situarte de nuevo delante de ella. Insistes en que la deje en paz y Noe te grita que salgas de en medio. Me figuro que aquí te dice que Eva no es nadie, que para ella solo es un incordio, cosas así. Que solo tenía que haber un superviviente, como hace quince años, y que iba a ser ella. En pleno ataque de rabia, te suelta que tú la obligas a escoger entre Eva y ella, y Noe elige que viva su hermana, como una puta heroína, pero que tú no le haces caso, que estás como enajenado...

La grieta en el rostro de Isma se agrandó. El brillo.

—Porque en ese momento tú ya habías adivinado que te aguardaba el mismo destino que Eva, ¿verdad? Para que todo encajara en su versión, el rollo de que tuvo que pararte los pies, de que te habías vuelto un asesino demente.

Isma entornó los ojos sin despegar los labios.

—Aceptaré tu silencio como un sí. —Manejó de nuevo el botellín como un puntero y lo señaló—. Entonces llega el momento de la verdad, tu gran pregunta, la que va a precipitar los acontecimientos.

En vez de continuar, Milo se mantuvo callado.

Transcurrieron unos instantes. Los dos en silencio.

—¿Cuál es esa gran pregunta? —murmuró Isma.

—«¿Qué soy yo para ti?» O algo parecido.

Isma enrojeció otra vez. Evitó el contacto visual.

—Su respuesta te partió el corazón, lo hizo volar en pedazos. Y algo estalló en tu cabeza. La ira. ¿Puedes decirme cuál fue?

Negó con varias sacudidas, como un crío.

—Vale, no es asunto mío. Pierdes las fuerzas —prosiguió—, tal vez te desplomas al suelo. El pasado se mezcla con el presente en tu cabeza. Un superviviente. El plan. La ausencia. El rechazo. —Se levantó y fue hasta él. Añadió—: Perdido.

Isma desvió la cara.

—Tan vacío como este botellín —remachó.

Silencio.

—Y ella se mofó de ti. ¿Así es como ibas a impedirle que se cargara a su hermanita del alma? Sus burlas te enloquecen. Le suplicas que no te abandone. Oyes su voz muy lejos, apagándose. Te quieres morir, el dolor te quema por dentro. Nunca ha sentido nada por ti. Para Noe, el amor es debilidad y ella es fuerte. Quieres desaparecer.

Milo se situó al otro lado, para encararse con él.

Volvió a desviar la cara.

—Isma, mírame. —No le hizo caso—. Ya sé cuál fue su respuesta. «Un débil, nadie.» Eso es lo que eras para ella. Te evaluó, te manipuló, te utilizó. Y por último, te abandonó.

Volvió a repetir la operación. Isma lo fintó de nuevo.

—Colabora un poco, joder.

Isma permaneció en la misma posición y Milo apoyó una mano en su respaldo y otra en la mesa. Se inclinó hacia su oreja.

—Entonces fue cuando te dijo que tú nunca le habías importado mucho. Y acto seguido, sacó su móvil y empezó a teclear un wasap para ti: «He perdido el entusiasmo». ¿Te lo recitó en voz alta? Y luego, otro: «Todo ha terminado. Un beso». Al leerlos, te presentarías en la casa enloquecido, dispuesto a todo. Un tipo inestable, con tu historial..., nosotros lo tendríamos claro como el agua. Joder, esa tía era muy retorcida —dijo, y lanzó con hastío el botellín hasta la otra punta de la sala.

Observó su postura. Quiso aumentar la presión.

Golpeó la mesa con la palma de la mano.

Isma pegó un bote en su silla. Sin volver la cabeza.

—Te precipitaste al abismo del dolor. Por tu miedo cerval a ser abandonado. Por el engaño, por la vergüenza. Fue demasiado para ti. Y pierdes la razón. Una voz en tu interior te dice que tienes que volver a ser un superviviente. ¿Y qué haces? —Soltó otro golpe en la mesa que retumbó por toda la sala—. Imitas a Noe, a una asesina.

—Yo no soy un monstruo —murmuró.

—Y como ella, das paso a la oscuridad. Para recibirla con los brazos abiertos. De par en par.

—Fue Andy, no yo —gimió—. Nada de esto es real.

—No es momento para bufonadas.

—Andy regresó a la casa —insistió, la voz ahogada.

Nuevo golpe en la mesa, ahora con el puño.

—Mientes. Querías matar. Por odio. Necesitabas dejar de ser dócil para convertirte en alguien hostil. En un asesino.

Isma retomó el balanceo, la barbilla clavada en el pecho.

—Fue Andy —repitió, al borde del llanto—. Tuvo que ser él. Yo iba ciego, los ansiolíticos, la droga... No recuerdo nada.

—¡Mis cojones! Cuando Noe apartó los ojos del móvil, te encontró de pie ante ella. Luchasteis. Te atizó una pedrada en la cabeza. Fue Noe quien te golpeó, la viste perfectamente. ¡Era diestra, y estaba de cara!

—No sé quién fue, me atacó por la espalda... No lo vi.

—Te va a soltar un segundo golpe, pero le agarras la mano y le quitas la piedra. Levantas el brazo. Descargas el primer mazazo, el segundo. Noe cae al suelo.

—Yo no fui, yo no fui —sollozó—. Yo... los medicamentos...

Milo se contuvo. Cambió el tono de voz.

—Hace poco alguien me dijo que yo era un basurero. Se refería a mi trabajo, retirar la basura de la calle. —Inspiró hondo—. Isma, hasta aquí tú te defendías, a ti y a la pequeña Eva. Nada que objetar. Pero sabemos por las pruebas forenses que Noe presentaba rasguños periféricos en los puntos de impacto. Trató de evitarlos. Aunque no los tenía en todos. —Hizo una pausa, apretó los puños—. Lo que me gustaría saber ahora es si tú eres una basura.

Isma aceleró el ritmo del balanceo.

—Tabaco, taberna, taco, taladro... —empezó a bisbisear

—Verás, puedo con todo... menos con la violencia contra las mujeres. —En una imagen fugaz, grabada a fuego cuando era un niño de corta edad, vio el cuerpo sin vida de su madre en el suelo de la cocina, a los pies de su padre—. Es superior a mis fuerzas, por ahí no paso. ¿Y por qué? Porque no soporto a los machistas de mierda. —Desvió la vista hacia el espejo y volvió a clavarla en Isma—. Te lo preguntaré una sola vez. ¿Tú eres una basura humana como esos bastardos que golpean a las mujeres?

—Taller, tambor, tango, tapa...

—Noe solo tenía ese tipo de rasguños en los tres primeros golpes, los únicos que vio venir. El primero y el segundo podrían ser considerados defensivos por un juez comprensivo. Pero cuando cayó al suelo y te sentaste a horcajadas sobre ella, Noe estaba indefensa. Medio inconsciente. En tus manos.

—Tarde, tarea, tasa, taxi...

—Y sin embargo, le soltaste un tercer golpe en la cara —descargó el puño con fuerza sobre la mesa—, el que resultó ser mortal. Con los posteriores, ya no se movió.

—Teatro, tecla, techo, teléfono...

—Me refiero al cuarto, al quinto y al sexto —dijo, y golpeó la foto de Noe a medida que los enumeraba.

En aquel instante irrumpieron en la sala la jueza Cabot y un hombre que Milo reconoció como el abogado de los Torres.

—Inspector Malart —dijo ella—, se ha terminado el interrogatorio. Hemos agotado el plazo de retención.

—Pero jueza... —repuso Milo.

—El retenido queda en libertad.

Isma se incorporó con dificultad, ayudado por el abogado, y juntos abandonaron la sala; el primero con la cabeza baja, limpiándose la nariz con la manga; el segundo con el cuello erguido, desafiante.

—Inspector Malart... —empezó a decir la jueza Cabot.

—En otro momento, señoría.

Salió de la sala con paso rápido. Afuera, aguardaban con cara de circunstancias los mandos que habían asistido al interrogatorio desde la sala anexa. Sin bajar el ritmo de sus zancadas, cruzó una mirada inexpresiva con la comisaria Bassa, otra con el jefe Singla. Se dirigió a la oficina, recogió su cazadora y se detuvo indeciso. El resto de inspectores lo miró sin hacer ningún comentario.

El subjefe Corberó llegó a su altura y le puso una mano en la espalda. Milo pegó un respingo, estremecido.

—Malart, salgamos de aquí —dijo—. Te invito a unas cañas en el bar de la esquina. —Milo reaccionó como un sonámbulo y se dejó llevar camino de los ascensores—. Necesitas tomar el aire y yo algo que me baje la presión.

En el pasillo, la subinspectora Mercader le vocalizó un mensaje mudo: «Nos vemos abajo». Milo asintió por inercia, sin comprender el significado.

TERCERA PARTE

—Has hecho un buen trabajo, no le des más vueltas —dijo Corberó. Se llevó el tazón de café con leche a los labios—. Tú y yo sabemos que es muy difícil arrancar una confesión.

Acodado sobre la barra, Milo observó el vaso de cerveza que tenía delante. No lo había tocado.

—Se ha logrado otras veces, y con menos —murmuró.

—Excepciones. Ese chaval es un fuera de lo común.

—Como Noe.

—Sí, Dios los cría y ellos se juntan.

Tras salir de la comisaría, el subjefe lo había guiado por Travessera de Les Corts para estirar las piernas y luego, sin mediar palabra, habían dado media vuelta hasta el bar de la esquina. Durante el trayecto, el viento los azotó sin compasión.

—Si algo sé por mis hijos —añadió Corberó—, es que la adolescencia es la edad de los secretos y de los choques con las figuras que representamos la autoridad. Se están creando a sí mismos y se sienten desorientados y maltratados por la adversidad. Son muy influenciables, fijate si no en el efecto Werther.

—No me jodas, subjefe. ¿Tú también eres psicólogo?

—Solo digo que esos dos eran problemáticos y que juntos iban a formar un tándem desastroso. Estaba cantado.

Milo contempló en silencio el ascenso de las burbujas, el lento disminuir de la espuma. Corberó prosiguió con su monólogo. Para él, eran dos jóvenes frustrados en constante huida, cada uno de su circunstancia. Ambos anhelaban lo mismo: sentirse mejor, más plenos, con identidad propia.

—De haber vivido en otros ambientes, hubieran sido el prototipo ideal para ser abducidos por algún grupo de fanáticos —concluyó. Apuró el tazón y se volvió hacia él—. Te he oído evocar el terrorismo durante el interrogatorio, con lo de las setenta y dos vírgenes y los ríos de miel. ¿Lo has hecho aposta?

—Hace poco leí a Khadra. «Un terrorista es alguien que busca una familia.» Me ha venido a la cabeza y lo he soltado.

—Me gusta cómo trabaja tu cerebro.

—Pues ya te lo regalo, yo lo detesto.

—Inspector Malart, el interrogatorio es más un arte que una ciencia y tú eres un artista, no te

subestimes.

—¿Lo hago? —preguntó sin apartar la vista de la cerveza.

Corberó reprimió un gesto de impaciencia.

—Lo has llevado a cabo de puta madre, pero cuando no se puede, no se puede. Es lo que hay.

—Psicólogo y filósofo. Deberías haberlo interrogado tú. Seguro que habrías obtenido más resultados.

—No me toques los huevos, inspector. Has obtenido información muy valiosa. Ahora tenemos una idea más clara de lo que ocurrió en esa casa el sábado por la noche.

—¿Estás seguro? Ponme un ejemplo.

—De entrada, sabemos que ese joven no es una víctima.

—Conjeturas.

—Y el grado de intervención de ese tal Andy.

—Más conjeturas.

—No me negarás que al menos está confirmado que regresó a la casa tras cometer el robo.

—¿Confirmado? No me hagas reír —dijo—. No tenemos ninguna prueba, solo el testimonio de Isma. Y eso y nada es lo mismo. Ese chico ha jugado conmigo, Mercader tenía razón.

—¿En qué tenía yo razón? —dijo la subinspectora. Saludó a Corberó de forma mecánica y tomó asiento en un taburete. Observó a uno y a otro—. ¿A qué vienen esas caras tan largas?

—Tu compañero, está en plan derrotista —señaló el subjefe. Hurgó en su billetera hasta dar con el billete que buscaba. Lo soltó en la barra—. Vuelvo a comisaría, ya tengo bastante.

Rebeca lo contempló alejarse con paso cansino.

—¿Se puede saber qué le has hecho?

Milo siguió sin moverse, la vista fija en la cerveza.

—¿Está en marcha lo de la rueda de prensa? —dijo.

—Tal y como has ordenado —respondió—. ¿Puedes explicarme de qué va el asunto?

—No hagas preguntas.

—Conmigo no te va a funcionar.

Pestañeó. Un instante y ladeó la cabeza hacia ella.

—¿De qué hablas?

—De todo ese rollo en modo abatido. Ya nos conocemos.

Milo hizo un chasquido y volvió a clavar los ojos en el vaso.

—¿Aún no son las doce y ya bebiendo? —inquirió Rebeca.

—Idea de Corberó, a mí no me mires. ¿Quién forma el primer equipo de seguimiento?

—Rojo y Cervera. —Pidió al camarero dos Vichy, sin hielo ni limón—. Manel Vergés sigue esperando en la sala 2.

—Encárgate tú, estoy hasta la coronilla de interrogatorios.

—Vale, el prota está depre porque no le han salido bien las cosas. ¿Nos damos un revolcón para animarte?

—Muy graciosa, para eso ya tienes a Boada.

—Apesta.

—No hace falta que lo jures.

—Me refiero a que despides un tufo a perfume que tira para atrás. Deberías darte una ducha con urgencia.

Milo no pudo evitar un amago de sonrisa.

—*Désolé* —dijo. Sacudió la cabeza con pesar—. ¿Sabes qué es lo que más me revienta? Haber apretado de forma agresiva a alguien que sufre un dolor emocional tan intenso, justo lo que traté de impedir a la comisaria jefe. Y todo, para nada.

—¿Qué coño dices! —espetó Rebeca—. ¿Dolor emocional ese chico? ¿Estás de broma? ¡Si te has quedado corto! Yo le hubiera hecho sacar las tripas por la boca. ¡Le machacó la cara a Noe cuando rompió con él! ¡Con una piedra! ¡Es una de esas escorias que no admiten que una mujer pueda dejarlos!

—¿Y si me he equivocado? Hay otras posibilidades.

—¿No has visto su reacción? ¡Se ha puesto a gimotear, a soltar incoherencias! ¿Habría hecho eso un inocente?

—Las reacciones no señalan al culpable, sino las pruebas.

—Y la dichosa Científica las corroborará, estoy segura.

—Pero Isma no ha claudicado.

—¡Lo que refuerza su culpabilidad!

—Y su situación no ha cambiado, sigue necesitando protección. Andy continúa en la calle.

—¿Que no ha cambiado? ¡Ha salido libre!

Milo se llevó las manos a la cara. Se frotó los ojos.

—Hay muchas cosas que se nos escapan todavía —dijo.

—En eso estamos de acuerdo. Lo de ese jodido Andy, por ejemplo. Si el plan de Noe era que regresara a la casa para acabar con Isma, ¿por qué terminó vivo? No cuadra.

—No, nadie es tan torpe. Y menos cuando estaba en juego el único testigo en su contra. Andy no volvió, Isma me ha manipulado. La tiranía de los débiles, o la de los que se fingen débiles.

—¿Dudas de tu intuición?

—Creo en el efecto devastador de las toxinas —dijo. Su voz sonó apagada—. La cabeza me va a estallar, estoy agotado.

—Cuando lo pillemos, le sacaremos la verdad.

—Habla por ti, chica dura. Yo cuelgo los guantes.

Rebeca sirvió las dos aguas sin inmutarse.

—Te lo habré oído decir un centenar de veces, ya no cuela. —Dio un trago—. Quién sabe, a lo mejor no es tan palurdo y sí hizo lo del cambio de deportivas con Isma. De cualquier forma, ya hemos dado orden para que las busquen en los cables.

—¿Ahora te crees a ese manipulador? No, me ha tomado el pelo y yo la he cagado con todo lo

del contenedor.

—Puede haber mentido.

—¿En cuál de sus versiones?

Rebeca torció el gesto. Contempló la barra en silencio.

—¿Y por qué Andy no regresó? —dijo, al cabo—. Si ese era el plan, ¿por qué no lo hizo? No iba a irse de rositas con los testimonios de Isma y Noe. Tampoco tiene sentido.

—Estoy harto de esta historia. —Alcanzó el vaso y dio un sorbo—. Joder, y también del agua mineral. —Cogió la cerveza y se la llevó a los labios. Se detuvo. La dejó con fuerza en la barra y se derramó—. Hostia puta, no hago nada bien.

—De acuerdo, cambiemos de tema. Esa mujer de la que has hablado, la que te rompió el corazón. ¿Quién es?

—Nadie —dijo. Trató de limpiar con servilletas el estropicio—. No existe. Pura invención. Para estirarle de la lengua.

Ella lo observó con largueza.

—¿Todo el rato has estado mintiendo?

—Todo el rato.

—Pues parecías saber de lo que hablabas.

—Es uno de mis talentos.

—Toda esa vehemencia... Has sido muy convincente.

—Lo celebro —dijo. Dejó estar la limpieza—. ¿Algo más?

—¿Nada ha cambiado entonces?

—Nada ha cambiado, Mercader. ¿Te encargas tú de pagar las aguas y salimos de aquí? —dijo. Se dirigió hacia la puerta.

El viento lo recibió con un rugido. Mientras se subía el cuello de la cazadora, contempló los remolinos de las hojas. Escuchó muy lejana la voz de la subinspectora. No se movió.

—¿Vamos o qué? —se impacientó Rebeca.

—No se deshizo de algo tan importante para él —dijo—. Era lo único que le quedaba de Noe. No escondió algo tan valioso en la calle y tampoco en la casa, allí no podría recuperarla.

—¿De qué hablas?

—La tarjeta SD. Desmontó el móvil de Noe y lo fue tirando por el camino, pero la tarjeta se la llevó consigo.

—Pues ya me dirás dónde —repuso Rebeca—. Lo revisaron de pies a cabeza en la comisaría de la plaza de España, al igual que sus pertenencias, y nada.

Milo se volvió lentamente hacia ella.

—Ocupa muy poco espacio.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Registraron a fondo sus cosas? —Mercader asintió—. ¿Todas sus cosas? —Volvió a asentir—. ¿Incluso el llavero?

La subinspectora recordó la media luna de piel. Deshilachada por uno de sus costados.

—No me...

La interrumpió al tiempo que señalaba la comisaría.

—¿Los Torres se habían ido cuando has bajado al bar?

—Hacía diez minutos —respondió, el rostro contraído.

—Rectifico, subinspectora. No hacemos nada bien.

El inspector jefe Singla apretó los puños cuando dijo que debían recuperar ese llavero y hacerse con la maldita tarjeta SD.

—Emitir una orden es inútil —señaló la jueza Cabot—. A estas alturas, Isma Torres ya la habrá cambiado de sitio.

—Ese chaval siempre ha ido un paso por delante —dijo Sena—, nos ha toreado como le ha dado la gana. ¿Cuál puede ser su próximo movimiento?

La improvisada reunión tenía lugar en las oficinas del GEHME. Apoyado en una de las mesas, Milo permanecía con los brazos cruzados y las piernas estiradas, mirando el suelo.

—¿Alguna idea? —insistió Singla.

—Revisará su contenido —dijo Boada—. Y si hay material comprometedor para él, se deshará de ella, seguro.

—¡Claro que habrá material que lo implique! —exclamó Rebeca—. A él y a Andy. A esa chica le ponía filmar imágenes escabrosas, no iba a perderse la oportunidad de tomar planos del asesinato de su familia. En esa tarjeta está todo, es la clave.

—¿Y también a ella, subinspectora? —intervino el sargento Crespo—. ¿Quién graba un crimen múltiple sin hacer nada por impedirlo? Solo alguien que está metido en el asunto.

—Pero nosotros veríamos luego esas imágenes —dijo Sena.

—Una vez Noe las hubiera editado, descargando las originales en otro soporte —repuso Rebeca—. Pero no tuvo tiempo. En esa tarjeta están las pruebas que necesitamos.

Singla soltó un bufido de irritación.

—Y la tuvimos en nuestro poder todo el rato —dijo.

La sargento Corominas carraspeó.

—¿Puedo decir algo? —El inspector jefe afirmó con un gesto—. Contenga lo que contenga, Isma Torres no se deshará de esa tarjeta. Tiene mucho valor para él. Valor sentimental. La guardará como su posesión más preciada.

—¿Tenemos aquí una jodida epidemia de intuiciones o qué? —soltó Boada—. ¿Puedes explicarnos por qué lo crees?

—No lo creo, lo sé —dijo, categórica—. Por la forma en que Isma procesa los acontecimientos. Pone en marcha una serie de detonantes en su cabeza y tuerce lo que podríamos

llamar comportamiento normal o sensato. Aunque lo comprometa, la guardará como un tesoro. ¿No opinas lo mismo, inspector Malart?

Milo se encontraba lejos de allí, en la terraza de un bar, sentado a una mesa, observando los juegos de varios chiquillos en la orilla. Sus saltos cuando venían las poderosas olas, sus muestras de alborozo. Ella, sentada en la mesa de al lado, bebía un vino blanco; sonriente, alzó la copa en dirección a los niños. *Bonheur, chapitre trois*. Él esbozó una sonrisa y la imitó con su vaso de agua mineral. Ambos dejaron pasar los minutos sin pronunciar palabra. Dos desconocidos contemplando las inocentes evoluciones de unos críos excitados por la fuerza del mar. Compartiendo un instante al margen del tiempo. Una de las niñas dio un salto y se zambulló en un palmo de agua blanca para levantarse de inmediato, la boca llena de gritos de contagiosa alegría. Ahora fue el turno de Milo. Levantó su vaso. *Bonheur, chapitre quatre*. Ella hizo otro tanto sin despegar la vista de la orilla. Continuaron observando la escena. Unidos por una vibración, disfrutando de la parte buena de la vida desde la distancia. Y cuando llegaron al capítulo seis, cruzaron la mirada por primera vez. Ella, con el impulso irrefrenable de acariciar la piel de su antebrazo; Milo, con el corazón acelerado. Rompieron a reír.

—¿Inspector Malart?

Milo se encogió de hombros sin apartar la vista del suelo.

—Bueno, eso nos daría una oportunidad de hacernos con la tarjeta —dijo la jueza Cabot—. ¿Alguna sugerencia sobre qué puede hacer Isma Torres a continuación?

Los miembros del Grupo se miraron entre ellos.

—Se siente frustrado por el rechazo —apuntó ahora la sargento Humbert—. Y por añadidura, está lo ocurrido. Alguien perturbado por la suma de estos dos sentimientos puede aislarse, lo que lo convertiría en potencialmente violento y agresivo.

—Y su perfil ya no es pasivo —dijo la sargento Corominas.

—Alguien con un nivel tan alto de contrariedad puede ser capaz de llevar a cabo cualquier acto sin sentido. Contra él mismo, o contra su entorno.

—A ver, un momento, chicas —interrumpió Boada—. ¿Qué leches estáis diciendo? Os estáis pasando tres pueblos y yo...

—Cierra la boca, inspector —cortó Rebeca. Se volvió hacia Humbert—. ¿Hablas de suicidio? ¿De otro asesinato?

—¿Qué se hace cuando todo ha terminado?

—Isma Torres no va a empezar de nuevo —dijo Corominas.

Humbert cabeceó de lado a lado.

—A la que pueda, regresará a su escondrijo —murmuró.

—Y no quiero ponerme melodramática —agregó Corominas—, pero le falta el canto de un duro para que su alma negra tome el mando.

Singla preguntó a Crespo acerca de la ubicación del sótano.

—Supuesto sótano —se apresuró a matizar Boada.

—Es un callejón sin salida —respondió el sargento—, pero seguiré intentándolo.

—Que Rojo y Cervera no se separen de su culo en ningún instante, ¿queda claro? Inspectores Sena y Boada, vosotros iréis al domicilio de los Torres, refuerzo de vigilancia. ¿Tenemos su móvil intervenido?

—Ya he firmado la orden —dijo la jueza Cabot.

—Sargentos, ya sabéis cuál es vuestro trabajo. Mercader, Malart —se encaró con ellos—, vosotros a la sala 2, a por el vecino mirón. A ver si le sacáis algo, joder. Yo voy a apretar las tuercas para que trinquemos a Andy Castro de una puta vez.

—Jefe Singla —dijo la jueza—, me gustaría hablar un momento a solas con el inspector Malart. ¿Nos cedes tu despacho?

Milo miró a uno y a otra. Al cabo, se enderezó muy despacio y fue tras ella, quien ya había iniciado la marcha. Rebeca lo interrogó con la mirada. Él se encogió de hombros una vez más.

—No siempre se puede ganar —dijo Cabot. Cerró la puerta y se recostó contra la hoja.

Milo guardó silencio.

—¿Estás cabreado conmigo?

No respondió.

—Estás cabreado. Puedo entenderlo.

—Te pedí veinticuatro horas más.

—No vuelvas con eso, ya te lo expliqué. Es la ley.

—Entonces no hay nada de qué hablar —zanjó. Dio un paso hacia ella para salir del despacho. La jueza no se movió.

—Involucrarse emocionalmente en un caso te vuelve torpe —dijo—. Y llámalo sexto sentido, pero por tu línea de interrogatorio juraría que eso es lo que has hecho y sigues haciendo.

—Mi torpeza es haber regresado de Biarritz antes de tiempo. No debí cancelar las vacaciones forzadas.

—¿Qué pasó en Biarritz? ¿A quién conociste?

Milo retrocedió hasta la pared opuesta. No contestó.

—Escucha —dijo Susana a su espalda—, cuando la Científica termine con los análisis tendremos algo consistente contra Isma Torres. No se ha librado de esta.

—¿Crees que eso me quita el sueño?

—¿Entonces por qué estás así?

Milo se dio la vuelta de golpe. Señaló hacia la sala 1.

—Lo que has visto allí dentro son los efectos del amor. De tu famoso amor —remachó, hosco.

—Te equivocas de parte a parte. Ese adolescente nunca sintió nada parecido. Hizo del amor algo oscuro, cuando es todo lo contrario. Confundió la atracción sexual con el sentimiento.

—¿Cómo lo sabes? ¿Porque es joven? —ironizó.

—Porque es de cajón, ¿o no lo ves? A los dieciocho años se sienten y se hacen muchas tonterías. Por las hormonas.

—Y a los cuarenta, y a los cincuenta, no te jode. ¿Desde cuándo eres una experta? ¿Desde que sales con el del tambor? ¿No serás tú quien confunde el deseo con otra cosa?

La jueza frunció el ceño.

—No pienso tolerarte ningún ataque personal —dijo.

—No soy yo quien te está atacando, sino la oxitocina, la hormona que segregamos después de hacer el amor. Produce efectos de enamoramiento. Estás en pleno subidón, jueza.

Susana puso los ojos como platos.

—Con tanto sexo que mantienes —añadió Milo—, no me extraña que tengas una memoria de elefante.

—Además de salida, ¿me estás llamando gorda?

—No, señorita. Solo digo que a la vejez, viruelas.

—¿Y también me estás llamando vieja? —dijo, enrojecida.

Milo avanzó hacia ella con paso decidido.

—Tengo dos noticias para ti, y las dos son malas. ¿Cuál quieres oír primero?

—No sigas por ese camino, Milo.

—Tu Romeo no era el amante perfecto. Estaba con Rosalinda, pero al conocer a Julieta dejó de importarle. Esto no pone en buen lugar su capacidad sentimental, ¿ves a lo que me refiero?

—¿Tratas de decirme algo? ¡Habla claro!

Milo pensó en lo que quería contarle. Que se estaba equivocando. Que vivir no se trataba de aquello. Que no *solo* se trataba de aquello. Sabía que la verdad iba a hacerle daño, que la lealtad no estaba por encima de la confianza y que ella tendría todo el derecho del mundo a enfadarse con él por meterse donde no lo llamaban. Pero algo tenía que decirle. Se lo pedían a gritos sus tripas. Decidió no hacerles caso, y se frenó.

—Susana, no entiendo que no lo entiendas.

—Si te refieres a mi vida personal —dijo, la voz afilada como un cuchillo—, creo que puedo encargarme yo sola.

—Tus asuntos privados no son de mi incumbencia.

—Me alegra saberlo. ¿Cuál es la segunda noticia?

—Isma Torres no tuvo ningún subidón de oxitocina. Nunca hizo el amor con Noe. Sintió lo que sintió, y punto.

—¿Y por qué es una mala noticia?

—Porque si ella lo hubiese amado, nada de esto habría ocurrido. Todos estarían vivos. Si hubiera sentido por él lo que decía sentir, lo que hacía ver que sentía. Si hubiera sido verdad...

—Pasa continuamente —atajó ella—. Es la vida.

—No, jueza, no es la vida. Es la muerte.

Susana se puso rígida de súbito mientras Milo la esquivaba y agarraba el tirador de la puerta.

Lo agarró para detenerlo. Lo notó tenso, el brazo duro como una piedra.

Apoyó la cabeza en su hombro.

—Milo —murmuró—, necesitas relajarte. Hay curas en Barcelona que tienen más vida sexual que tú.

—A ellos les quedan mejor los alzacuellos.

—Encontrarás a alguien que sea especial para ti, ya lo verás. Solo tienes que dejar la puerta abierta. Yo lo hice, y mírame, di con mi media naranja. Eso sí, te aconsejo que cambies de perfume. El que utilizas es horrible, espanta a las moscas.

—Tengo una curiosidad. ¿Puedo?

Susana levantó la cabeza.

—No pidas permiso, maldita sea. Adelante.

—¿Qué sentiste cuando te conté que estaba viendo a otra?

La jueza lo soltó. Se echó para atrás.

—¿Hablas de hace veinte años, de Irene?

Asintió.

—Pues la verdad, no me acuerdo. Gracia no me hizo, desde luego. ¿Por qué quieres saberlo precisamente ahora?

—No soy una mala persona.

Ella parpadeó, confundida.

—Ya sé que no eres una mala persona. ¿Qué te pasa?

—¿Has venido con tu Mercedes?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—A lo mejor luego tengo que conducir. ¿Me lo prestas?

—¿Y cómo me desplazo yo?

—Con el mío.

—¿Con ese trasto viejo que me puede dejar tirada?

—Está bien, olvídalo —dijo. Abrió la puerta.

Susana alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Milo, no cometas un error terrible. El tiempo es el villano.

—Cuando lo atrape, te aviso.

—Metadatos —dijo Rebeca—. ¿Sabes lo que son?

Manel Vergés negó con un gesto, el semblante tenso. Debido a las horas que lo habían tenido esperando, su actitud arrogante y fría se había transformado en blanda y sumisa. La subinspectora Mercader llevaba la voz cantante, tal y como habían pactado antes de entrar en la sala 2, y Milo se limitaba a observar en silencio. Reclinado en la silla, con las piernas estiradas y los brazos cruzados, permanecía con los ojos clavados en el testigo.

—Ya te lo digo yo —continuó ella—. Una putada, eso es lo que son. Porque no desaparecen. Sabemos que borraste algunos archivos de tu ordenador, pero no los eliminaste por completo. ¿Quieres pruebas? —Abrió el dossier que había dejado sobre la mesa y desplegó las fotos de Noe en posturas comprometidas, ligera de ropa o desnuda—. Aquí tienes las pruebas —dijo. Y guardó silencio, un recurso muy efectivo a la hora de presionar al sujeto. Escrutó sus reacciones. La palidez, la sudoración.

Tuvo suficiente.

—Más pruebas —dijo—. En la escena del crimen hallamos una colilla, un pañuelo de papel con fluidos y varios cabellos, todo tuyo. Y luego están tus antecedentes. Hace dos años fuiste denunciado por acoso y allanamiento, también a una jovencita.

—Fue un error, una mala interpretación. Yo solo...

—Te van las crías —interrumpió—. Primero las miras, luego las acechas y por último las acosas. Y Noe te atraía, te ponía como una moto. Lo sabemos —indicó las fotos.

—Me..., me provocaba constantemente —farfulló.

—Te compraste un equipo de cámaras de última generación para espiarla, con activación por movimiento. Un equipo la hostia de caro. Y todo por ella. Para ella. Te tenía obsesionado.

—Yo..., yo no...

—¿De qué murió tu madre?

—¿Mi madre? —preguntó, lívido—. ¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto?

—Siempre es un golpe muy duro perder a una madre. Imagino que estabais muy unidos. Hijo único, soltero. Pero lo de instalar las cámaras en su habitación pasa de castaño oscuro.

—No meta a mi madre en esto —dijo, las orejas ardiendo.

—También sabía tus inclinaciones, estaba al corriente.

—Ella no...

—Sabemos que estuviste en la casa la noche del sábado.

—¡Eso no es cierto!

—La colilla, el pañuelo y los cabellos te delatan.

—La vi removiendo en el contenedor, esa chica era capaz de cualquier cosa. ¡Buscó en mi basura!

—Vaya —dijo, satisfecha—, por fin has refrescado la memoria. ¿Qué más tienes que contarnos?

El hombre desvió la mirada hacia Milo.

—Ya se lo dije, yo no vi nada. Estaba en la sala, viendo una serie. Nunca he estado en esa casa, tienen que creerme.

Milo negó con la cabeza muy despacio, en silencio.

—¡Es la verdad! —exclamó.

Rebeca señaló una de las fotos. Noe sentada en una silla, las piernas separadas, desnuda de cintura para abajo.

—Algo viste —dijo.

Vergés se desplazó hacia delante, las manos en el pecho.

—¡Las cortinas estaban descorridas, la persiana levantada! ¿No lo entienden? ¡Me estaba provocando! ¡Posaba para mí! Y yo..., yo entendí que era parte de un juego... ¡Nada más!

—¿Cuándo empezó ese juego?

—No sé... Desde hace un tiempo, no lo recuerdo.

—Cuando era menor de edad, te refieres.

Vergés apretó los labios. Sacudió la cabeza.

—Ustedes no lo comprenden —murmuró—. Esos chicos y chicas no son humanos, y esa muchacha era la menos humana de todos. Era una auténtica arpía.

—¿Qué es lo que no comprendemos?

—Esto es muy humillante...

—¿Qué es lo que no comprendemos? —insistió Mercader.

—Que esa chica era una zorrita —dijo entre dientes, con ira—. Ella sabía que la estaba observando, actuaba frente a mí, posaba para mi cámara. Me enviaba sus vídeos, se masturbaba para excitarme, se lo hacía con otros para..., para... ¡Pero yo nunca la toqué! ¡Era hiedra venenosa!

Volvió a mirar a Milo en busca de comprensión, quien de nuevo negó con la cabeza sin variar de postura.

Rebeca señaló otras fotos.

—No todas son posados —dijo—, también hay robados.

—¡Da igual! —gritó—. ¡Todo era parte de su actuación!

—Acechabas a la joven, no da igual.

—Yo no hice nada malo, no estuve en la casa. No vi nada.

Milo respiró hondo con hartazgo. Sin incorporarse, dijo:

—Viste lo que filmó tu cámara el sábado por la noche.

Vergés lo contempló sin entender.

Rebeca soltó un manotazo sobre la mesa.

—El sábado por la noche —dijo—. Cuéntanos qué grabó tu cámara el sábado por la noche.
¡Ahora!

—Pero ustedes..., ustedes ya..., ya tienen ese vídeo...

—Queremos oírlo de tu propia voz.

Guardó silencio, desconcertado.

—Has reconocido que acechabas a esa joven, no empeores las cosas. Cuéntanos qué contiene esa filmación.

—Yo..., yo no sé, yo no sé si...

—Se activó cuando Noe entró en su cuarto y la grabó mientras se cambiaba de ropa —dijo Milo, la voz enronquecida—. Luego, cómo la metía en una bolsa y abandonaba la habitación. Continúa a partir de aquí.

—Son imágenes muy confusas —dijo—. La cámara se enciende y se apaga en función del movimiento. Como ya habrán comprobado, es un visionado complejo.

—Lo sabemos —dijo Rebeca—. Tu propósito era filmar escenas largas, no entrecortadas. Continúa.

Miró a ambos lados, tratando de aclararse.

—La siguiente imagen —dijo, al rato— es ella pasando por delante de su cuarto, el chico detrás un instante después. La luz era muy mala, solo estaba encendida la del pasillo.

—Sigue —ordenó Rebeca con firmeza.

—La escena se repetía un par de veces. O más, no sé.

—¿Ida y vuelta?

—Eso parecía, sí.

—Ella primero, el chico detrás.

—Eso creo —dijo, los ojos desorbitados, sin comprender.

—¿Sí o no?

—No estoy seguro, las imágenes no se veían con nitidez. Apenas me fijé, no me... —Se calló de golpe.

—No aparecían desnudos ni sexo, lo único que te interesaba.

Veló la mirada. Cabeceó. Un instante y se rehízo.

—¿Por qué me hacen estas preguntas? —inquirió—. Compruébenlo ustedes mismos si...

—Cuestiones de protocolo —cortó—. ¿Y a continuación?

—No sé, parecían enfadados. Gesticulaban.

—¿Quién llevaba la piedra?

—¿Piedra? ¿Qué piedra? Yo no recuerdo ninguna piedra...

—Estás mintiendo.

—¡Digo la verdad! ¡No sé de qué piedra me hablan!

—¿Y luego?

—El chico volvió a pasar por delante de la puerta.

—¿Cuánto tiempo después?

—No recuerdo qué indicaba el marcador de tiempo. Sale en el margen inferior derecho..., compruébenlo ustedes.

—¿Solo o con ella?

—Solo.

—¿Alguna diferencia en su aspecto anterior?

La miró boquiabierto.

—¿A qué se refiere?

—Si notaste algo distinto en sus ropas.

—No entiendo...

—La sangre, joder —masculló Milo, sin moverse—. El chico iba ensangrentado. Lo que te pregunta la subinspectora es si era sangre de color rojo granate o rojo negro. Fresca o seca.

—¿Y cómo quieren que lo sepa? —gimoteó—. No me fijé...

—Continúa —apremió Mercader—. ¿Siguiente escena?

—Lo mismo, pero de vuelta, si no me equivoco...

—¿El chico solo?

Asintió sin fuerza.

—¿La luz aún era mala, nada más alumbraba la del pasillo?

Volvió a confirmarlo con un gesto alicaído.

—Continúa.

—No sé, no tengo claro el orden...

—¡Me cago en la leche, haz un esfuerzo!

Separó los brazos. Miró al techo. Sacudió el cuello.

—El chico entra en el cuarto —dijo, la frente perlada de sudor—. Encendió la luz, sí. Rebuscó en la mesilla de noche. Un rato y salió. Exacto, esto lo recuerdo con claridad.

—¿Se llevó algo consigo?

—No..., no lo sé, no..., no me fijé.

—Está bien, sigue.

—Hubo unas imágenes distintas. La luz. Pero ya les digo que no tengo claro el orden...

—¿Qué le pasaba a la luz?

—Había más, el pasillo estaba más iluminado. Y el chico pasó por delante de la puerta. Otra vez. —Se paró en seco—. Creo que ahora llevaba algo en la mano. Un vaso, eso es. Juraría que era un vaso. Sí, era un vaso, seguro.

—¿Un vaso de qué? Contesta. ¿Un vaso de qué?

Se encogió de hombros, al borde del llanto.

—No entiendo estas preguntas... —sollozó.

—Protocolo, ya te lo hemos dicho. Contesta.

Negó una y otra vez con la cabeza, desesperado.

—No lo recuerdo... Lo juro...

—¿Cuándo viste el vídeo?

—El domingo al mediodía. No, por la tarde. A media tarde.

—¿Y esa fue la última imagen que grabó tu cámara?

—Les juro que no lo sé, no estoy seguro. No lo sé...

—¿Viste a alguien más? —Nuevas sacudidas, cada vez más espasmódicas—. ¿Alguna sombra?

—No..., no..., no...

—Está bien, ya hemos terminado —dijo Rebeca. Hizo chirriar la silla al levantarse. El hombre pestañeó, alarmado—. ¿Quieres algo de beber? ¿Un refresco, un botellín de agua?

Recogió las fotografías, las introdujo en el dossier y abandonó la sala sin aguardar la respuesta. Milo se tomó su tiempo. Se incorporó con esfuerzo y, acto seguido, golpeó suavemente la mesa con los nudillos un par de veces.

Manel Vergés alzó el rostro, anonadado.

—Te lo pregunté en tres ocasiones, si tenías algo que contarme. —Ahogó un bostezo mientras se encogía de hombros—. Pediré que te traigan un refresco, necesitas algo de azúcar.

—Ya no hace falta esperar a los metadatos ni a los resultados de la Científica, tenemos lo necesario para arrestar a Isma Torres.

Milo se dejó caer en una silla de la sala de descanso. Se acodó en la mesa y se llevó las manos a la cabeza.

—No te embales, chica dura —dijo. Se frotó el cabello con desgana—. Cuando te he dado carta blanca para que fueras a por ese tipo no me refería a que arremetieras con todo.

—He obtenido lo que queríamos, ¿no? Pues no te quejes.

—Su testimonio está repleto de vaguedades. «No lo sé, no me fijé, no estoy seguro.» Y tampoco recuerda el orden exacto.

—Pero nos permite hacernos una idea de los acontecimientos. Isma y Noe discutieron en el pasillo, camino del cuarto de Eva, tenías razón en esto. La clave es confirmar quién llevaba la piedra en la mano.

—Eso ya lo sabemos. La llevaba Noe. Si hubiera sido Isma, la niña habría sido el sexto cadáver. Fue él quien la protegió.

—De acuerdo. Luego mató a Noe a pedradas. No aparece nadie más en la filmación. Tuvo que ser él.

—El hecho de que Andy no entre en el ángulo de la cámara no lo descarta.

—Eres un chafaguitarras, ¿lo sabes? —Dio unos pasos por la sala, los brazos en jarras. Al cabo, se plantó ante él—. Vale, Noe está muerta, Isma yace sobre ella, en un gran charco de

sangre, desmayado por el cóctel narcótico. ¿Todo bien hasta aquí? —Milo no respondió—. La madrugada del sábado al domingo abre los ojos. Aún es de noche. Conmocionado, ve el cuerpo de Noe, la cara desfigurada. En estado de *shock*, digo yo, se incorpora y va por el pasillo. No fue al baño del fondo, no había rastros de sangre. Así que fue al cuarto de Eva. ¿Para qué?

Milo continuó en silencio, mirando el tablero de la mesa.

—Comprobó que seguía dormida —dijo ella—, si estaba bien. No había sangre en el tirador, pero la puerta pudo estar entornada y le bastó empujarla con el hombro. Luego, baja a la sala. Sabe que vamos a pensar que él fue el asesino y se dedica a alterar la escena del crimen. O ese era el plan de Noe, no sé.

—Todo era confusión en su cabeza —murmuró Milo—, actuaba como un robot, de forma mecánica, sin pensar. Me inclino por lo segundo. Y Noe guardaría en su mesilla las pruebas para incriminar a Vergés, las que había recogido de su basura.

—Momento que registró la cámara. Pero, entonces, ¿para qué fue al contenedor?

—Ni puta idea, me he equivocado demasiadas veces.

—Da igual, sigamos. Ya ha sembrado el caos en la sala. ¿Qué hace luego? Según la cámara, regresó al cuarto de Eva con un vaso. Antes del domingo por la tarde. La sangre ya está seca y por eso no deja pisadas de sangre.

Milo se enderezó, la contempló con fijeza.

—Pero sí restos en la cama y en su ropa. Se sentó a su lado, la sujetó por la espalda, el cuello, y le dio de beber más narcótico. Para que siguiera dormida. Eso explicaría por qué Eva no se despertó durante más de treinta horas. Le preocupaba esa cría. Iba a ser la única superviviente, como él. Empatizó con ella, y se aseguró de que no viera los cadáveres de su familia.

—La deja durmiendo y cierra la puerta. ¿Cómo se lo montó para no dejar huellas? ¿Usó la camiseta a modo de guante?

Milo se encogió de hombros.

—Las series norteamericanas dan muchas ideas —dijo.

—¿Y de dónde sacó el cóctel de drogas?

—De Noe, supongo. Fue ella quien drogó a la familia. Lo llevaría encima, tal vez en los tejanos, en un bolsillo.

—Es una explicación. ¿Y luego? ¿Qué hizo luego?

Milo se lo imaginó al límite de la cordura. Roto. La mente errática. La matanza del pasado, la del presente. Noqueado por el dolor. Con una necesidad urgente: desconectar de todo.

—Bebió más narcótico también —dijo—. Y a continuación, fue a la cocina, se echó junto a la madre y la abrazó. Para sentirse protegido o para lo que fuera que pasó por su cabeza.

Rebeca observó su mirada sombría, atormentada.

—Joder, ese chico está como un cencerro. —Apartó el aire con la mano—. Y así hasta el lunes poco antes de amanecer, cuando despertó y salió de la casa camino de la comisaría de la plaza de España. Para huir de Andy y buscar protección.

Milo asintió sin energía. Se levantó.

—¿Te ocupas tú de redactar el informe?

—No hay problema —dijo Rebeca—. ¿Adónde vas?

—A casa, necesito dormir un par de horas. Y una ducha para quitarme este tufo de encima. Oye, encárgate de que le lleven un refresco a ese tipo.

—¿Qué hacemos con él?

—Aparte de acechador, nos ha ocultado pruebas de un asesinato quintuple. —Se dirigió a la oficina—. Empapélalo.

—Inspector —dijo Rebeca a su espalda—, formamos un buen equipo. No puedes negarlo. Y tú querías deshacerlo...

—Si tú lo dices —repuso, sin volverse—. Pero estamos más o menos donde estábamos.

Se detuvo ante la mesa del sargento Crespo. Mantuvo una breve charla con él. Luego, se encaminó hacia los ascensores.

Condujo por Travessera de Les Corts en dirección a la Barceloneta. De improviso, cambió de opinión y aparcó sobre la acera, frente a un bar. Devoró media tortilla de patata con triple ración de pan con tomate mientras veía las noticias en un televisor colocado en lo alto al final de la barra. En la pantalla apareció Guillamón ante un atril, rodeado de micrófonos. Escuchó la nueva rueda de prensa sin demasiado interés. Solo aguzó el oído cuando el intendente anunció con voz monocorde que las fuerzas de la investigación descartaban por completo la participación del llamado clan de Mostar. Pidió un café y la cuenta. Antes de salir a la calle, echó un vistazo al reloj de pared. A esas horas a lo mejor estaba en el parque, pensó. No se encontraba muy lejos.

Se puso de nuevo al volante y arrancó sintiendo un súbito acceso de ilusión. Dobló por Numància y luego por Marquès de Sentmenat, donde volvió a dejar el coche en la acera. Caminó con el pulso acelerado hasta el parque que ocupaba el espacio interior del ángulo recto que formaban dos altos edificios, uno de quince pisos de altura y el otro de doce. Tuvo la precaución de situarse en contra del viento, y agradeció los embates furiosos en la cara; no era frío, pero lo ayudó a despejarse. Oteó el lugar. Hombres y mujeres, la mayor parte ancianos, paseaban allí sus perros. También había niños y niñas que, tras comer en sus casas, aprovechaban para jugar con sus mascotas antes de regresar al colegio.

Lo distinguió enseguida.

El pastor mallorquín destacaba entre los demás por su tamaño y color negro. Con la lengua fuera, corría de un lado para otro, jaleado por una niña de rasgos orientales cuyo nombre le resultaba imposible de retener. Se le estrujó el corazón. Tío. Lo vio bien, feliz, con aspecto saludable. Igual que las otras veces que había acudido a aquel parque. Le vinieron a la cabeza los momentos de intensa felicidad a su lado, el afecto a raudales, sin verbos de por medio; fácil, sencillo. Sin explicaciones ni reproches. Solo la lealtad y la compañía fluyendo de manera

natural. Irremplazable. Tío. Añoraba al perro más de lo que quería admitir. Daría lo que fuera con tal de recuperarlo. Con un nudo en la garganta, se repitió que no había marcha atrás. Aquello solo pasaba una vez en la vida y él lo dejó ir. Se sintió solo, muy solo y muy imbécil, como en cada ocasión que visitaba el parque. El sonido del móvil lo rescató de la nostalgia. Toni Crespo.

—Dime, sargento.

—Tengo lo que me has pedido. Amedé Agbini recibe en la cárcel frecuentes visitas de una mujer, Julia Gomila. Por lo visto han establecido una relación por carta, el mundo se ha vuelto loco de atar. ¿Apuntas su dirección? Trabaja en una gestoría.

Le preguntó si necesitaba algo más y colgaron. Milo dio media vuelta sin mirar atrás. Tenía que acabar de una vez por todas con aquellas supervisiones a escondidas. Tío, el pastor mallorquín, parecía haberlo olvidado. Y estaba bien. Mejor con la niña de nombre impronunciable que con un desastre como él. Una vez esto claro, lo demás sobraba. Solo le acarreaba dolor y una pesada sensación de vacío por su ausencia. Algo que no se podía permitir.

Subió al coche y puso rumbo hacia el Raval.

Pulsó el timbre del piso sin tenerlas todas consigo, no se desenvolvía bien en las distancias cortas. Un olor a comidas se esparcía por toda la escalera. Le abrió la puerta una mujer más atractiva de lo que se esperaba, vestida con ropas cómodas y favorecedoras, de unos treinta y tantos. No pudo evitar plantearse qué hacía alguien como ella con un convicto de veintiséis años. Le mostró la placa, le preguntó si era Julia Gomila. Ella asintió y, antes de darle tiempo a reaccionar, le dijo que necesitaba su colaboración, formularle algunas cuestiones. Sorprendida, quiso saber qué clase de colaboración, cuáles eran esas cuestiones.

—Amedé Agbini, el único encarcelado por el homicidio de Candela Cuadrado —dijo, refiriéndose al caso Gotha, a la chica asesinada en un yate—. ¿Podríamos hablar dentro? Solo la entretendré unos minutos.

Julia Gomila lo miró de arriba abajo, con desconfianza.

—Tengo el tiempo justo para comer y volver al trabajo y...

—Creo que puedo ayudarlo.

—¿Cómo dice?

—Estamos interesados en Ivo Parés y Mónica Morera. Su novio intervino en el crimen, pero sospechamos que no fue el autor material del homicidio.

Advirtió que se sonrojaba levemente.

—¿Y no podían haberlo dicho antes, durante el juicio? Además, ¿cómo saben que es mi novio?

—Es un poco complicado. Si me deja pasar, intentaré explicárselo. Seré breve, se lo prometo.

—Prefiero aquí, en la puerta.

—Como quiera. ¿Sabe si mantiene contacto con ellos?

La vio dudar, debatirse entre contestar o no.

—Le aseguro que sus respuestas pueden beneficiar a Amedé.

—En las cartas hablamos de lo que sentimos. Y en los vis a vis, del futuro. Nunca mencionamos el..., el caso.

—¿Entonces no le ha contado nada sobre ese matrimonio?

—¿Tendría que haberlo hecho?

—Cargó con las culpas de esos dos. Están libres, en la calle, mientras él se pudre en una celda. ¿No le molesta?

—No es asunto mío, allá cada cual con su conciencia.

Milo se mordió la lengua para no replicar. Respiró hondo.

—Le agradecería que en su próxima visita le preguntara si estaría abierto a colaborar con nosotros. Estoy dispuesto a hablar con el fiscal para ofrecerle un trato a cambio de contarnos detalles sobre la intervención de esos dos.

—¿Qué clase de trato? ¿Ponerlo en libertad?

—Reducción de condena. Significativa.

—¿Y si no acepta?

—Usted podría ayudarnos.

La mujer se apoyó en la jamba. Lo estudió sin disimulo.

—¿Haciendo que me explique cosas para luego contárselas a ustedes? No, yo no soy así, creo en la confianza. En esto se basa nuestra relación. —Y retadora, añadió—: Nos amamos, ¿sabe?

—No tiene por qué hacerlo a sus espaldas. Convénzalo.

Ella entornó los ojos. Permaneció callada unos instantes.

—Amedé ya los ha rechazado, por eso está usted aquí. Ustedes nunca van de cara, son unos liantes. No, no quiero tratos con la policía, no me fio.

—¿Y no le gustaría que saliera antes de prisión?

Negó con la cabeza, sin vacilar.

—A ese precio, no —dijo—. Sería traicionarlo.

—Lo ayudaría.

—Destruiría lo nuestro. No volvería a confiar en mí.

—Entiendo. Prefiere una relación con límites definidos, predecible, antes que otra en libertad. Le asusta cómo pueda terminar lo suyo cuando salga a la vida real.

—¿Me está juzgando?

—Mantiene su historia en secreto, ya lo hace usted misma.

El rubor en sus mejillas aumentó de intensidad.

—Usted no puede comprenderlo, nadie puede hacerlo. La gente solo ve en Amedé a un asesino y yo veo a un hombre distinto, uno con sentimientos y convicciones muy profundas.

Milo la contempló en silencio. Las mujeres que amaban a hombres que habían matado solían haber sufrido abusos, de niñas o de adultas, o tener una baja autoestima. Se sentían atraídas por sujetos con conductas violentas o delictivas, y querían ayudarlos a sobrellevar su soledad y

carencias afectivas con la peregrina idea de sanarlos por medio del amor. Otro amor incomprensible y demencial, se dijo. Pero aquel perfil no siempre se daba y Julia Gomila no parecía una mujer frágil.

—Sé lo que está pensando —dijo ella, tensa de repente—. Que pretendo redimirlo. Pero no es así.

—Entonces es que le gusta el peligro, lo prohibido, lo no convencional.

—El amor siempre es temerario.

—Unos más que otros —dijo Milo. Se llevó la mano al bolsillo en busca de una tarjeta. Maldijo para sus adentros—. ¿Tiene por ahí algo para anotar? Me gustaría darle mi teléfono.

Julia Gomila retrocedió hasta un mueble, momento en que Milo aprovechó para echar un vistazo al interior, y regresó con papel y lápiz.

Milo empezó a dictarle el número. Ella lo interrumpió.

—No, lo que quiero es su nombre y número de placa.

—Señora, esos datos son información confidencial. Imagino que Amedé debe de tener un gran poder de seducción.

—Es un buen hombre que cometió un error —replicó ella, papel y lápiz en ristre—. Sus datos, por favor.

—Eso dígaselo a la madre de la víctima. —Alargó el cuello—. Tiene usted un piso muy bonito.

—El perdón es bueno, cura las heridas. Sus datos.

—El tiempo también, y mejor si es a la sombra. Una decoración muy cara para alguien que trabaja en una gestoría.

—¿Me va a dar sus datos sí o no?

—¿Está recibiendo dinero de esa gente?

Julia Gomila empezó a cerrar la puerta.

—Recuerde, nos interesa cualquier cosa que le cuente.

El portazo retumbó a un par de centímetros de su rostro.

Aguardó en la sala de espera de la primera planta, frente al despacho del doctor Doria, repantigado en uno de los sofás. Nervioso, se acercó a los grandes ventanales y dejó vagar la vista por el jardín procurando no pensar, sobre todo no recordar. «¿Qué diablos haces aquí?» Se dirigía a la Barceloneta cuando de pronto había virado hacia la Meridiana, cogido la autopista y conducido hacia Girona, acompañado un rato por medio millar de caballos que galopaban desbocados en dirección al río Besós. Salir de la ciudad le había parecido buena idea al principio; intuía que no iba a poder conciliar el sueño, y conducir lo relajaba. Pero ya no estaba tan seguro de que presentarse en el psiquiátrico para visitar a Hugo lo fuera. Dio media vuelta para marcharse cuando una enfermera le anunció que ya podía pasar. Maldiciendo la espesura mental que le impedía hallar una excusa coherente, entró en el despacho con la sensación de estar cometiendo un error.

Apretó la mano del doctor, se dejó guiar hasta una butaca ante su mesa y tomó asiento sin dejar de estrujarse los sesos en cómo salir de allí.

—Me alegro de que por fin haya decidido venir a visitarnos, señor Malart —dijo el doctor Doria—. Tengo buenas noticias, muy buenas noticias. La mejoría de su hermano solo la podemos catalogar como espectacular, si me permite la expresión.

—Inspector, si no le importa —dijo Milo, incómodo—. Verá, me ha surgido un asunto urgente y...

—Podemos afirmar, sin ningún género de duda, que ya no es un peligro para él ni para su entorno. ¿No le parece fantástico?

A continuación, pasó unas hojas del dossier abierto sobre su mesa y se disparó a explicarle punto por punto las mejoras que había experimentado Hugo durante sus quince meses de ingreso. La clave, según detalló acto seguido, había sido la combinación simultánea de fármacos antipsicóticos con sesiones individuales y grupales de intenso tratamiento psicoterapéutico. Levantó los ojos y, con expresión de orgullo, agregó que aquello había propiciado una más que notable reorganización neuropsicológica así como la desaparición casi completa de las graves alteraciones de su funcionamiento psíquico.

—En cristiano —añadió—, pues recuerdo que así es como lo prefiere, hemos vencido a la depresión y puesto fin a los delirios y alucinaciones. Ya no presenta deterioro cognitivo, aplastamiento afectivo ni aislamiento social. —Hizo una breve pausa y, con voz pomposa, dijo—:

Inspector Malart, su hermano es un hombre nuevo. Lo hemos recuperado para la sociedad, ¿no le resulta sencillamente maravilloso?

Milo no supo cómo reaccionar.

El doctor Doria sonrió.

—Entiendo su sorpresa, créame. No solemos alcanzar recuperaciones tan llamativas, y menos en un caso tan complejo y de difícil pronóstico como este. Es un éxito sin paliativos.

—¿Me está diciendo que ha dejado atrás la esquizofrenia?

—No me malinterprete, inspector Malart. Hemos recorrido un largo camino, pero este viaje no termina nunca. La enfermedad sigue latente, esto es un hecho. Sin embargo, hoy posee estrategias de afrontamiento y técnicas de adaptación. Si se mantiene alejado del consumo de alcohol y controla el estrés emocional, creemos que puede reingresar en la vida cotidiana.

—¿Sin recaídas?

—Imposible de predecir. Dependerá, entre otros factores, del ajuste social que se alcance. Y esto estará en sus manos, y en las de las personas que estén a su cuidado.

—¿Está de broma?

—El entorno es básico en estas situaciones.

—No puedo permitir que esta responsabilidad recaiga sobre mi cuñada. Ella ya tiene sus propios problemas.

—Señor Malart, no pongamos la tiritita antes de que se produzca la herida, ¿no cree? Adelantarse no conduce a nada. —Cerró el dossier y juntó las manos—. Sé que va a mostrarse reacio, pero antes de ir a ver a su hermano deberíamos hablar de usted. No se ha presentado a las visitas periódicas para controlar la aparición de posibles síntomas.

—Ni posibles ni imposibles, ninguno. Y no soy «señor».

—¿Sigue sobrio, sin probar el alcohol? Perdón que insista —dijo—, pero usted, como hijo y hermano de...

—Lo sé, no hace falta que me lo repita. Soy vulnerable a la enfermedad, por el gen de los cojones. Y sí, sigo sobrio.

—¿Persiste su manía persecutoria?

—No la he tenido. Como el resto de síntomas. ¿Contento?

—¿Debo suponer entonces que lleva el control de la realidad, sin alteraciones de la percepción?

—La realidad me controla de forma satisfactoria.

—Inspector, tiene que entender que estas preguntas son parte de mi obligación. Dado su trabajo, y el singular estrés al que...

—Doctor, no oigo voces ni sufro aislamiento alguno. Nada de negativismo extremo ni despersonalización. Mi memoria y sentimientos no me aparecen como extraños a mí mismo, luego no padezco el síndrome del espejo, y no tengo sensación de irrealidad frente al mundo ni dificultades de relación interpersonal. —Ahogó un bostezo—. Tampoco tengo ataques de ira

seguidos por falta de energía ni bajo nivel de actividad, sino todo lo contrario. —Esbozó una sonrisa—. Eso sí, veo imágenes cataclísmicas y caballos galopando por la ciudad, y a veces me pongo a bailar sin ton ni son. Se me olvidaba, últimamente pienso mucho en una persona, tal vez me he enamorado. ¿Es grave?

El doctor Doria lo contempló con seriedad.

—El sentido del humor es sano, buena señal —dijo—. Y el suyo siempre me ha gustado. Hábleme de esas imágenes.

—En este instante veo su cara deformarse. —Se levantó de golpe—. Doctor, qué tal si ahora voy a visitar a Hugo, me gustaría acabar con este asunto de una vez.

—Como usted quiera, por supuesto. Pero antes tengo que hacerle algunas recomendaciones. —Milo se detuvo cerca de la puerta—. Su hermano es un hombre brillante.

—Lo sé, era alumno de matrículas de honor. Mi padre siempre lo machacaba con lo de ser el número uno. ¿Y qué?

—Siente como un fracaso estar aquí, con nosotros, y le avergüenza haber tenido ideas suicidas y el maltrato al que sometió a su esposa. —Se aclaró la garganta—. Sería aconsejable que tratara estos temas con delicadeza. Su hermano hace bromas al respecto, para restarle trascendencia, pero es algo que no logra borrar de la cabeza. —Se incorporó y fue hasta él. Abrió la puerta—. En algunas cosas me recuerda a usted. Por cierto —dijo—, no le haga demasiado caso a su temblor de manos. Es por la medicación, un efecto secundario. ¿Vamos allá?

Abandonaron el despacho. La enfermera se dirigió hacia ellos con expresión de espanto y gesto nervioso.

—Ha habido otro atentado en Barcelona —dijo—. Hablan de una decena de muertos, es terrible.

Milo extrajo el móvil. Llamadas perdidas, mensajes de todo tipo. Conectó el sonido, hizo un gesto hacia el doctor y, mientras se lo llevaba a la oreja, corrió por el pasillo hacia la salida.

Entró en el coche con la jueza al otro lado de la línea. Arrancó sin dejar de escuchar la bronca por no haber estado localizable.

—Susana, cálmate, estaba en casa, intentando dormir, por eso he desconectado el sonido. ¿Me explicas qué ha pasado?

Ella prosiguió con sus exabruptos mientras Milo salía del aparcamiento y enfilaba hacia la autopista a toda velocidad.

—Entendido, el móvil siempre abierto. Sí, te lo prometo, no volverá a suceder. ¡La virgen, me lo explicas o qué!

Once muertos, tres de ellos de la misma familia —padre, madre e hijo pequeño— y más de una treintena de heridos, algunos muy graves. Un bus turístico se había abalanzado contra un grupo de personas en un paso de peatones, en las inmediaciones de la Sagrada Familia, y había continuado

embistiendo contra todo lo que encontraba por la acera. Según las fuerzas antiterroristas, se había evitado una masacre gracias a los bolardos y jardineras instalados en el perímetro de la basílica a resultas del atentado de agosto. Dos hombres habían robado el bus a punta de cuchillo cinco minutos antes, mientras el conductor hacía un descanso en la parada de Lepant con València. Tras degollarle, habían conducido el vehículo calle abajo, doblado por Aragón y subido por Marina en dirección al templo. En la confluencia con València es donde habían cometido el ataque.

—Cabrones.

Después de estrellar el bus turístico contra los coches aparcados, los dos hombres habían bajado y continuado la matanza armados con cuchillos y machetes. Por suerte, alguien había presenciado el robo del bus y dado aviso al 112, quienes de inmediato dieron la alerta general, se pusieron en contacto con el retén de vigilancia de la zona, y el dispositivo de neutralización se dirigió al lugar portando armas largas. Llegó en pocos minutos, pero la intervención de un ciudadano anónimo, al parecer un policía fuera de servicio, había sido de vital importancia para detener la masacre. Se enfrentó al primer terrorista, lo derribó y forcejeó con él, momento que el otro aprovechó para asestarle varias cuchilladas mortales en la espalda. Los agentes les dieron el alto, pero al no soltar las armas y lanzarse contra ellos profiriendo proclamas, les dispararon, abatiéndolos.

—Joder. ¿Se sabe algo más?

La jueza dijo que los datos eran confusos de momento, que le informaría a medida que fueran siendo confirmados. Lo que sí se daba como fiable era la cifra de muertos, siete por atropello y cuatro por arma blanca, aunque podía incrementarse con el transcurrir de las horas. Respecto a los autores del atentado, los dos eran jóvenes de origen magrebí, uno de dieciocho y el otro de diecinueve. No se descartaba que alguna otra célula estuviera a punto de actuar. De hecho, matizó, aún no se sabía con certeza si los abatidos formaban parte de una o bien se trataba de dos lobos solitarios.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Milo.

Ella dijo que al pie del cañón, en la Ciutat de la Justícia, que dónde si no. Que dejaba a los profesionales hacer su trabajo sin entorpecerlos acudiendo al lugar. Y lacónica, añadió que él debería hacer lo mismo. Que ni se le pasara por la cabeza ir a los alrededores de la Sagrada Familia y que se presentara en la Central cuanto antes.

—Estoy de camino.

Colgaron.

Milo llamó enseguida a Irene para saber si estaba bien. Le saltó de nuevo el buzón de voz y descargó un puñetazo contra el volante. Luego, extrajo la sirena de la guantera y la colocó en el techo. Acompañado por el odioso soniquete, entró en la autopista y apretó el gas a fondo en dirección sur.

La subinspectora Mercader lo llamó instantes después y Milo activó el manos libres.

—¿Se puede saber dónde coño te habías metido? —soltó—. ¡Te habré llamado más de un centenar de veces!

—Acabo de enterarme de lo del atentado.

—¿Cómo dices? ¡No te oigo con la maldita sirena!

Milo la desconectó de inmediato sin levantar el pie del gas y avanzó a toda velocidad por el carril de la izquierda.

—¿Hay nuevos datos? —quiso saber.

—Te llamaba por otra cosa —dijo. Su voz sonaba extraña, muy tensa—. Han disparado a Isma Torres. Según los testigos del tiroteo, ha salido ileso. Pero lo hemos perdido. Ahora estamos revisando todas las cámaras de la zona por si...

—¿Le han disparado? ¿Dónde ha ocurrido? ¿No estaba en casa de sus padres?

Le explicó que Sena había notificado por radio que el sujeto se movía y que junto a Boada se disponían a seguirlo. Se había subido a un autobús, y luego bajado para meterse en el metro. Boada había continuado el seguimiento a pie mientras informaba a Sena de todos sus movimientos. Había sido su sombra en cada transbordo. Pero en el último, al llegar a la estación de Sagrada Familia, el chico se había bajado un segundo antes de que el convoy cerrara las puertas y Boada se había quedado atrapado dentro, comunicando en el acto su posición.

—¡Jodido incompetente! —gritó Milo—. Te lo dije hace tiempo. Que no te fiaras de esa cucaracha. ¡Tiene amos!

—¿De qué coño hablas? No ha podido hacer nada por evitarlo, todo ha sucedido muy rápido.

—¡Es la segunda vez que se le escapa un tipo!

—¿Qué mosca te ha picado? —replicó Rebeca—. ¡Nos podría haber pasado a cualquiera!

Milo agarró con fuerza el volante. Se desahogó apretando el claxon. Entonces cayó en la cuenta de un detalle.

—¿Sagrada Familia? ¿El mismo lugar que el atentado?

—El mismo barrio, pero no tienen nada que ver. El tiroteo se ha producido a siete manzanas, en Mallorca con Independència. Y ha pasado unos veinte minutos antes. Una cosa no está relacionada con la otra, estamos seguros.

—Cuéntame cómo ha sido.

Un individuo se había aproximado a Isma y a cara descubierta, sin mediar palabra, le había disparado tres veces con una semiautomática hasta que se le encasquilló, dándose a continuación a la fuga en dirección a la Meridiana. El arma era una Glock 17, según los casquillos recogidos. Varias patrullas de los Mossos habían acudido al lugar y tomado declaración a los testigos. Mientras elaboraban un retrato robot del sujeto, se había producido el atentado. Dada la cercanía, habían primado la seguridad ciudadana y suspendido la toma de testimonios.

—¿Andy Castro?

—Puede. Cuando las cosas se calmen, mostraremos su foto a los testigos y entonces lo

sabremos con certeza.

—Mercader, no tenemos tiempo de que las cosas se calmen.

—Lo que está claro es que no se trata de un profesional. Fallar tres disparos por la espalda, y a corta distancia, solo puede haber sido obra de un principiante que no ha disparado un arma en su vida. Un novato que se ha precipitado por los nervios.

—¿Y qué ha hecho Isma?

—Salir por piernas Independencia arriba.

Milo intentó procesar aquella información. Demasiados datos, demasiado cansancio. Hizo sonar el claxon otra vez mientras arrimaba el parachoques al vehículo que le impedía el paso.

—¿Toda la ciudad tras él y ese tipo se dedica a practicar el tiro al blanco? —dijo—. ¿Con una fortuna en su poder?

—Le corre prisa cerrarle la boca y lo ha intentado a la primera oportunidad que ha tenido. Andy puede habérselo encargado a su padre y este a uno de los descerebrados de su banda. Serán expertos con los bates, pero tal vez no con una pistola.

—¿Y cómo sabía dónde estaba?

Rebeca reflexionó unos segundos.

—Lo ha seguido, no hay otra explicación.

—Un capullo no lo pierde y sí un profesional, otro capullo.

—Joder, Malart. Tú tampoco eres don Perfecto.

—¿Habéis interrogado a sus padres por si saben a dónde se dirigía Isma?

—Rojo y Cervera. Los señores Torres estaban muy nerviosos, ella más que él. La madre les ha contado que habían tenido una pequeña discusión y que Lucas se había largado de golpe, sin decirles una palabra y muy alterado.

—¿Motivo de esa pequeña discusión?

—Una bobada familiar. Le insistían que se planteara la vuelta al instituto lo más pronto posible y el chaval ha estallado.

Hizo sonar de nuevo el claxon con insistencia.

—¿Y ninguna patrulla ha dado con el autor de los disparos?

—¿Con el lío que se ha armado tras el atentado?

Hundió el pedal del gas. Se figuró que al poco de desplegar a los agentes por el perímetro, estos habrían recibido la contraorden por cuestión de prioridades.

Rebeca interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Ese chico tiene una suerte de todos los demonios. Es la segunda vez que se libra de una muerte segura.

—Tercera, en función de lo que pasara realmente la noche del sábado —corrigió Milo—. ¿Habéis rastreado su móvil?

—No da señal. Apagado, la batería quitada. Sabe latín, el muy jodido. Confiamos en que las cámaras aporten alguna...

—Nos vemos en la Central —dijo. Y cortó la comunicación.

Circuló con extrema lentitud durante el último tramo de autopista a causa del dispositivo Jaula que cerraba los accesos a la ciudad, tanto de entrada como de salida. Condujo sobre el arcén, la sirena encendida y la placa en alto, y pasó los diferentes controles de seguridad hasta que por fin llegó a Barcelona. No quiso alarmar más a la gente y apagó el desagradable sonido. A medida que se aproximaba a la comisaría, observó los rostros de los peatones, su lenguaje corporal. Los efectos del *shock*. Los pasos apresurados, las miradas huidizas, las expresiones tensas. El silencio en las calles. El miedo. Estrujó el pomo del cambio y murmuró entre dientes la melodía de la *Chacona*. Más controles policiales, la presencia de efectivos de todos los Cuerpos fuertemente armados y repartidos por los puntos estratégicos, el caos circulatorio. También percibió la ausencia de quejas por parte de los conductores. La calma contenida de los ciudadanos. Las muestras de solidaridad de unos con otros. A pesar del horror por la hora escogida por los terroristas, la salida de los colegios, con las calles repletas de niños camino de sus casas, los barceloneses reaccionaban con una extraña dignidad. Se sabían vulnerables ante la demencia, frágiles ante la maldad ciega. Y sin embargo, por encima del miedo, pudo palpar el sentimiento de unidad, de resistencia, la voluntad de no dejarse arrastrar por el pánico. Un escalofrío de orgullo le recorrió el espinazo. Cuanto más mar, más entereza. Aquel día, el dolor callado iba a ser la norma. Pero al siguiente, el grito del silencio iba a ser unánime, multitudinario. Ensordecedor.

Otra vez.

Dejó atrás Entença, dobló por Travessera y metió el coche en el parking de la Central. En el ascensor, se frotó la cara en un intento por borrar los rastros de la fatiga. Entró en las oficinas del GEHME y se dirigió a su mesa.

Mercader lo detuvo a medio camino.

—El ciudadano anónimo que se ha enfrentado a los terroristas no era un policía fuera de servicio —dijo—, sino un policía nacional retirado. Sabemos su identidad.

La miró con desasosiego.

—¿Qué tratas de decirme?

—Que el héroe se llamaba Fermín Barreda.

Se desplomó en su silla como si lo hubieran derribado de un mazazo. Mudo, contempló a Rebeca con la mente en blanco.

—Suponemos que venía para aquí a prestar la nueva declaración cuando..., cuando los acontecimientos se han precipitado.

Milo no atinó a decir palabra.

—El viejo Barreda ha reaccionado como lo hubiera hecho cualquiera de nosotros. Sin pensar. Hay cosas que se llevan en la sangre toda la vida, estés jubilado o no.

Continuó en silencio, la boca abierta, sin reaccionar.

—Sigues oliendo a perfume, ¿no ibas a darte una ducha?

—No..., no he tenido tiempo.

—Inspector, ¿te encuentras bien?

—¿Tienes por ahí una aspirina?

—Mejor échate un rato, necesitas dormir.

—Se me pasará enseguida, solo quiero una puta aspirina.

—Escucha, ahora estamos en un punto muerto —insistió Mercader—. No pasa nada si desconectas un par de horas y...

—¡Una puta aspirina! —soltó—. ¿No me oyes o qué?

Rebeca se fijó en sus ojos inyectados en sangre, hundidos.

—Que te den, Malart. No soy tu sirvienta —dijo. Dio media vuelta y añadió—: Haz lo que te dé la gana.

La observó alejarse hacia la sala de descanso. Los sargentos Humbert y Corominas desviaron la mirada. Crespo, no.

—Tengo aspirinas, inspector —dijo, desde su mesa—. Una caja entera, si quieres. Pero estoy con la subinspectora. Te conviene dormir un rato, lo necesitas como el aire. Y antes de que me mandes a tomar por saco, decirte que cansado no nos sirves para nada. Al revés, eres un lastre.

Lo vio rebuscar por sus cajones, extraer una caja y lanzarla en su dirección. Le golpeó en el pecho y cayó al suelo, donde la contempló sin moverse, impasible.

—Todos estamos conmocionados —dijo Crespo—. No eres el único.

Un rato y Milo se incorporó.

—¿Qué hora es? —dijo.

—Las siete pasadas.

—Estaré en las literas. ¿Puedes despertarme a las nueve?

El sargento Crespo asintió sin levantar la vista.

Caminó arrastrando los pies. Entró en los vestuarios, se quitó la ropa, se metió en la ducha. Dio al grifo del agua caliente y bajó la cabeza para que le cayera en la nuca. El vaho se extendió por el cubículo y ya no pudo ver a través. Al cabo, se acostó en uno de los camastros y cerró los ojos, convencido de que no lograría conciliar el sueño. Se durmió al instante.

Crespo lo despertó a las nueve de la noche y Milo tardó más de lo normal en percatarse dónde estaba. Se dio otra ducha, se vistió con ropa limpia y fue en busca de un par de cafés bien cargados y algo de comer. La sargento Corominas le anunció que el jefe Singla quería verlo en su despacho.

—Hemos terminado con los metadatos —añadió—. Si quieres ver el último vídeo, puedes hacerlo desde mi ordenador.

Milo asintió sin despegar la vista del suelo.

—¿Alguna novedad sobre el atentado?

—La cifra de muertos, ya son trece. Varios heridos siguen en estado crítico. Los dos jóvenes no pertenecían a ninguna célula yihadista, eran delincuentes habituales. Por lo que parece, han actuado por su cuenta. Ningún grupo ha reivindicado el ataque.

—¿Un hecho aislado?

—Llevaban la documentación encima. Según el hermano de uno de ellos, quería suicidarse. Era homosexual y se sentía rechazado por la comunidad musulmana. El otro era su pareja.

—¿Y entonces las proclamas?

La sargento dejó escapar un suspiro.

—De corte sentimental, afirmaban su relación. Pretendían llamar la atención sobre su problema. Un auténtico despropósito, toda esa animalada por..., por...

—No le des más vueltas, Carlota. Nada tiene sentido.

—Laura, inspector —dijo—. Me llamo Laura Corominas.

Cuando Milo alzó la cabeza, ella había desaparecido. Apuró el café y se dirigió al despacho de Singla. Entró sin llamar. El inspector jefe le dijo que la comisaria Bassa quería hablar con él y le hizo una seña para que lo acompañara. Subieron en el ascensor sin pronunciar palabra. Singla golpeó el marco de la puerta con los nudillos y entraron. Bassa cerró un dossier de golpe. Sin indicarles que tomaran asiento, se acodó en la mesa al tiempo que juntaba las yemas del pulgar y el índice.

—Estás a esto de la suspensión, inspector Malart —dijo—. ¿Me puedes decir en qué estabas pensando cuando has ido a visitar a esa mujer? Habíamos quedado en que nada de problemas, en que solo te centrarías en el caso.

Milo guardó silencio.

—¿Tienes alguna explicación, algo convincente a lo que nos podamos agarrar? —preguntó la comisaria.

Continuó sin abrir la boca.

—Joder, Malart, y precisamente ahora. ¿Qué coño tenías en la cabeza? ¿De verdad creías que Julia Gomila no se lo iba a decir a su novio y que luego él no se lo contaría a su abogado?

Permaneció callado.

—El matrimonio Parés Morera ha vuelto a denunciarte por acoso y a nosotros por mala praxis. ¿Tienes algo que decir?

—¿Estoy suspendido?

La comisaria apretó los labios mientras lo miraba con fijeza.

—No suelo dejarme intimidar por nadie —dijo—, por muy millonarios que sean o tengan una agenda de contactos del tamaño de un listín telefónico. Y menos en estos momentos, cuando estamos de luto por un compañero caído en acto de servicio. —Respiró hondo—. Nosotros también tenemos abogados.

Milo no movió ni un músculo.

—Tengo entendido que nos hallamos en un punto muerto en la investigación. ¿Es así? —Asintió—. Pues resucítalo, inspector Malart, y ya hablaremos después. Es una orden.

—Recibido.

—Jefe Singla, o atas en corto a tu hombre o tendré que hacerlo yo. Y te aseguro que no te gustarán mis medidas.

—A la orden, comisaria.

—Largo de aquí, los dos.

Desfilaron hacia el pasillo. Singla dejó atrás los ascensores y empujó la puerta de las escaleras. En el rellano se encaró con él.

—Tú metes la pata y la bronca me cae a mí.

—¿Quién ha dicho que he metido la pata? —repuso, con desgana—. Esos dos malnacidos sienten nuestro aliento en el cogote. Están en la calle, pero saben que seguimos tras ellos. ¿Y qué hace alguien cuando está nervioso? Cometer errores.

Repasó por tercera vez el último vídeo grabado por la cámara de Vergés sin hallar nada nuevo. Noe sujetaba la piedra, los movimientos vacilantes de Isma a causa del cóctel narcótico, ninguna sombra de alguien fuera de plano. Cerró el archivo y empujó la silla para atrás. Algo le rondaba la cabeza, pero no lograba esclarecer de qué se trataba. Se sentía desconectado, como si un grueso muro de cristal lo aislara del entorno. Vio a Rebeca mover los labios a medio metro de su cara, gesticular hacia él con nerviosismo. Lo agarró de los hombros y lo zarandeó hasta destaponarle los oídos.

—Te digo que la centralita acaba de recibir una llamada anónima indicando el paradero de

Andy Castro. Está en Horta, calle Arco Iris. En la azotea de un edificio abandonado. Ya han avisado a las patrullas de las inmediaciones, ¿vienes conmigo?

La miró, aturdido.

—Joder, tío, ahí te quedas —dijo. Cogió la cazadora del respaldo de su silla y abandonó las oficinas a la carrera.

Milo se quedó quieto, sin comprender. De fondo, muy lejanos, escuchó los timbres de los teléfonos, los rápidos repiqueteos en los teclados, voces apagadas. Al rato, se incorporó lentamente y regresó a los vestuarios. Volvió a echarse en la litera y se sumergió en un sueño. El mar. Buceó hasta un lugar frío y oscuro. Unas horas después, lo despertó el móvil.

—Por tu voz, diría que te he pillado durmiendo —dijo Aspar, su colega de la Nacional—. Veo que sigues mis consejos.

—Teo, yo siempre hago caso a mis mayores.

—He dado un vistazo al archivo del caso de 2003, como me pediste. Por mi cuenta y riesgo, sin consultarlo con nadie.

Milo se enderezó, puso los pies en el suelo. Aguardó.

—Tenías razón, hijoputa —prosiguió—. Hay algo raro, no sé decirte qué con exactitud, pero hay huecos, demasiados huecos.

—Como si alguien se hubiera dedicado a extraviar pruebas o cometer fallos inocentes.

—Todo es muy sutil, lo que tú decías.

—Pero nada escapa a tus ojos experimentados.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Parece que sí teníamos a un «desviador» en nuestras filas.

—Ocurre en las mejores familias.

—Y solo pudieron ser dos o tres inspectores. Los he investigado. Todo señala a uno en concreto. —Hizo una pausa—. Tal vez nuestro héroe no era tan honrado. Me cago en todo, Malart. ¿Qué hacemos ahora? Ese tipo le ha salvado la vida a un montón de gente inocente. Destapar el asunto en estos momentos es una cabronada, ¿lo ves o no?

—Solo es cuestión de tiempo que todo salga a la luz.

—Exacto, tiempo. Y de puertas para dentro. —Nueva pausa, esta vez más larga—. Estarás de acuerdo conmigo.

—Teo, va a ser complicado. Por mí no quedará, aunque algo me dice que no va a funcionar.

—¿Te he dicho alguna vez dónde te puedes meter tú y tus corazonadas?

—Se habrá llevado el secreto a la tumba, pero el pasado siempre regresa para ajustar cuentas, lo sabes.

—Ahora no te me pongas en plan filosófico, joder.

—¿Tienes idea de qué hacía por la Sagrada Familia?

—Vivía en el barrio, ¿por qué?

—¿Dónde exactamente?

—Un momento —dijo. Lo oyó teclear—. A estas horas de la madrugada y aún en la oficina. Esta noche ninguno de nosotros va a ir a casa, me cago en los terroristas y en la madre que los parió. Aquí lo tengo. Avenida de Gaudí, esquina con Còrsega.

—¿Qué piso?

—Tercero segunda.

—No es un sótano —murmuró.

—¿Tenía que vivir en un sótano? Malart, tú te traes algo entre manos. ¿De qué va esto?

—Nada, que no soporto las coincidencias, eso es todo.

—Escucha, cuando estaba en activo pudo ser un cabrón, pero hoy ha actuado como un valiente. La ciudad entera va a rendirle homenaje, y se lo merece. No jodamos su memoria, compañero.

—Imagino lo que te habrá costado hacer esta llamada.

—Y aciertas, me debes una. ¿Sabes lo que quiero a cambio?

—Que deje en paz a los muertos.

Cortaron la comunicación.

Milo contempló el móvil. Tuvo ganas de estamparlo contra la pared. Lo soltó en la litera como si le quemara en las manos y volvió a quitarse la ropa para darse una nueva ducha, esta vez de agua fría.

La subinspectora Mercader lo encontró vistiéndose.

—Tienes mejor aspecto —comentó.

—Respecto a lo de antes... —dijo Milo.

—Perder los estribos es mostrar tu debilidad —cortó. Lo observó enfundarse la camiseta con apatía, calzarse las deportivas con gesto abatido—. Oye, supéralo. Todos tenemos un lado frágil; ya sabes, dudas, inseguridades... La clave es mantenerlo a raya, que no tome el mando.

—¿Desde cuándo lees libros de autoayuda?

—¿Yo? Ni loca. Tú me lo enseñaste.

Cruzaron la mirada. Milo sintió el impulso de abrazarla, darle un abrazo de los largos. La necesidad acuciante de agarrarse a ella. Se contuvo. De espaldas, algo cohibido, le preguntó cómo había ido la detención. Ella le explicó que Andy Castro no había opuesto resistencia. Al acudir a la azotea de Horta, lo habían encontrado atado de pies y manos y amordazado con cinta americana, temblando como una hoja. Tenía una mochila a su lado. En su interior, una bolsa de plástico con ropa ensangrentada y unos guantes de látex.

—¿No contenía nada más? —preguntó Milo, al desgaire.

—¿Como la remesa de joyas y oro? —Aguardó su respuesta mientras lo veía ponerse la sudadera—. Esto tiene algo que ver con los bosnios y tu encarguito de la rueda de prensa.

Milo fue hasta el espejo y empezó a peinarse. Reparó en que Mercader no llevaba nada en su muñeca.

—Que no me chupo el dedo, Malart. Alguien nos envía el paquete envuelto en papel de regalo y con sello de urgencia, y luego nos llama de forma anónima para que vayamos a recogerlo. Y todo, a las pocas horas de que Guillamón aparezca ante los medios con el nuevo comunicado. Sé sumar dos más dos, inspector. No me creo que tú no estés detrás.

—Apartemos las conclusiones y sigamos las pruebas —dijo—. ¿Tenía rastros de pólvora en las manos o en la ropa?

—Ha dado negativo. Pero continúan analizándola, como el contenido de la bolsa y sus deportivas.

—¿Tenéis su móvil?

Mercader negó con un gesto.

—¿Llevaba encima las llaves de la casa de los Corona?

—Nada, iba limpio. Le hemos leído sus derechos y ha rechazado un abogado. Está muy acojonado, como si alguien le hubiera metido el miedo en el cuerpo.

—¿Nos va a dar problemas durante el interrogatorio?

—Al contrario, creo que está deseando hablar con nosotros. Pero, claro, tú tampoco sabes nada al respecto.

Milo se dio la vuelta. Se encogió de hombros.

—Chica dura, no sé de qué me hablas. ¿En qué sala nos lo han puesto? —dijo. Arrancó a caminar.

—¿Vamos a llevar juntos el interrogatorio?

—Has dicho que hacíamos buen equipo, ¿no?

Rebeca sacudió la cabeza y fue tras él. Se detuvieron unos momentos para que Milo tomara otro café. Ella protestó, quería comenzar cuanto antes.

—Mejor lo dejamos cocer un poco a fuego lento.

Mercader volvió a la carga.

—¿Por qué no me lo cuentas? Soy tu compañera.

—Pregúntale a Andy quién lo ha atrapado, no a mí.

—Lo he hecho, pero calla como una puta. Y cada vez que he insistido, reacciona como si hubiera visto al diablo. Lo que me gustaría saber es por qué no quieres explicármelo.

—Lo que no quiero es que nada te salpique, confía en mí.

—Tu condescendencia me abruma. ¡Eres tú quien no confía!

Se llevó el café a los labios. Por encima de la taza, le dijo que era una lástima que no lo hubiera querido realmente.

—¿Cómo dices?

—Que el café está como me gusta, muy caliente.

—No juegues conmigo, inspector.

Milo escrutó sus ojos grises y alargó la mano. Acarició su mejilla. Ella se la apartó de un manotazo.

—¿Se puede saber qué coño haces?

—Tienes razón, no sé en qué estaba pensando.

—Llevas toda la semana muy raro. Desde que volviste de tus vacaciones forzadas. ¿Pasó algo?

—Ella misma respondió—: Ah, no, claro. El señor no quiere que nada me salpique.

—La vida, Mercader. Eso es lo que ocurrió. La puta vida.

Lo vio prepararse otro café.

—¿La historia acabó mal?

—¿Puede alguna acabar de otra manera?

—Vivir es sufrir, acostúmbrate. Y Cupido no es ciego, le falta un tornillo. Hay que aprender a ignorar los sentimientos.

—Eso no te lo he podido enseñar yo.

—No, lo tuve que descubrir por mi cuenta.

Milo cogió la taza. Lo asaltó una pregunta.

—¿A quién podría interesarle sacar a Isma de en medio?

—A Andy, para evitar que lo delatase. Ya hemos zanjado ese tema.

—Piensa —dijo—. ¿Cómo pudo saber dónde se hallaba? Y no me digas que lo siguió. Todos lo estaban buscando, con su foto grabada en la sesera. Incluso Boada lo habría reconocido.

Rebeca puso cara de desconcierto.

—Si al final resulta que él no ha sido el autor de los disparos, necesitaremos otro candidato —dijo Milo. Dejó la taza llena sobre la mesa—. Pero vayamos por partes. Primero acabemos con ese tipejo y luego ya veremos. Se acabó el descanso.

Irrumpió en la oficina desierta.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—Malart, son más de las tres de la madrugada, ¿dónde quieres que estén? Tú y yo somos los únicos pringados que seguimos trabajando.

—A mí me da igual, nadie me espera en casa.

—¿Y Tía, tu tortuga?

—Ella menos que nadie. Pero ¿y tú?

—Nadie me espera tampoco. Y con el atentado y lo de Andy, estoy pasada de vueltas. No me importa.

—¿Y Boada?

—Se le escapan demasiadas cosas.

—¿Por eso ya no llevas el reloj que te regaló?

La sargento Humbert surgió de una puerta acarreado un montón de dossieres.

—Lau..., Carl... Sargento, necesitamos los expedientes del caso Corona y de Andy Castro. Ahora mismo.

—A la orden —dijo, el semblante crispado.

Rebeca lo agarró del brazo y lo estiró hacia abajo.

—¿No podrías mostrarte más amable con la nueva? —le susurró—. A ti no te importa nada caerle bien a la gente, ¿verdad?

—¿Para qué? Ese no es mi trabajo.

Viernes

—¡Quiero protección! —gritó cuando los vio entrar.

—¿Protección de quién? —repuso al punto Rebeca.

—Quiero protección —repitió Andy Castro, más bajo.

Los contempló con inquietud mientras la subinspectora Mercader extendía sobre el tablero las fotos de las víctimas y Milo tomaba asiento enfrente con expresión circunspecta. Esposado a la mesa, sacudió el cuello, los ojos de una a otro. Le habían facilitado una camiseta blanca, pantalón de chándal azul marino y sudadera a juego, además de unas zapatillas blancas de suela plana. Antes de que le formularan la primera pregunta, se disparó a hablar de forma atropellada e incoherente.

Rebeca levantó una mano y le ordenó que se callara.

—Limitate a contestar y punto, ¿entendido?

—¡Yo no pienso comerme ese marrón!

Rebeca se dobló hacia él y lo apuntó con un dedo.

—Tú no pienses. Nosotros hacemos las preguntas y tú respondes, ¿estamos?

Asintió de manera compulsiva.

Mercader le dijo que sabían que recibió una llamada perdida de Noelia Corona y poco después se presentó en la casa de la calle Julià la noche del sábado. Le preguntó qué ocurrió a continuación. Andy explicó que nada más entrar en la sala había visto los cuatro cuerpos a la mesa, que por la posición de sus cabezas y la cantidad de sangre supuso que estaban muertos, y que después de gritarle a Noe qué había hecho, si se había vuelto loca o qué, quiso largarse de allí.

—Pero no te largaste. ¿Por qué?

—Porque ella me agarró de los huevos y me dijo que la follara. Y yo..., bueno, esa piba sabía cómo empalmarme..., y a mí un chochito me pierde.

Contó que acto seguido se echaron en el sofá. Ella estaba muy caliente y él solo le dio lo que estaba buscando. Entonces fue cuando vio al padre abrir los ojos y se paró.

—Su viejo no estaba muerto, me cortó el rollo.

—Sin embargo, continuaste.

Andy sacudió la cabeza de un lado a otro, balbuceó excusas.

—Tu ADN coincidirá con el del semen hallado en una joven asesinada y con el de los restos de piel bajo sus uñas. No puedes negarlo, Andy. Estás pillado, hasta el cuello.

—¡A esa pava le fallaba el coco, era una pirada! ¿Me oyen? Yo solo tenía que dar un palo a la joyería de su viejo, nada más. Hacerme con las joyas y pirarme. ¡No tuve nada que ver con los asesinatos esos!

—No te creemos, Andy —dijo Rebeca.

—Lo mío son los trapicheos, algún palo que otro, pero esto... ¡Esto no es lo mío! ¡Lo juro!

—¿Eres zurdo o diestro? —intervino Milo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Con qué mano te la cascás? —Las levantó alternativamente—. ¿Esta o esta?

—Esta —dijo. Alzó la derecha unos centímetros a causa de las esposas—. ¿Por qué? ¿Está prohibido?

—Explícanos cuál era el plan de Noe —dijo Mercader.

Les contó que ella se ocuparía de obtener la combinación de la caja fuerte, el código para desactivar las alarmas y la información de cómo borrar las imágenes de las cámaras de seguridad, así como las llaves de la joyería y de la trastienda. Que él solo tenía que presentarse en la casa para recogerlas, tomar nota de lo demás y llevar a cabo el robo.

—¿Y no te dijo cómo pensaba obtener todo eso?

—Solo que ella se encargaría.

Añadió que le preguntó cómo iba a lograrlo. Le dijo que su padre era un hueso y que no se lo daría así como así. Pero Noe insistió en que se lo dejara a ella, que eso era asunto suyo y que se olvidara del tema. Sus instrucciones habían sido claras: cuando lo tuviera todo, le haría una pérdida y él acudiría pitando.

—Y es lo que hice.

Rebeca y Milo intercambiaron una mirada.

—¿Había alguien más en la casa cuando llegaste? —quiso saber ella.

—Solo Noe. Filmando con su puto móvil chino.

—¿Estás seguro? ¿No oíste ningún ruido?

—¿Ruido? ¡La tele estaba a toda leche por el partido!

—¿Recuerdas cómo iba el resultado? —preguntó Milo.

Andy dilató los ojos.

—¡Me la suda el fútbol! La casa estaba llena de muertos, la sangre, la loca esa corriéndose... ¿y yo me iba a fijar en la tele?

—¿Entonces no viste a nadie más?

—Joder, tía, que no —soltó—. Y si había alguien escondido, yo no lo vi. Solo estaba Noe y..., y los cuerpos.

—O sea, que no viste a Isma.

Irguió el cuello. Se quedó rígido.

—¿Ese niñato estaba en la casa, ese corderito? —murmuró.

—Dínoslo tú.

Tardó unos instantes en reaccionar. Al cabo, dijo que esos dos se llevaban un rollo muy chungo. Que ese crío era más raro que un perro verde y que estaba chaveta perdido por ella; que Noe no paraba de hacerle putadas y que en cambio él, dale que te pego, detrás de ella como un jodido perro. Que ahora que lo pensaba, quizá sí estuviera en la casa.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros.

—No se separaba de ella. Como un jodido chucho.

—¿Y Noe se hubiera puesto a chingar contigo estando Isma por ahí cerca?

—Lo hizo delante de su viejo, ¿no? A esa pava le iban las cosas raras, a mí no me pregunten.

Rebeca respiró hondo.

—Bien —dijo—, acabáis con lo vuestro y qué hacéis.

Relató que Noe subió a la planta de arriba a cambiarse de ropa mientras él la esperaba en la sala, inquieto como una mala cosa. Luego, cuando bajó, le entregó una bolsa de plástico para que se deshiciera de ella en un contenedor lejos de la casa.

—Pero no seguiste sus instrucciones.

—No, señora, no lo hice —dijo Andy, con fiereza—. Me la guardé por si acaso. Tanta sangre me dio yuyu y me dije que mejor me la quedaba, por si las cosas se ponían feas.

—Y así te asegurabas una prueba contra ella. ¿La abriste?

Asintió. En la calle. Allí estaba todo, dijo. Y nada era de él ni tenía sus huellas. Admitía haber estado en la casa, pero repitió que solo para recoger las llaves y lo demás, para dar el palo.

—Algo más hiciste —afirmó Milo. Andy lo miró con recelo, nervioso—. Moviste el cuerpo de la madre hasta la cocina. No nos mientas, tus pisadas te delatan.

—Me lo pidió Noe antes de marcharme.

—¿Fue entonces cuando te dio unos guantes de látex y te ordenó que te los pusieras?

—Eso fue al llegar. Y me dijo que no me los quitase hasta que no saliera de la joyería.

—¿Te dio alguna instrucción más? —preguntó Mercader.

Lo afirmó con un gesto. Cuando tuviera las joyas y el oro en su poder, debía esperar a que le hiciera otra perdida para entonces volver a la casa y ayudarla con Isma. Ella no creía que le fuera a causar problemas, pero prefería asegurarse.

—¿Te dijo eso? ¿Que volverías para *ayudarla* con Isma?

—Sí, señora.

—¿Y qué entendiste con lo de «ayudarla»?

Andy puso cara de pasmo.

—Pues eso —dijo—, darle de hostias si se ponía chulito.

—¿Y por qué temía que Isma pudiera ponerse chulito?

—¡Yo qué sé! ¡Eran esos rollos que se llevaban entre ellos!

—¿El plan de Noe era matarlo?

Empalideció. Agitó las manos haciendo resonar las esposas.

—No, no, a mí no me dijo nada de eso...

—¿Estás seguro?

—Por mis muertos, señora. Lo juro.

—¿Qué hiciste a continuación?

Dijo que esperó y esperó, pero que nunca recibió esa segunda pérdida. La llamó varias veces y ella no contestó. Se olió problemas y no quiso volver para no pringarse más en el asunto. Aquella noche Noe le daba mal rollo, estaba más rara que de costumbre. Además, ya tenía las joyas y el oro. Así que se fue a su casa y aguardó a que ella lo llamara. El lunes supo por la tele que Isma y la hermana pequeña eran los únicos supervivientes, que Noe estaba muerta. Y decidió cerrar la boca mientras trataba de convertir las joyas y el oro en dinero.

—¿Y por qué no regresaste? —preguntó Rebeca.

—Ya se lo he dicho. Esperaba su pérdida, pero no la hizo.

—Entiendo, tú también eras su perrito faldero.

—¡Señora, yo no soy...!

—¿La obedecías en algunas cosas y no en otras?

Andy alzó la cara hacia el techo, como si suplicara.

Milo estudió su lenguaje corporal, las microexpresiones, los gestos. Todo en él mostraba a un sujeto transparente, sin dobleces. El miedo podía ser un gran acicate para confesar, y los hombres de Juric lo habían amedrentado a fondo. Andy Castro decía la verdad. No tenía ninguna duda.

Lo taladró con la mirada.

—Regresaste —dijo.

—No, no regresé —dijo, el rostro hacia el techo—. Estaba por el barrio, pero no volví a poner los pies en esa casa.

—Te dio las llaves, entraste y subiste a la planta de arriba donde los pillaste en plena discusión en el pasillo.

Bajó la cabeza y estableció contacto visual de inmediato.

—¿Llaves? ¿Qué llaves? ¡No me dio ningunas llaves!

—Derribaste a Isma de un golpe y luego machacaste a pedradas a Noe. Querías la joyas y el oro para ti solo, sin repartir.

—¡Ya lo tenía! —aulló—. ¡Yo no maté a nadie!

—Golpeaste a Isma por la espalda y... —se detuvo.

Aquello no cuadraba, se dijo. Era diestro. Pudo golpearlo de frente. Pero estaba el problema de sus pisadas. No había rastro de sus deportivas, ni de subida ni de bajada. Y si Noe no hizo esa segunda pérdida es porque ya habría sido asesinada. Aunque sin su móvil ni el de Andy no había modo de comprobarlo antes de obtener los registros telefónicos. Además, Isma se despertó vivo. Una agobiante sensación de torpeza comenzó a inundarlo. Andy llegó después de los tres primeros asesinatos, no antes como había deducido. Otro error. ¿Qué demonios le ocurría? La respuesta lo noqueó con la fuerza de un martillazo. Él había sembrado la idea, pero había permitido que Isma

la hiciera germinar en su cerebro. Un manipulador. Y él había caído de cuatro patas. Bajó la vista al suelo.

Rebeca lo notó vacilar y prosiguió con el interrogatorio.

—Esta tarde has intentado asesinarlo —dijo.

—¿De qué mierda me habla?

—Lo sabes perfectamente. Los disparos. Isma era el único testigo de tu intervención en el crimen múltiple.

—¡Yo no tengo nada que ver con esos crímenes! —se desgañitó—. Señora, se lo juro por lo que más quiera, yo no maté a nadie. Ese niño y yo no nos vimos en la casa, ¿cómo cojones quiere que se lo diga?

—Isma conocía el plan de Noe. Que tú robarías la joyería.

—¡Joder, que yo no maté a nadie! ¡Que solo di el palo! ¡A un palo como ese no se le puede decir que no! ¡Nada más!

—Necesitabas silenciarlo para que no fuera con el cuento.

—¡Ese niño me la traía floja! ¡Y qué si lo contaba!

—¿Querías vengar entonces la muerte de Noe?

—¿De esa pava? ¿Se le va la olla o qué?

—¡Esta tarde le has pegado tres tiros a Isma!

Andy se quedó boquiabierto.

—¿Han matado al niño?

—No te hagas el tonto, joder.

—¡Me cago en la puta, que yo no he sido!

—Haces mal en resistirte, Andy.

—¡No me rayes, tía! ¡Esos armarios me caen encima y ahora esto! ¡Habrán sido ellos, a mí no me cargues con otro marrón!

—¿De quién hablas? ¿Quiénes te han caído encima?

Desesperado, Andy negó con la cabeza como un poseso.

—¡No quiero líos con esos salvajes! ¡Yo no sé nada!

—¡Habla, podemos darte protección!

—¿Esta tarde? ¿Ha dicho esta tarde? —Ella lo confirmó con un ademán—. Señora, esta tarde había quedado con un maromo para lo del cambio de las joyas cuando esos cabrones me han...

Apretó los labios sin parar de sacudir el cuello.

—Continúa —ordenó Mercader.

—¡Y un huevo! ¿No lo pillas o qué cojones le pasa? ¡Si hablo soy hombre muerto! ¡Esos animales están tarados!

Milo se volvió hacia Rebeca.

—Le gustaba trabajar con las manos, era su hobby.

—¿Con qué me sales tú ahora? —le susurró entre dientes.

—Barreda. Nos dijo que le gustaba trabajar con las manos. ¿Tal vez la piedra? —Sostuvo su mirada—. Podría tener una especie de taller, un sótano, cerca de donde vivía. Por el barrio de la Sagrada Familia. Era amigo de Isma, pudo prestárselo.

Milo se levantó de un salto y fue hasta la puerta. Con el tirador en la mano, se giró hacia el detenido.

—¿Tú eras el orangután o el cerdo? —Andy no entendió de qué le hablaba. Se aproximó hasta él en dos zancadas—. Las máscaras. Aparecías en los clips de Noe, estuviste en ese sótano.

Asintió, intimidado.

—¿Dónde está? —preguntó Rebeca—. ¡La dirección!

—Pasaje Malet —farfulló—, no recuerdo el número.

Mercader se incorporó. Agarró a Milo por la muñeca.

—¿Crees que es allí donde puede haberse refugiado Isma?

Milo dijo que estaba convencido y ella abandonó la sala a toda prisa para comprobar si Barreda tenía un sótano a su nombre y obtener la dirección exacta.

Se dobló hacia Andy.

—Eras el cerdo —dijo.

—Y el orangután. A esa tipa le molaban estas pijadas.

—Yo que tú no haría planes por un tiempo.

Lo dejó a solas. Ordenó a los dos agentes que custodiaban la puerta que bajaran al detenido a los calabozos y corrió a la oficina. Se encontró a Mercader y a Humbert ante un monitor. La subinspectora anotaba unos datos mientras se enderezaba.

—En efecto, lo tenía. ¿Vamos para allá?

—Cagando leches. Sargento, da aviso a las patrullas de la zona para que rodeen el perímetro. Que no hagan ningún movimiento hasta que llegemos nosotros.

En el ascensor, Rebeca le dijo que Andy había saltado de la lista. Pero a cambio, les había abierto la posibilidad de que Isma estuviera escondido en casa de los Corona cuando él llegó, lo que volvía a señalarlo como sospechoso de los crímenes.

Milo se encogió de hombros.

—De lo único que estoy seguro —dijo— es que también podemos descartar a Andy como autor de los disparos. Conocía la dirección del sótano, le habría resultado más fácil tirotearlo allí.

—¿Y esto dónde nos deja?

—Tú qué crees. Isma vale cien millones de euros.

—¿Seguimos al dinero?

Salieron de la cabina a la carrera en dirección al coche de Milo. Él le lanzó las llaves. Rebeca se puso al volante e hizo chirriar las ruedas en la rampa de salida.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? —preguntó.

—Que no estoy fino, maldita sea mi estampa. Isma lo detectó y jugó conmigo todo lo que quiso. Estoy tonto del culo.

El día despuntaba cuando llegaron al pasaje Malet tras sortear las calles cortadas alrededor de la Sagrada Familia debido al atentado. Dos coches patrulla bloqueaban la entrada de la callejuela sin salida. Un agente se aproximó hasta ellos. Encorvado a causa del viento, les informó de que ya habían abierto el portal del inmueble, uno de solo cuatro pisos y una puerta por rellano, y notificado a los vecinos que no se movieran de sus domicilios ni se asomaran por las ventanas.

—¿Les habéis mostrado su foto?

—Dos lo han reconocido, de cruzarse por el pasaje. Han dicho que en ocasiones lo acompañaba una joven de aspecto gótico y que a veces subía a la azotea en solitario. Según sus testimonios, es un chico tranquilo, nunca les ha causado problemas.

—¿Movimientos en el sótano?

—Negativo.

Milo tomó una bocanada de aire e hizo una seña a Rebeca. Avanzaron hasta un humilde y estrecho portal flanqueado por dos agentes. Uno les señaló los dos ventanucos a la altura del suelo, protegidos por una malla enrejada y cerrados por sendas persianas desvencijadas por la humedad. Una angosta y pronunciada escalera descendía hasta el sótano. Se detuvieron ante la puerta. Dos cerraduras; más la del portal, tres llaves, contó Milo.

Golpeó la hoja con el puño.

—¡Isma, abre! ¡Soy yo, el inspector Malart!

Silencio. No apreciaron ningún movimiento. Al poco, Milo repitió la operación. De nuevo, sin resultado.

—¡Joder, Isma, abre la puerta de una maldita vez!

Empujado por un mal presentimiento, ordenó a uno de los agentes que bajara con una palanca y la descerrajara.

El espacio era escaso y, como pudieron, se situaron a esperar uno a cada lado. Una vez la puerta hubo quedado libre de los pasadores, entraron los dos. Rebeca, con el arma en alto y una linterna enfocando el lugar; Milo, con las manos vacías, la angustia palpitando en el pecho. Siguió con la vista el foco de luz. Nadie. La subinspectora se alejó por un corto pasillo y revisó los dos pequeños cuartos traseros y un diminuto baño.

—¡Despejado! —gritó, el pulso a cien por hora.

Milo dio a un interruptor. Dos bombillas desnudas iluminaron la estancia mal ventilada. Bloques de piedra por todas partes, esculturas a medio hacer, maquinaria. Reconoció una pulidora, un horno y lo que le pareció una aserradora. Un polvillo de color claro cubría los muebles, menos una de las sillas y el taburete. Sobre la mesa, martillos de varios tamaños y cinceles, muchos cinceles. En una estantería, piedras; redondeadas, de cantos afilados, bastas; amontonadas alrededor de toscas figuras mal labradas. En el estante más alto, máscaras de animales. Sobre una cómoda pequeña, un equipo de música, una televisión plana de veinticuatro

pulgadas y un portátil. Y en un rincón, un colchón enrollado, con tres almohadones y una manta vieja encima.

—Es feo hablar mal de los muertos —dijo Rebeca, la voz un punto aguda—, pero como escultor Barreda era un manazas. ¿Has visto esas figuras? Son horribles, dan grima.

Milo no respondió. Se figuró que aquel espacio había encantado a Noe. Claustrofóbico, oscuro, lleno de trastos inservibles y extraños. Ideal para filmar unos clips igual de inútiles y espantosos. Aquel era el lugar donde Isma, en su fantasía, se parapetaría con Noe tras la matanza. Juntos. Allí esperarían a que llegara el pelotón de ejecución. Juntos. Si estaba con ella, ninguna otra cosa le importaba. El refugio de un adolescente con problemas, y más desde que su hermanastro Jordi le había contado lo que le había sucedido a su familia en el pasado. El único sitio donde obtenía paz y reposo. Un cubil al que había huido tras el tiroteo. Para sentirse protegido. Pero ahora estaba solo. Adiós a la magia, bienvenidos de nuevo la ausencia y el vacío.

Ciego de rabia, gritó al tiempo que derribaba una escultura de un puñetazo.

—Pero ¿qué haces, inspector?

Lo vio respirar con dificultad, los puños cerrados, y decidió no insistir. Clavó la vista en el colchón enrollado.

—Y mientras Noe se lo montaba ahí con tíos y tías, ¿qué hacía él? —preguntó—. ¿Miraba?

—Subía a la azotea —dijo Milo, la voz grave—. Y soñaba.

Dio un repaso a su alrededor. Rebuscó en los estantes, debajo de la mesa, dentro del horno.

—¿Qué buscas? —quiso saber Rebeca.

—Aquí falta algo.

—Con tanto desorden y tú te...

—El busto de una mujer. Allí había uno —señaló el taburete libre de polvo—. Mal esculpido, con los rasgos torpes. ¿Lo ves por algún sitio? Era de tamaño medio.

Ella se acuclilló, revisó el suelo. Indicó algo bajo una repisa.

—¿Te refieres a eso? —dijo.

Milo se arrodilló junto a ella. Pese a estar roto en pedazos, identificó el busto. Recogió varios trozos. Por detrás estaban huecos. Una tela de esparto colgaba aún de uno de ellos.

—No era sólido —murmuró.

—¿Y qué? A lo mejor lo derribó como acabas de hacer tú.

—Podía guardar algo en su interior —dijo.

—Vayamos a lo importante. ¿Dónde leches se ha metido ese chico? Una patrulla sigue vigilando el domicilio de los padres. De haberse presentado allí, habrían dado aviso.

Milo se levantó muy despacio, con un trozo en las manos.

—Su familia fue asesinada —dijo, sin apartar los ojos de la piedra—. Tuvo que aguantar un infierno por su carácter retraído y manso, constantes *bullyings*. Luego está lo ocurrido el sábado por la noche. Súmalo a mi interrogatorio de ayer, cuando lo llevé al límite. Y por la tarde, como guinda, el tiroteo. ¿Cuánto puede resistir un chico de dieciocho años sin derrumbarse?

—Malart, estás hablando de un posible asesino que...

La interrumpió con un ademán.

—El impacto de todo lo vivido puede haberlo catapultado a un mundo del que ya no hay vuelta atrás —dijo—. Un sótano emocional. —Levantó los ojos hasta clavarlos en los suyos—. Una de las sargentos habló de que le faltaba muy poco para que su alma negra tomase el mando. —Tragó saliva—. Me pregunto si no lo habrá hecho ya.

Sonó su móvil. Antes de cogerlo, supo que el mal presentimiento iba a hacerse realidad.

—¿Inspector Malart? —dijo Elsa Torres, la voz trémula.

Con nerviosismo, le explicó que Isma estaba en casa. Que lo veía muy raro, muy alterado. Que nunca lo había visto así.

—Ha insistido en que me vaya, me lo ha suplicado. Ahora estoy en el baño de mi cuarto, no sé qué está pasando. ¿Me voy a la universidad como si nada?

Milo dejó caer la piedra. Hizo una seña a Rebeca. La puerta.

—¿Va armado?

—¿Armado? ¿Quién? ¿Isma?

—Escucha, Elsa —dijo Milo. Subió las angostas escaleras a toda prisa—. ¿Has visto si lleva algún arma encima?

—No entiendo, ¿qué clase de arma? ¿Y por qué va a llevar Isma un arma?

Surgieron al pasaje y corrieron hacia el coche.

—Vale, coge tus cosas de la universidad y sal de casa. Espéranos en el vestíbulo del edificio, enseguida llegamos.

—¿Y qué les digo a mis padres?

—Te despidas de ellos como cada mañana. —Se puso al volante—. Y oye, procura aparentar naturalidad, es importante.

Le preguntó el número de la avenida de Esplugues y ella se lo dijo. Acto seguido, se opuso a marcharse. No comprendía qué estaba ocurriendo, pero si su familia se encontraba en peligro, ella no pensaba dejarlos solos.

Milo arrancó el coche y se dirigió a la calle Aragón.

—Es complicado de explicar y ahora no hay tiempo para eso. Por favor, Elsa, hazme caso. Solo quiero ayudar a tu hermano. Lo mejor para todos es que te vayas y nos esperes abajo.

Colgó al tiempo que colocaba la sirena en el techo y se sumaba al tráfico de la Diagonal. Rebeca le preguntó qué le había dicho. Se lo resumió en pocas palabras.

—¿Qué crees que tiene en mente ese chico?

—Nada bueno. Llama a la Central y explica la situación, una posible toma de rehenes. Que vaya para allá todo el Grupo. Y que avisen a la patrulla que vigila el edificio de la inminente salida de Elsa Torres. Que permanezcan con ella hasta que llegemos, sin asustarla. Necesito hablar con esa joven.

—¿Temes que Isma pueda repetir lo de la familia Corona?

—Solo sé lo que siente. Dolor, un dolor negro. Algo ha pasado en ese sótano y busca

respuestas.

—¿Entonces no deberían también acudir los GEI?

—Es pronto, aún estamos a ciegas. Primero quiero intentarlo a mi manera, antes de que todo esto se nos vaya de las manos.

Mercader hizo la llamada mientras Milo maniobraba para esquivar los vehículos detenidos ante un semáforo en rojo. Redujo la velocidad ante un control policial, mostró la placa por la ventanilla y, cuando los agentes le dieron paso, aceleró de nuevo invadiendo el carril bus. La circulación era densa a aquellas horas. Coincidió con la máxima afluencia de vehículos que entraban o salían de la ciudad para desplazarse a sus puestos de trabajo. Tras colgar, Rebeca llamó al sargento Crespo por si habían surgido novedades. Mantuvieron una conversación de pocos minutos y luego se volvió hacia Milo. Le dijo que la cifra de fallecidos no había aumentado, pero que tres de los heridos seguían en estado crítico.

—Ha preguntado a la Científica y no —agregó—, todavía no tienen los resultados de ADN. Pero sí han analizado el contenido de la bolsa de plástico que hallamos en la mochila de Andy. La sangre en los guantes de látex y las ropas de Noe coincide con los grupos sanguíneos de cuatro de las cinco víctimas.

—¿Y qué hay de la ropa de Andy y sus deportivas?

—Manchas por transferencia, de cuando yació sobre ella en el sofá. Y sobre sus deportivas, nada, son nuevas. Seguramente tiró las viejas y compró otras. No es tan garrulo como pensábamos. También me ha dicho que han detenido a un hombre que encaja con la descripción que dieron los testigos de los disparos. En un control de la ronda del Litoral. Actuaba de forma extraña y les ha llamado la atención.

Milo tuvo que aminorar la marcha por el atasco. Maldiciendo por lo bajo, cruzó por la acera y cogió el lateral de la avenida.

—¿Ha confesado?

—Ahora lo van a interrogar. Pero trabaja en el puerto.

Se volvió hacia ella un instante. A continuación, bordeó la plaza de Pius XII y tomó por Pedralbes hacia la montaña.

—Hablando de rondas —dijo Rebeca—, ¿no habríamos ido más rápido por la de Dalt?

Al llegar al monasterio, dobló a la izquierda.

—Odio las rondas. Siempre me equivoco de salida.

A cien metros del lugar, apagó la sirena y la metió en el coche. Aparcó en la acera del edificio, bajo unos árboles. Localizaron a Elsa cerca del lujoso vestíbulo, acompañada por dos agentes, y fueron hasta ella mientras el viento silbaba furioso a su alrededor. Sin perder un instante, Milo le preguntó por la distribución del domicilio. Un dúplex con una escalera interior. En el primer piso, la sala daba a los ventanales por la parte de atrás, sobre las vistas de Barcelona. La cocina abierta

daba a la calle. Dos baños, un recibidor en la puerta de entrada y otro más pequeño ante el segundo ascensor, por el que se accedía directamente a la cocina. En el piso de arriba, cinco dormitorios, cada uno con su cuarto de baño particular, y el despacho de Antonio Torres.

—Háblame del garaje —dijo.

—Tiene dos plantas, y hay dos ascensores.

—Por ahí se habrá colado Isma sin que lo viera la patrulla —comentó Rebeca.

—¿Cuántos vecinos? —preguntó Milo.

—Una familia por piso, tres en total —dijo Elsa, cada vez más pálida—. Nosotros ocupamos los dos superiores.

—¿Tenéis conserje? —Ella asintió—. ¿Su nombre?

—Señor Rafael.

Milo se dirigió a los agentes.

—Desalojen el inmueble, que les acompañe el señor Rafael. Y una vez en la calle, que los vecinos se mantengan alejados, pero no a la vista del dúplex, ¿entendido? Máxima celeridad.

Mientras los dos hombres se alejaban, se volvió hacia Elsa.

—¿Isma te ha dicho algo más?

—No, solo que me marchara enseguida. Y es lo que he hecho. Me ha dado un abrazo, un beso, y me ha acompañado hasta la puerta. Inspector, ¿qué está pasando?

—Voy a averiguarlo ahora mismo. —Se quitó la cazadora, la sudadera, y se las entregó a Mercader—. ¿Ha sido la forma habitual que tiene de despedirse de ti?

—Normalmente no se muestra tan afectuoso.

—Voy a necesitar que me prestes tus llaves.

—Malart —dijo Rebeca—, ¿hablamos a solas un minuto?

Se alejó unos pasos y él fue tras ella al tiempo que se quitaba la funda con el arma y las esposas del cinturón y se las daba.

—Tienes un minuto —dijo.

—¿El desalojo es porque crees que puede hacer estallar una bomba? ¿Lo ves capaz de algo así?

—No lo sé, estoy improvisando —reconoció—. Tal como yo lo veo, ese chico ahora es un zombi. Actúa por instinto, un instinto animal. Tenemos que cubrir todas las posibilidades.

—No puedes ir ahí arriba tú solo, va en contra de todos los protocolos. Esto es una insensatez, de locos. Es demasiado arriesgado, desconocemos cuál es la situación.

—Te digo lo mismo que a Elsa: tengo que subir para averiguarla, no hay otra manera. ¿O sabes de alguna?

—Entonces voy contigo —dijo, con firmeza.

—Olvidalo, chica dura. —Extrajo el móvil de la cazadora que ella sostenía—. No me preguntes por qué, pero Isma y yo conectamos. Si ve a otro más de nosotros puede ponerse nervioso y eso es lo último que queremos, ¿no crees?

La llamó por teléfono. Ella sacó de prisa el suyo. Descolgó.

—Lo voy a dejar en abierto —dijo Milo—, para que oigas todo lo que sucede. En función de los acontecimientos, tienes carta blanca. —Se lo metió con cuidado dentro de los slíps, frente a la abotonadura de los tejanos—. Sí, estoy de acuerdo, es un sistema peculiar. Pero no es nada indecente, te lo aseguro. ¿Todo listo, compañera? Confío en ti.

—Lleva al menos mi arma de apoyo —dijo. Se agachó para alcanzar su HK de cañón corto con la funda tobillera.

Milo la detuvo.

—Es el primer sitio donde va a mirar.

—Joder, no me gusta nada todo esto —soltó, con un nudo en la garganta—. ¿Crees que vas a poder detenerlo?

—Bajo la presión adecuada, todo el mundo cede tarde o temprano. El problema es dar con ella a tiempo. —Se frotó los brazos desnudos—. Se acabó el minuto, me estoy congelando.

Caminó hasta Elsa. La joven le entregó un llavero y le explicó para qué servía cada llave. Milo sujetó una con dos dedos y le dijo que de momento le bastaba con la del ascensor de servicio.

—Inspector —dijo Elsa, la voz a punto de quebrarse—. No vas a hacer daño a mi hermano, ¿verdad?

—Esa es la idea. Y que tampoco se lo haga a él mismo ni a los demás, lo que también me incluye a mí.

Las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de la joven.

—¿Y todo esto por un rechazo, por una chica? —sollozó, sin lograr comprenderlo—. Sentir así es una locura...

—Elsa, la locura es no sentir. Pero no, me temo que esto viene de más lejos. —Quiso añadir algo para tranquilizarla, pero no se le ocurrió—. Nos vemos en un rato.

Dio media vuelta y entró en el edificio. Pulsó el botón de llamada del ascensor. Varias piezas encajaron en su cabeza; otras, permanecieron sueltas, sin cuadrar. Se metió en la cabina y apretó el del cuarto piso. Fiel a su costumbre, desvió la vista al suelo. Por unos segundos, lo dejó sin aire la insoportable sensación de irrealidad, como si fuera otro el que subiera en aquel trasto de lujo con un móvil en los genitales. *Tío, hace un día estupendo, vamos a la playa a jugar a vóley.* Como si aquello no sucediera de verdad. *Luego podríamos bañarnos.*

—Marc, ahora no puede ser, tengo trabajo.

Como si todo fuera un sueño. *Te reto a una carrera.* Una imitación de la realidad.

—No insistas. Ahora necesito ser yo más que nunca.

Te echo de menos, tío.

—Yo también, Marc. Yo también. —Alzó la vista al techo—. Mercader, tú no has oído nada, ¿vale? Solo hacía una prueba de sonido.

Observó el plafón iluminado. La cabina se detuvo tras una suave frenada. Metió la llave y entreabrió un palmo la puerta.

—¡Isma! —llamó por la abertura—. ¡Voy a entrar! Estoy desarmado. Mantengamos la calma, ¿te parece?

—¡No quiero que entre nadie!

—Haberlo dicho antes —dijo Milo—, ya estoy dentro.

Levantó los brazos y, con lentitud, dio una vuelta entera sobre sí mismo. Se levantó el faldón de la camiseta para que comprobara que no iba armado. Al ponerse de frente, vio que lo apuntaba con una Thunder 380 negro mate, todavía con rastros de polvillo color claro. Seguro manual por palanca en la corredera, ocho balas de nueve milímetros más una en la recámara. Muy ligera, idónea para llevarla en el tobillo como arma de respaldo. Una semiautomática letal a corta distancia. Se preguntó qué más habría encontrado Isma en el interior del busto esculpido por Fermín Barreda.

—¿Sabes usarla? Creo que tienes puesto el seguro.

—¿Lo comprobamos? —dijo, el tono frío, sin inflexión.

Señaló sus pies con la pistola y Milo se levantó las perneras.

—No miento, voy desarmado. Las gafas te quedaban mejor.

—¿Qué haces aquí? No quiero volver a hablar contigo.

—Me lo ha pedido Elsa —repuso. Echó un vistazo a la amplia cocina. No vio a los Torres—. La virgen, es más grande que todo mi piso. Tu familia sí que sabe vivir bien.

—No es mi familia.

Algo en su expresión había cambiado.

Sus ojos ya no eran los de un animalillo asustado, dócil, sino los de un adulto desafiante, hostil. Alguien dispuesto a provocar que las cosas sucedieran. Había evolucionado definitivamente de pasivo a activo, la última fase de su transformación.

Y algo más. La luz de sus pupilas se había extinguido.

—¿Dónde los tienes?

—Primero cierra la puerta del ascensor. Con llave.

Milo obedeció. Luego, Isma sacudió el arma, se apartó para dejarlo pasar y lo hizo avanzar sin dejar de encañonarlo.

La enorme cocina se abría a la sala sin puertas de por medio. La pared de enfrente era de doble cristal, con grandes puertas correderas, ahora cerradas. La vista era espléndida. A un lado, se extendía un espacio de sofás; al otro, una mesa rectangular, también de cristal, donde estaba servido un desayuno continental en el centro, ante cinco manteles individuales. Tostadas, mantequilla, mermeladas de varios sabores, una cafetera de línea estilizada, una jarra de zumo de naranja medio vacía. A su alrededor, media docena de sillas. Tres de ellas estaban ocupadas. En la primera, de espaldas a la ciudad, un joven que supuso era Jordi, vestido con camisa y corbata, amordazado y atado con cinta americana; inconsciente, la barbilla contra el pecho. Delante, su

madre, Sonia, en bata de estar por casa, sin maquillaje ni perfume, el pelo despeinado, también inconsciente, la cabeza ladeada. Y presidiendo la mesa, Antonio Torres, los ojos desorbitados por el terror, vestido igual que su hijo, la camisa blanca manchada por la sangre que manaba de sus heridas en la ceja, pómulo y nariz. Una reproducción similar a la escena de los Corona. Muy parecida a la que Barreda debió de ver hace quince años en casa de la familia de Isma. La diferencia es que en aquella ocasión los crímenes fueron cometidos por arma de fuego.

—Estaba interrogando a mi padrastro —dijo Isma.

—¿Algún resultado?

—Nos has interrumpido.

—Aparta y déjame a mí.

Isma no se movió.

Milo señaló a Antonio Torres.

—¿Puedo o no?

—¿Qué vas a hacer?

—Con tu permiso, ya me encargo yo del interrogatorio. De eso sé algo más que tú, estarás de acuerdo.

—Sin trucos —dijo. Levantó el arma hacia Milo.

—Sin trucos.

Le dio permiso con un ademán. Milo fue hasta él y le arrancó la cinta de la boca con un fuerte estirón. Antonio balbuceó que Lucas se había vuelto loco, que los había drogado y que no paraba de decir barbaridades mientras lo golpeaba.

—¡Tiene que acabar con esto! ¡Usted es policía y...!

—¿Quieres vivir? —cortó. El hombre asintió—. Pues entonces cállate y responde a mis preguntas.

Antonio dejó la boca abierta, atónito.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Esto..., Lucas. Lucas Torres.

—¡Error! —gritó Milo, feroz. Acercó la cara a escasos centímetros de la suya—. ¿Cómo se llama tu hijo?

—Lu... ¿Isma? ¿Se llama Isma?

—Premio. ¿Tan difícil es que te entre en la mollera?

El hombre parpadeó, confundido. Farfulló que no entendía qué estaba ocurriendo allí, el porqué de todo aquello.

—El pasado, Antonio. Esto es lo que ocurre. El pasado que siempre vuelve para ajustar las cuentas. Y algo me dice que tú tienes alguna pendiente.

—¡Esto es intolerable! —aulló—. ¿Quién se cree que es usted para formular acusaciones infundadas? ¿No sabe con quién está hablando?

—Yo soy la policía y tú el cabrón que ordenó la muerte de tu hermano y su familia aprovechando la movida de los narcos.

La sangre desapareció de su rostro.

—¿Qué... qué está diciendo?

—Digo que quisiste sacar de en medio a Ignacio. Por sus depresiones y mala gestión a la hora de invertir en bolsa. Te estorbaba para cumplir tus aspiraciones: ser el único propietario del negocio y convertirte en el nuevo dueño del puerto. Dos pájaros de un tiro. Por codicia, una codicia sin límites. Más mar.

—¡Eso no es cierto! ¡Nada de lo que dice es verdad!

—Contrataste a un sicario, Juan Reina. No te fue difícil. Aquí hay redes que proporcionan

asesinos a sueldo. Sin dejar rastro, de forma limpia. Usaste tus empresas pantalla en el extranjero para hacer los pagos. Y los pocos rastros que dejaste, Barreda se encargó de destruirlos.

—¡Todo eso es falso! ¡No hay pruebas!

De espaldas, preguntó a Isma si lo que había encontrado en el busto hueco que había esculpido Barreda eran documentos.

—Un *pendrive*, con las conversaciones que mantuvieron entonces. Acepta pagarle de forma regular si se ocupa de eliminar los indicios y cierra la boca. Está todo ahí —dijo, sin asomo de emoción—. Todos me han mentido. Mi padrastro, Fermín, Noe.

—¡Yo nunca te he mentido! —exclamó Antonio.

Milo le dio una bofetada que sonó como un trallazo.

—Cállate, nadie te ha preguntado.

Se giró lentamente hasta encararse con Isma.

—¿Cómo sabías dónde buscarlo?

Explicó que Fermín le había dicho tiempo atrás que si alguna vez le pasaba algo, mirara dentro de una escultura en concreto.

—No se fiaba de él, por si más adelante decidía cerrar el cabo suelto —dijo—. Supongo que las digitalizó poco después. Las escuché en el portátil, en el sótano, cuando me enteré de lo del atentado por la tele y que había muerto.

Por su forma de hablar plana e imperturbable, Milo dedujo que había aprendido a controlar las emociones. No quiso plantearse la otra opción: que hubiera traspasado el umbral de la cordura y entrado en el agujero negro de la nada. Entonces sería demasiado tarde para recuperarlo.

—¡La policía me investigó a fondo! —gritó Antonio—. ¡La muerte de Ignacio no me benefició en nada! ¡Estas fueron sus conclusiones! ¡Yo tenía mi propia fortuna y Lucas heredaría el dinero de mi hermano cuando cumpliera los dieciocho! —Vio a Milo levantar la mano y se corrigió a toda prisa—. ¡Isma, quiero decir Isma!

—Pero Isma sobrevivió. Y no tenía que sobrevivir, ¿verdad?

Antonio Torres lo miró con ojos desquiciados.

—Fue un error de tu sicario —agregó Milo—. Un accidente.

—¡Yo no contraté a ningún asesino! —se desgañó.

—Barreda lo descubrió, no le terminó de convencer que los narcos estuvieran detrás de la matanza. Y te amenazó con revelar la verdad. Pero tú eres un hombre de negocios y él solo quería retirarse, un complemento de su pensión para no pasar estrecheces. Te iba a sangrar de por vida, aunque a un pastoso como tú no le supuso ningún quebranto financiero.

Antonio sacudió la cabeza. Su sangre salpicó la mesa.

—Compraste sus servicios para que desviara las sospechas. Y las pruebas. No le debió de resultar muy complicado extraviarlas, era un tipo hábil.

—¡Eso es mentira! ¡Mi hijo le ha lavado el cerebro!

—Ya no es tu hijo —masculló—. Barreda se puso en contacto contigo después de hablar con

nosotros, para ponerte al corriente. Las explicaciones que nos dio fueron una distracción. Le interesaba seguir colaborando contigo a pesar del afecto que sentía por Isma. Y todo por dinero, como siempre. Seguro que si reviso tu móvil hallaré esa llamada.

—Cójalo usted mismo, no tengo nada que ocultar. —Indicó los sofás con la barbilla—. Está ahí, en mi americana, compruébelo y verá que lo que dice es falso.

—¿Cuál de ellos, el marrón o el negro? —Los ojos de Antonio despidieron chispas—. Me fijé cuando viniste el martes a la Central con tu esposa. Es lo mismo que hiciste hace quince años, cuando contactaste con Juan Reina. Uno para los asuntos corrientes, otro para los delicados. Los viejos hábitos.

Antonio Torres guardó silencio. Milo se volvió hacia Isma.

—¿Contento?

—No ha confesado —dijo—. Y quiero que lo haga.

—Muy bien, tú mandas. Voy a necesitar un objeto contundente. —Alargó la mano—. ¿Me dejas la Thunder?

—No me tomes por tonto.

—Tienes razón, soy un idiota.

Caminó hasta un mueble y cogió un trofeo de cristal acabado en punta. Una placa rezaba: «EMPRESARIO DEL AÑO». Lo sopesó un par de veces y dijo que con aquello bastaría. Acto seguido, se situó detrás de Jordi y alzó el trofeo. Miró a Antonio.

—¿Confiesas o lo despierto también a él?

—¡No le haga daño a mi hijo! —Se removió en la silla, enajenado—. ¡Jordi no tiene nada que ver con esto! —Milo esperó sin moverse—. ¡Por lo que más quiera! ¡A mi hijo, no!

—Esto te recuerda algo, ¿verdad, Isma?

Lo vio agarrarse el estómago con la mano libre. Lo interpretó como buena señal. Aún latía algo de humanidad en su interior.

—Tú no sabías que ibas a heredar una fortuna. Pero ellos, sí —señaló a Jordi y a Antonio con el trofeo—. Y de tal palo, tal astilla. La historia se repite.

—¿De qué habla? —dijo Antonio, pasmado.

—Tu hijo, el bocazas de tu querido hijo. Contrató a un hombre para que matara a Isma. Cien kilos son muy tentadores, incluso para unos forrados como vosotros. Mejor dicho, sobre todo para vosotros. Solo tenía que liquidar al tarado de su hermano, a un puñetero pusilánime, un inútil.

—¡Eso no es posible!

—Cuando ayer vio a Isma salir de aquí, avisó al tipo. Con un desechable, seguramente. El hombre se subió tras él en el bus y no lo perdió en el metro. Pero no era un profesional.

—¡Jordi nunca haría una cosa así sin...!

Se calló de súbito.

—Sin consultártelo primero, tienes razón. Pero ya ves, quiso apuntarse un tanto, demostrarte que tenía iniciativa.

—¡Jordi no sería capaz! ¡Jamás!

—No te esfuerces, hemos detenido al tipo. Cuando los testigos lo reconozcan, lo contará todo. —Alzó el trofeo—. Fin de trayecto, tu turno. Confiesa de una vez, no tenemos todo el día.

Antonio arrugó la cara en una mueca de dolor. Una confesión arrancada de aquella manera no tendría ninguna validez, pero Milo confiaba en que su actuación sirviera para que Isma bajara la guardia.

—Lo hiciste tú —musitó el joven—. Dilo.

—Tu padre nos iba a llevar a la ruina —gimió—, había que pararlo como fuera. Yo solo quise proteger... el negocio.

—Lo hiciste tú —repitió Isma. Desplazó el arma hacia él.

Milo dejó caer el trofeo sobre la mesa y, mientras el ruido lo sacaba del trance, aprovechó para situarse entre los dos.

—Ya está, se acabó todo esto. Ya tienes lo que querías.

—No, tiene que pagar por lo que hizo. Por lo que me hizo.

—Y pagará, te lo aseguro. Pero ante un juez. Con las pruebas que contiene el *pendrive* de Barreda. Pasará el resto de su vida en la trena. Y Jordi, en la celda de al lado.

—No es suficiente —dijo.

—Sí es suficiente. Tú quieres recuperar la normalidad, ¿no? Pues pongamos punto y final a este despropósito.

Isma negó con la cabeza, como ido.

—Escucha, entiendo que haya sido un golpe muy duro para ti, otro más. Pero tú no eres un monstruo, ¿recuerdas?

—Ser un monstruo te hace más fuerte.

—Joder, Isma, me estás cabreando, ¿vale? Saldrás de todo esto libre como un pájaro. Y con cien kilos en tu cuenta corriente. ¿Vas a desaprovechar la oportunidad de rehacer tu vida? Se acabó la obsesión, ¿me oyes? Ya sabes la verdad, punto y final.

Lo vio tratando de procesar sus palabras. Sin lograrlo.

—Estoy muerto —dijo.

—¡Mis cojones, los muertos no hablan! Los ríos de miel no tienen por qué ser la venganza, ¡son la pasta!

El grito pareció traerlo de vuelta.

—Te propongo una cosa —dijo Milo—. ¿Qué tal un breve descanso para desayunar? No sé tú, pero yo estoy desfallecido.

—¿Y él? —señaló a Antonio.

Milo agarró la cinta adhesiva y volvió a taponarle la boca.

—Él, se calla.

Cogió un plato, lo limpió en los tejanos y puso una tostada. Luego, fue a tomar asiento en la cabecera opuesta. Se detuvo.

—Si no te importa, beberé zumo de otra clase. ¿Hay?

—En la nevera —dijo Isma.

Sacudió la pistola en dirección a la cocina.

Abrió la nevera y estudió su interior. Como al desgaire, le preguntó de dónde había sacado los narcóticos para drogarlos. A su espalda, sin cesar de apuntarlo, Isma se agachó bajo los fogones, forcejeó con algo, se enderezó y cogió un objeto.

—De un narcopiso del Raval que Noe me enseñó —dijo.

Milo escogió un envase de zumo de pomelo, por estrenar, y rehízo el camino hasta la mesa. Se sentó, agarró un cuchillo, la mantequilla, y empezó a untar la tostada con naturalidad. Isma lo contempló con cara de palo, sin moverse.

—No esperaste a recibir la pérdida de Noe —dijo Milo. Dio un mordisco—. Llegaste a la casa cuando aún estaban todos vivos. ¿Los machacaste tú o fue ella?

Isma se encogió de hombros sin pronunciar palabra.

—Me engañaste como a un chino, menuda tomadura de pelo. ¿Cómo te lo montaste para que la sangre no te salpicara?

—Estaba, pero no estaba.

—¿Le has echado algo a la mermelada? —Negó con el arma—. No sé si creerte. —Hizo una mueca—. En fin, pásamela.

Isma la empujó en su dirección con la Thunder.

—Hay que tener mucho estómago para hundirles el cráneo a un chaval y a una anciana con una piedra.

Isma dejó escapar un suspiro y tomó asiento.

—Te diré lo que quieres oír. Total, ya no importa.

—¿La verdad esta vez?

—No pude hacerlo —dijo, la voz monocorde—. Lo intenté. Dos veces. Pero no fui capaz. Noe paró de filmar y se cabreó mucho. Me gritó que a qué había venido entonces, que la dejara sola. Me metí en el cuarto de la abuela. Ella se encargó de todo. Al fin y al cabo era su familia, no la mía.

—Y la odiaba.

Asintió en silencio.

—Entonces llegó Andy.

—Y cuando se largó, Noe me hizo la pérdida. Pero había dejado a su padre vivo para mí. Acertaste en casi todo.

—Seguiste al tipo equivocado. Paco era inocente. Ella te reafirmó en tus sospechas, le servía para sus fines.

Volvió a asentir. Sin energía.

Milo abrió el envase de zumo y dio un trago a morro.

—¿La tarjeta SD sigue en el interior de tu llavero?

—Lo que filmó me inculpa, salgo con la piedra en alto detrás de su madre. Y delante de él. Nadie me hubiera creído.

Milo se preparó otra tostada con mantequilla y mermelada.

—Y tampoco pudiste con Paco. Y al estar en primera fila, potaste. ¿Te avisó de que Noe también acabaría contigo?

—No le creí. Fue como dijiste. Me manipuló a conciencia.

—Igual que tú a mí. —Mordisqueó la tostada con desgana y la soltó en el plato—. Mataría por un café, pero estará frío.

—No te levantes, tendrás que conformarte.

—Otra cosa que tampoco te esperabas es que quisiera asesinar a su hermana pequeña. Tenías que impedirlo.

—Siempre ha de quedar un superviviente.

—Y te enfrentaste con ella.

—La medicación la volvió extraña, oscura. Tendrías que haberla visto cuando fue al cuarto de Eva. Daba miedo. —Bajó la mirada—. Me golpeó primero. Pero me dolieron más sus palabras. Oí..., no sé qué oí. Como el estruendo del viento.

—Y todo se apagó a tu alrededor.

—Un huracán me levantó por dentro. Fue como si me envolviera una espiral de violencia. Realmente yo nunca le había importado mucho.

—Y le reventaste la cabeza. Seis golpes. Y con cada uno de los cuatro últimos, le hiciste la misma pregunta: «¿Por qué?». Hasta que te desmayaste sobre su cuerpo por los efectos del cóctel narcótico.

Asintió.

—Ella pensaba que no podría, pero pude.

Apretó la empuñadura del arma y sus nudillos se tornaron blancos. Estableció contacto visual. Milo no vio ningún atisbo de triunfo en sus ojos. En cambio, percibió un olor característico que identificó en el acto.

Se le erizó el vello de la nuca.

—No tendrías que haberlo hecho —dijo.

—Se creía por encima de todos y solo era otra mentirosa.

—Me refiero a que no tendrías que haber soltado el conducto del gas. Isma, siempre hay una salida. Fue el *shock*, te privó de tu mente, te trastornó. Estabas incapacitado por las drogas. Pero si sigues adelante, todo habrá acabado para ti.

—Y para ellos —dijo. Los señaló con la semiautomática.

—Muy hábil. Una explosión de gas, una maldita explosión de gas —repitió. Cruzó los dedos. Ojalá Rebeca fuera rápida de reflejos—. Para matarlos por la onda expansiva. O mejor,

aplastarlos con los cascotes.

Volvió a encogerse de hombros.

—Me gustan las piedras.

Ignoraba si la concentración de gas era ya suficiente para provocar la deflagración. Observó las puertas correderas de cristal doble. Cerradas. Herméticas.

—No piensas salir vivo de aquí —dijo.

—El edificio está acordonado.

—¿Para qué morir antes de hora?

Se encogió de hombros otra vez.

—No puedes condenar a Elsa al mismo infierno que te hicieron vivir. Tu hermana no se merece el vacío y la ausencia.

—«El infierno es darse cuenta de la realidad demasiado tarde.» Hobbes, me tocó en un examen. Lo superará, es fuerte.

—La marcarás de por vida. Y Elsa te quiere con locura, como tú a ella. Por eso has hecho que se fuera de aquí.

—Siempre ha de quedar un superviviente —salmodió.

—No eres tú quien está dispuesto a cometer esta atrocidad, sino el otro. Estás sufriendo un brote psicótico, Isma.

—Conozco tus juegucitos, no vas a disuadirme.

—No estoy jugando, te lo digo por tu conducta. Por ejemplo, tu impasibilidad del habla. Sé reconocer los síntomas, tengo antecedentes familiares. Ya lo he visto otras veces.

—Nunca he tragado a los psicólogos y sus rollos.

—Ya somos dos. Solo yo toco a mi psique, soy el único que le tiene suficiente respeto.

—Eres un tipo muy particular.

—Sí, soy mi cruz. ¿Dónde tiraste la piedra?

—En el tejado del almacén junto a la casa. Y para que veas que no te guardo rencor, ten. — Puso la pistola sobre la mesa y la hizo deslizar hasta él—. Nunca me han hecho gracia las armas.

Mientras Milo la cogía con rapidez, Isma extrajo de los tejanos un librito de cerillas. Oyeron unas sirenas aproximándose.

—¿Más policía?

—Bomberos, imagino. —Lo encañonó—. Suéltalo, Isma.

—¿Y qué harás si no lo hago? ¿Dispararme y hacer volar el piso por las nubes?

Milo olfateó el aire.

—O tal vez no. Te digo que lo sueltas.

Isma arrancó una cerilla con calma.

—Lo siento por ti, me caes bien.

—Tú a mí, no. —Amartilló la Thunder—. Que la sueltes.

—¿Unas palabras finales como despedida y cierre?

—Gracias por el desayuno, capullo.

—La última te mata —dijo Isma. Sostuvo la cerilla con dos dedos ante sus ojos—. Es una verdad como un templo.

—La última hora, sí. La última cerilla, puede que no.

—Vamos a ver quién tiene razón.

La frotó en la lija. Prendió a la primera.

No hubo explosión.

Isma observó la llama con perplejidad.

—Te he avisado —dijo Milo. Sacó el móvil de la entrepierna y lo soltó sobre la mesa—. La virgen, me estaba aplastando un huevo. Mercader, ya puedes subir.

Unos golpes sonaron en la puerta del ascensor de servicio.

Isma desvió la vista hacia las puertas correderas.

—Ni lo sueñes —gruñó Milo—, ya he pasado por esto.

Se apoyó en el mármol de la cocina con el envase de zumo en las manos. A su espalda, los sanitarios se ocupaban de los dos narcotizados y Sena y Boada detenían a Antonio Torres. Le leyeron sus derechos, lo esposaron y lo escoltaron hasta el ascensor mientras no cesaba de vocear que iba a demandarlo por malos tratos, a él y a todo el Cuerpo de los Mossos. Rojo y Cervera ya se habían llevado a Isma. Cabizbajo, había salido del piso con mansedumbre, sin pronunciar palabra.

Rebeca se situó a su lado. Sonreía de oreja a oreja.

—Isma no contaba contigo —dijo—. Todo ha acabado bien.

—El mérito es tuyo. ¿Cómo has conseguido que los bomberos acudieran tan rápido?

Le contó que había una estación a medio kilómetro, pero que no habían sido ellos quienes habían cerrado la llave de paso del gas, sino el conserje.

—Ha sido pan comido. Nada más oírte, hemos ido con el señor Rafael al recinto de contadores en el vestíbulo y él se ha encargado. Ha sido buena idea lo de dejar el móvil en abierto.

—No te olvides de recuperar el llavero de ese crío. —Apuró el zumo y le entregó el envase y unas llaves—. ¿Puedes devolvérselas tú a Elsa?

—La Central acaba de recibir los resultados de la Científica.

—Que le den a la Científica, y que le den a los resultados.

Se encaminó hacia el ascensor.

—¿Adónde vas?

—A tomar el aire.

—Voy contigo.

Salió a la calle y respiró hondo, el viento en la cara.

Vio a Elsa sentada en el suelo, observándolo con fijeza. Le hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo que ella no respondió. Cambió de dirección. Los miembros del GEHME charlaban animadamente con el inspector jefe Singla. Contempló al grupo. Junto al sargento Crespo y la jueza Cabot, eran como una familia para él. El tranquilo y sensato Rojo, el bruto de Cervera pero eficaz y de buen corazón; Sena, inteligente y serio, Singla y su temperamento, de vuelta de todo. Se detuvo en Mercader, la media melena sacudida por el viento, y se le estrujó el corazón. Una familia unida por la lealtad, como tenía que ser. Menos Boada. Fue hacia él, le pasó un brazo por los hombros y se lo llevó aparte.

—No tengo pruebas —le murmuró Milo al oído—, pero sé que fuiste tú quien sabotó el caso

Gotha.

Boada intentó zafarse de su abrazo.

—¿De qué coño hablas?

—Tú eres nuestro «desviador» y no pienso perderte de vista ni un segundo. No lo olvides. Y una cosa más: yo no soy como tú, a mí no se me escapa nadie.

Lo soltó y se dirigió hacia el Grupo.

—¡Mira a tu espalda de vez en cuando! —gritó Boada.

—Siempre lo hago, mamón.

Llegó hasta los demás. El jefe Singla le estrechó la mano.

—Bien hecho, Malart. Poco ortodoxo, pero bien hecho. De una tacada, tres casos de asesinato múltiple cerrados, uno en grado de tentativa. No está mal para una mañana.

—Tengo que pedirte un favor, jefe. Cuando le pases la información del caso Torres a la Nacional, mira que el nombre de Fermín Barreda sea tratado de forma confidencial. Ya sabes, para honrar su memoria. Por el bien de todos.

Singla sostuvo su mirada unos instantes.

—Por nosotros no quedará —dijo—, que ellos decidan.

—Y otro favor, jefe. ¿Te importa que deje el informe para mañana? Me convendría pegarme una siesta de diez horas.

Corberó apareció de improviso y le dio un abrazo de oso.

—¡Ven aquí, pedazo de cabrón! —exclamó—. Me gusta tu forma de pensar, pero nos has tenido en vilo con tu maldita ocurrencia. Tómate hasta el lunes, ya me encargo yo de Singla.

Algo cohibido, Milo le palmeó la espalda. Luego, le estrechó la mano y caminó hacia el coche.

Leía un libro recostado en la cama. Tenía buen aspecto; con color, la expresión relajada, la mirada limpia. Le remitió al atractivo Hugo de diez años atrás, como si hubiera retrocedido en el tiempo. Dejó de espiarlo por la mirilla y entró en la habitación.

—¿Sigues comiéndote la celulosa de los pañales? —dijo.

Hugo alzó los ojos y sonrió. Cerró el libro, lo dejó en la mesilla y le señaló dos butacas junto a la ventana.

—Mi dieta es mejor que la tuya, estás muy delgado.

Tomaron asiento y ambos contemplaron los jardines del psiquiátrico en silencio. Al rato, Milo le preguntó cómo le iban las cosas y Hugo respondió que bien. Allí tenía mucho tiempo libre, dormía como un tronco, estaba a gusto con su grupo de terapia, y solo había tenido algún problemilla con un par de auxiliares de enfermería, nada importante. Sabía que su estancia lo iba a marcar a la hora de su reingreso en la vida social, por lo de encontrar trabajo; los prejuicios no le iban a poner las cosas fáciles, pero le ilusionaba la vuelta a casa. Los libros eran su gran

herramienta de socialización, y la lectura lo ayudaba mucho para combatir sus crisis de ansiedad. Se apoyaba en ellos para marcarse objetivos y quitarse las ideas extrañas de la cabeza.

—Ya no tengo un amigo imaginario —dijo.

—¿Descubrió que hacías trampas a las cartas?

Continuó hablando de forma pausada, reprimiendo en el regazo unos ligeros temblores de su mano izquierda con la otra. Le explicó que era por el litio. Poco después, le dijo que aquello le estaría costando una fortuna y Milo repuso que para eso estaba la familia. Rememoraron la época de cuando eran pequeños, antes de que su madre lo enviara a vivir con sus abuelos a Port de la Selva y Hugo se quedara solo en casa con un padre que empezaba a mostrar los primeros síntomas de esquizofrenia.

—Siempre fuiste el niño bonito de mamá —dijo Hugo.

—Y tú, el preferido de nuestro padre.

Repasaron viejas anécdotas, trastadas inocentes y las reprimendas de rigor, hasta que Hugo se puso serio para pedirle disculpas por los malos tragos que le había hecho pasar. Milo empezó a protestar, pero lo interrumpió. Era su hermano mayor y tendría que haberlo apoyado en sus dificultades en vez de a la inversa. Era el orden natural, y él había hecho dejación de sus deberes. Sorprendido por su lenguaje, Milo dijo que lo olvidara.

—No tienes que aparentar siempre que eres tan fuerte —dijo Hugo—. Al menos, no con tu hermano. Esto me hiere.

—Sabes que no lo soy. —Lo estudió, pensativo—. Vale, tienes razón. Alguna vez sí he deseado poder contar contigo.

—Nunca es tarde. El consultorio Malart abre ahora mismo.

—¿Lo dices de coña?

—Nunca he hablado más en serio.

Vacilante, empezó a narrarle lo que más le quemaba en la garganta. Su viaje a Biarritz. Al principio, solo le contó breves apuntes geográficos, como un guía turístico. Pero poco a poco, animado por su expresión atenta, se lanzó a explicarle con todo lujo de detalles lo que vivió junto a Ella Delambre, una pianista de renombre, natural de la Martinica, de padre suizo y madre nacida en la isla caribeña. Los seis días que pasaron sin salir apenas de la habitación de su hotel, salvo alguna excursión esporádica para visitar localidades de la zona.

—Fue extraordinario, Hugo. Algo impensable, un milagro. Te juro que hubo momentos en que estaba convencido de que aquello no estaba pasando de verdad. La veía tocar el piano en su suite, la elegancia de sus brazos, desnuda, despeinada, tan hermosa; practicando la *Chacona* en do menor, su pieza favorita, y pensaba que era un espejismo. Conectamos a la primera, y me dejé llevar. Corazón, cerebro y..., bueno, ya sabes. Todo a la vez. Y dormí, pude dormir como nunca. Incluso abrazado a su cadera mientras ella leía un libro en la cama.

—¿Y dónde está el problema?

—Que no me la puedo quitar de la cabeza. La veo a todas horas. Sus palabras, sus silencios,

sus gestos. Sus movimientos y su perfume de jazmín. A todas horas. No consigo dar con la forma de olvidarla, ¿entiendes? Estoy perdiendo el control.

—Perdona, no controlas el asunto, que es diferente.

—Dilo como quieras. No dejo de pensar en su dulzura, la pasión, la armonía, sus risas. ¿Qué demonios me pasa, joder?

—¿Y solo por seis días juntos?

—Que fueron como seis minutos, pero que tuvieron el peso de seis vidas. Y han cambiado la mía por completo.

—Te has enamorado, nada más. Milo, tú no eres como Kafka, quien se creía realmente perdido para todo trato humano.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que tú siempre has deseado es dejar de sentir emociones. Ser frío. De hielo. Pero no es tu naturaleza. Y la pelea que sostienes contra ti mismo te debilita. Sigues al pie de la letra las instrucciones de Unamuno: «Siente el pensamiento, piensa el sentimiento», y será una cita memorable, pero no sirve para la vida real. —Sacudió la cabeza—. Deja de resistirte, el tipo duro se ha enamorado, ¿y qué? Haz las paces contigo y déjate fluir.

—Yo no busqué nada, me lo encontré. Y para esto, hubiera preferido no conocerla. El contraste de la máxima felicidad con el vacío de ahora me aplasta, me mata. Lo teníamos todo.

—Calma, hermano, todo es muy reciente. Hablas como un niño de catorce años fascinado por el primer amor. Creo que te lo estás tomando demasiado en serio.

—Puede, tampoco yo me lo explico. Me envía mensajes y no puedo abrirlos. No debo hacerlo, ¿entiendes? Volvería a despertarlo todo. Un momento, ¿eso que has dicho es de Hesse? ¿Has memorizado todas las malditas citas de una enciclopedia?

Hugo rio. Y luego Milo. Como en los viejos tiempos.

A continuación le contó que durante seis días el mundo exterior desapareció y fue sustituido por el que formaron ellos dos. Los colores y los sonidos eran más vivos, los olores más intensos, sus pieles adquirieron una sensibilidad extrema. Se entregaron el uno al otro por completo, y las sensaciones que experimentó fueron más allá de lo imaginable. Todo de forma sencilla, sin elucubraciones mentales y, a causa de sus dificultades con el francés, casi sin palabras. Actuaron de forma compulsiva, cautivados, por instinto. Como vivir en otra dimensión, sin rozar el suelo, levitando. Abrazado a Ella, incluso se le pasó por la cabeza cambiar de vida, un nuevo comienzo. Una salida.

—Y desde que he vuelto, mis percepciones se han alterado. He estado cometiendo errores sin parar, y equivocarme en mi trabajo puede salir muy caro. Esto no es ninguna broma.

—Nadie dice que lo sea, hermano. Tu relación con las mujeres siempre ha sido muy compleja. ¿Y por qué? Porque no soportas sentirte vulnerable. Y así es como uno se siente cuando se enamora. Algo que no te ocurrió con Irene. Con ella, la relación era perfecta. No había amor entre vosotros. Tú eras su arma para fastidiar a su padre y ella tu cómplice en los terrenos de la

compañía, la piel y el apoyo emocional. Ahora, por primera vez en tu vida, es diferente. Porque ahora sí estás enamorado.

—Pues ya te lo regalo.

Hugo observó su mirada de acorralado y Milo, incómodo, se incorporó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—No sabemos amar —dijo, la vista clavada en el suelo—, no sabemos ser amados. Somos esclavos de nuestras limitaciones, o necesidades, o egoísmos..., qué sé yo. Mendigamos que nos quieran, que sientan algo por nosotros. Y tras fracasar en el anhelo, ya nada nos importa. Porque no sabemos dominar los sentimientos, y amar es una hazaña, o una ceguera, que nos supera. Una maldición que a la larga solo provoca dolor y tristeza. Y yo ya estoy hartó, no lo quiero. No lo quiero.

—Lo que no me explico es qué pudo ver ella en ti. Aparte de ser una mujer de bandera, me has dicho que tiene talento.

—Muy gracioso, te repito que esto no es ninguna broma.

—No te enfades, hombre. Era para rebajar lo trascendente que te has puesto. Solo faltaba música clásica de fondo.

—¿Lo ves? —Se sentó de nuevo—. He vuelto a dejarme llevar. Aplica esa rara lucidez tuya y dime cómo quitarme esto.

—Lo que me cuentas me induce a pensar que ella no te corresponde, que se le cayó el velo del enamoramiento. Y un desamor es doloroso. Sospecho que estás en la fase tres de la separación: la ansiedad tras la pérdida y la desesperanza. La estás idealizando, crees que ella es perfecta y...

Milo lo frenó con ambas manos.

—Para el carro, Hugo. Te habrás vuelto un sabio, pero yo no he dicho en ningún momento que no sea correspondido. Y tampoco que a Ella se le cayera ningún jodido velo.

Hugo se echó para atrás, confundido. Lo miró en silencio.

—No comprendo —dijo, al cabo—. ¿Cómo dices?

—Que ella me ama, me corresponde. No me lo dijo con estas palabras, pero me lo dio a entender. Por eso me fui de Biarritz antes de tiempo. Pero no me largué por miedo al compromiso ni nada por el estilo, sino porque presentí, porque supe, que me estaba mintiendo. Y también a ella misma.

De nuevo, Hugo adoptó una expresión de desconcierto.

—No comprendo —repitió—. ¿Tú la amas?

—Con toda mi alma.

—¿Se lo dijiste?

—Se lo demostré, sin palabras.

—Y ella te dio a entender que sentía lo mismo, ¿es así? —Milo asintió—. Pero no la creíste.

—No, no la creí. Ya te lo he dicho.

Hugo entornó los ojos.

—No comprendo —dijo, por tercera vez.

—Es sencillo. Está el piano, estoy yo, y Ella en el punto equidistante entre ambos. No puede amarme, ya tiene su fuerza salvadora. El arte. Y yo no puedo combatir contra eso.

Hugo no reaccionó.

—Es inalcanzable para mí, ¿no lo ves? —dijo Milo—. Es una artista, tiene vida propia en su interior. Yo sobro, estoy de más. Ella siempre pondrá por delante el teclado. Mañana da un concierto en el Liceu, la gente la aclamará, es una virtuosa. Yo solo soy un invitado en su vida, un acompañante secundario.

Hugo continuó mudo, la expresión cada vez más tensa.

—Haga lo que haga, seguiré sintiéndome solo. Esté con Ella o no. Jode quitarse la venda de los ojos, pero es lo que hay.

—¿Lo que me has contado es real? —murmuró Hugo.

—A veces yo también me lo pregunto. —Palmeó su rodilla—. ¿Sabes una cosa? Sienta bien vaciar la mochila, rematadamente bien. No quedármelo dentro es una liberación, un alivio. No estoy acostumbrado. Me alegro de contar contigo.

—Y por eso ahora te dedicas a las mujeres de tu entorno.

Milo sintió una punzada de alarma.

—¿A qué te refieres?

—Sara me lo explicó. ¿Pensabas que no me iba a enterar?

Permaneció callado. El desasosiego creciendo.

—Primero, mi hijo —prosiguió Hugo—. Ahora, mi mujer. Y en ambos casos estabas tú por medio. Más ocupado en tus ridículos asuntos que en tu familia, para variar.

Lo que vio en sus ojos le produjo un escalofrío.

—¿Qué insinúas?

—Que al niño bonito solo le interesa él mismo y que nosotros ya no somos nada para ti. Sara te pidió que vinieras a verme y tú has tardado más de un año en encontrar tiempo para visitarme. ¿Te lo suplicó de rodillas? —Quiso interrumpirlo, pero Hugo se avanzó—. ¿Qué más tuvo que hacer para lograrlo?

—Cállate, no sigas por ahí.

—Y por vergüenza, hizo luego lo que hizo —añadió con calma glacial, sobrecogedora—. Por tu culpa. Igual que Marc. La historia se repite. Siempre acabas dejando un reguero de vacío a tus espaldas.

El suelo desapareció bajo sus pies. Y las notas de Bach en do menor le martillaron el cerebro, la melodía de la desolación.

—Hugo, eso no es cierto y lo sabes.

—El tipo que no creía en el amor ahora se ha vuelto creyente. Eres un converso. Pero Sara es mi mujer.

Su tono desapasionado lo dejó helado. Sin alcohol, su hermano había perdido la ira. Pero no

las paranoias. Por enésima vez, le asaltó la sensación de irrealidad.

Se levantó y fue hasta la puerta.

—Tienes aquí una habitación reservada —dijo Hugo, con tranquilidad—, justo al lado. Ya lo verás, nos lo pasaremos en grande. Podrás contarme más fantasías sobre mujeres que solo existen en tu cabeza, niño bonito.

No pudo dormir.

Harto de dar vueltas en la cama, fue a la sala y se sentó ante el televisor. Contempló su reflejo en la pantalla sin caer en encenderlo. Al rato, fue a darse una ducha. Salió del baño envuelto en una toalla, en medio de una nube de vaho. Se detuvo ante el terrario y trató de comunicarse con Tía. Se cansó a los pocos minutos. Cogió el móvil para llamar a Irene. Vio el montón de mensajes que tenía sin leer. Los dejó para otro momento y pulsó el número. Le saltó el buzón de voz. Colgó. Rabioso, miró las cajas todavía sin desempaquetar. Sus cosas. Volvió a llamar a Irene. Esta vez dejó un mensaje.

—Soy yo. Te he llamado mil veces para decirte que es hora de dejar atrás lo nuestro. Quiero el divorcio. Necesito rehacer mi vida, estar libre de nuevo, sin ataduras. Para poder comenzar de cero. Ya sabes, volver a la circulación. Iré a hablar con un abogado para lo de los papeles. Estarás contenta. Un beso.

Colgó.

Se sintió demasiado inquieto como para quedarse en casa, se le caía encima. Fue al dormitorio a vestirse. Luego, regresó a la sala para coger el arma y la placa, por inercia. Miró el cajón abierto. No iba a necesitarlas, para qué. Aquella noche no iba a plantarse en su puesto de vigilancia del matrimonio Parés Morera. Con la ciudad tomada por las fuerzas de seguridad, no creía que se atrevieran a cometer ninguna imprudencia. Le puso más comida a la tortuga, apagó las luces, cogió un libro de la pila de la entrada y abandonó el ático.

Descartó coger el coche. Le convenía hacer ejercicio y se dirigió a pie hacia la plaza de Cataluña. De camino, dejó el libro en un banco. El viento lo obligó a reducir la marcha. Encorvado, no vio las estrellas que brillaban en la noche ni a otros peatones que, como él, andaban cabizbajos para tratar de vencer la fuerza del vendaval. Chocó contra algunos antes de plantearse la idea de meterse en un bar y tomar algo. ¿Más agua de Vichy? Se lo quitó de la cabeza y siguió avanzando. Al llegar a las Ramblas, se desvió hacia la calle Bonsuccés. Se detuvo en el lugar exacto donde estuvo sentado el mendigo durante el atentado de agosto. En esta ocasión no tuvo que ponerse en su piel para averiguar por qué no huyó, ya lo sabía. Solo huía alguien que quisiera salvar la vida y aquel hombre ya había perdido la suya. Nadie lo amaba. Sonó el móvil. Lo cogió pensando que sería Irene. Era la subinspectora Mercader.

Le puso al corriente de las últimas novedades y Milo la cortó diciéndole que estaba hasta las narices del caso, que se disponía a cenar algo. ¿Tan tarde? Sí, dijo, tan tarde. Añadió que si no

estuviera con el meapilas de Boada le diría que lo acompañara.

—He cortado con ese gilipollas. Tenías razón, es un capullo. ¿Sabes qué quería? Que me pusiera liguero y todo el equipo antes de enrollarnos. Lo he mandado a la mierda. A mí ningún tío me dice lo que me tengo que poner, hay que tener huevos. Si quieres, estoy libre. Pero ya he cenado, te aviso.

Milo observó a varias parejas de jóvenes cogidas de la mano. Apretó el móvil y le dijo que mejor otro día, que necesitaba hacer recuento de daños y que no sería buena compañía. Ella dijo que lo oía desanimado, irritado. Demasiadas horas sin nadar, repuso Milo. Rebeca no hizo caso y le preguntó desde cuándo no echaba un polvo. Sin aguardar su respuesta, le explicó que el cuerpo se resentía de no practicar sexo. Dejaba de segregar defensas y algunas hormonas, y esto afectaba al estado de ánimo, toma de decisiones y memoria, entre otras cosas.

—Yo lo recuerdo todo perfectamente —dijo, abrupto.

—Vale, no es asunto mío. ¿Qué tal si mañana vamos juntos al concierto de tu amiga en el Liceu? Podría comprar entradas.

Se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo.

—¿Cómo sabes que es mi amiga?

—Malart, que yo también sé deducir, no eres el único.

—Si no existieras, habría que inventarte. Te lo mereces todo.

—¿Y tú no?

Colgó sin responder. Clavó la mirada en la pantalla, en el número rojo sobre el icono de los SMS. Sintió un salto en el corazón, un despertar en el cerebro y un temblor en la entrepierna. La tentación fue grande y abrió el último: «Estoy en Barcelona. Nos vemos? *Vivement. Je t'embrasse*». Otra pareja cogida de la mano circuló por delante, esta vez dos ancianos. Le echaron un vistazo con desagrado. Como un fogonazo, vio pasar en un instante los seis días por su cabeza. Iba a necesitar mucho tiempo para convertir todo aquello en una sensación vaga. Se dispuso a contestar. No tuvo que pensar mucho el texto: «Podría seguir amándote. Si me lo propusiera, lo lograría. Pero no quiero». Pulsó el símbolo de envío. El móvil hizo un ruidito extraño. Ya está, se dijo; el engaño ha terminado. Borró todos los mensajes y se levantó, el dolor inflamándole el cuerpo.

Regresó a las Ramblas.

Envueltos en un denso humo que ni siquiera el viento lograba disipar, vio a un millar de caballos galopando desde los cuatro puntos cardinales hasta desembocar, despavoridos, en la avenida. El retumbar de los cascos era ensordecedor. Doblaban por las callejuelas, las pezuñas resbalando sobre el pavimento, para reagruparse y salir de nuevo en estampida. Cada vez más caballos; blancos, negros, pintos, las yeguas con sus potrillos. Todos tratando de encontrar la salida, huyendo. Los observó con el corazón en un puño. Hasta que desaparecieron de su campo visual y el estruendo se apagó poco a poco.

Enfiló hacia la parte alta de las Ramblas. Agentes con armas largas y chalecos antibala habían

tomado la zona. Bajó al metro. Mucha gente se agolpaba en el amplio vestíbulo, sobre la estrella del suelo. Un músico callejero rasgaba una guitarra, vendedores negros permanecían de pie ante las sábanas blancas con todo tipo de artículos, viajeros que se apresuraban para no perder el último metro. Divisó a cuatro tipos con estética neonazi, los pantalones remetidos en botas militares con puntera reforzada, increpando a uno de los vendedores. Fue hacia ellos con paso tranquilo, en concreto hacia uno que llevaba el número ochenta y ocho tatuado en el cuello, bien visible. Se detuvo a poca distancia sin apartar la vista de aquella cifra.

—¿Y tú qué coño miras?

—Lo del ochenta y ocho es por el número de gatillazos, ¿no?

—Piérdete, tío, si no quieres que te parta esa jeta de cabrito.

—¿O porque son los gramos que pesa tu cerebro?

—¡Te voy a dar una hostia que te vas a enterar, hijoputa!

—Ya lo sé, son el número de padres que tienes.

El tipo le soltó un puñetazo en la cara que no quiso esquivar. Retrocedió un par de pasos por el impacto. Sangrando por la nariz, volvió a acortar la distancia. Con una sonrisa grotesca, le dijo que ya lo tenía: «Son las veces que tu chulo te ha dado por el culo». El tipo empezó a sacudirle por todas partes. Se cubrió el rostro con los antebrazos mientras tensaba los músculos del estómago, sin devolver ningún golpe. Por fin algo real, se dijo. Los vendedores salieron en desbandada al tiempo que dos de los neonazis la emprendían también con él a patadas y puñetazos, como una manada rabiosa. El cuarto se mantuvo a la expectativa, vigilando en todas direcciones. Fue derribado y se hizo un ovillo. Lo patearon con saña en el suelo. La guitarra siguió sonando. Alguien gritó que iba a llamar a la policía y Milo dijo que él era policía. Al oírlo, tres de los tipos huyeron a la carrera. El del número ochenta y ocho le soltó una última patada y se sumó a la fuga. Milo se puso a cuatro patas, un grueso y denso hilo de sangre le cayó en cascada de la boca. Se incorporó a duras penas, lentamente. Dos cosas ocurrieron a continuación: sus ojos fueron a parar a un cartel publicitario del concierto de Ella Delambre con el rostro en primer plano, un piano en segundo término, y reconoció el tema que el guitarrista estaba tocando. *Back in black*, de AC/DC. Sin más, se echó a seguir el ritmo de los acordes sencillos, ya clásicos, con torpeza, muy despacio.

—¿Está usted bien? —le preguntó una mujer.

—Para estrenar, no se preocupe. Es usted muy amable.

Continuó moviéndose de aquella manera deslavazada, meneando brazos y piernas sin demasiada gracia, un pie tras otro. Una pareja de mediana edad lo contempló con disgusto al pasar por su lado. Pobre desgraciado, dijo él. Toda la ciudad de luto y ese bailando, dijo ella. Milo siguió a lo suyo, como si nada.

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud a Jaume Fornell, Úa Matthíasdóttir, Andrés Civitarese, Sergio López, Maité Sáinz de la Maza, Manu Casas, Alzira Martins, Bénédicte Marre, Lía De la Cruz, Mari Paz Ortuño, Martina Torrades y Anna Soldevila por poner a mi disposición sus conocimientos y experiencia así como por su aliento y apoyo. De igual modo, y de forma especial, a Carlos Pujol Lagarriga por, entre otras cosas, prestarme el poema número 27 de su inspirador poemario *La imperfección* (Ediciones de La Isla de Siltolá, 2018). Y por último, a Roser Herrera, el paciente y constante faro a lo largo de esta travesía.

Dócil

Aro Sáinz de la Maza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la portada: © Planeta Arte & Diseño

© Aro Sáinz de la Maza, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
>www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5689-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!

